

GONZALO TORNÉ

*El corazón
de la fiesta*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

EL CORAZÓN DE LA FIESTA

GONZALO TORNÉ



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: enero de 2020

© imagen de cubierta, Shutterstock. Montaje: Diane Parr Studio

© Gonzalo Torné, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4114-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

A Judit, per una vita in vacanza

*Dinero, dinero, dinero.
Voy bien de dinero, y eso
significa que quiero más.
El dinero me regala poder y placer;
dos cosas que me gustan cantidad.
Dinero, dinero, dinero,
Shylock, ¡necesito dinero!*

LORD BYRON

1. MAYORDOMOS

No sé si sabes que estuve un tiempo casada. Supongo que no fue ni bien ni mal, y si la expresión te parece tibia (una manera de camuflar el desastre) es que tú también has caído rendida al prestigio del desenlace. Te concedo que una ruptura sentimental te inclina a reordenar a la baja las vivencias que la precedieron, pero no las calcina, ni mucho menos. Ahora mismo puedo transportarme sin esfuerzo al día que nos quedamos por primera vez solos en nuestro diminuto piso de Les Corts, las batidas por la ciudad a la caza de muebles, las mismas risas de entonces cuando reparamos en que esa agua que *rajava* grifo abajo la íbamos a pagar con el sospechosísimo ente conocido como «cuenta conjunta.» Trabajábamos en lo que salía, sanos y fértiles (él llevaba pegada en la cara la clase de belleza que te convence de que las soluciones llegarán sin esfuerzo), nos tomábamos aquel futuro del que todo el mundo hablaba con calma, demasiado ocupados en quemar la ciudad: salíamos a bailar, a beber, explorábamos ramas especializadas de comida exótica y cosas nuevas en esa cama (divertidos y asustados de cómo el descanso le iba ganando terreno al ardor), y hablábamos y hablábamos y hablábamos, sobre todo él: ¡qué deliciosa cantidad de palabras para no llegar a ningún sitio!, y nos escuchábamos con la misma emoción de vernos en situaciones nuevas, ¿qué es el amor sino una forma inquieta, superior, de curiosidad?

Éramos jóvenes, pero no jovencísimos. Yo venía de hacer el Grand Erasmus de la Precariedad en Londres, viví en pisos con unas paredes tan finas que me transmitían informes puntuales del estado emocional de mis vecinos, me las arreglé para enamorarme de todos los estudiantes que conocí y regresé con la novelita *empantanegada* en un mar fantástico de folios en blanco. Me dolían los músculos de tanto reír y bailar y no sabía cómo seguir con mi vida. Creo que el dedo que hurgaba en mi ánimo responde al nombre dramático de «última oportunidad», y era el responsable de que viese pegada al cristal del sueño la manita de ese hijo que no me había organizado para traer al mundo. Entonces apareció él, nos besamos y nos prometimos pasar la mayor cantidad de horas posibles (de pie y sentados, dormidos y despiertos) juntos. Era el individuo que veía al sonar el despertador, para el que cocinaba y al que di acceso a mi ropa interior, así que me propuse con él lo que cualquier persona cabal: traté de alterarlo, modificarlo, limarlo, prolongarlo, afinarlo, extenderlo. Me gustaría decir que él intentaba lo mismo, pero mentiría como una bellaca, solo quería lo que siempre dijo que quería de mí (con una perseverancia lítica que aún no he decidido si me halagaba o me fastidiaba): compañía en los buenos momentos. Supongo que ese «ni bien ni mal» también es una manera cómoda de etiquetar todo ese entusiasmo, pereza, excitación, aburrimiento, logros y malentendidos que veo pasar a la velocidad del recuerdo en cuanto echo la vista atrás, y que también incluye discusiones,

enganchadas, gritos y berridos... éramos jóvenes y sanos y vigorosos: créeme, lo sé todo sobre disputas domésticas, ¡manejábamos nuestro propio centro de producción!

No quiero empezar con equívocos: se terminó, pero como de alguna manera hemos seguido viéndonos supongo que no se terminó. Lo invité media docena de veces al piso que heredé en el centro de Barcelona, pero no en el casco viejo que se degrada desplazado hacia el mar, sino en el corazón modernista de la *pela*. Ciento ochenta metros —sin contar la fabulosa terraza— de habitaciones que se abren en salones, y techos de cuatro metros por donde circula un aire noble enmarcado por molduras frutales y malévolos *putti*. La primera vez que lo vio (y eso que ya estaba amueblado, que se perdió su imponente espaciosidad vacía) dijo que pertenecía al género de la indecencia inmobiliaria. Y lo cierto es que queda fuera de las ambiciones de mi generación; un regalo de la herencia que ha desarbolado las trampas del futuro: las cotizaciones de la jubilación, la servidumbre de la hipoteca, la precariedad laboral... No sabes con qué serena suficiencia miro ahora esas amenazas sin filo.

Si no has cambiado (y no quiero que te lo tomes como una insinuación, es lo que la vida suele hacerle a las personas) te estarás preguntando por qué no me vendo el pisazo y me dedico a ver la vida pasar. Y aquí es donde cedo el paso a un invitado sorpresa: el escrúpulo moral. En corto: la casa hunde sus cimientos en un estercolero. Mi abuelo se la apropió mientras ocupaba el escalón inferior en la cadena trófica de la dictadura: el de delator; te hablo de una época en la que ser acusado equivalía a que te metieran un tiro en el pecho. Al enterarme me distancié de él, pero no me decidí a ser coherente hasta el final, no renuncié al piso: el ambiente beneficiaba a mi vergonzosa indecisión, la mayoría de los herederos se toman los bienes amasados durante la dictadura como un derecho de conquista.

Pero el caso también conoce sus fiscales: tengo dos hermanos y resulta que ambos han renunciado a sus herencias. Mi hermana (somos mellizas, y aunque yo nací antes suele comportarse como la mayor) es una santa de las causas sociales, vota a partidos que podrían organizar su congreso en un Smart y viaja el año entero con el propósito de absorber toda la inmundicia que el mundo es capaz de exudar: ella te dirá que es fotógrafa. La renuncia de mi hermano se entiende mejor dentro de una estrategia más amplia que a grandes rasgos consiste en no depender de nadie y ponérselo a todos tan difícil como se lo pone a él mismo.

Mis hermanos suelen tener razón al estilo de las personas coherentes, contra ellos solo puedo echar mano de la imaginación. Y así fue como transformé el Piso de la Vergüenza en una Casa de los Cuidados donde amigas de nuestra edad vienen a darse un respiro, a repensarse. No fue deliberado, no soy tan valiente para planear algo así: acababa de divorciarme (no llegamos a casarnos, pero tampoco quiero que le confundas con un novio intercalado en la serie de besadores), Ana Selma vino a pasar unos días para recuperarse de un cáncer de mierda y se quedó dos meses. Supongo que se corrió la voz, chicas delicadas por el tratamiento, asfixiadas por una relación... Es increíble a cuántas de nosotras nos conviene un descanso. Y descubrí que me volvía loca despertarme entre ese revoloteo de muchachas mejorando como pañuelos de colores al viento.

El piso se ocupa y desocupa a un ritmo que parecía caprichoso hasta que reconocí la pauta: las chicas empiezan a poblarlo en septiembre y hacia febrero las cinco habitaciones (fecundas familias burguesas, os saludo) ya están llenas; en mayo van despidiéndose, y justo cuando el calor empieza a desvelarme la Casa de los Cuidados se queda medio desierta. Supongo que en verano todos nos las arreglamos mejor, el agobio solar rebaja las expectativas y Barcelona te ofrece

cinco kilómetros de costa para elegir dónde refrescarte. Este junio pasado me quedé más sola que los anteriores porque se murió la señora Pujol-Cruells, mi vecina de rellano. Su hijo me visitó para comunicarme que no se atrevía a trocear el piso como la mayoría de los nuevos propietarios (bancos, sucursales, fondos buitres) y disculparse anticipadamente por si los estudiantes a los que pretendía alquilarlo se comportaban conforme a sus expectativas: fiestas, conciliábulos, orgías, actos subversivos. Di por hecho que no aparecerían hasta septiembre, de manera que cuando cinco días después (recuerdo la fecha porque lo que ocurría esa noche en la pantalla del televisor entre la luz y Gary Grant era un prodigio) el crujido del ascensor sonó a las dos de la madrugada fue como si la señora Pujol-Cruells acabase de volver de la tumba.

La mirilla me devolvió una naturaleza muerta de cajas de cartón, vi cerrarse la puerta de los Pujol-Cruells, pero aquella mano fantasmal solo podía ser un añadido escandaloso de mi imaginación. El siguiente ruido que me asustó venía de mi propio comedor, Laura (creo que no llegaste a conocerla) se había desvelado y me propuso que terminásemos de ver la película juntas; accedí y vi pasar cada rostro como una oportunidad perdida para mis vecinos: completos desconocidos de cuyas vidas a partir de mañana solo me separarían unos centímetros de yeso.

La semana siguiente fue movida, y, tras una conversación tensa y otra deliciosa con Laura, me quedé sola en casa y sin perspectivas de recibir a nadie hasta bien entrado septiembre. Me dediqué a las reformas imaginarias y a barajar recetas complicadas (aunque cocinar para mí sola me aburre), así que el primer estruendo seco me sorprendió con la guardia baja. Di por sentado que se trataba de los estudiantes hasta que la gran pelea del martes me desveló de mi sueño dogmático: portazos, frases arrojadas, un chirrido metálico... Me convencí de que eran un matrimonio joven (pasados los cuarenta nadie debería avivar esa furia) en trance de templarse o destruirse sobre la forja de la convivencia.

Las peleas se prolongaban hasta lo inaguantable, al quinto golpe seco, de esos que en una película sirven para anunciar una muerte fuera de plano, dije basta; al octavo recordé que el hijo de los Pujol-Cruells me había dejado su tarjeta y le llamé unas diez veces sin suerte; supongo que el vigésimo primero justificaba avisar a la policía, pero nunca he tenido trato con las fuerzas del orden; llamar al timbre y pedir explicaciones estaba descartado, no me han educado así. Mi ánimo decaía a cada golpe de voz, recorría el pasillo tratando de esconderme en mi propia casa. El calor pegajoso de principios de verano tampoco contribuía. Soñaba con las peleas, una madrugada abrí los ojos de golpe, sentí el alivio del silencio y a la media hora se pusieron a gritar. A la mañana siguiente cumplí con el sueño de tantas chicas huérfanas e insensatas cuando las cosas se tuercen: convocar a un chico alto y protector, aunque sea tu exnovio y una calamidad manifiesta.

—Tu casa está llena de enfermas, aunque las llames convalecientes. Me ponen nervioso.

—No hay nadie. Estoy sola.

—¿Y qué quieres?

—Mis vecinos van a matarse y no quiero absorber ese karma yo sola. Incluso cuando callan el silencio suena fúnebre. Ven a pasar unos días.

—Estás hasta las cejas de cuidar y quieres que te cuiden, ¿es eso?

—Ven. Te he dicho que vengas.

Fue separarme del móvil y hundirme en la convicción de que en cuanto pusiese un pie en el recibidor me vertería encima un chorro de reproches, litros de palabras provenientes de sus ajustes de cuentas con versiones de mi pasado. ¿Y de qué iba a servirme? No le necesitaba, mis vecinos eran personas con problemas, bastaría con unas palabras, iban a agradecerme de por vida

que enderezase su matrimonio. Me había dejado arrastrar por el fantasma de un sistema nervioso sobresaltado, le diría que no era para tanto, que me había precipitado, le facturaría de vuelta allí donde viviese ahora.

Le recibí en un salón invadido de arrebatadora luz dorada. Se presentó puntual, con una especie de petate, la onda del pelo flexible sobre su bello corte de cara y la fascinante expresión humana transmitiendo residuos de rasgos infantiles y advertencias del ingreso cercano en los cincuenta: mi vieja llama, mi discreto desastre, el olor familiar, la mente donde más se ha agitado una réplica imaginaria de mis antojos y desilusiones. Era increíble que llevásemos años sin vernos, aunque fuesen solo dos. Concedo que le llamé porque estaba asustada y nerviosa y un poco tristona, pero ¿cómo no iba a sentir una curiosidad viva por él? Respondió a mis movimientos mentales con una sonrisa desconsoladamente amplia, acogedora y posesiva, como si algo de mí (algo hecho de tiempo) le perteneciese.

—¿De qué te ríes?

—Estás igual.

Me lo dijo pasando por alto el herpes que me tensaba el labio en un pico de pato; aunque no tenía la menor intención de besarle me había pasado la tarde arrancándome una a una las canas, que al verlas corretear entre la masa oscura del pelo me activan un terror irracional. Le agradecí su delicadeza, pero me convenía mantener una suspicacia benévola, todavía podía ser una trampa. ¿No le había tendido yo una a él?

Reprimí como pude la alegría indeliberada del reconocimiento, me concentré en explicarle la tormenta de gritos; no quería que pareciese una nadería, pero tampoco podía permitirme sonar sobrepasada. Por suerte los vecinos vinieron a mi rescate y nos ofrecieron una soberbia demostración del fondo sonoro que se había adueñado de mi vida.

—Pero si son vulgares gritos de pelea, qué decepción; esperaba gruñidos lujuriosos.

—Dura horas, a diario, estoy de los nervios.

—Apliquemos la lógica masculina, ¿de qué hablan?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No se les entiende. Ni siquiera sé la cara que tienen.

—Excusas. No me extraña que fracasases como novelista. Tienes demasiado a mano la indulgencia, te gustas demasiado, lo echas todo a perder cuando...

Fue casi emocionante cómo aprovechó la diminuta pausa para explorar con la mirada hasta dónde podía progresar en la impertinencia.

—¿Tienes un vaso? Si lo pegas a la pared el vacío o una entidad parecida filtra los sonidos parasitarios y las voces te llegan limpias como la plata. He adquirido cierta práctica. No me mires así: el club de los corazones solitarios fomenta aficiones extrañas. Te sorprenderías.

Estuve a punto de recordarle que yo también estaba soltera, pero me mordí la lengua a tiempo, era capaz de acusarme de haber organizado un gineceo.

El resto de la tarde fue plácido, como si desde el otro lado hubiesen averiguado nuestras intenciones. Hablamos de tonterías y me lo llevé a la fabulosa terraza para que aplaudiese las tumbonas que compré para las chicas. Del restaurante subía un olor a leña tostada, le estaba preguntando si en La Salle Bonanova le explicaron que aquel violeta colgado del cielo era el color de la humildad cuando un alarido lo arrancó de mi lado. Se fue pegando saltos al comedor con el vaso en la mano; bordeaba la edad desde la que pueden advertirse las cuestas de la trombosis, la artritis y el ictus (que se agita en mi fantasía con el aspecto de una rosada medusa

malévola), fue una sorpresa agradable verle moverse con tanta agilidad. Me quedé en la terraza acariciada por la brisa de la ciudad benemérita por el clima, y hubiese seguido dos horas más con las piernas cruzadas mientras él se ocupaba de todo, pero volvió a los quince minutos.

—Primer diagnóstico. No voy a disimular. Lo tienes jodido. Son de la catalanada. Bueno, ella habla muy raro, podría ser de cualquier sitio, pero él seguro que es de la *ceba*, del *moll*, del *rovell*, qué sé yo, emplean un sistema metafórico inconsecuente, es complicadísimo orientarse.

—Casi había olvidado tu grotesca capacidad de distorsión. Solo en los chistes se puede definir a las personas por el idioma que hablan.

—Vives en el Eixample Superstar, Gato, la cerecita pringosa de atractivo, asediada por la codicia cosmopolita de japoneses curiosos, rusos multimillonarios y turbantes que llegan mecidos en oleadas de petróleo: un oasis. Fuera de estos límites se extienden espacios donde nadie es bilingüe a buenas, se libra una guerra soterrada. Hace poco conocí a un tío de Sant Llorenç de Gratamamella o de Folgueroles de la Figa (no sé por qué no les quitan el nombre a esos pueblos y los numeran de una vez) capaz de probar científicamente que dos lenguas no pueden convivir en el mismo espacio sin que una deprede y deteriore a la otra... Me convenció.

—Mira qué cara de desarreglo vesicular se te pone, es más fuerte que tú. Las personas hablan el idioma de sus padres, asúmelo, no te lo están haciendo a ti.

—Déjalo, olvidaba que no se puede tener una conversación seria contigo, demasiado preocupada por encontrar un punto de vista original. Y en algo llevas razón, da igual si vienen del sur o del norte, de lo que se trata es de averiguar su punto débil y taparles la boca. Lo mejor será que me instale aquí o en dos semanas nos pulimos la herencia de tu abuelo en taxis. No inspeccionaré tus cajones, no me acercaré a tu dormitorio, concentración profesional, imagina que soy una de tus convalecientes, un poco andrógina y asombrosamente sagaz. ¿Qué dices, Gato? ¿Truco o trato?

No le dejé quedarse pero le costé los taxis para que viniese a diario. Claro que veía agitarse su rebeldía natural como una suave electricidad entre las facciones, claro que la sangre le susurraba réplicas contra mis normas, pero la esquina rapaz de su cerebro había entendido que la única manera de recuperar algún derecho sobre mí pasaba por ofrecerse antes como mayordomo. Se comió mis platos saludables, se dejó cortar el pelo, escuchaba con devoción mis raptos sobre irme a vivir a Mantua y afrontaba nuestra empresa con una contagiosa energía de crío que se desvela de madrugada incapaz de esperar a que llegue la hora de salir de excursión al río.

Propuso averiguar el nombre de los vecinos mirando el buzón (un plan tan obvio que ni siquiera se me había ocurrido), pero solo encontramos unas iniciales: V. M.

—Curioso. Lo mejor será repartir turnos para comprobar si les han dejado alguna carta en el buzón, por suerte tu mano pasa por la ranura. No me mires así. Abrir sobres ajenos es un delito, averiguar a quién van dirigidos no creo que llegue ni a falta.

Agosto iba despoblando las aceras y mis dedos solo extraían (por supuesto que era delito) correo comercial. V. M. no recibía cartas, ni siquiera del banco, tampoco facturas de la luz; claro que acababan de mudarse, pero me desanimé, un rasgo de mi personalidad que ha sobrevivido a las holguras garantizadas por el sosiego económico. Lo manejo mejor, pero sigue susurrándome que no seré capaz de solucionarlo si alguien no acude en mi ayuda, y mi muchachote iba perdiendo su lustre salvador: se integraba en el lote de bienes a rescatar conmigo.

—No. Las fuerzas del orden están descartadas: Urbana, Nacional, Mozos, Guardia Civil... Cuando averigüemos cuál se ocupa de casos así, aunque descartemos de entrada a la policía

portuaria, el daño será ya irreparable. Y qué vas a decirles: ¿que te han tocado unos vecinos chillones?

—Cuatro horas al día, y son alaridos, desgarros sónicos.

—Será nuestra palabra contra la suya. En cuanto la poli se largue berrearán a todas horas; cuando la gente descubre que algo nos molesta se lanza a por ello con un cuchillo por sonrisa.

—Han pasado decenas de personas por la Casa de los Cuidados y no son así; cuando les quitas el miedo, si les das confianza, son maravillosas. Es solo una pareja con problemas. Tocaremos el timbre y hablarás con ellos. Para eso te pedí que vinieras, hablar es lo único que se te da bien.

—Ya salió el angelito trompetero. Si te acercas a esa puerta perderás el efecto sorpresa. ¿Y si le pega? El maltrato es una lacra social, nos obliga la responsabilidad civil, no puedes pensar solo en tu beneficio.

Bromeábamos con un leve toque irresponsable porque estábamos bastante seguros (nos convenía tanto) de que una corriente nerviosa de cariño animaba en secreto sus gritos, de que no habían llegado todavía a las manos.

La investigación se redujo a entregarme informes puntuales de las emisiones que recogía con la oreja pegada al vaso.

«Le ha llamado “bastardo”.»

«Le ha llamado “pestiño”.»

«Le ha llamado “hijo de puta”.»

«Le ha llamado “nenaza” y “calzonazos” y “temerón”.»

«Le ha vuelto a llamar “hijo de puta”.»

«¡Le ha llamado “troço de caca”!»

Reíamos bastante y me ayudó a barnizar dos muebles, y, aunque no le permití ejecutar su plan para reorganizar mis armarios (no le quedaba un cajón por abrir), la semana siguió dominada por el agradecimiento mutuo de anteponer los progresos de nuestra ficción de convivencia al sofoco de los berridos.

También disfrutaba de las horas que me quedaba sola; buscaba series de la BBC con las que nos reíamos tú y yo en Londres, aunque sé que no encontraré el momento de volverlas a ver; escribía correos intimidantes a mis hermanos que me sonrojaban de risa y de arrepentimiento; inaguantables como son, me gusta que esos dos lleven por aquí más tiempo del que puedo recordar. Cómo me impacientaban a los dieciocho años estas horas desprendidas de utilidad y cómo las disfruta ahora mi mente mientras salta de un asunto improductivo a otro, convencida de que nadie espera demasiado de mí. Justo fantaseaba con esos millones de años durante los que las inmaduras leyes del universo apenas lograban cuajar soles percederos cuando el estruendo se pegó a mis orejas con tanta fuerza que me dolió: una rasgadura prolongada, seguida por una batería de golpes secos, intercalados de aullidos. ¿Eran las tres de la madrugada? Me convencí de que acababan de traspasar la frontera de lo tolerable; bendita de mí, qué vida más protegida para suponer que basta con calificar algo de intolerable para detenerlo.

Me pasé un buen cuarto de hora bajo el chorro de la ducha y después me vestí con unos tejanos ajustados dentro de un orden y una de esas camisas que te ayudan a estar presentable sin vestirse demasiado, y salí decidida a traicionar el pacto con mi exmarido (¿dónde estaba? Iba listo si creía que iba a exculparle solo porque no le dejase quedarse a dormir) y llamarles la atención

empleando la vieja estrategia burguesa de enmascarar un reproche bajo una inquietud: «¿Os pasa algo?»

Mientras dudaba si presentarme como una señora ofendida o una chica asustadiza (ventajas de los *middle years*) el índice derecho decidió por su cuenta pulsar el timbre. Me quedé esperando como un pajarito mojado, casi convencida de que prefería vérmelas con el chico; a las mujeres no suelo causarles buena impresión, se interpone la arrogancia de mi familia, de la que no me siento precisamente orgullosa, y que los tíos omiten en beneficio de la circulación erótica mientras rumian cómo mejoraría mi vida si me dejase tratar con suavidad.

Además, no sabíamos qué aspecto tenía ella, mientras que a él me lo había cruzado días atrás, salía del edificio cargando con una bolsa de tersura inquietante: americana de franela (pese al calor), una cara bien cuajada bajo la saludable mata de pelo y esa coordinación de gestos que le transmite al cerebro la certeza de no estar ante un pelele. Podía tener nuestra edad o diez años más. Me recordaba al mío, como me lo recuerdan todos los hombres que saben llevar su altura sin esfuerzo. Cuando dirigió la mirada hacia mí me encontré con un ojo azul y paciente y otro incoloro y cruzado de sangre, y casi salí corriendo en dirección contraria.

Vérmelas con él también ofrecía su propio saliente de complicaciones: ¿y si le pegaba con los puños envueltos en toallas para que no sonase? ¿Cómo descartar que mereciese aquel «bastardo»? Nunca se puede, eso había aprendido con mis chicas. Volví a atacar el timbre con un dedo envalentonado por la sororidad. Me quedé cinco o diez minutos más en el descansillo, al darme la vuelta oí el crujido ostentoso de la mirilla: les apetecía verme *girar cua*.

Preparé una infusión mientras un chubasco inverosímil me recordaba que por mucho que nos adentremos en el verano septiembre nunca nos pierde la pista. Mi ayudante debió verme tan abatida que me llevó (siguiendo mis indicaciones) a cenar al puerto. Estuvo ingenioso, tierno, contenidamente obsceno, previsible. La vocecita lúcida que suelo mantener a raya me susurró que si esa tontería del *revival* psicosexual seguía adelante tendría que asumir que la convivencia es una luz que vuelve transparentes a las personas, que se trataba de un hombre sin rincones ni enigmas, y que para recuperarle quizás debería envolverlo de nuevo en sombras.

Aproveché su primera visita al baño para consultar el móvil: dos llamadas perdidas de Ana Selma. El vino blanco y la contemplación del mar, el cerebro como una dulcísima masa blanda donde los pensamientos resbalan sin resistencia, y la vieja vida reptando hacia mí: las enfermedades, los despidos, los maltratos... ¿Cómo se informa de que quieres darte un descanso de cuidar? Mi exchico regresó con la cara de bobo que solo se permite cuando lo está pasando realmente bien.

—No vas a creerte con quién me he encontrado.

Le ofrecí la primera réplica que se me pasó por la cabeza, estaba tan envalentonado que era capaz de conformarse con el parte del tiempo. Contó algo de un amigo con el que iban a las carpas de Pedralbes, una anécdota sin atractivo, sobre un fondo de adrenalina y vestuario de tíos.

—Llévame a bailar.

Diré en su favor que no puso pegas ni me envolvió en ironías paternalistas; solo en el juego de los ojos se alcanzaba a leer: «¿Sabes la edad que tienes?» Pero éramos nosotros (la vieja alianza), habíamos gastado tantas horas juntos en distintas zonas de la corriente de los años que bien podíamos ser un rato «nosotros dos», desprendidos de las marcas del tiempo. Lo que pasó es que bailamos y también que le agarré la mano con intención, y en lugar de besarle como me exigía el tejido completo de los nervios de la cara le encomendé al oído la tarea de encontrar una manera

de volver a estar juntos en días de celebración sin banderas, elegidos por nosotros mismos.

De regreso estaba tan eufórica que me daba apuro dirigirme al taxista, suerte que mi mejor amigo desprendía energía suficiente para los tres: puso al día al indefenso conductor sobre las ondas gravitacionales que atraviesan el universo deformando levemente (y aquí consideró elocuente entrecerrar los ojos) la sustancia espacial. Me hundí en el comfortable asiento (había despedido con excusas a tres taxistas antes de dar con una tapicería de cuero) para escucharle desbarrar.

—¿Los agujeros negros? No es un tema que haya estudiado a fondo, pero así, de entrada, me parecen intolerables, una pantomima.

Pese a que mientras convivíamos la palabra estaba casi siempre en su boca él lo sabía todo sobre mi estrechísima relación con mi hermana melliza, sobre mis novias y mis experimentos convivenciales en Londres (episodios que atravesé como manifestaciones naturales de ternura, excitación, simpatía y belleza), mientras que yo apenas podía conformar, a partir de las tres o cuatro veces que había perdido su exquisito control, una historieta precaria sobre sus correrías de niño pijo y los tormentos de su primer matrimonio, un delirio de fricción sexual que sacó lo peor de ambos y que incluía discusiones frecuentes y algún episodio de violencia... Se le adensaba el sudor al hablar de aquella depredadora (creo que se llamaba Helen), aunque era improbable que la década anterior no la hubiese convertido en otro gatazo satisfecho como nosotros.

Estaba tan ocupada conteniendo la risa tonta y las ganas de vivir que bajé la guardia, y al entrar en el ascensor la idea sonaba en mi cabeza como una melodía pegadiza: se avergonzaría si Helen le sorprendiese en nuestro entorno descargado de agresividad, juntos habíamos estado tan domésticos... Ni siquiera reparé en los dos gritos y el portazo delator.

—Si bajo por las escaleras atrapo a tu vecino.

Me tumbé en el sofá y noté la vibración del móvil, dejé que se desplazase por el bolsillo del pantalón hasta que cayó al suelo. Tres nuevas llamadas de Ana Selma. Respondí con un dulce hormigueo en las extremidades:

«No puedo atenderte. La casa está cerrada. Ya te contaré. Besos.»

Me dejé envolver por el incierto presente y entre las sombras amorosas vi claro que mi chico no se había implicado solo para recuperarme; las carreritas le devolvían a una vida que echaba de menos: una buena pelea en el comedor, desahogar litros de adrenalina, comportamientos que nunca se permitió conmigo: ¿no conviven también ellos con sus ciclos hormonales, la exigencia penosa de soltar los sobrantes de energía, la arcada de vigor de la que brotan los puñetazos? Una hora después irrumpió con la cara fresca como un *mató*.

—Esta vez era la dama. Se ha pasado una hora dando vueltas por el Eixample sin rumbo, pensando en su vida. Va disfrazada de catalaneta, pero a mí no me la cuela, es una choni. De polígono, de barriada, del cinturón rojo, vocacional... ahí ya no llego. La clase de tipa que no vale para víctima, que podría sacarte el páncreas garganta arriba. ¿De qué te ríes?

—¿A quién se parecía más, a mí o a tu primera?

—Ya sé por dónde vas. Eres un libro abierto para mí. No vas a pillarme. Que esté enamorado no me obliga a renegar de esos segmentos de juventud en los que me entregué a las promesas de una sana vulgaridad.

—Sigues siendo un cochino. Una olla-cabeza llena a rebosar de desperdicios verbales. ¿Qué sabrás tú de los agujeros negros?

—Gigantescos cadáveres cósmicos que devoran la luz a su alrededor: esos galaxiófagos van a tenerme siempre en contra.

—No voy por ningún sitio. Y no quiero pillarte.

—Me lo estás sugiriendo con todo tu cuerpecito, menos con los tobillos, tus recelosos e impasibles tobillos siempre han sido mis enemigos, por eso me fijo en los de otras, para averiguar si con esa mujer hubiese sido más feliz, es mi fetichismo sentimental.

—¿Y qué descubres?

—Siempre pierdo.

—En las fantasías siempre se gana.

—Pero son un juego triste.

Le dejé quedarse a dormir, el conjunto se pareció bastante a un concierto de grandes éxitos, tan infalibles como rutinarios, pero lo que ocurría entre nuestros cuerpos flotaba por encima de la decepción, solo podía beneficiarnos. Cualquier día abriré los ojos y habré rebasado los sesenta, pero seguirá aquí esta región de estremecimiento íntimo, precedido de las complicaciones sensibles de los besos, otra de las marcas secretas que la vida nos ofrece solo por estar aquí.

A la mañana siguiente me levanté temprano y preparé el viejo conjuro del café para que me arrancase centímetro a centímetro de las redes de la hipotensión. Me enamoró comprobar que pasadas las nueve seguía durmiendo como un lirón (llevaba años usando la expresión sin saber qué animal era: ¿de los peludos? ¿Envidiaba a sus congéneres? ¿Elegía a su amor?). En el baño indulté a dos canas que recorrían mi frondosa melena, besada y vivificada por el manoseo de la noche, brotes de un día feliz. Improvisé un desayuno con lo que quedaba en la nevera: fruta cortada, yogur y miel. Le oí ducharse y disfruté hasta lo indecible con la vacilación sobre dónde debía besarme. No me apetecía hablar de unos vecinos reducidos a presencias insignificantes, pero el hombre con el que planeaba convivir los próximos meses había despertado con la cabeza metida en la madriguera de los gritos.

—Ayer nos regodeamos en el lado cómico del asunto, pero si queremos solucionarlo toca ponernos serios. Comparemos notas. Él es una especie de yo menos apuesto, un poco apocado, catalán. Y ella... es una choni. No me malinterpretes, creo en la mezcla de razas: negros con chinos, blancas con mulatos, pigmeos con gigantes del norte, aborígenes con esquimales... Antes de conocerte mi horizonte vital era casarme con una pelirroja, ¿no te parece increíble que Dios se diese una pausa y se le ocurriese un remolino de fuego, piel blanca y cientos de pecas? Pero no me desvíes. Lo alto y lo bajo, un matrimonio interclasista, solo funciona en las películas. Y olvídate del maltrato físico, la culpable es ella, lo está trabajando psicológicamente.

—¿Y por qué no se va? La situación también es horrible para ella.

—Dinero. Las pensiones están a punto de desplomarse... El divorcio es el nuevo Estado del bienestar; *Troço de Caca* se queda porque es débil, romántico, un sentimental.

—¿Cuánto tiempo la viste? ¿Tres minutos? Y eran las cuatro de la madrugada.

—La delató la mirada. Supongo que ya sabes que con un buen estudio de retina pueden extraer tu historial médico, incluso los padecimientos anímicos se quedan pegados al iris. A las chicas de mi camada se les abre un vacío justo en el centro de la cara, donde laten las ambiciones... Esa tipa, tu vecina, nuestra *banshee*, se pasó la infancia comiendo marcas blancas de supermercado y soñando con los ojos en una vida de lujo, yates y pisazos como naves espaciales.

—¿Y qué ves en mis ojos?

—Baja burguesía catalana descendiendo a ritmo sostenido hacia la clase media; donde tú nadas las aguas todavía parecen bastante limpias, aunque empiezan a enturbiarse, ya lo notarías si fueses de darte caprichos.

—¿Qué más ves? Algo que no me hayas dicho hasta ahora. Es tu examen para quedarte.

—Veo responsabilidad y agitación, sentido moral, algo que ni yo ni tu vecina nos hemos planteado, solo que por motivos opuestos. Por eso es tan interesante y complicado y estimulante y fatigoso convivir contigo.

—No vas a dormir en mi cama. Habitaciones separadas. Negociación diaria. Te regalo mi fidelidad corporal, pero no te pido el equivalente. Si un área de tu cerebro te pide que nos etiquetes dile: «Lo estamos intentando.» ¿Preguntas?

—Una que remite a mis dieciséis años, era algo inmaduro, te lo concedo, pero me sentía bien, sin cicatrices en el ánimo y con un cerebro incapaz de imaginar motivos por los que alguien se propusiera hacerme daño. ¿Qué tal estuve?

—Solo me fijé en mí: arrebatadora, sutil, intuitiva, casi telepática.

Y así fue como reorganizamos la compañía visionaria del amor para recorrer una vez más el mundo encantado de la convivencia entre muchachos y chicas: físicos, cerebros y hormonas supuestamente complementarios, enlazados por las afinidades y texturas del atractivo, los beneficios de la conversación y la capacidad de absorber los proyectos ajenos como una sustancia vivificadora. Me gustan los cuerpos de las chicas pero no vivir con ellas, así que esta modalidad de relación psicosexual es lo que le pido a la vida (con este o con otro ejemplar) de ahora en adelante.

Volvimos a lo de siempre con un ingrediente nuevo: los berridos de mis vecinos me inclinaban a sospechar que las tazas con mensaje, las camisetas cursis, las fotos de viajes y las películas románticas son velos que agitamos para disimular las proporciones incontestables de la gran decisión: nos metemos a convivir en un espacio cerrado con una criatura que excitada por la adrenalina puede subir un sofá por la escalera, luxarnos el brazo, partirnos la boca, rompernos el cuello. Lo olvidamos porque la violencia parece un esfuerzo lejano que no siempre queda al alcance de una persona educada; lo olvidamos porque hay que vivir, pero lo recordamos porque una amiga que parecía flotar a años luz de la violencia emplea la hora propicia de la confesión para recordarnos qué sencillo es que nos pierdan el respeto; lo olvidamos porque no nos gusta estar del lado de la debilidad, lo olvidé porque mi chico no es así, porque puedo acercarme al hueco entre la clavícula y el cuello y aspirar la huella personal de su olor: neutro, dulce, tan familiar que certifica de manera misteriosa que llegado el momento de hacerme daño ayer, hoy y mañana (¡mañana!) este varón nunca me pondrá una mano encima: es de lo que me he convencido, en lo que he decidido creer.

No me dieron tiempo de escarbar en estas ideas, del otro lado se oyó una especie de crujido, y después un relincho llorado.

—El responsable es *Troço*. Ahora mismo puede estar pateando a la pobre mujer, débil de miedo y de salud, débil de todo.

Lo busqué con la mirada para distraerme del cuadro cambiante del horror y lo sorprendí con una sonrisa de satisfacción camélida.

—No te dejes llevar por la propaganda. Las mujeres agreden tanto como los hombres, no matan más porque tienen menos fuerza. Si la oyes gritar es porque está hurgando en la mala conciencia de *Troço*. Esta tipa es un monstruo: la Choni del Mal.

Mi cerebro formó una réplica ingeniosa, pero me la callé porque en la expresión de mi compañero de cama intuí algo más arraigado que la socarronería ligera que nos permitíamos: era esa vieja exigencia capaz de encerrarle en una campana de frustración si no lograba imponerse. Una insinuación indeliberada de lo que me esperaba en cuanto recuperase algo de confianza. En el suelo de mi ánimo cayó la primera paletada del mismo desprecio pasivo que al acumularse como una arenilla insidiosa había echado a perder nuestro «querer estar juntos»; no le beneficiaba, pero cómo advertirle, la conversación se perdería en un laberinto de contraejemplos, matices y agresividad que me agotó anticipadamente.

Al día siguiente me pidió que le acompañase a comprar un pijama, pero el día ardía como una plancha, así que le dejé ir y me quedé sola en mi casa vacía, sin nadie a quien cuidar. Se encendió la nostalgia por la época en que todavía podía enamorarme de una idea y no de hombres concretos. No sabes lo seductor que se pone este comedor a mediodía, y estaban las risas y los besos y no pretendo desmerecer el apoyo que me presta encontrarlo en el salón cuando la pregunta «¿Qué has hecho con tu vida?» empieza a agitar las alas; porque suena bien lo de avanzar como un fluido eléctrico que se justifica por sus crestas de intensidad, pero no nos han enseñado a vivir así: se nos exigen balances, recuentos, un tejido de sentido, continuidad y progreso. ¿De verdad que el único plan que me ofrecía la imaginación era volver a involucrarme con él? Seamos sinceras, si fuese otro cuarentón de atractivo difuso en lugar del chico al que le bastaba un gesto de astucia para encenderme la sangre ni me lo estaría preguntando: no permitiría que diese un paso más hacia el interior de mi vida, lo invitaría a salir en cuanto se aclarase el maltrato. Me entregué sin remordimiento al placer de no darle oportunidad de réplica. De las luchas derivadas del amor sexual solo se sale airosa siguiendo la luz benéfica del egoísmo. Pensé todo esto convencida de que se me pasaría enseguida, pero cuando volví a tenerlo delante la decisión había coagulado:

—No vas a creer lo que he visto.

—¿Por qué bajas la voz?

Debí añadir: ¿por qué señalas con el dedo la puerta de entrada? ¿Por qué doblas las rodillas? ¿Por qué te comportas como un mimo?

—He visto a la Choni en el *replà* rodeada de por lo menos trece cajas. Se mudan. Se largan. Se terminó.

—No puedes estar seguro.

—Dame una sola explicación alternativa a que un adulto embale una montaña de cartón.

—Un divorcio.

—Nadie se grita a sí mismo, darán berridos por teléfono, pero no será igual. Se acabó.

Me quedé mirándole con ojos esperanzados, hice lo posible por reprimir la eventualidad que no nos favorecía, se salió sola de la boca.

—Han alquilado una casa. Para los fines de semana. Solo están trasladando...

—... ¿la biblioteca? Por favor.

—Ropa de armarios... ¿Qué me dices? Sin sarcasmos, solo argumentos.

—Bien jugado. Puede ser. Y también puede que abandonen el piso. Moneda al aire.

Así que dejamos pasar una semana; seguían allí, pero parecían calmados.

—Están en las últimas. Se odian demasiado para gritarse.

—Nosotros no nos gritábamos nunca.

—Mi educación fue carísima, y tú eres una delicada.

—¿Te acuerdas del día en que nos separamos?

—Me prohibiste hablar del tema.

—Es mi casa, son mis reglas, las altero a capricho.

—Estaba cocinando una deliciosa *pastinada*, me dijiste que habías perdido cinco años conmigo, me dejaste con esa basura y te diste a la fuga.

—Nunca has sabido cocinar *pastinada*, ni siquiera sabes qué carne lleva. Además, es tu palabra contra la mía, ¿quién va a creer al amante despechado?

—Te sorprenderías.

—¿Van a irse? Dime que sí. No los soporto.

—Conté catorce cajas, si se trata de ropa van a tener que salir a la calle desnudos. Se aferran a las paredes con las ventosas del orgullo, pero la partida ha terminado: se largan. ¿Si no confías en mi sagacidad para qué me llamaste?

—Hablar, tu cuerpo, compañía. No puedes estar seguro.

—Será este fin de semana o el siguiente. Llámalo sentido común, deberías probarlo; no te conviene tanta pulsión extravagante, supongo que te favorecía a los veinte, doy fe de que era sexy a los treinta, pero te está convirtiendo en una criatura demasiado complicada, no me sorprende que no hayas encontrado a nadie, que pese a todos los gravísimos defectos que provocaron tu fuga... vuelvas a mí. ¿Cuánto tiempo llevas ocupándote de todas esas chicas? Coge el dinero y sal corriendo a conocer el célebre sol de Jamaica, vete a Israel a ver tumbas, o lo que ofrezcan por allí. Yo me quedo cuidando el fuerte. Serio, confiado, formal. Te mantendré informada. ¿O prefieres llevarme contigo?

El plan era un disparate que incluía algunas ventajas. Elegí el Piamonte: belleza sin esfuerzo, rostros alegres y comida exacta. Mi manera de vivir ya es una especie de descanso de las responsabilidades, de acuerdo, pero me convenía un paréntesis del reposo. ¿Le ves el sentido? Y no solo lo dejé en Barcelona, también logré arrancarle la promesa de que no me llamaría aunque se largasen, y si a mi regreso seguían allí tomaríamos decisiones con una cabeza (la mía) más serena.

Italia cumplió con su propósito: los ambiguos destellos morales de la Casa de los Cuidados se alejaron flotando hasta quedar suspendidos a una distancia inofensiva. Sola en la cola de embarque, rodeada de personas que no esperaban nada de mí, sentí una contracción en la carne del pecho y una serie de crueles prefiguraciones acústicas. Me pasé el viaje mordiéndome las uñas y lamentándome por la llamada que evité en el aeropuerto. Me distraje fantaseando con la identidad de los nuevos vecinos hasta que recuperé la cobertura. En su descargo diré que no se hizo de rogar.

—Ni rastro. Semana y media de silencio. Se han pirado. Felicidades. Noche de celebración. Ve a comprar algo para cenar. Ya me he ocupado del vino, eres capaz de traer mosto.

Le pedí al taxista que me dejase en el Mercat de la Concepció; compré golosinas nórdicas sin preocuparme por el precio, lo compensaría la semana siguiente: cuento con una calculadora interna que me ayuda a cuadrar la unidad de gasto conocida como «mes» con los mil euros que saco traduciendo. Quien no tiene que preocuparse de pagar una hipoteca o el alquiler puede vivir de espaldas al dinero, algo que un rico jamás se permitirá.

Salí a la calle cuando se encendía el alumbrado, la suavidad del aire parecía un anticipo de

las reservas inquietas del otoño. Decidí llegar a casa andando, envuelta en el sonido triunfal de la maleta. De los balcones colgaban *senyeres*, banderas españolas y *estelades*, simpaticé con el gracioso que exponía la de Lesoto. Me divertí imaginando las preocupaciones que transportaban las cabezas de las personas con las que me cruzaba, caldeadas por la misma especie de ánimo cambiante: mis cómplices en el paraíso mundial del clima, a veces es insoportable cómo me gusta esta ciudad. El ascensor me subía a una casa sin vecinos, ¿cómo me costó tanto afrontar un problema tan corriente? Espanté las preguntas impertinentes sin esfuerzo.

Me tomé como un presagio de serenidad adulta que me recibiese sentado en el sofá junto a la mesa servida y un ramo de flores, vestido como un eventual del Club de Polo, leyendo una revista de coches deportivos. ¿Cuánto me costaría sujetar el presupuesto con su inquieta apetencia masculina metida en casa? Un tipo con la habilidad de encontrar una coartada encantadora para cada gasto, de las que sitúan a la oposición en una esquina ingrata. Hemos leído cientos de elogios dedicados a las personas que nos ofrecen un hombro donde llorar, pero ¿quién se ocupa de las criaturas irresponsables que nos empujan a brillar en nuestros mejores momentos?

Supongo que lo que vino después fue una especie de cena de celebración. Las delicias nórdicas estaban a la altura de su precio y propiciaron una cascada de observaciones sobre los indefensos habitantes septentrionales:

«En Copenhague no hay chinos, al menos yo no vi ninguno. Inquietante.»

«Los matrimonios suecos son muy liberales, pero los tíos se suicidan a cascoporro.»

«En Islandia no hace tanto frío como se dice.»

«¿Lapones? Un pueblo cerrado. Ya me conoces, si una cosa no la sé, pues no la sé.»

Era tan descarado que no había dedicado ni diez minutos de su vida a aprender algo sólido de esos sitios que ni me esforcé en desenmascararle. Estaba más que dispuesta a que me inyectase chorros de bondadosa despreocupación. Y mientras le escuchaba me descalcé y desabroché dos botones de la blusa, la fanfarria del regreso sonaba mejor que nunca y me apetecía jugar a las miraditas. Solo cuando se decidió a cruzar las piernas en el sofá, como si celebrase que la botella no daba para una copa más, comprendí mi vergonzoso exceso de confianza. De acuerdo que no me acostumbraré mientras viva a cómo se les estrecha el mundo cuando la excitación se apodera de ellos, pero otras intenciones, planes y subtramas atraviesan sus cabezas, y había recorrido demasiadas veces el juego de la seducción con aquel muchachote para no reconocer que me dedicaba una mirada hueca de sana lascivia: lo que le encendía la sangre era seguir hablando, darme una lección.

—Así que ya ves, Gato, nada de violencia ni de maltrato. Un problema de pasta, como deduje desde el primer momento. Seguro que ya viven en casas separadas, aunque la Choni seguirá peleando, cuando el resentimiento le come a una mujer el corazón hasta el hueso ya no vuelve a descansar.

—No lo sabes. No tienes ni idea. Igual no podían pagar el piso... Igual se han trasladado a un sobreático con vistas al Turó Park donde pueda pegarle con más libertad.

—Gritaba demasiado para estar maltratada.

—Y si hubiese estado callada dirías que se sometía gustosa, que le ponía.

—Yo solo digo que los varones estamos bajo sospecha. Fíjate en el bueno de *Troço*: recibe una lluvia radiactiva de desperdicios verbales y tú conjeturas que por lo bajini le pegaba a la histérica de...

—No sigas. Ya salió. Yo soy una paranoica y ella una histérica codiciosa, y creo que también la has llamado resentida. Pleno, no vas a superarlo. Y lo dices sin darte cuenta, como la mofeta (por recurrir a una metáfora de tu registro) que va soltando lo suyo.

—¿Te ha subido?

—He bebido lo mismo que tú y parto de unos niveles de sensatez mucho más elevados; atada dentro de un globo y con los ojos vendados seguiría siendo más sensible a la comprensión del entorno. Eres tan previsible, ¿crees que no oigo la espina que rasca entre los pensamientos agresivos? A tu orgullito de cazador le repatea que las chicas ya no nos inclinemos ante vuestros deseos, que nos abramos camino solas, que...

—No sé de qué hablas. Soy tu adorador, tu sirviente.

—... os hayamos vuelto ocasionales, transitorios, fugaces, sustituibles...

—Corta, aquí se trata de lo de siempre: la implacable lucha por gustar y escapar jodiendo del submundo de las privaciones laborales. Date una vuelta por las cuentas de Instagram de las veinteañeras: un concurso de contorsiones para averiguar cuál aleja más el pezón de la rabadilla. ¿Quién las obliga a ponerse en el escaparate? A eso no me responde nadie. Están deseando que las secuestre una fortuna patriarcal, amasada al viejo estilo de la agresividad masculina.

—¿Piensas que las mujeres somos así? ¿Que no podemos disfrutar de nuestro cuerpo sin atender a vuestras reacciones?

—No sé cómo son las mujeres. Hay millones. Solo digo que algunas son así, y no le veo la ventaja a embellecer al género entero. Y ya que estamos te lanzo una pregunta que me inquieta: ¿qué culpa tengo de que Zeus raptase a Europa? El tipo iba cachondo a título personal, es muy complicado delegar la excitación, así que no me incluyas en ese plural viscoso de la «cultura de la violación», ¿a quién he maltratado yo? En todos estos años ni siquiera te he levantado la voz.

—Y como nunca has tenido asma cerramos los hospitales, venga ya, el plural te concierne como género, es una predisposición estadística, así que en adelante deberías vigilar la conducta de tus manos tanto como el grosor de la próstata.

—Yo solo digo que si una sola de las ciento veintiséis desconocidas que me he cruzado hoy se me echa encima pido socorro a la Guardia Civil. «Mi cuerpo es mío y me acuesto con quien quiero.» Venga ya. Aquí cada uno folla con quien puede... ¿De qué te ríes?

—No soy el resumen de tu vida. ¿Y si me estás utilizando para expiar tus viejas culpas? Ojalá pudiéramos convocar a Helen para que nos diese su versión, tengo entendido que no fue un ejemplo de convivencia plácida...

—Te estás gustando. Adoro verte así.

—¿Tienes su número? Podemos llamarla.

—¿Cuántas veces te han maltratado a ti, cachorrito?

—Te sorprenderías. Conservo un episodio tan sórdido en su inocencia que te gustará... Nos veíamos en el patio de Letras, así que fue antes de irme a Londres; estudiaba Matemáticas, hablábamos de cine, compañerismo verbal: ni iba a enamorarme ni me atraía.

—¿Cómo se llamaba?

—Lo he olvidado, pero lo supe durante años.

—Qué romántica, cómo mereces todo lo que te pasa por amor.

—Me invitó a cenar. Dudé, pero ¿a qué me comprometía una cena?

—Y aceptaste.

—Me pasó a buscar con su reluciente coche para llevarme a una pizzería cerca de Vallvidrera. Cuatro estaciones, lambrusco español y vistas sobre el mar, un plan irresistible si tienes veinte años. Y estaba tan orgulloso de su Golf, le apetecía tanto verme de copiloto... Lo complací. A las siete era de noche, un puñado de estrellas se las arreglaba para brillar entre la contaminación, y yo venía de una bronca descomunal con mi hermana, acudí predispuesta a recibir una buena dosis de afecto lejos de la esfera familiar. Mientras conducía me fijé en sus orejas, la nariz, la frente, los ojos, ¿no se parecen todos bastante? Quiero decir que hice lo posible para que me gustase, te hablo de acostarnos una vez y ya: no me repelía, la conversación nos salía agradable, no parecía del tipo celoso ni obsesivo... Pero se impuso la vocecita inflexible, me daba un poco de apuro, desprendía esa lástima sin fuerza para despertar algo mayor: no me merecía. Igual el restaurante habría mejorado la noche, pero lo encontramos cerrado, me desilusioné (me había puesto guapa a la manera de entonces: embutida en unas medias incómodas y con el ojo envuelto en rímel negro), y cuando me ofreció cenar en su casa me pareció un movimiento premeditado, me dio aprensión la inmadura risita con la que subrayó que estaríamos solos. Te hablo de los noventa, el «no» que una chica podía permitirse apenas llenaba a medias la negación, el resto se lo disputaban la coquetería, la malicia, la represión, las llamadas de auxilio, travesuras de niña mala... Qué asco. No se quejó, no me gritó, se entregó a un silencio que podía incubar multitud de reacciones y arrancó. No conocía la carretera, aunque nos estábamos alejando de la ciudad, y tampoco me puse a chillar que me llevase a casa, ni se me ocurrió. Se detuvo en una especie de descampado y se frotó la cara con fuerza, chasqueando la lengua. Sé que le acaricié la espalda, traté de calmarlo, esperaba una reacción viril en el sentido de adulta, como cuando mi padre me vino a buscar de madrugada al Pont de Vallcarca porque tenía quince años y me habían dejado tirada... pero respondió hundiéndose en la autocompasión, me dijo que pensaba mucho en mí, que estaba enamorado, no sé qué dijo... Sentí un poco de vergüenza mezclada con otras emociones que no te voy a dar el gusto de comentar. Eché mano de lo de costumbre: que si buenos amigos, que si nunca le había mirado así, que lo sentía... Y añadí una mentira que me pareció más piadosa que la verdad: que acababa de salir de una historia que me había herido... Te prometo que pronuncié «historia» y «herido» como una viejecita que lleva años alejada de la circulación erótica... Y supongo que a una parte de mí tampoco le apetecía cortar por lo sano, apreciaba su compañía, nos habíamos enamorado juntos del cine de Rohmer... Dio varios manotazos contra el volante y me gritó que era tan cutre como las otras, que me bajase del coche, que volviera a casa en compañía de mi independencia. La escena daba un poco de risa, pero también transmitía esa lástima que deprime la alegría. Salí dando un portazo, no me apetecía adivinar a oscuras el camino de vuelta a casa: se oían los ladridos de la perrera municipal y las medias me apretaban el muslo; añade frío y disfrutarás de la escena completa. Cuando llevaba diez pasos inseguros oí mi precioso nombre, se me acercó pidiéndome con los ojos que le ayudase a salir de la situación sin perder demasiado. Me sacaba veinte centímetros, manos como palas; por experiencia que tengas con los flujos de testosterona la previsión siempre ofrece un cálculo inseguro. Adiviné que le sujetaba el miedo a quedar en ridículo delante de mí y tensé la cuerda: me burlé de su debilidad, lo reduje a las dimensiones de un crío. Me descolocó al arrodillarse para pedirme un beso, ¿un beso era un beso o la puerta de acceso a más besos, al lote completo? Creía merecerlo según una escala objetiva por la que se encaramaba acumulando méritos. Todavía no podía exigirme que fuese su novia ni que me casase con él ni que le incubase hijos, pero con las conversaciones, el paseo en coche y la cena hipotética se había ganado el derecho a hundir su lengua en el centro de mi cara. Traté de resituar la escena en aquel marco burlesco que tanto me beneficiaba con una risa cruel y maternal.

Se incorporó y se acercó con la humillación agitándose en la cara, ni salió corriendo ni le grité, me agarró de los brazos con una desesperación delicada, me alegré y desprecié su falta de valor. Estaba decidida a no volver a verle y sus labios me parecían cada vez más impersonales. ¿No había besado tantos? Me dejé hacer en el asiento trasero, por él, por mi cansancio y por la situación, y no me cuesta imaginar polvos más apáticos, pero el cálculo que me hizo decidirme por el atajo mágico del sexo para salir del embrollo incluía la coacción...

—¡Espera! ¿Qué es ese ruido?

Enseguida supe de dónde venía y qué significaba: el crujido metálico del ascensor, el primer grito; iban a seguir metidos en mi vida.

—Ha entrado alguien, pero no tienen por qué ser ellos...

—Cállate, por favor.

«Estás loca... eres un error... no vamos a volver... harán que... te mate.»

—Avisemos a los Mozos, Gato, basta de resistencia pasiva...

Oímos «bastardo» tres veces, como la campanilla oscura de un mal presagio. El primer golpe me levantó del sofá: manotazos blandos y luego secos; siguieron dos chillidos masculinos y un estropicio que involucraba cristal y madera; sonidos de arrastre, un crash, y después aquel silencio maligno, encubridor. La versión acústica de ver una manada de cucarachas enloquecidas por la luz, correteando sobre la comida para echarla a perder. Risitas histéricas, portazo, ascensor.

—¡Sal a mirar! ¡Sigue a ese bastardo!

En lugar de reírse en mi cara puso en marcha sus extremidades y salió corriendo escaleras abajo. Sentí una punzada de admiración retroactiva, cursi, inoportuna y algo tramposa al ver las proporciones áureas del hombre de mi vida (de lo que llevaba de ella) encajar en la trama de la acción.

Salí al *replà* y descubrí pisadas de sangre, y la puerta entreabierta de mis vecinos; siglos de una educación basada en no meterse en líos tiraron de las riendas de mis nervios para obligar al cuerpo a retroceder y refugiarse en los dominios mágicos de la Casa de los Cuidados. Pero ¿cómo iba a seguir fantaseando con que mi corazón era un compuesto de solidaridad, reminiscencias de audacia y responsabilidad civil si le negaba la ayuda a una vecina? Así fue como me metí de cabeza en la Casa de las Furias.

Lo que vino después fue lo bastante intenso y prolongado para que tu narradora favorita se tome un descanso: las cualidades elásticas de mi mente no están ahora para soportar la tensión. Y te seré franca: tampoco ayuda el carácter vacilante que adoptas como destinataria. Te imagino como una especie de antigua amiga difusa y paciente, que encontré y perdí durante mis años extraviados en Londres y a la que le interesa todo lo que voy a decir sobre mí: un oído enamorado y capaz de reelaborar mis tentativas en un acorde superior. Y como esa persona no existe me he estado dirigiendo a un compuesto de mis hermanos, de Ana Selma y de Irina (estés donde estés, espero que te vaya todo bien): una figura ideal, casi me da lástima despedirme de ti, pero supongo que ahora me conviene una atención concreta que ofrezca resistencias particulares, que no se deje arrastrar y vencer por la corriente anímica que me favorece en cada momento.

Pero quédate un párrafo más, sígueme mientras regreso a la Casa de los Cuidados y enciendo una a una todas las luces y me tumbo en el sofá de mi salón canturreando melodías infantiles, porque desde ahí le vi entrar pasadas las seis de la madrugada, dedicándome su sonrisa especial.

—No vas a creértelo. Ese tío, tu vecino, lo reconocí en cuanto se paró en la puerta de la discoteca. ¡Es famoso! Pero no famosillo de televisión. Famoso para los severos juicios del barrio, con una reputación así de grande.

—Tú no tienes barrio.

—Sant Gervasi es un barrio como cualquier otro: plazas, panaderías, cirujanos plásticos y un montón de empleados domésticos a los que tratábamos con lealtad. Ese trazado de emoción vale más que todos los solares épicos...

—Estoy agotada y te veo a mil, y despeinado... Retén ese pelazo, calvo no vas a ser nadie.

—Son los estragos del baile. Seguro que con tu mente estrecha para la grandeza estarás pensando en alcohol o en timbas. Da igual... El Bastardo... es una leyenda. De lejos igual te parecerá un finolis cuyo horizonte de emoción se reduce al *tortell*, el Barça y salir a hacer el penas cada *Diada nacional*. Pero la noche le transfiguraba..., Podía pasarse la madrugada entera en la pista, *smoothie sugar*, una criatura sin esqueleto, la maldita Pantera Rosa. Tuve la suerte de verlo cuatro o cinco veces en directo. Dicen que ninguna de esas noches fue una de las incontestables, pero a las tres estaba yo más cansado de seguirle con las retinas que él de bailar. Y un día desapareció.

—¿Lumpenpíjerie?

—¿Qué dices? No respetas nada, es tu alocada sangre judía, no me extraña que no te convenzas al mirarte al espejo, que un inocente herpes te desestabilice. No ha dado un palo al agua en su vida. Contactos al más alto nivel. Supongo que se casó o se lo tragó la noche.

—Habéis hablado.

—El Bastardo impone respeto incluso con ese ojo fundido en gris, pero sí, vengo con buenas noticias. No volverá a poner un pie en Balmes. Es jodido, siempre lo es cuando te parten el corazón, pero creo que sabrá reorganizarse, un efecto inesperado de la contaminación local es que nos está volviendo más resistentes...

—¿Cómo te presentaste ante el Bastardo de las Pistas?

—Como tu sueño húmedo de domesticidad. Si no quieres que lo nuestro vuelva a ser imposible, y estás en una edad en la que te convengo, a menos que prefieras acabar de cebo para cínicos, deberías prestar más atención. ¿«Bastardo de las Pistas»? Vaya porquería de apodo. ¿Con qué clase de persona me fui a vivir? Tu vecino ya venía bastardo de casa, el apodo no se lo puso la Choni. En las carpas, en el barrio, todos lo conocíamos como el Bastardo del Rey.

—Estás idiota, Joan-Marc, ¿de qué rey?

—Clara, intenta seguir el ritmo, ¿de qué rey va a ser? Del nuestro, del rey de Cataluña.

2. LA CULPABLE

«No, no, Barcelona no supuso ningún problema para mí, la conocía de visitas con mis padres, compras de fin de semana y algún Sónar; sabía que la gente se mueve más deprisa, que nadie te reconoce y que no van a preguntarte qué te pasa si te ven potando en la acera.»

Le chiflaba la variedad de paisajes: el reticulado comercial del Eixample, las torres de la zona alta, los fragmentos de aldea que han atravesado dos siglos indemnes para dispersarse por el Clot, por Horta, por Sants, el ardiente litoral cosmopolita, el coqueto Magreb del Raval, la asfixiante monumentalidad del Gòtic, el sistema de miradores de Montjuïc, el *smog* a gamba y sepia y *fumet* que recorre las arrocerías de la Barceloneta, los yates de lujo y el orgullo contestatario que atraviesa como una ventolera inconformista las *placetes* de Gràcia.

«En Vorablau desde octubre la playa está gris y desgana, y la emoción del día era decidir si nos sentábamos en la plaça Major o recorríamos la Riera, mismas caras, mismos culos. En Barcelona la gente cambia cada año. Estaba loca por largarme, al pisar Arc de Triomf se me abría el suelo bajo los pies de entusiasmo. Algunas risas con el flequillo y mis mallas, nada comparado con el cachondeo que despertaban en la facultad las chicas *gironines*, no digamos las de Lleida, con ese acento de morirse. Mi refugio era el castellano, es lo que salí hablando de casa y en Barcelona es el esperanto; igual durante un par de meses me escoció que se refiriesen a Vorablau como “tu pueblo”, como si fuese un asentamiento remoto y no una ciudad de más de cien mil habitantes. Pero no me hice mala sangre.»

Enseguida comprendió la regla del juego: los que viven cerca del mar desconfían de los que viven por encima de Vía Augusta, los catalanoparlantes no están seguros de compartir la misma ciudad con los «castellanos»; incluso el equipo de fútbol es más del resto de Cataluña que de los vecinos de Les Corts. Si los barceloneses se muestran tan despreocupados y dispuestos a reírse de los demás no es solo porque consideran el resto del mundo como un sistema de aldeas, también influye que nadie logre convencernos de que el sitio donde vivimos nos pertenece.

«En los seis años que hice durar la licenciatura nunca viví en la misma casa, ni con la misma gente.»

Hubo un curso de alocada carrera social en la que fue saltando de piso en piso, hasta cinco. Te hablo del periodo mágico de la burbuja, cuando no eras nadie si no firmabas una hipoteca y el horizonte del alquiler equivalía a refugiarse en una leprosería: si te juntabas con tres o cuatro estudiantes en los que unos padres distantes habían decidido invertir una porción de sus ahorros podías disfrutar de un despampanante parque de pisos en edificios regios, a los que un imperceptible fallo estructural, un embrollo con las tuberías o la inminente instalación de un ascensor complicaban la venta.

«Costaba calentarlas, y si la ventana no ajustaba a partir de noviembre te pasabas las noches envuelta en mantas como una momia; las encimeras olían a viejo, pero tenías que ver de dónde veníamos: pisos como cajitas perdidas en los barrios del desarrollismo, paredes tan finas que podías llevar la cuenta de los pedos que se aflojaba el vecino. Era delicioso sentarse a fumar en la terraza interior con las piernas al sol y una carpeta de apuntes que no tenías la menor intención de abrir. Era una ficción de confortabilidad, pero la estábamos viviendo, así que era nuestra. No me extraña que sumergida en aquellas bañeras largas como sueños me saltasen lágrimas de alegría.»

La versión oficial aseguraba que prolongó los estudios porque a su padre lo enloquecía la idea de tener una hija doctora; lo cierto era que la aterrizzaba volver a Vorablau, aceptar un empleo confortable y mal pagado y gastar el resto de su vida recorriendo arriba y abajo la Riera. ¿Y si no tenía el cuajo para conquistar y defender un trabajo en Barcelona?

«Aquel año decidimos superar las incomodidades de cada curso: la tía cerda que emboza el váter a tãmpax, el listo que se olvida de las contribuciones semanales, el rarito al que le da por adentrarse en una crisis mística, la flaca que te desbarajusta los estantes de la nevera cuando sale la luna llena. Formamos un All-Star de inquilinas: chicas puntuales en el pago, inflexibles en restringir la vida sexual de nuestros novios a los fines de semana. Queríamos algo en la zona alta, aunque tardásemos una hora en llegar a la universidad: un ático, con una terraza como el puente de mando de una nave espacial. Tampoco teníamos prisa, éramos gatas veteranas disfrutando de nuestro presupuesto sideral; manejábamos una reluciente lista de pegas: techos demasiado bajos, paredes finas, poca luz natural, ruido de coches... Llegamos a descartar un piso porque los zócalos no estaban bien alineados con el parquet. Teníamos la *pela* y sabíamos lo que valía la *pela*. Los valores de la clase media (puntualidad, ahorro, austeridad) nos suministraban la fuerza interior para aspirar a lo máximo.»

Pero su ambición no las había preparado para lo que les esperaba en Pintor Peralta. En la calle fluía una prodigiosa aleación de quietud y elegancia. El edificio daba a una *piazzetta* sombreada por tilos. El ascensor se abrió en el salón de un sobreático invadido por la luz, pintado de un blanco dulce. Doscientos sesenta metros cuadrados, más las terrazas, sin vecinos. Una secuencia de fiestas al aire libre empezó a mover las alas al fondo de la imaginación.

«Tuvo que ser Ana Teresa la que preguntó por los muebles; claro que las estudiantes fugaces no tenemos ánimo ni ganas de comprarlos, pero estábamos dispuestas a meternos allí con cuatro sillas y una mesa plegable, firmaba dormir un mes recostada sobre aquel parquet de madera suave y acogedora como un nido.»

—*Senyorettes, ho sento molt...* Se ha producido un error.»

Violet podía imaginar docenas de situaciones donde el atropellado cambio de idioma las mataría de risa, pero envueltas por aquella fantasía de obscenidad inmobiliaria la voz les pareció bien modulada, elegantísima, casi sexy.

«Llevaba un traje de los que sabes que son carísimos por lo bien que les sienta, aunque no tengas ni pajolera idea de tejidos o de cortes: el color parecía haber nacido con la tela. Transmitía sin esfuerzo la autoridad que mi padre ensayó sin éxito durante toda mi adolescencia.»

—Este piso no está en venta, tampoco en alquiler.

—¿Entonces por qué lo enseña?

—No es para enseñarlo. Lo abrimos, pero no es para enseñarlo, el *noi* se ha equivocado.»

Supongo que mientras se aclaraba el malentendido lograron pasar de las disculpas

protocolarias a frases de tono más personal; pero Violet no me contó esta historia, prefería verse con los pies muy juntos al borde de la acera, esperando bajo un sol prometedor que la pasase a buscar, era su tercera cita.

—Es el coche de James Bond.

—No. El coche de James Bond es un Aston Martin DB5, este es un Cabrio.

Nunca se había montado en un descapotable, le parecía un escándalo que el mismo verbo «conducir» admitiese los movimientos secos con los que el Seat de su padre avanzaba como si la carretera fuese un elemento hostil y los trazos delicados que integraban el auto del Bastardo en una danza elegante con el resto de los vehículos.

«Era maravilloso verle bajar la visera en cada *revolt* abierto al sol y buscar el acompañamiento musical que mejor se ajustaba al tramo. No me atrevía ni a tocar la radio, durante tiempo fui así de modosita, ¿puedes creerlo?»

De aquella primera excursión recordaba el campo de calabazas y la pista forestal que se abrió paso entre el bosque como una cinta maravillosa para trasladarlos al claro donde se levantaba el torreón. El ladrillo se espesaba en un color lima al tocarse con la luz del atardecer, parecía que hubiese calculado para ella el momento en que el efecto fuese más hermoso. La fascinó el remate: un piso acristalado a medio camino entre un invernadero de lujo y un observatorio mágico.

«Aunque me sorprendió que el interior estuviese vacío no dije palabra, me concentré en la cascada de luz que caía del techo de cristal. No tenía ni idea de arquitectura, pero una casa así debía costar un pastón, corté en seco las ganas que me entraron de bailar: ¿y si se lo tomaba como una falta de respeto? Me mantenía alerta para que no se colasen en la relación las aficiones que arrastraba de Vorablau. Me arrepentí en cuanto noté su mano en el hombro: cuando un chico se decide a besarnos no suele molestarles que antes bailemos un rato.»

Violet no sospechaba que la visita al torreón sería la primera de una serie (todo era demasiado singular para no parecer único). Acumularon muchas horas al volante, paraban en restaurantes finos, el Bastardo parecía estar al corriente de qué convenía pedir en cada sitio; Violet suspendía gustosa su voluntad, prefería dejarse aturdir por la suavidad de la comida y la consistencia de los paisajes.

A veces no salían de Cataluña, como la tarde que una buena carretera los condujo, entre laderas de las que brotaban tejados puntiagudos de pizarra y ermitas tostadas, hasta un estanque de agua rojiza sobre el que flotaba la masía; el paisaje alrededor parecía pintado para ilustrar la palabra «payés»: campos húmedos, abetos azules y el verde pujante de la hierba. Vio saltar a tres ardillas, desconfiadas y elásticas, tan simpáticas que daba pena abandonarlas en el mundo animal. Las ortigas dominaban las caballerizas: su padre le había enseñado las propiedades medicinales que escondían bajo su aspecto erizado; el jardín todavía no se había asilvestrado, pero la expresión desaliñada de los matojos delataba la injerencia del descuido humano. Cuando floreciesen los enormes bellasombra el conjunto sería imponente.

—¿Cómo es posible que no vengan, que nadie viva aquí?

—Demasiada humedad. El aire conserva un regusto fétido.

Del salón principal le impresionaron el techo, los artesonados y la escalera, con sus barandillas de piedra. La casa le pareció lista para entrar a vivir, si le daban permiso mañana mismo colgaría cortinas, llenaría el espacio de muebles y se dejaría madurar bajo el influjo benéfico de una de esas sofisticadísimas incubadoras a las que llamamos hogares.

Otras veces cruzaban fronteras y Violet veía cómo los indicadores pasaban del catalán al

francés, del francés al italiano y del italiano al alemán. ¿Dónde estarían cuando en aquel bosque denso apareció el cubo de cristal? El Bastardo aireó la casa y comprobó las cerraduras como de costumbre, pero ese día no iba con prisas, pretendía enseñarle las transformaciones cromáticas de las paredes de cristal: desde el fuego blanco a mediodía hasta los parpadeos de sangre del atardecer.

Una vez fueron tan lejos que las montañas se atenuaron hasta desaparecer en una planicie monótona de girasoles y flores maduras con la semilla muy negra. De aquel trayecto recordaba una fantasía de chimeneas y el dominio que el reloj astrológico de la torre ejercía sobre un campo de espigas a medio segar. Y nunca se alejaron tanto como cuando la llevó a la Casa del Acantilado: tuvieron que dormir varias noches en hoteles románticos antes de alcanzar una tierra salpicada de campanarios terminados en bulbos. El suelo era árido, y cuando el Bastardo abrió la ventanilla el coche se llenó de un denso olor a higueras. Encararon una carretera de guijarros que serpenteaba por un acantilado de mármol. La casa se dejó ver en el punto más elevado, justo cuando las escarpaduras se hundían en el agua como los tendones de un gigante prehistórico. Una elevación natural de roca cortaba los vientos que en el resto de la ladera pelaban la montaña y retorcían los contados árboles que se aventuraban a crecer allí, vidas vegetales que jamás superarían su desesperado punto de partida, condenadas a un esfuerzo diario por la supervivencia. El patio olía a tomillo y lavanda. A Violeta le fascinó el mármol carnoso, entreverado de nervios rosados (creía que solo podía ser blanco): entrar en la casa fue como adentrarse en un cuerpo de piedra viva.

«Aunque no se podía vivir allí (¿quién subiría el agua y la comida?), fue la casa que más me gustó. Alguien las compraba, y el Bastardo las abría por un motivo evidente si participabas del secreto. Me mordí los labios para no preguntar directamente, estaba demasiado guapo concentrado en aquel trabajo.»

—¿Podemos quedarnos a dormir?

—Esta casa todavía no es agradable de noche.

—¿No está lo bastante aireada? ¿Qué hemos venido a hacer aquí?

—A enseñártela. Y a comprobar el estado del helipuerto.

—¿Qué es eso?

—Un sitio para que aterricen los helicópteros.

—Me tomas el pelo. No, claro, tú siempre dices la verdad. ¿Qué son todas estas casas?

—Casas.

—¿Construyen casas y nadie quiere vivir en ellas?

—Eres una persona muy divertida, además de bonita, Violeta Mancebo. Crees que las casas se construyen para que vivan personas y que este acantilado queda lejos. Cuando volvamos a Barcelona prepara una maleta con ropa de verano. Te enseñaré dónde está lejos.

La despertó cuando el avión iniciaba la maniobra de descenso, justo para ver la isla: un puñado de arena arrugada sobre la extensión turquesa. Era la cuarta vez que bajaba por la escalerilla de un avión: San Sebastián, París y Roma, dos semanas antes pensaba que le faltaba ir a Londres y a Nueva York para conocer bien el mundo. Se quedó a dos pasos mientras el Bastardo hablaba con el conductor del bote que les alejó del resto de los viajeros, alguien se ocuparía de sus maletas. La barca era tradicional, pero espaciosa, y les ofrecieron bebidas y rodajas de fruta fresca. Se desplazaban rodeando un promontorio boscoso, tras una escarpadura empezó a

insinuarse la lengua de arena que después de unos minutos de incertidumbre se ensanchó en una sedosa playa blanca. Salieron a recibirles media docena de chicos pulidos por el sol, les pusieron un collar de piedras de ámbar mientras el cielo se llenaba de pájaros, y le avergonzó su idea fugaz de resistirse a la ofrenda, temía que fueran a cobrarles el gesto de bienvenida.

Se instalaron en un bungalow de dos plantas (contó ochocientos metros a pasos, el viejo truco de los Mancebo) y una terraza abierta al mar. Olía a flores cítricas y el conjunto parecía dispuesto para la palpitación del placer.

El primer día se levantaron tarde, una presencia invisible les había preparado el desayuno. El Bastardo impuso una rutina demasiado deliciosa para ser indeliberada. Se acercaban en descapotable a uno de los restaurantes que colgaban del acantilado, donde ¿su novio?, ¿su amante?, ¿su prometido?, pediría un aperitivo (su favorito era el spritz denso como un caldo de sangre) y algo ligero para comer (él nunca tenía hambre y ella estaba preocupada por los efectos de aquel sedentarismo feliz). Cuando el sol se calmaba iban a bañarse y dejaban que la noche se apoderase de la playa. Aprendieron a interpretar en la copa que pedían hacia las nueve (el hielo resplandecía como los dados de una tirada mágica) si regresaban al bungalow para hacer el amor o se refugiaban en una de las discotecas, de la que saldrían para saludar al amanecer con un cuerpo satisfecho y fatigado.

«Lo estaba pasando como nunca. La infancia y la juventud estaban bien, pero te aburrías cuando no te inquietabas. La perezosa excitación que me ofrecía la isla era incomparable. Pero no lograba entregarme por completo a la alegría, no pasaba dos horas sin recordar la voz de Juan, mi padre.

“¿Y para qué quiere esa gente tanta *pela*?”

“El pan regalado sabe a jabón.”

“El pan de los corruptos sabe a arena.”»

Frases que revoloteaban alrededor de la misma idea: que los trabajos honestos y las nóminas honradas nos protegen de descalabrarnos por los barrancos de la codicia. Durante los primeros días el sistema nervioso adiestrado por la austeridad tiraba de ella cuando intentaba sumergirse en el río de delicias. Al entrar en la segunda semana se moría de risa y ternura (una combinación donde flotaban gérmenes aislados de desprecio) al recordar la voz de su padre contra los viajes y los restaurantes.

—Lagos en San Mauricio, montañas en el Montseny, nieve en los Pirineos, un delta en el Delta, volcanes en Olot y ríos por todas partes; en este cacho de tierra encuentras el planeta entero, no hay ninguna necesidad de gastar dinero para irte lejos. ¡Qué borregas! Ahora quieren que les cocinen caro y mal solo para ponerse trapitos y que las miren. ¡Pero qué borregas! Un amante nos saldría más barato.

«Y de qué servía ese desprecio al gasto si no pensaba en otra cosa, si llevaba la preocupación por el dinero atornillada en el cerebro. Dejaba de pagar tantas facturas como podía, se retrasaba con el IVA, se hacía el loco con los requerimientos aunque luego le crujiesen a multas. Una vez nos bloquearon la cuenta dos días por un impago de 25,6 euros. Su miedo a soltar dinero nos debilitaba a todos. Hacía una bola tan grande que no cabíamos en el salón.»

Violeta se tumbó en bañador sobre la arena, la sangre de la digestión le recorría los capilares del estómago; abría y cerraba los dedos para regular el impacto del sol sobre sus párpados, le pareció que el capitalismo estaba bien si quedabas del lado del gasto. Había aprendido tanto sobre bebidas y sabores, tantas palabras nuevas... iban a viajar hasta hartarse: el dinero no era

solo un adorno o un embrutecimiento, el dinero era un educador.

Esa misma noche se desveló de entusiasmo, para no despertar al Bastardo salió a la terraza. En el área iluminada por las antorchas flotaban sábanas de insectos: a dos metros de la playa reparó en una extensión cenagosa donde unos volúmenes viscosos se retorcían como gusanos de ensueño, aunque no eran formas de su fantasía, sino los chicos del servicio: alguien tenía que prender las antorchas, renovar la comida y limpiar las sábanas.

«Los nuestros eran discretísimos, apenas te cruzabas con ellos, enseguida te acostumbrabas a tratarlos como fantasmas. Durante la carrera leí sobre esa clase de personas, desfavorecidas por nacer lejos de los centros donde se acumula el dinero. Oí miles de veces que lo justo era detener el mundo para ayudar a los explotados, pero el mundo solo puede pararse a sangre y fuego. ¿Y si prefieren que vengamos a gastar pacíficamente? Sabemos tan poco de ellos, ni siquiera entendía por qué en lugar de bañarse en el mar preferían revolcarse en el barrizal.»

Salieron del líquido desnudos, sin las casacas de inspiración colonial con las que servían se revelaron como lo que eran: niñas. Ahora solo le llegaba una polifonía de risas, las flores transmitían un olor denso, pétalos determinados a recordarte su condición de carne. Cuando los dos cuerpos elásticos reaparecieron en la esfera de visión trazada por las antorchas Violet dio un paso atrás, pero ni así pudo evitar ver cómo la más menuda se metía en la boca un dedo untado de cieno. El recuerdo se apoderó de ella como una arcada: un día de primavera que parecía transferido de julio, el mar estaba demasiado frío y ella y su primín atravesaron los bancales (patatas, nabos, secretas calabazas) medio desvestidos (con la inocente ropa deportiva de los críos) en dirección al estanque; en su recuerdo, empapado de una luz abierta que delataba el sur, solo nadaban por la superficie limpia, pero debieron pisar y revolcarse entre el limo vivo porque salieron con la viscosidad pegada a la piel y a la ropa interior. Les dio la risa con los cuerpecitos tensos por la prefiguración de un beso que no sabían cómo darse; tan compenetrados que descubrieron al mismo tiempo a las mujeres *tocades i posades*, desprendidas de la Casa Gran, que protegían con el cuerpo a sus críos, como si ella y el primín fuesen animales rapaces:

—*Són la canalla del Mancebo.*

—*Pobres criatures.*

—*No ho feu mai, això, em sentiü, mai, el bassiol està brut, és una porcada, fa de castellans.*

Se quedaron de pie con sus patas flacas contra un cielo rojizo; siguieron riendo, el primín la tocó para retirarle el barro de los rizos, pero en lugar de la alegría del día los dedos le transmitieron un afecto turbio, acomplexado, y aquel peso todavía podía extender su brazo en dirección al futuro y alcanzar la isla y tocarle el pecho y llenárselo de vergüenza. Cuando recuperó el control de la emoción los ojos infantiles que le observaron diez segundos antes de alejarse corriendo ni consideraban la posibilidad de juzgarla. ¡Los críos del servicio le tenían miedo! Ni siquiera se atrevían a bañarse en el mar.

¿Adónde iba a volver si esto salía mal, dónde iban a quererla, dónde la acogería el mundo lanzado que nadie sabe cómo detener? Metió el cerebro en el recuerdo como cuando hundimos la nariz en el jersey de un padre para aspirar algo de olor privado. Le habían puesto Violeta porque, aunque la flor crece escondida entre zarzales, el delicioso aroma enseguida revela su presencia. «La modesta rosa mostró una espina / el humilde cordero un cuerno amenazante / solo la violeta / ni una espina ni una amenaza.» El olor a serrín seco del bar, el olor de la carne todavía sana de la madre. En clase se sentía atrapada, la lección no le entraba en la cabeza: «aplícate, aplícate», la reñían si se mordía las uñas; lanza besos al aire y les pide que encuentren a su verdadero amor;

imaginaba que su novio sería guapo, que los besos serían sedosos, sin secreciones, que llegado el momento el organismo encontraría la manera de secarle la boca; descubrió que le beneficiaba cultivar un encanto apático; las tardes que agotaba pensando en el suicidio como si fuese a quitarse un vestido y las tardes que no era capaz de contener el entusiasmo de respirar entre las masas sensoriales del mundo; su pasado empezaba con sus padres llegando a Vorablau desde el sur, donde el sur no era tanto un relato como una panorámica de bosques empapados de verde, flores de encina de las que mana una miel dulcísima, vías de agua clara (¡cristalina!), bienolientes naranjos plantados con una irregularidad liberadora.

—Los catalanes son tan tontos que prefieren los bosques grises, las ciudades aisladas y bañarse en un mar frío, bajo la amenaza de un viento asesino. Lo bueno queda del Maresme en abajo.

—¿Nosotros no somos catalanes?

—Sí, me refiero a los otros, los de la *ceba*, los que votan Masclans.

Se lo creyó todo, pero tampoco el disco lunar era la boca de un túnel que te transportaba como un atajo mágico a una galaxia distante; ni Dios detuvo el curso de las estrellas en un mapa de fuego frío que orientase de noche a los hombres: las estrellas habían terminado donde estaban por azar, diseminadas por el viento galáctico, las ondas gravitacionales o como se llamase la fuerza que despliega la materia. Las cualidades del «sur» eran una página más del catálogo de trolas de Juan, si viniesen de un sitio así de fabuloso la Casa Gran soltaría a sus críos para que se mezclaran con ellos en lugar de esconderlos, de un sitio así nadie querría escapar.

Juan la engañaba para disimular la vergüenza del origen, removía la fantasía para defenderse de la noción clara como una lucecita triste de cómo habían llegado hasta ahí y qué podía esperarse de ellos, de que el destino no era algo que pudiera conquistarse con esfuerzo sino una profecía codificada en el código postal. Le volvió el viejo miedo: el temor de salir de la vida sin experimentar lo que tenía de buena, agotada por una fuga de trabajos de mierda, ¿cuándo alcanzaría lo que otros disfrutaban desde sus aventajadas cunas? Entró en el dormitorio, que Juan se quedase con la modestia de las violetas. ¿Vuelta atrás? ¿Qué vuelta atrás? Les había adelantado. Se arrojó contra la cama, no le importó despertar al Bastardo, era lo que pretendía.

«Desprenderme del miedo, fortalecer el corazón, ser agradecida. Le revolví el pelo y esperé a que pasase lo de siempre, no se puede mejorar.»

La tercera semana fue la más tranquila, así que le cogió desprevenida abrir los ojos y encontrarse sola en la cama, al Bastardo ni siquiera se le ocurrió dejar una nota. A los diez minutos se presentó con un ramo de flores acampanadas y puso sobre la cama un vestido con la etiqueta bien visible: 2.500 euros por una tela que apenas podía cubrirle del nacimiento del pecho hasta medio muslo. El color era un juego de aguas doradas. La frase trepó del sistema de creencias que se resistía a darse por vencido:

—No podemos permitirnoslo.

—Vístete, anda, te quedará genial. Hoy celebraremos las vacaciones de las vacaciones.

No tomaron la carretera del acantilado, ascendieron por una pista más abrupta. Un mal golpe de volante podía matarles; suerte que nunca discutían, empezó a pensar con temor en el regreso.

Lo primero que vio del restaurante fue un reflejo de luz ácida sobre el agua. Enseguida advirtió su privilegiada posición: en ese punto la dorsal de la isla se estrechaba tanto que a izquierda y a derecha podía contemplarse la extensión del mar; la mesa donde les sentaron parecía suspendida sobre aguas abiertas. Trajeron fruta de aperitivo. El Bastardo pidió vino blanco para

ella y agua Veen para él, tenía en cuenta el regreso.

El camarero trajo dos platos de carne enmascarada por una salsa rojiza.

—Plato único. Prueba primero la salsa.

El sabor fue desplegándose a capas: la leve acidez inicial le metió en la boca el gusto de las moras que arrancaba con sus primas en el descampado, y tras atravesar una zona de dulzores anisados desembocó en una rotunda sensación a leña. No preguntó qué era, prefería cerrar los ojos y negar con la cabeza, como si le costase asumir aquel placer desconcertante.

—Ahora la carne.

Había oído cientos de veces «se deshace en la boca», pero era la primera vez que una carne estaba a la altura de la promesa: suave mantequilla tostada.

—¿Qué dirías que es?

Violeta le miró con un fondo de inquietud: le daba apuro que fuese cerdo o pollo, quedar como una idiota.

—Es pescado.

—Adivina.

—El vino me ayudó. Lo has pedido blanco.

—¿Y si lo pido rosado? ¿Sería carne de anfibio?

La sonrisa del Bastardo la ruborizó, la creencia que asociaba el blanco al pescado era otra trampa para reconocer que pertenecía a una familia sin mundo, no podía engañar a nadie en el país de la sofisticación. Suerte que aquel chico estaba loco por enseñarle las reglas del juego, así que en lugar de levantar una barrera de orgullo como le pedía la sangre le respondió con una sonrisa.

—¿Qué es?

—Delfín.

«Si me hubiese quedado algo en la boca lo hubiese escupido.»

—No puede ser. Es un animal inteligentísimo. Está prohibido cazarlo... y comerlo... es... ilegal.

—Existen unos doscientos sistemas legislativos en el mundo, aunque lo prohíban en ciento noventa y ocho aquí está permitido. Cazada en aguas abiertas es una carne radiactiva, una bomba de mercurio, los océanos están podridos. Aquí los crían en piscinas limpias. Un bocado delicioso. Y carísimo. Estás masticando dinero. No creo que hayas conocido a nadie que pueda permitirse.

—¿Por qué lo haces?

—¿El viaje? ¿La isla? ¿El hotel? Porque me he enamorado.

—¿Y el delfín? Ni siquiera te lo has terminado.

—Lo hago porque podemos hacerlo.

—¿Y si un día no puedes permitirte?

«Le solté un sermón vagamente ecologista. No tardaron en asomar los principios ahorrativos de mi padre, el motorcillo moral de los Mancebo era más fuerte que yo; no entró al trapo, me escuchaba con una sonrisa, empecé a desanimarme y me callé.»

Se levantó sin pedir el postre ni una copa, Violeta se temió lo peor (solo que no podía imaginarse qué sería). Subieron a una barca estrecha, con antorchas a proa y a popa, que se adentró en las aguas para enseñarle el espectáculo final: la infalible caída del globo de fuego en la caldera: el escenario casi viviente que precedió al hombre millones de años y que seguirá aquí cuando la humanidad se agote en una memoria despreciada. Violeta apoyó la cabeza en el pecho del

Bastardo, eran las disculpas que no le salían con palabras. Y se juró que era la última recaída, que iba a disfrutar del interior confortable de la esfera trazada por las posibilidades del dinero; a una orden suya los maikus arrancarían un delfín del agua, le cortarían el lomo y resucitarían el sabor de la carne sobre una parrilla; incluso el poderoso mar, reducido ahora a un juego deslizante de sombras sangrientas, se revelaba como un repositorio de sus deseos. Convocó a las niñas del servicio untadas de cieno y no llegó a sentirse mal. ¿Cuál era el lastre de la vida de los ricos? ¿Un poco de hipocresía? ¿Eso era todo? Podía soportarlo perfectamente.

Salieron de la barca abrazados y se fueron directos a la pequeña suite. Estaba tan excitada que sentía el alma moviéndose bajo la piel. No le hubiese importado que le mordiese la boca allí mismo, pero el Bastardo no la tocó; preparó un par de copas, se desabrochó la camisa, se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. Le envolvía una luz verdosa.

—Violeta, cuando dijiste «¿Y si un día no puedes permitirte?» ¿en qué estabas pensando? Podemos permitirnos cualquier cosa que imagines.

Le dejó un espacio para que respondiera, las palabras no le salieron, era sencillamente demasiado complicado explicarlo.

—El dinero no tiene fuerza, no tiene carácter, si lo tienes es tuyo, está completamente a tu merced. Mira.

Sacó un billete de quinientos euros, lo sostuvo en alto.

—Tíralo por el váter. Está indefenso. Nadie va a pedirte explicaciones. Es tuyo. Hay mucho. ¿Te atreves? Atrévete, vamos.

El Bastardo lo dejó volar desde su mano y Violeta se arrojó al suelo como si aquel pedazo de papel rosado fuera el emblema de todo lo que había echado de menos, de todo lo que podía faltarle un día.

—Llévate estos también.

«Fue sacando billetes de doscientos euros de la cartera, los arrugaba en una pelotilla antes de lanzarlos en direcciones distintas. Me sorprendí saltando como una perrita, no dejé escapar ni uno, entré en el cagadero con la cosecha entera.»

Violeta se inclinó y miró fijamente el agujero, la boca del túnel que conduce a la fosa séptica, el purgatorio de la inmundicia; una garra fría retenía el brazo con el que sostenía las bolitas y un calor temerario la impulsaba a desprenderse del cargamento.

«Cerré los ojos y los arrojé dentro, pulsé el botón de la cadena; me imaginé metiendo el brazo en el agujero hasta el codo, solo que lo hice de verdad, y aun así solo logré salvar uno; lo escurrí con fuerza, comprobé que el agua no lo había estropeado del todo. El dibujo estaba borroso, pero visible, y era el de quinientos: mi día de suerte.»

Volvió al dormitorio con aquella porción de ¿poder?, ¿esperanza?, ¿estatus?, ¿libertad?, ¿valor?, apretada contra el pecho. Y el brazo empapado de agua de cisterna.

—No has podido. No te atreves.

—Solo he salvado uno.

—No has podido. Te domina él a ti.

«No alteró la voz, no sonó triste, ni como un reproche, lo que me dolió fue la mirada fría, convencida de su derecho a juzgarme.»

—No te preocupes. Estás empezando. Mejorarás.

Violeta sintió arder en sus venas litros de una alegría de la que nadie le había hablado. Se

despertó resacosa, se despertó avergonzada, prefirió hablarle de la hinchazón que notaba en los pechos con una voz agradecida, se sentía segura entre los síntomas corporales; regresaron al bungalow cansados y en silencio, el Bastardo con una sonrisa inmaterial y Violeta tratando de acostumbrarse, como la lengua que lame cien veces la encía en busca del molar recién arrancado, a un interior vacío del miedo preventivo a despilfarrar.

«Y era cierto: ni siquiera empezábamos a gastar.»

Violeta acompañó la frase con un gesto estudiado de la cabeza. Media hora antes tú salías corriendo a la caza del Bastardo, mientras yo entraba en el piso de los Pujol-Cruells con el móvil preparado por si me encontraba con una mujer herida o muerta. Me fui directa al comedor y en el centro de una *estesa* de platos y jarrones rotos descubrí a mi vecina vestida con una blusa y pantalón tejano.

«Eres tú. Menudo mes os hemos dado.»

Me miró con unos ojos que tardaron medio minuto en modular la fiereza en un sosiego calculado. Ni rastro de lágrimas.

—Te ayudaré a recoger.

«No, no, por favor. Mañana vendrá alguien, siempre viene alguien a recoger lo que rompemos. ¿Estás bien?»

La sirena de una ambulancia berreando Balmes abajo me había sobresaltado; lo preguntó con el tono condescendiente con el que se habla a una trastornada, a una criatura más débil, con quien no te queda otra que armarte de paciencia.

«Pero siéntate, creo que te debo una explicación. Me llamo Violeta, pero todos me llaman Violet.»

—Clara...

«Montsalvatges, sí, lo sé, lo sé... No pongas esa cara, lo miré en el buzón. Sé que tienes un hermano escritor y una hermana activista... Es natural preocuparte por quiénes son tus vecinos, esta ciudad está llena de tarados...»

Obedecí y me senté, supongo que estaba demasiado cansada para escapar; Violeta se arrancó enseguida, y es muy difícil sobreponerse a la curiosidad por lo que viene a continuación.

Violeta intentó prolongar la atmósfera del viaje, era como si cada respiración que daba en Barcelona le sustrajese una pizca de la abundancia conquistada. ¿Y si el Bastardo se había aburrido? No reconocía ninguna de las señales que emitían los muchachos insatisfechos de Vorablau, pero tampoco le habían entregado un manual de instrucciones para tratar a un hombre como aquel. Y la entiendo, ¿cómo prever qué semillas madurarán? Tú tampoco viste venir que pretendía largarme.

«En el aeropuerto me pidió que me fuese a vivir con él, me entró una vena de independencia y le dije que no. Comencé a pasar días y noches enteras en su casa, espaciosa como un castillo, con portera y piscina, colgada sobre una placita aromatizada por naranjos. Abandoné las clases, empezó a darme coraje que lo pagase todo, se sacó del bolsillo dos tarjetas de crédito como si pretendiera mejorar la nueva versión de una historia que ya había vivido.»

—Lo mío es tuyo.

Le preguntó de cuánto crédito disponía, cómo esperaba que las usase, si era otro de sus juegos mentales.

—Si vacías una puedes recurrir a la otra, si vacías la segunda... supongo que tendrás que

esperar a principios de mes como todo el mundo.

Violet encajó la cifra del crédito de la primera tarjeta con una risa agresiva que el Bastardo desistió de interpretar. Se recordó de niña aprovechando que la tarde de los sábados la dejaban sola para husmear en el armario de sus padres; en las manos llevaba la joya de la corona: la colección de libretas de La Caixa, sujetas con una goma de pollo, el registro fósil de la economía de sus padres (y la suya) desde que se independizaron: certificados de buen comportamiento. Le gustaba recorrerlas de punta a cabo siguiendo las oscilaciones del saldo, que se elevaba por encima de los dos mil euros con la entrada de los ingresos del bar y se desplomaba cuando recibía el ataque combinado de la luz, el agua y la cuota de la hipoteca, si bajaba de los mil lo consideraba una dejación de Juan. Parecía un juego, pero ¿qué valdría ante sus amigos y su primín si un día los gastos superaban los ingresos? Se puso a vigilar el saldo, durante años vio crecer unas docenas de euros al mes el perímetro de lo que podían permitirse, la ropa que podían comprar, lo lejos que podían viajar, los errores a los que tenían derecho; los 53,20 euros de la semana de su nacimiento suponían una cuchillada en el ojo de la mente.

Las libretas jamás rozaron lo que aquel rectángulo de plástico le permitía gastar en un mes. Sabía lo que Juan diría de aquel tren de vida, pero no podía imaginar su reacción al enterarse de que estaba al servicio de su hija. Se convenció de que si había cambiado de número de móvil y llevaba cuatro meses sin hablarles era porque su nueva situación los convertía en pobres, ¿cómo iba a frecuentarlos sin herirlos? Pero había algo más: la paralizaba de terror anticipar en qué estado encontraría a su madre.

«El Bastardo disfrutaba de nuestra convivencia como una bestia alegre, así que descolgué el videoportero convencida de que había vuelto a dejarse las llaves. No estaba preparada para reconocer al hombre que mejor conocía en todo el interminable universo: la criatura bajita, con aquel pelo que le nacía justo encima de las cejas, y nuestra cara Mancebo de pan de kilo.»

Soltó el interruptor como si quemase, lo imaginó subiendo las escaleras de dos en dos: el muchacho que se levantaba a las cinco de la mañana para tratar con los proveedores, el marido que se iba hasta la zona alta del río a recoger berros para la ensalada, que pelaba la naranja en una única tira elástica para que su hija abriese los ojos de pasmo, el padre capaz de negar que Australia era una isla para demostrar que el profesor de Geografía era un ignorante, el tirano que les impuso la presencia de un lebrél color bermejo, el mismo perro por el que las dejaba plantadas algunos sábados para perderse por el bosquecillo y del que tuvieron que hacerse cargo cuando se cansó.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? ¡Me espías!

—¿Detectives? No, lo he averiguado yo solo. No es complicado si quieres a alguien. Y tu padre te quiere. Nunca te dejará sola.

—Soy mayor de edad.

—Las personas adultas no desaparecen meses sin avisar con su madre enferma...

—¿Qué quieres que me pase?

—Cualquier cosa, enciende ese pedazo de televisión y compruébalo: dedican programas enteros, a todas horas... Violeta, no discutamos, esta vez no hay vuelta atrás, llevamos una semana de pesadilla en el hospital, no me digas que no has visto las llamadas...

El Bastardo la encontró sola, jugueteando con una de sus Leicas. Violeta le contó una versión ofensivamente concentrada de la enfermedad de su madre. Le fastidiaba que la convivencia la obligase a revelar aquel sustrato de su vida, era complicadísimo no pasar por una hija

desagradecida. Tampoco ayudó que el Bastardo la escuchase como si le empujasen a pisar un suelo recién fregado. Era su suegra, no podía tomársela como un contratiempo; se dejó llevar por una marejada de rabia y se sorprendió proponiendo la solución que menos le apetecía:

—¿Vas a acompañarme?

—Mañana tengo que conducir hasta Alsacia...

—Quiero ir ahora mismo.

—Acabas de decirme que los médicos le dan dos meses. No va a morir este fin de semana.

—No me acompañas. Ya está, era una pregunta informativa. Ahora tengo que organizarme. Arc de Triompf está en obras y los autobuses salen desde...

—Violet. No vas a ir en transporte público. Te llevarán en taxi.

—Eres idiota. Te pasas la vida viajando y no sabes nada de geografía. Te costará doscientos euros.

—¿Y qué?

El Bastardo rebajó la tensión grosera de las palabras de Violeta y las resituó en un marco práctico. Pero había vuelto a calcular el área de lo posible con la vieja aritmética que trazaba líneas rojas a partir de cien euros. Le convenía algo de brega para soltar los nervios y aquel pasmarote le ofrecía serenidad y una sonrisita que casi olía a condescendencia.

—Ya hablaremos.

La suave conducción del Bastardo la había desacostumbrado a la brusquedad con la que arrancó el taxi; recorrieron el decorado vacío y gris de la ciudad, y se tomó los escasos locales abiertos como una desconsideración personal. Salieron de la Ronda, las farolas iluminaban lonchas de arena invernal; por la misma ventanilla donde se sucedían la oscuridad y los árboles domesticados de la Riera apareció el ambulatorio nuevo: ventanas tapiadas, pintadas en las paredes que fluctuaban entre la insurrección y la escatología, tumultos de desperdicios.

—Lleva un año cerrado. Se secó el presupuesto.

La estructura le recordó a un árbol cuando se retira la savia: materia entregada al deterioro. Vio dos sombras como premoniciones de yonquis, ahí no podía quedarse. Le pidió al conductor que la llevase al hospital viejo, el taxímetro sobrepasó los ciento cincuenta euros. Al rodear la glorieta cayó una cortina de agua, metió la mano en el bolso para asegurarse de que llevaba el paraguas y comprobó que iba sin cartera, sin tarjetas; ni siquiera se había acordado del móvil.

La recepción también estaba en obras, se había prometido no llorar, pero las lágrimas que soltó al apoyar las manos en el mostrador activaron la antigua ruta de las mujeres sensibles; le indicaron con buenas palabras dónde estaba su madre.

«Solo que no podían tenerla allí. Era un maldito pasillo. Me convencí porque el tipo que me abrazaba era Juan. Aproveché la abertura de la confianza para pedirle que bajase a pagar el taxi, fui muy cuidadosa y antepuse el compromiso de devolverle el dinero mañana mismo. En la manera de contraer la cara reconocí el estrecho círculo de cálculo donde giraba el pensamiento de mi padre.»

—Ese chico tuyo, no me digas que te ha metido en un taxi sin el dinero para pagarlo. ¿No ibais en serio?

—Me he subido yo sola en el taxi y el dinero que me he dejado es mío...

—Sí, ya.

—Está de viaje, joder. ¿Quieres ocuparte de ese taxi!? Todo el mundo tiene doscientos euros

en la cuenta. ¡Incluso tú!

Violet vio bailotear cifras inferiores a doscientos euros en las libretas; apenas recordaba tres o cuatro, pero ¿cuántas veces estaban a 632, a 475, a 398? Y aunque el saldo remontase por encima de los dos mil euros el sacrificio que le pedía era mayor de lo que el viaje a la isla de las maravillas le habría supuesto al Bastardo. Se puso a buscar un puente de palabras conciliadoras que pudiesen cruzar juntos, pero Juan se dejó traspasar por aquel fluido venenoso como si fuese un desprecio neutro, sin destinatario.

—Vamos. Te vienes conmigo a pagar. Y luego te quedas con tu madre, te quedas un buen rato.

En el ascensor la informó de que esta vez el cangrejo se había agarrado a la médula, a su conciencia no le quedaba ya ningún sitio donde esconderse.

—Pero no vamos a perderla. La conservaremos aquí, hay sitio de sobra. Será su nueva casa.

Violet vio a su padre en el espejo, señalándose la cabeza con el dedo; no era tan sencillo relacionar aquel reflejo verdoso y metálico con el padre vitalista que le daba gajos ácidos para ver cómo el sabor le arrugaba la carita, que la obligaba a reír como una bestia alegre con sus caricias de barba.

«¿Vivían también los abuelos en su cabeza? Ya no celebrábamos sus cumpleaños, ¡ni siquiera se acordaba de la fecha! Juan era otro tío muerto de miedo prometiendo lo que no podía cumplir, un bravucón al borde del desastre, incapaz de asimilar las tres décadas de viudo que le quedaban por delante.»

En cuanto salió del ascensor la imaginación le volcó encima la escena completa de lo que vendría después: el conductor habría dejado el taxímetro en marcha, y Juan apelaría a un intrincado código de honor para reprochárselo, dispuesto a pelear por una rebaja de quince o cinco euros.

«No me vi capaz de afrontarlo, le dije que se las arreglase solo, que me volvía con mamá.»

La enfermedad llevaba tanto tiempo con los Mancebo que ya ni recordaban cuándo había empezado. Pero algunas escenas solo podían pertenecer al periodo sano de su madre: riéndose de Juan cuando decía que llegó a Barcelona con un churrusco de pan bajo el brazo, cocinando migas envuelta en un pareo rojo, mezclando las palabras catalanas que oía en la calle con su particular sustrato castellano que contemplaba «apencar» y «empingorotados» y «estrellinas» (Violeta recordaba el color de la tarde que fusionaron «botijo» y «càntir» en una expresión fonética más precisa: «cantijo») y la fabulosa «alquitrancia.» Al principio hablaban del cáncer como si fuese un resfriado, algo que se coge por los pies, y que peor sería si lo hubiese agarrado Violeta; la escandalizaba que una enfermedad así escogiese la puerta de su casa para marcarla. Después superó el drama que le pedía el cuerpo y aprobó por primera vez todas las asignaturas en junio; era una entereza fingida, pero cuando el estado de ánimo se prolonga y se actúa a su dictado ¿qué más dará que no lo sintamos, que se abran grietas a cada paso, qué termina por valer la discreta disidencia interior?

Juan decidió que los médicos se equivocaban, puras exageraciones, daba igual que su voz cálida de madriguera se estrechase en un gemido, que la carne se le volviera morada, que le flaquease la energía... se trataba de un conjunto de dolencias casi inocentes que si parecían más graves era por su resistencia a obedecer los consejos improvisados y cambiantes que se le ocurrían: si se despertaba demasiado tarde, si no dormía la siesta, si dejaba las ventanas abiertas, si tomaba las medicinas un cuarto de hora antes o después, si se olvidaba de comer pescado...

—Y levanta ese ánimo de una vez, con esos pucheros no vas a vencerla, si no estás optimista

cómo te vas a curar.

«Le tendía trampas y mamá no las superaba, pero seguía convencido de que estábamos al borde de una mejoría definitiva. El plusmarquista mundial del negacionismo. Su entusiasmo era depresivo.»

La esperanza de que el cáncer fuese un episodio transitorio en la historia de los Mancebo se disipó en una serie de mejoras seguidas de recaídas y empeoramientos: la enfermedad fue segregando salientes de carácter que se incorporaron a la manera de ser de su madre, que ya no era posible separar de ella. Violet la juzgaba de reojo: le disgustaba su indolencia, la risita vacía que estallaba sin motivo, que fumase tantos porros en casa... Violet apartaba estas ideas a manotazos, pero si coincidían un día que la madre no podía disimular con sonrisas y frivolidades la desesperación que se iba acumulando a Violet se le pegaba en la garganta una vergüenza que no se le iba en todo el día.

«Me arrojé sobre la universidad como una tocina sobre una charca de barro fresco.»

Cuando volvió a entrar en el ascensor del hospital no le disgustó la idea de quedarse unas horas encerrada entre dos pisos; la disuadió el quiste amarillento que a su compañera de cabina le impedía cerrar el ojo. El espejo le devolvió una versión mortecina de la chica que en la isla logró que manase la luz que desde niña sabía que ocultaba en su interior, capaz de dorar sus recuerdos y las personas que los habitaban.

«Era el mundo de siempre, y yo seguía siendo su prisionera.»

Cuando Violeta se instaló en Barcelona inventaron una manera de estar juntas más profunda que las llamadas de teléfono. La complicidad femenina venció las reticencias iniciales de Juan: acudieron al chiringuito de un tatuador cerca de la playa, la intervención le dolió más de lo que le prometieron, pero al terminar su brazo lucía un sistema de venas nuevo con la forma de una cruz ansada, el viejo truco egipcio para retener la vida, la misma figura que se había inscrito su madre en la nuca. Le parecía increíble que aquella tinta sometida al movimiento del bíceps se quedase con ella hasta que se consumiera la sustancia mental. Su madre la invitó a una cerveza fresca frente al mar. Sintió un ahogo de orgullo, la plenitud de ser útil, y también que el dolor era la experiencia más estéril del mundo; estaba bonita con el pelo corto, le crecía con esa fuerza afanosa de la vida que tanto se parece a la rabia.

Su relación se volvió silenciosa, aunque sería más justo decir que se refugió en el tacto; cerraban la puerta por un pudor inexpresado hacia el padre y el marido y pasaban tardes enteras abrazadas en un cuarto caldeado por sus respiraciones y la temperatura que desprendían los cuerpos. Las veces que se había dormido en su regazo mientras Violeta vigilaba los progresos de la luz en la pared blanca parecían escenas sumergidas en un tiempo blando, regido por leyes más amables, dispuestas a permitir que la carne de la madre absorbiese de nuevo la de Violeta para afrontar juntas, en un cuerpo sano, los primeros síntomas de una enfermedad que esta vez no las cogería desprevenidas.

«Era un juego, solo que no era solo un juego, y se trataba de mi madre.»

Mientras se abrían las puertas del ascensor Violet se convenció de que iba a ponerse bien, de que las cruces trazaban una circunferencia que la muerte nunca se atrevería a traspasar. ¿Y no es así como funciona el cerebro? Anticipa problemas cuando todo va bien y se da esperanzas cuando nada puede arreglarse.

No la tenían en un pasillo como se temió al principio sino en un cuarto de paredes tan desnudas que no podías quitarte de la cabeza su dimensión geométrica: una caja rectangular y

cuatro personas agonizando a ritmos distintos. Lo primero que vio de su madre fueron las manos, le temblaban, ¿era posible que estuviese mal sedada? Casi sonaba justo que les dieran prioridad a los cuerpos capaces de ofrecer más resistencia.

«Los nervios le agitaban el párpado. La nariz se me llenó de olor a metano. Cualquiera podía irse de vientre, pero el matiz familiar me convenció de que era mi madre. La abracé con suavidad para darle la vuelta sin despertarla y vi entrar a Juan con la cabeza gacha, seguía *remugant* contra el taxista. Nunca pelea para ganar. Pelea porque sabe que perderá de todas maneras.»

—Es mamá. Se ha cagado.

Juan salió a buscar a la enfermera y volvió de vacío, repitió cuatro o cinco veces la operación y el primero con quien se tropezó fue un chico con un exceso de turnos acumulados, demasiado joven para no sentir el tirón de irse a casa y acostarse de una vez.

—*Ens farem càrrec, cinc minuts.*

—Nada de «ens», te harás cargo tú y será ahora mismo.

«Mamá abrió los ojos y preguntó qué pasaba, “¿Qué pasa?”, igual que una niña recién salida de un sueño.»

—*Veü com no està tant malament. Cinc minuts.*

Si algo he aprendido en la Casa de los Cuidados es que a las preguntas de una enferma desorientada se puede responder con un apretón de manos y un beso en la frente, pero Juan llevaba una semana durmiendo mal y con los nervios recorridos de impotencia desde ni sabía cuándo, se limitó a mirar con odio el vacío que dejó el enfermero al retirarse. Ni siquiera se acercó, le bastaba con el hedor que salía de las partes bajas de la chica con la que había conducido hasta Barcelona en un coche alquilado, tocando la guitarra, durmiendo en moteles y campings: la chica a la que había prometido querer y proteger. Aguantó quieto y arqueado en el banco (como si sostuviese entre el pecho y la barriga un estupor vejatorio) tres cuartos de hora.

—Se terminó. Nos vamos. Los Mancebo somos pacientes, pero nadie nos torea.

—¿Y adónde quieres ir? Es el único hospital que puedes permitirte, es el hospital para nosotros.

—La cuidaremos en casa, los médicos la han desahuciado.

—Deja de hacerte el machito. No podemos hacernos cargo.

—Eres un cobarde. Solo sabes obedecer. Y no uses ese plural. Yo me haré cargo. Tú puedes volver con tu niño bonito. Si los autobuses ya no son lo bastante buenos para ti te adelantaré para otro taxi.

—¡Está cagada!

—Llévala al baño y lávala. ¿Te da asco? Es tu madre, eres su hija. ¿Sabes la de veces que te limpiamos el culo?

«Como si me hubiese importado lavarla todas las veces anteriores. Ni siquiera le pregunté cuántas se había ocupado de mis pañales. Lo que estaba en juego era la comodidad de mi madre, el piso no estaba equipado, ¿quién iba a cocinar, prepararle la cama, vestirla... mientras Juan entraba y salía desbordado por la situación? Se quedarían sin pescado, se quedarían sin toallas limpias. Me apenó no ser un chico, ofrecerle algo de adrenalina a la que pudiera imponerse y después razonar con él.»

—La lavo y nos quedamos.

La levantó a la tercera, pesaba poco pero la ponían nerviosa las miradas de los otros

pacientes. Entraron en el baño, la sentó en la taza para minusválidos, le costó un horror apoyarle la espalda sin que resbalase.

Al salir Juan las esperaba con una silla de ruedas confiscada bajo el permiso de su indignación.

—Nos vamos. A ver si aprendes que la modestia es un taburete para que apoyen los pies. Y deja de hacerte la preocupada, tu padre tiene dos manos, me ocuparé siempre de mi princesa. ¿Cuándo os ha faltado algo? Una casa con bancal, cerca del mar... Cómo te imaginas que son las otras vidas; cómo mierdas te imaginas que son. He pasado una racha... cosas que no tienes por qué saber, pero vuelvo a estar a los mandos.

«¿Por qué no telefoneaba al Bastardo y le pedía que se hiciese cargo? En el ascensor me hundí en esa pregunta: había oído hablar de clínicas fantásticas donde la muerte llegaba como una serena anestesia. ¿Cómo no iba a poder pagarla si me había regalado aquel viaje? ¿Orgullo? ¿Pundonor? ¿Estupidez? ¿Desconfianza? Nada de todo eso y todo al montón, pero lo que me dominaba era la cobardía. Porque hay reglas, siempre las hay. Y no quería averiguar que había dinero para tirar cagadero abajo, pero no para una moribunda; que el poder benéfico de la *pela* no cubría a mi madre. No podía permitirme un cabreo serio con él, así que preferí quedarme con la duda antes que recibir una negativa en plena cara, densa como un escupitajo.»

—*On va amb la cadira?*

—Ayudarme es lo que tendrías que hacer. Podría ser tu padre.

—*El meu pare no ho faria mai, això. Em fotran bronca, venen aquí i no respecten res.*

—¿Cómo que venimos *aquí*? Mi familia lleva *aquí* desde antes que tu padre se afeitase. No voy a llevarme la *cadira*, ¿qué quieres que haga con una *cadira*? Dejo a mi mujer en el taxi y ya te la puedes meter por el culo.

—*No tenen educació... Les normes són per tothom.*

—Estás deseando llamarme fascista. ¿Y sabes qué? Por vuestra culpa el aire está irrespirable. Por vuestra culpa se van las empresas. Por tu culpa se está muriendo mi mujer.

Los primeros días en Vorablau Violet los dedicó a convencerse de que su madre estaría muerta antes del verano, pero dobló el cabo del curso, y las constantes fijas del calendario (la feria, el aniversario de Juan...) la ayudaron a imaginar al detalle un mundo vacío de ella. También superó viva la fecha en la que subían juntas la loma en busca de las primeras *girgol·lines*, recogían capazos porque es fácil encapricharse de una flor hermosa, pero qué orgullo enamorarse de una campanilla viscosa de color anodino. Entre las dos convirtieron la excursión en un rito: se vio de niña escalando medio asfixiada de emoción, revolcando sus pechos nacientes sobre los tréboles en la edad de la transformación, con veinte años recién cumplidos y riendo las dos con flores en el pelo, y disculpándola con un gesto cariñoso cuando la madre le indicaba con ojos fatigados que era incapaz de seguir el ritmo a la hija que Vorablau ya no podía retener. Desde que se instaló en Barcelona faltaba a su cita con las *girgol·lines*, se decía que recuperarían la costumbre cuando el amor y la treintena acabasen de madurar su cuerpo, pero era el primer año que no se sentía culpable, su madre no podía dar un paso y dependía de ella: la vestía, le daba la comida, la cambiaba, la entretenía. Juan se las arreglaba para pasar fuera el día entero, ni siquiera cuando la sorprendía agotada de tanto masajear las piernas de su madre para reanimar la circulación encontraba la paciencia para sostenerle sobre la frente una gasa húmeda. Aun así se consideraba a cargo de todo, en cierta manera Violeta admiraba la retorcida habilidad con la que su padre se situaba en el centro de la escena, como si el verdadero perjudicado fuese él. Y se conmovía

cuando la luz de su habitación no se apagaba en toda la noche, y si lo descubría saliendo de puntillas hacia el bancal o el bar: todo era huir.

«Coqueteaba con instalarme en Vorablau, quedarme al frente del bar. Son tan atractivos los sitios donde te necesitan...»

Los médicos le prometieron que la morfina la mantendría flotando por encima del dolor, y era cierto y era mucho, porque de una recaída a otra el dolor se le olvidaba, y entonces la rabia la empujaba a tirar la comida al suelo y le encharcaba la boca de palabras amargas; pero bajo la insensibilidad artificial de las drogas el sufrimiento seguía trabajándola: moratones, calambres fríos, llagas; tensaba su cara como si la calavera tuviese prisa por librarse del envoltorio de la piel. La comunicación se volvió muy difícil, al final de una noche de agitación perdió la voz: apenas lograba expresarse con el juego de los ojos, pero cada día convencía más a Violet de que se trataba de resortes emocionales desprendidos de un centro rector, sensaciones (sueño, calor, prurito) que giraban traccionadas por una rueda mental de incomodidad y alivio, y como siempre fue friolera Violet le calentaba la ropa y las sábanas para que no sintiese el aire que se colaba por el cierre ineficaz de las ventanas.

«La enfermedad la había alejado de todas sus amigas, ya ni siquiera pertenecía a Juan, era coherente que terminase separándose de sí misma. Pero el cuerpo aislado de mamá empezó a darme miedo, para retener algo de familiaridad volví a acostarme con ella. Más que las piernas consumidas o el calor que seguía transmitiendo el cono del pecho me sorprendió reconocer entre los dedos el olor a Ducados, pese a los años que llevaba sin fumar.»

Y también pudo pensar en ella con más libertad, había demasiado de fantasía en la mujer alegre y bondadosa en la que se había forzado a creer. Se enfurecía y la trataba con altanería y podía ser desdeñosa (una vez la llamó bestia estúpida), le hacía daño de tanto estrecharla y besaba a mordiscos. Siempre estaba demasiado cerca o demasiado lejos, desconocía la distancia justa. ¿Qué habría sido de ellas si la enfermedad no les hubiese procurado un marco donde se sentían coaccionadas a respetarse y quererse?

«Lo que me despertó fueron unos trinos en la ventana, pero enseguida fui al cuarto a cambiarla; es cierto que el color estaba más repartido por la cara, pero en tonos insulsos, sin relación con el auténtico impulso de la vida. Salí de la habitación a calentar algo de ropa, me encontré la encimera llena de platos sucios, migas, restos de grasa. Juan se había homenajeado con un banquete nocturno. Cuando oí el grito dejé caer la bandeja y entré corriendo en el dormitorio; lo que quedaba de mi madre señalaba el espejo y berreaba, el brazo parecía sostenerse en el aire por el impulso del chillido. Intenté llevarme el espejo y fue como si el grito quisiera partirla desde dentro. Calculo que estuvimos así una hora, hasta que se dejó caer y respiró con fuerza durante quince minutos; me había sentado en el suelo y no sé qué aspecto tenía. Cuando me incorporé la plasticidad se le había retirado de la cara: carne sin facciones, no sé explicarlo mejor. Le di la vuelta y nuestra cruz seguía allí, deformada por las arrugas del pellejo, le susurré al oído que por mucho que nos amásemos no podía llevarme con ella, que era una promesa de vivas. Salí de la habitación y calenté ropa y se la llevé y le fui poniendo las prendas encima porque ahora estaba fría de verdad y pensé que quizás la ropa estaba demasiado tibia y volví a calentar la ropa pero esta vez mejor, y de tan caliente que estaba olí el vello chamuscado y supe que mi padre regresaba porque lo oí canturrear desde la calle y saqué medio cuerpo por la ventana para gritarle que no se acercase y me puse a cepillarme el pelo como me lo cepillaba ella de niña y con la prisa de la infancia solo pensaba en escapar de mi madre, así que empecé a

acariciarme el muslo despacio para amansar el tiempo y que no se diese cuenta de lo que había roto. La escena completa era un fraude: la hija había cumplido treinta años y aquel cadáver era su madre, y entonces Juan nos interrumpió y me derrumbé y le grité que se hiciese cargo de la muerta porque yo no podía más.»

Pero claro que podía más, el mundo siempre tiene más para nosotros.

«Tuve que llamar al hospital, firmar documentos, regatear cuanto pude para impedir que Juan montase una escena. Se limitó a firmar la factura y a darme las instrucciones manuscritas de mi madre para el funeral. Corté yo misma un ramo de *girgol-lines*, la ladera estaba llena de desperdicios: latas, condones, lo de siempre.»

Se suponía que los Mancebo eran ateos, por lo menos la clase de agnósticos que se incineran en una suave disidencia, pero la madre se decantó por una ceremonia católica.

—No pienso ir a esa representación. Tu madre se volvió creyente al final, se conoce que le entró miedo, ¿y qué te ha dicho siempre tu padre de tomar decisiones como una temerona?

—¿No puedes ir por ella?

—No seas supersticiosa. Ella no está ni ve a nadie. ¿Por qué no le pides a tu novio que me sustituya? No me digas que sigue de viaje de negocios, le ha dado tiempo de dar tres vueltas al mundo. Al menos tu padre estará apoyando aunque se quede en la puerta de la capilla.

«Formulada en otro tono era una pregunta de las buenas. El Bastardo me propuso varias veces venir a visitarnos, pero ¿cómo encajarle entre los sudores de mamá y los miedos de Juan? No conocía a su familia, pero costaba un horror relacionarlos con la mierda. También me convencí de que era una crueldad perturbar las últimas horas de convivencia de mis padres con la presencia de un desconocido, ¿de qué no nos convenceremos? A veces pienso que la vida va de ver hasta dónde llegamos en el juego de falsear el mundo hasta convertirlo en algo que los otros puedan soportar. Pero claro que le imaginaba irrumpiendo por sorpresa para sacarme a bailar. Se redujo a una voz serena al otro lado del teléfono, las conversaciones no eran gran cosa, había prometido quererme pero el salero no se puede improvisar.»

Si el Aston Martin causó impresión en el centro de Vorablau, al entrar en el tanatorio y saludar de uno en uno a los primos como si los conociese al dedillo el Bastardo recuperó el carisma de las primeras semanas. A Violeta le pareció más septentrional que nunca entre aquellos Mancebo que crecían en el norte como plantas sin arraigo, con marcas en las muelas y en el tamaño de los huesos, legados por siglos de esfuerzo y mala nutrición.

La ceremonia fue deprimente, la siguió medio en trance. Juan los esperaba tan cerca de la puerta de la capilla que tuvieron que pedirle que se apartase para poder salir; una porción compacta de vida indefensa ante los movimientos del mundo. Contuvo la respiración mientras los presentaba, los dejó solos para unirse a un revoloteo de primas.

«Me pregunté quién ganaría si llegaban a las manos por mí. Me apetecía ver esa pelea de verdad, no hubiese movido un dedo por evitarla.»

Juan se pasó la comida enfurruñado en un rincón con varios flancos abiertos: enfadado con la madre por dejarlo solo en el embrollo de la cincuentena, con el cura por su desidia (se hizo explicar la ceremonia entera), inquietísimo con el Bastardo e indeciso sobre si un día así debía suspender los litigios abiertos con sus cuñados.

«Tampoco aprovechó la *paradinha* que el Bastardo nos dedicó antes de ocuparse de la cuenta. El demonio de la roñería le pudo incluso durante el banquete fúnebre de su mujer. ¿En qué iba a gastarse el dinero, en pintar el bar? Era un día para sentir piedad, pero me pasé el resto de la

tarde esquivando a mi padre.»

Le agradeció al Bastardo la visita y le pidió que no se quedase a dormir. Vencidos por una ley estipulada a medias entre la sociedad y la resistencia física los primos fueron abandonando Vorablau, incluso la última de las tías se despidió y los dejó a solas. Se tropezó con Juan en el salón, entre tumbado y arrojado en el sofá. Violet tampoco quería hablar de mamá, y el Bastardo era la otra emoción del día.

—Se ha pasado por aquí amasando la bolita de modestia como un escarabajo pelotero, pero tieso como un palo... Demasiado catalán para ti. ¿Y qué te ha dicho siempre tu padre de esa gente? Que a los catalanes con una flor en la boca y un cuchillo en el culo.

—¡Soy catalana!

—¿Ves? Ya estamos. Tu madre también salía con eso de que catalán es quien vive y trabaja en Cataluña. ¡Quien vive y roba en Cataluña! Tu madre no sabía lo que decía. Me pasé la vida protegiéndola. A mi lado desde los trece. Vivió como una ingenua y ha muerto como una ingenua. Y tú... Nunca te dejarán ser como ellos. Serás catalana para las obligaciones, para pagar impuestos... te tolerarán si cumples con sus fiestas y celebraciones... pero pobre de ti si te desvías de lo que toca en cada momento.

—Puedes pedirme que me quede en Vorablau.

—No seas temerona. Vete con él si te apetece. Si no vigilas te maleará, pero no tiene por qué malearte. Los Mancebo no somos temerones. Ten, coge esto, te protegerá.

Los dedos de su padre sostenían un brillo circular de plata.

—Me dijo que cuando pasase... lo que ha pasado... sería para ti. No pongas esa cara. Claro que no te lo contamos, a ver si te pensarás que no teníamos secretos, ¡una habitación llena!

«Me convenció porque tampoco él llevaba puesta su alianza. Esa noche me quedé a dormir y soñé con el funeral, el cura repetía: “No llores si ya se le cierran los ojos, tarde o temprano volverás a verla, su dolor tendrá fin, en la fiesta final del universo renacerá el amor”, abrí los ojos y sentí el vientre vacío, un espacio donde algo podía crecer. Los faros de un camión tempranero pintaron el techo de un amarillo pegajoso; eran las cuatro y media de la mañana y no volví a pegar ojo, ni siquiera lo intenté.»

El taxi que pasó a recogerla desprendía un denso olor a cuero; el trayecto hasta Barcelona lo conocía demasiado para que la distrajera: la luz oprimiendo las huertas, las vasijas gigantes de la química, la cala arenosa encajada en un codo de la escarpadura, el pueblo que seesteja bajo el *penyasegat* alimentado apenas por un restaurante con mirador, las velas de dos embarcaciones preciosas como emblemas o consignas de la libertad que procura el dinero; todo bañado por la extensión húmeda más prodigiosa del sistema solar. Así que pudo concentrarse en cuajar la sensación que supuraba de su ánimo: no le apetecía verle más. Manejó la ocurrencia como una navaja abierta hasta que sonó el móvil. La voz del Bastardo le llegó igual que el tamaño de las manos, la aspereza del pelo y el olor de su cuerpo: una materialidad incontestable.

—Quiero que vengas a dormir a casa. Que te instales aquí.

—Ni siquiera conozco a tu familia. ¿En qué me convierte eso? No es justo.

—Las cosas han ido así. Pero ahora ya he visto a los Mancebo, lo arreglaré para que conozcas a los Masclans. Sí, ya va siendo hora, no tengo nada que ocultar.

El Bastardo se había protegido de las intentonas exploratorias de Violeta con una de esas falsedades («ya los conoces») que resultan ser ciertas: era verdad que Pere Masclans aparecía a

diario en el periódico y que de niña Violeta ya le veía asomar por el televisor; una vez incluso lo tuvo a pocos metros, fue durante un concierto de rumbas (aunque hacia el final, y a petición del público, los músicos tocaron canciones flamencas con un leve bochorno que presagiaba la condescendencia que Violeta encontraría en la universidad). Debían ser las fiestas de Vorablau, porque habían instalado las carpas y su madre iba vestida con un elegante vestido de flores. Apareció antes de que el concierto llegase a la mitad, no era una pausa ni una interrupción, y todos entendieron que era imposible seguir sin su permiso expreso. La madre le advirtió de quién era aquel señor alto y de pelo pajizo con una emoción que combinaba mal con el desprecio que solía emplear Juan. «*Aquesta és també la vostra terra. Perseguiu el frau, desprecieu la vagància, no us deixeu endur per l'avarícia, això és tot el que us demanem.*» El instituto entero estaba al corriente de la energía de Pere Masclans: sus jornadas maratonianas, el interés y la perseverancia con la que había pisado por lo menos dos veces todos los pueblos del *territori* en apenas treinta años. Él era quien era y Montse era la *iaia* de Cataluña, Juan la llamaba «nuestra Carmencita Polo» (Violeta creció convencida de que era el nombre de una cupletera) y también la fotografiaban a menudo: inauguraciones, galas benéficas, recepciones... ¡Cómo no iba a conocer a la Primera Familia!

Violet pasó el trayecto entero (los llevaron en coche oficial) sumida en una vergüenza anticipatoria: aquel matrimonio había recibido a intelectuales, a músicos, a deportistas y mandatarios; en la facultad se decía que Kohl visitaba de incógnito a Pere Masclans para pedirle consejo. Se deprimió repasando lo que podía contarles: había visto la nata ascender en los cuencos de leche amarillenta para formar crestas esponjosas, Juan le había enseñado a calcular cuándo pondría una gallina pasándole la mano por la tripa. Podía hablarles de la grisalla que se apodera los domingos sin fútbol de los barrios de la periferia o de cómo gastaban los días entre evaluación y evaluación: carreras y risas, conversaciones, fiestas (o drogada en la cafetería de la facultad), nada que se admitiera como mérito del paso por la vida. Memoria neorrural, aburrimiento periférico y transgresión de serie. ¿Cómo iban a interesarse por una como ella?

Se tranquilizó repitiéndose que entrar en una familia ajena se parece a subir por primera vez a un escenario, que la inquietud no sería muy distinta si se tratase de un novio de Vorablau: nadie iba a pedirle que se manifestase por completo, no saldría de aquella primera cita a lomos del amor.

«Decidí que los trataría como lo que eran cuando se quitaban la corona: dos abuelos entrañables.»

La recibió un aire paralizado: un sistema paranoico de cortinas, visillos y *porticons*, toldos y persianas; el tufo opresivo de las alfombras, un discreto televisor y la enredadera de fotografías familiares dispuesta a no dejar un centímetro de pared desnuda.

«Me aturdió como cuando abres los ojos debajo del agua. Recuerdo con más viveza lo que pasó cuando volvimos a casa: el suspiro que lanzó el Bastardo en nuestro comedor, como si se arrancase un bicho vivo del esternón. Mientras se servía una copa se aflojó la corbata, se quitó los zapatos sin desatarlos y se tumbó vestido en la cama tan largo como era: despeinado, sexy, vencido, desafiante, agotado, eléctrico.»

—Bueno, Violeta, ya los conoces.

Había entrado en el salón de los Masclans detrás del Bastardo y desde allí lo oyó pronunciar su nombre (como pidiéndole permiso a ella por usarlo y a ellos por ponerlo en circulación). El primero en emerger del fondo marino fue Pere Masclans; no la besó, le dio la mano con el afecto

distante de una institución. Bajo su apariencia de hombre familiar, doméstico, era imposible esconder al Rey.

—Te ha dedicado la sonrisa dulce, la que se le borra del rostro después de cuatro o cinco segundos de generosidad. Me ha divertido la aplicación con la que respondías a sus improvisaciones sobre Vorablau: trabajos de amor perdidos, nunca escucha hasta el final. Ha visto miles de caras solicitantes, su intuición trabaja más deprisa que nuestras explicaciones. Su éxito se basa en la suspicacia, ha pensado siempre mal y así ha confirmado una y otra vez el mismo paisaje de aborrecible adulación. No reconoce otro material. Y en cierto sentido miserable lleva razón: todos necesitamos algo de alguien.

El Bastardo le hablaba desde la cama, recorrido por la misma deliciosa electricidad con la que salía a bailar, era su versión locuaz, una que reservaba para Violeta.

—Un inmenso recelo hacia todo y hacia todos. Claro que a mí solo me ha dedicado una atención parcial, casi benévola. La presión la han soportado mis tres hermanos.

El segundo que salió del fondo espeso siguiendo la estela del Rey, al estilo de esos peces parásitos que se alimentan de los despojos que dejan atrás los depredadores, se presentó como *l'hereu* antes de espetarle dos besos pegajosos en las mejillas.

«Se llama Francesc, pero le apodan el Taradet. El Bastardo me contó algo sobre un oscuro episodio de hongos cerebrales, pero no me preparó para... bueno, ¡era de color patata!»

La hermana ni se acercó a saludarla, resplandecía pegada a una esquina con el brillo que solo se permiten las personas insignificantes. La vio como la vería siempre: encogida, temerosa de que se le cayese algo de lo poco que era suyo y lo perdiera.

—Desde niños han vivido en el centro de un sistema represivo ideado para protegerlos del hambre, del frío, de la enfermedad, de la saliva, del contacto, del castellano, de los pobres... Los han exhibido en entornos controlados: como sacos de carne en el balcón para que saludasen al *poble*, en un salón de actos para agradecer los servicios de un criado pegajoso de satisfacción...

«Las facciones de los dos hermanos eran correctas, pero las afeaba una falta de desenvoltura deprimente. Enseguida entendí lo que podía aportar a los Masclans: un aire espiritual. Los intelectuales tenéis una idea acomplexada del espíritu: lo reducís al arte, pero también hay espiritualidad en la manera de moverse, en cómo se lleva un vestido. Algo iba mal con esos dos chicos, y Violet los enseñaría a bailar.»

—*Ja ets aquí, benvenguda.*

Montse se hizo esperar. La saludó desde la misma distancia, pero no tenía el menor interés en reintegrarse a la sombra como su hija, aquel salón era su escenario, y disfrutaba ocupando el centro para irradiar destellos de un instinto críptico.

«Le pedí al Bastardo que se dejase de anécdotas, que fuese directo al punto débil de Montse. Qué te voy a contar, seguro que tus ojitos azules también se estremecen de tensión cuando piensas en tu suegra.»

El Bastardo ni siquiera se dignó a ofrecerle una trama de mentiras, se inclinó por recorrer desvíos intrascendentes de la historia hasta desembocar en la niña que a los Masclans les nació muerta (Violeta imaginó una tumba bordeada de musgo blanco), el relato incluía muñecas de porcelana, cochecitos de bebé, pañuelos bordados con las iniciales de la cría, el óvalo vacío de un portarretrato... Añadió que la hija muerta era apenas una mancha en el ánimo de Pere, pero había seguido creciendo como una memoria perversa en Montse: era su reserva natural de melancolía.

«Una viejecita atrapada en el pasado, por favor. No me tragué aquella bola ni la noche que me la contó. Las cinco o seis veces que nos invitaron Montse me recordó a una espada desenvainada de vanidad. Solo una vez la vi desfallecida. Había oscurecido, pero contaba con el compromiso del Bastardo de acompañarme a recoger un abrigo, un bolso o unas botas: una prenda de esas que cuando te las has puesto varias veces dejas de verles la gracia, pero aquella tarde el conjunto (prenda-marido) me hacía muchísima ilusión. El Rey lo convocó a consultas por sorpresa; no se atrevió a dejarme en casa y en el coche se lo agradecí chillándole que no me quedaría esperando en la puerta de mis suegros como una bandida, y así fue como asalté la mansión regia sin invitación expresa, sin darles tiempo a prepararse.»

La dejaron pasar, pero el Bastardo apretó el paso y cerró la puerta del despacho del Rey sin mirar atrás. Una de las chicas del servicio la acomodó, le trajo una tisana rojiza hervida con agua del grifo y unas pastas. Visillos, *porticons* y cortinas espesas como el caldo de Navidad, tulipas verdes que transforman el espacio en un cultivo submarino de algas; uno de esos salones de los que tanto nos hemos reído: la saturada tristeza de la respetabilidad.

«La calefacción logró en diez minutos que me ardiesen las orejas. Calambres en los brazos y un apretón en el estómago como si me hubiese bajado la regla. Estaba nerviosa por el Bastardo y me daba pavor que apareciese Montse, me tenían acojonada; necesitaba llegar al váter, así que me levanté de un salto decidida a mirar de frente el horror.»

Era la tercera vez que Violeta cruzaba el tramo de pasillo que conducía al «servicio de invitados», expresión que a ella le sonaba como «lavabo del servicio», y la primera que el Bastardo no podía preguntarle con la intensidad de la alarma:

—*On vas?*

«Como si yo fuese una cría: qué gananzas de responderle que iba a sentar mi culo en el trono y a extraer del abismo de Violeta un cagarro denso y charnego, envuelto en perfume fecal.»

Se dejó recorrer por la rebeldía, pasó el baño de largo y se metió de sopetón en el cuarto contigo; por la rendija milimétrica que permitía el cortinaje se filtraba la misma luz espesa y verdosa que empapaba el espacio cerrado de la casa, pero lo que vio esta vez fue un muerto. Pasaron siete aterradores segundos antes de que asociara el cadáver con el caballito de madera, con los soldados de plomo tirados por el suelo y las piezas sueltas de juegos de mesa... Se trataba de un muñeco con un ojo blanco e ido: se había metido en una sala de juegos, parecía como si las versiones infantiles de Francesc y su hermana, la Paradeta, acabasen de salir de una ventolera y la habitación se complaciese en retener los juguetes, cicatrices de un crecimiento insatisfactorio, la *penyora* a la espera de unos nietos que no encontraban el camino de llegada.

«Cerré la puerta de golpe. Al salir me temblaba la mano y me envalentoné. Recorrí un segundo corredor guiada por una herida de luz al fondo. ¿Otro comedor? ¿El servicio familiar? ¿La cocina? No era una intrusa en las estancias secretas del Vaticano, era una nuera de visita que buscaba a su suegra para darle dos besazos. Recé mentalmente para que alguien del servicio me detuviese.»

Acercó el ojo a la rendija de la puerta y se le desplegó el dormitorio del Rey; cuadros con escenas de caza, alfombras y lámparas de craquelé: echó de menos el dosel. Paseó la mirada sobre las sábanas y tropezó con un bulto de carne rosada, canturreando con una vocecilla desagradable.

«Estaba en tetas. No quise comprobar si llevaba bragas. Me concentré en los pezones negros: colgaban de unas bolsas elásticas, impensable que en su día fuesen un bien codiciado. Era la edad,

pero no podía aceptar que la edad nos reservase eso a todas, alguna culpa personal debía tener Montse. Supuse que tres o cuatro horas después entraría el Rey y se desnudaría en la oscuridad, seguro que sabía dónde encontrar el pijama, no como Juan, que se podía pasar media hora buscándolo porque no recordaba que lo había dejado hecho un nudo en el bidet.»

Le imaginó sentado en el borde de la cama, con los calcetines puestos (solo unos pies delicadísimos justificarían las oleadas africanas de la calefacción), repasando el día o convocando pasajes aleatorios de su carrera mientras sus manos toqueteaban el círculo mágico de la corona.

«¿Follarían? Siempre he creído que cuando se trata de viejos la ternura sustituye a la atracción, pero me mareó imaginar la cantidad de cariño que se necesitaba poner en juego para excitarse con alguno de esos dos. Disfruté comparando aquel par de zapatos gastados con la alegría cálida y jugosa que el Bastardo encontraba cada noche bajo las sábanas? Aunque fuese algo que iban a quitarnos enseguida, ahora lo teníamos. Me dio la vena de irrumpir en el dormitorio del Rey y abrazar a la anciana, soy buena dando afecto con el cuerpo: incluso a mis pensamientos más amables les crecen sombras de suspicacia, pero mi piel y mis caricias son honestas.»

Si se frenó fue porque aunque el pellejo de la cara le colgase como una tercera teta blanda Montse no era una anciana desvalida: si descubría que la miraba con lástima era capaz de levantarse de la cama, salir al pasillo, agarrarla del cuello y reorientar la competición a un campo dominado por las leyes del dinero y del prestigio social, donde le llevaba una ventaja aterradora.

«Me alejé de la puerta despacio, agradeciendo a todas las constelaciones que conocía (la de Libra, que es mi signo, la del carro, el oso polar) no ser todavía como Montse Codony, de casada Masclans.»

Fue la única vez que la vio insegura entre las vacilaciones de la edad. La imagen predominante de Montse era la de su primera visita, encaminando la comitiva del salón al comedor a través de una galería de espejos.

«Claro que me sorprendió el despliegue de cubiertos, pero lo que me dejó patitiesa fue la conversación; estaba acostumbrada a que cuando los primines o las tías se sentaban con nosotros a comer Juan se lanzase a parlotear, así que no esperaba el silencio distraído, una especie de bloqueo cuántico, en el que se sumergió el Rey. Me había preparado, repasé un manual de historia de Cataluña y unas poesías de Martí i Pol, pero la conversación revoloteaba sobre las noticias del periódico, despachadas con desgana, un desprecio casi administrativo.»

—*Aquí el que cal, com diu el pare, és posar-se a treballar.*

La comida le costó, estaba acostumbrada a cenas sencillas: sopas y fiambres. Cuando salían el apetito del Bastardo se inclinaba por sushis y ceviches. Aquella noche se las arregló como pudo con la langosta y el instrumental quirúrgico que le proporcionaron, prelude de la secuencia fantástica que le servirían las visitas siguientes: *cap i pota*, *mar i muntanya*, *arròs mixte*, un *conill* seco como la carcasa de una tortuga, *cargols amb samfaina* (salvó el escollo convenciéndose de que aquellas babas vivientes estaban tejidas con saliva del Bastardo): un festival nocturno de carne pesada, densa, correosa. ¿Comía aquella gente verdura alguna vez? La respuesta fue un *bullit* en juliana de textura gomosa, fibra vegetal de la que se había desalojado la cadena completa de vitaminas.

Ni siquiera se les ocurría repelar las costillas, le quitaban la grasa deliciosa al jamón y presentaban las gambas sin cabeza; se vio corriendo de adolescente hacia el chiringuito,

mordiéndolo las patas crujientes de las gambas rojas e invitándolos a *xarrupar* (¿no era una palabra catalana?) con la boca llena de deliciosas secreciones cerebrales. Le pareció que solo podían disfrutar de la comida si antes borraban los rastros que la asociaban a un ser que estuvo vivo.

—*Els pobres viuen molt bé, jo els veig molt grassos!*

Al Taradet se le escapó una sonrisita mientras su hermana miraba a Violeta a la cara por primera vez: le pareció que estaban midiendo su carácter, tasando quién era y de dónde venía; intentó marcar terreno con una impertinencia, pero le cayó encima la debilidad que llevaba sobrevolándola desde que cruzó el portal: ¿quién se había comido su lengua insolente? El flequillo rebelde se degradó en el peinado de las chicas provincianas que afluían a comerse su porción de sueño barcelonés.

Solo hacia el final de la cena, rodeados de *lioneses*, el Rey se dirigió a ella directamente. Un tono formal, educado, masticando bien las letras.

—*Així que de Vorablau. Bona gent. Van defendre el territori dels pirates. Després van arribar castellans, gent de Múrcia, andalusos. Franco els feia servir d'exèrcit d'ocupació. Els vam donar feina, i ara els seus fills sou tant catalans com nosaltres.*

«Pero si me hablaba despacio era porque daba por hecho que me manejaba con el idioma igual que con una minusvalía, como si no hubiese estudiado y aprobado todas las asignaturas en catalán, aunque luego solo lo hablase en el patio, cuando no quedaba otro remedio. Incluso podía imitar el acento de los Masclans si me daban una semana, eran los nervios los que me abrían las vocales. Y la cosa no paraba, parecía decidido a gastar en mí la voz que había ahorrado durante la cena.»

Le preguntó por el bilingüismo y la demografía, si había visitado el Montsant y si le parecía bien que se celebrase Halloween en lugar de Tots Sants, asuntos sobre los que nunca se había formado una opinión; recogió ecos de respuestas en titulares de periódicos que no leía y en la emisión de fondo de TV3 (bares, salas de espera, aeropuertos, horas interminables en la pesadilla blanca del hospital): eran asuntos que afectaban a la tierra donde vivían los Mancebo, pero que solo de una manera indirecta, casi indecente, se referían a los Mancebo.

—*Molt bé, noieta, ho has fet prou bé. «Fenomenal», que diuen a Madrid. Ja no t'emprenyo més.*

«Le vi sonreír en dirección al Bastardo, me dio un orgullo, me dejé recorrer por una escandalera interior de alegría, pero la victoria tenía un coste, empecé a sudar a chorro, el sobaco se convirtió en una zona crítica, me lo enjugaba cuando nadie me veía, pero uno u otro estaría mirando, eran demasiados.»

—Choni.

La palabra sonó y se apagó en un segundo. No importaba quién la hubiese pronunciado, ni siquiera estaba claro que se refiriese directamente a ella; lo que la impresionó fue que aquella mácula verbal aludía a una tara que no podía borrar con un título universitario ni conquistando el corazón de un hombre apuesto y cultivado, uno de ellos; era una sustancia que había mamado con la leche de la infancia, que se le había metido dentro para darle forma a los huesos, que llevaba pegada a la cara.

Incluso antes de despedirse y constatar que no había dejado huella en el afecto de los Masclans se convenció de que de ahora en adelante le tenderían pequeñas emboscadas para certificar su «primera impresión.» Si le daban tiempo se sentía capaz de salir de aquel juego de suspicacias por su propio pie, pero qué tonta había sido al esperar que le enseñasen la regla del

juego: la regla no existía para que cualquiera pudiera participar en la partida, la regla servía para establecer distinciones, para asegurarse de que seguiría cometiendo errores y justificar el castigo que merecen los débiles: para retenerla en la casilla donde tanto los escandalizaba.

—Ser mi novia te concede ciertas ventajas: no pueden permitirte que caigas demasiado bajo, incluso les divertirá que te eleves un poco por encima de lo habitual, siempre que no intentes ni por un momento pasar por uno de ellos.

El Bastardo llevaba tres copas y no se había movido de la cama. Violeta le escuchaba sentada en una silla, con los ojos ardientes de quien alimenta una expectativa: la forma modesta de la esperanza.

—¿Y tu hermano? ¿El que falta? ¿Yúnior? ¿Piensa como ellos?

—¿Por qué lo llamas así?

—¿No me has dicho que se llama también Pere Masclans? Tengo que diferenciarlo de tu padre, y Yúnior mola. Yúnior es nombre de príncipe del vallenato, se supone que el bailarín eres tú, pero te ha salido una noche apagada. Mírate, solo puedes vencerles arrugado en la cama. Me conviene creer que alguno de los Masclans me verá como soy.

—Te ven como eres a sus ojos, y si aprendieses su aritmética visual te verías exactamente igual.

—¿Y cómo te ven a ti?

—Como un artista en agitar la cola. Adular a los grandes, estudiar sus gustos, servirles en sus caprichos, ¡un decantador de casas! Pero solo si me da la gana. ¡Soy libre! Es miserable, vamos si lo es, aunque solo se aprecia a determinada altura, ¿y quién puede permitirse esa altura?

—¿No tienes sueños? ¿No tienes ambiciones?

«Ni siquiera sabía qué le estaba preguntando, el resquemor hablaba por mí, y todavía agradezco que no me recordase quién era: el tipo que me había rescatado de las órbitas oscuras del despertador, el transporte público a la hora punta, la subordinación y las apreturas a final de mes.»

—Diría que tú reúnes mi sueño y mi ambición, pero eres la criatura menos romántica del hemisferio occidental, y además... Ambiciones y sueños, menudo par: mira a los ambiciosos, todo lo gastan, su espíritu se embrutece, el aburrimiento se los come. La mayoría de los varones que conozco se desviven en el barro de la gestión cotidiana. Te concedo que algunas almas especializadas se entregan a los sueños. Aunque te diré una cosa sobre los sueños: se está muchísimo más fresco en el barro.

—¿Y ella? Tu cuñada. ¿De dónde es?

—Ya te lo he dicho.

—Repítelo.

—Venezolana.

—¿Y cómo es?

—¿Físicamente?

Dejó pasar una sonrisa grasienta.

—Una belleza... anodina.

«Ahora no sé si confundí “anodina” con “andina”, pero seguro que por “belleza” decidí entender una morena chaparra y cejijunta, una culona y una marrana sin estilo; después le añadí un bigotito.»

Supongo que Violet esperaba desviar los severos juicios de los Masclans hacia una criatura con unos orígenes todavía más «dudosos», aunque eso supusiera aprobar y afianzar los criterios que al entrar en sus dominios la arrinconaban en una «posición» de inferioridad; no le importó, le urgía más transferir aquel desprecio que le metía los dedos nariz arriba, ¿y no empleaban muchas de las familias «castellanas» de Vorablau, incluso las extremeñas que no siempre lograba distinguir de los gitanos que malvivían en el extremo superior de la Riera, a chicas colombianas y de Ecuador? Alguna sería venezolana.

—¿A qué se dedica Yúnior?

—Él te dirá que es empresario. Pero espera... no quiero ser injusto con él... A los veinte años pensó en dedicarse a la política, no era un antojo, aunque empezase por mimetismo, quería servir al país, lo discutimos varias veces, conversaba con pasión. El Rey le cortó el camino. La versión oficial dice que así evitó que lo acusasen de nepotismo: cualquiera sabe, igual quiso afirmar su autoridad, lo más probable es que ni se acuerde. Litros de impotencia para Yúnior segregados por un capricho. Siempre fue un muchacho muy competitivo, pero cuando se trataba de sus padres era una serpiente reptando por un campo de flores, de qué servía aquel veneno si no podía asustar a nadie. Después... él te hablará de sus empresas... pero... es un conseguidor.

—¿Como tú?

—No, no, yo voy a donde se me llama, y cumplo con lo que se me pide; Yúnior se dedica más bien a precipitar, a poner en marcha dentro de un marco... alegal, si quieres, pero honesto en un sentido profundo. Cuando una empresa puede ofrecer un servicio al país, él la pone en contacto con los presupuestos públicos.

—¿Y qué tiene eso de ilegal? Expíciate bien, tengo que entender en qué clase de familia me estoy metiendo.

—Mi hermano ofrece atajos, hincha un poco el presupuesto y un porcentaje se nos devuelve. Consigue que los servicios sean más rentables... para el Gobierno, el partido, el país, la Primera Familia... como prefieras, en cierto sentido es todo lo mismo. Llámalo una provisión de fondos, ¿y si la gente se confunde y vota a un partido españolista? A ti te dará risa porque son los tuyos, pero si se apoderan de TV3, ¿cómo recuperamos después el *territori*?

—¿Comisiones?

—No es el nombre que preferimos.

—¿Y si le descubren? Está aprovechándose del apellido, es un delito, deberíamos informar a tu padre. Tu responsabilidad es protegerle, seguro que está ocupadísimo, durante la comida ni nos miró.

—Nunca me has preguntado qué me enamoró de ti. Fue la inocencia. Estás manchada de vida, basta con mirarte, así que no viene de la inexperiencia, sino de algo más delicioso: solo has frecuentado zonas del mundo donde no se decide nada. Debajo de esa apariencia rapaz eres una nube de algodón. Una radical de la nimiedad. Que mi hermano opere a espaldas de mi padre no significa que el Rey no esté al corriente.

—¿Cuándo empezó? ¿Desde cuándo lo hacen?

—Desde siempre.

—Entonces, ¿tus padres son ricos?

La memoria de Violeta anticipó la respuesta, se vio a la altura de un pájaro en pleno vuelo avanzando con el descapotable por una carretera que seguía leal el trazado de un río luminoso.

Anduvieron doscientos metros sobre una trocha alfombrada de hojas crujientes hasta dar con el pabellón (ahora sabía que de estilo holandés) levantado sobre un islote rodeado por un lago. El Bastardo le dijo que la gracia del sitio estaba en lo que costó convencerlos de que les permitiesen desviar parte del río. Violet imaginó aquel «costó» como un cuchillo atravesando la mantequilla de las leyes y los reglamentos: un filo de impunidad. El efecto era precioso, la islita parecía haberse desprendido de su antigua situación para ir flotando hasta encajar allí. ¿No justificaba tanta belleza que se cascasen algunas normas? El Bastardo la dejó sola para atender a un señor; se lo tomó como una señal de que la confianza prosperaba entre ellos. Lo siguió medio minuto con la mirada: las grosellas teñían de sangre el campo, las ocas salvajes se movían detrás de la niebla como bultos. Después se fue directa al armario, revolvió en los cajones y abrió el arcón que alguien había resguardado, más que escondido, bajo el somier. Los billetes eran tan nuevos que parecían viscosos. Llevaba contados algo más de trescientos mil euros cuando oyó la voz del Bastardo reclamándola con las cadencias suaves de un varón enamorado.

—¿El Rey y Montse? Sí, supongo que sí, ricos sin discusión.

—¿Cuánto dinero es «ricos sin discusión»?

—Una cantidad que no tenemos otro remedio que ocultar o forzar a que circule. Una parte importante sirve para afrontar los gastos del partido. Ni ellos lo saben, supongo.

—¿Y Yúnior?

—No puede compararse con ellos. ¡Qué va a poder! Pero toca *pela*.

—¿Como nosotros?

—La venezolana viene de un país encharcado de petróleo, ahora lo suyo anda un poco revuelto... el chavismo, ya sabes... pero es «*de casa bona*.»

—Así que viene «*de casa bona*.» ¿Y de dónde se supone que vengo yo? ¿«De casa mala»?

—Es solo una expresión. Quiero decir que viene de familia.

—¿Quieres decir que yo no tengo familia?

—Quiero decir que si desapareciese mañana nadie echaría de menos a tu familia.

Violet soltó una carcajada en medio del comedor de los Pujol-Cruells, me pareció el último coletazo de una ofensa que no había asimilado. Se levantó de golpe y recompuso la vergüenza en un orgullo precario.

«Tengo que enseñarte algo.»

Volvió con el vestido que el Bastardo le había regalado en la isla, imposible no fijarse en la mancha granate en el lado donde oímos los latidos.

«Ahora está inservible, pero si me lo pongo incluso a ti te corta la respiración.»

Habían ido ya tres o cuatro veces (sin contar la excursión nocturna) a visitar a los Masclans y nunca habían coincidido con Yúnior: la luna de miel, viajes de trabajo... La víspera del encuentro definitivo Violeta durmió mal, la cena se enmarcó en una competición borrosa, se descubrió con el ansia de imponerse... en algo, cualquier disciplina le valía. Abrió los ojos convencida de que el vestido de la isla era la respuesta. Saludaría con un abrigo por encima, pero al adentrarse en la selva de miradas insidiosas el vestido realzaría esa dimensión corporal donde era superior a ellos y que nunca permitían que entrase en juego: la juventud, el descaro...

«Añadí “los aires desenvueltos del sur”, y no lo dije completamente en broma.»

El Bastardo advirtió que Violet estaba dominada por la clase de euforia nerviosa que no puedes enfriar con palabras, permitió lo del vestido sin ocultar por completo el disgusto de fondo.

Violet no podría acogerse a que lo llevaba por él, el Bastardo no era la clase de persona que disfruta exhibiendo la belleza realzada de su mujer, su hedonismo era una corriente sumergida, circulaba bajo el techo de su hogar.

«Le solté que a todos los reyes les gusta que sus cortesanas les alegren la vista. Pero el atrevimiento se retiró en cuanto subí al taxi, sentía el peso de la teta derecha, quise arrancarme el vestido, que alguien me protegiese de mi atolondramiento. Me preparé para dar la vuelta y salir corriendo. El Bastardo se haría cargo de inventar una excusa, el mundo seguiría girando (siguió girando cuando la enfermedad asfixió a mi madre y seguiría girando aunque un espontáneo saliese del seto y le abriese al Bastardo un agujero en el cuello con un sacacorchos) y nadie fuera del reducidísimo círculo de la Primera Familia, que temía el escándalo como la lepra, se enteraría jamás.»

La convenció de seguir adelante con la misma mirada de inflexible benevolencia que le dedicó en la isla: pese a todas las dificultades impuestas por su posición de partida, lo estaba haciendo muy bien.

«Yúnior no me pareció gran cosa. Era grueso de cintura, me gusta bailar y es lo primero en lo que me fijo en un tío, supongo que tú te quedarás con la labia; ahora dicen que se puede calcular la inteligencia de un hombre por la mirada, menuda gilipollez. Uñas comidas en unas manos bastas, piel escamada, raleaba. Un compendio de las miserias biológicas que asedian al hombre de cuarenta años.»

Cuando se dejó quitar el abrigo para ofrecerse pegada al vestido Yúnior la miró con glotonería, pero sin la reserva pegajosa del Taradet, se parecía más a una celebración de la abundancia, algo entre la vida y Yúnior: se tomaba como una responsabilidad averiguar lo que el planeta de los latidos era capaz de entregarle.

«Lo primero que me llegó de la venezolana fue la voz, arrastrando un montón de eses, melosa, inconfundiblemente sudaca. Parloteaba sobre un regalo que se había dejado en casa (el viejo truco para barnizar la roñería), pero lo que me escandalizó igual que si un desconocido me tirase de la mejilla fue encontrarme con aquel bollito coronado de un resplandor rubio.»

La venezolana cargaba con una bola de pelo viviente del tamaño de un puño: el concentrado de un esfuerzo de siglos por reeducar a los lobos hasta reducirlos a una masa de dependencia emocional. Violeta prefería la animadversión abierta con la que Montse los había recibido esa noche que el afecto frío que desprendía su concuñada. Cuando les tocó pasar al comedor la vio avanzar como si acariciase un entorno sedoso, la luna del pasillo le devolvió a Violeta un reflejo grotesco, sin estilo, de un erotismo vulgar.

«El culo podía disimularlo al sentarme, pero las tetas se iban a pasar la noche expuestas, en casa no me pareció que el escote me las realizase tanto, incluso el Rey les dedicó una mirada que impactó en el canalillo, eran una familia de chabacanos, solo que los catalanes ni siquiera tienen esa palabra. Tú vas bastante cargadita, pero ya se ve que no eres de enseñarlas, demasiado bonita de cara, se nota que no disfrutas de estar a los mandos de un cuerpo deseado, los ojos azules son un asco, os dan demasiada ventaja. Qué misterio las tetas, cuánto poder concentrado, incluso a los maricas les gustan, dos tetas escotadas difunden una alegría irresponsable que el coño nunca podrá permitirse.»

Las sentaron la una delante de la otra; Violeta se convenció de que la respetaban más, pero tampoco parecía integrada.

«Ni siquiera hablaba catalán, y antes de terminar el primer plato Montse ya había dicho dos

veces “Madrid” como si la palabra llevase una década macerándose en un caldo de rencor. Mientras el Bastardo ofrecía un recital de cómo intervenir con una sierra y un bisturí a los crustáceos que nos sirvieron, Yúnior se apoderó de la conversación: viajes, negocios, el partido, qué sé yo... Era un espectáculo verle mover los brazos y sorber la comida: como serían esos modales a cambio abierto; desde luego que no se parecía al novio con el que soñaba de niña en su selva latina aquella arrogancia rubia, era tristísimo ver como respondía bajando la cabeza a las miradas dominantes que le arrojaba Yúnior cada cinco minutos. Tampoco me hizo ni caso, se tomaba cualquier intento de conversar como una profanación; incluso si le hubiese ido con el mejor chiste del mundo me habría puesto cara de oler un pedo. Lo fuerte es que dentro de aquel círculo impenetrable de superioridad se agarraba al perro como las personas que no saben nadar a la cadena de boyas. Además, era una maleducada; incluso Juan, que era capaz de rascarse en zonas insólitas, sabía que los perros comen en el suelo, son animales, y se les falta al respeto cuando se les sienta en una mesa. Para calmarme me dije que Pouf (lo llamaba así) era un agarradero de ternura barato, la variante pija de los gatos que se compraban las chicas solteras de Vórablau. Le cuadraba la esterilidad, pero el rosa de las mejillas me seguía repugnando, así que al primer ladrido hice el ruidito ese con la boca: el que mezcla desprecio y reproche y algo de fatiga, el que se dedica a los hijos ajenos cuando alborotan.»

—Lo siento.

«Noté que pisaba fuerte en el suelo de los privilegios; el cabreo le borboteaba en la cara como leche impotente para desbordarse del cazo, pero no se atrevió, fue delicioso.»

—Si no es por mí, bonita, es por...

«Hice un gesto que involucraba al resto. Ese es el efecto benéfico que provoca la hipocresía cuando la interpretas a fondo: se parece al placer de beberte una manzanilla calentita después de potar.»

Dejó pasar unos minutos, permitió que Violeta se distrajera con otra ráfaga de parrafadas de Yúnior (algo sobre la adquisición de dos cochazos) y después le tiró la copa de vino por encima. Justo en la garganta. Solo cuando el alarido de Violeta congregó las miradas de la Primera Familia empezó a salmodiar: «Lo siento, lo siento, lo siento.»

Levantó la mirada y los vio a todos de pie como si el vino pudiese extenderse y mancharles, pero tuvo que ser una criada quien trajera el agua y el limón, y ella misma la que fracasara al limpiar la mancha mientras Yúnior consolaba a la Culpable, que seguía entregada a una orgía de «Lo siento, lo siento, lo siento».

«Me pareció que el Bastardo me miraba con expresión de reproche, como si la escena encajase en lo que siempre había esperado de mí. Y todavía no entiendo por qué me abrí paso entre aquel mar de parientes y me agarré a Montse con mi vestido empapado de vino, del repugnante suero cítrico y de mi propio sudor (que volvía a manar a saco) como si fuese mi boya salvadora.»

—*Treu-me les mans de sobre. Fora! Fora!*

«La presa debió ser fuerte porque nos fuimos al suelo. La retuve un rato en los brazos y cuando me di cuenta de lo que pasaba me volteé rápido, eso sí lo tengo: soy ágil de caderas.»

Francesc se movía de un lado a otro como una oca, la Paradeta se refugió en su esquina de sombra, el Rey se recostó en su silencio, así que tuvo que ser Yúnior quien ayudara a Montse a levantarse; la vieja se sacudió las faldas como si en medio minuto se le hubiese pegado la suciedad de siglos y señaló al Bastardo con el dedo tenso como una horca, recorrido por una saña

que parecía venir de muy atrás.

—*Només has portat trastorns i desesperació! I ara ens portes aquesta... aquesta... Ens desfigures a tots! Per què has de venir? Fora!> Fora!*

—*És el seu fill. I jo sóc la seva dona. Com ell, igual que ella, la culpable!*

A Violeta su propio acento nunca le había parecido más abierto, más farsante, insatisfactorio y delator. Por las facciones de la Culpable vio atravesar el arrepentimiento, el miedo, la ternura, la complicidad y algo de compasión, no se regodeaba. El Bastardo la sostuvo del brazo y la retiró de la escena, llevaba los abrigos en la mano, un taxi los esperaba ya en la puerta.

—Siento el espectáculo. No volverá a pasar, Violet, te lo prometo.

«Palabras como cortinas tristes. Se las había oído tantas veces a Juan: cuando no pudo evitar que se nos muriese el perro, cuando se fastidió el ordenador y tardaron tres meses en comprar otro, al reconocer que aquel año tampoco iríamos a Disney World: “Te lo prometo, te lo prometo.” Si da tanta pena cuando descubres que los padres hablan y hablan para disimular su impotencia, que prefieren mentir sobre su importancia para ver crecer en tu cara una sonrisa de ilusión, que simulamos creer que son lo que nos prometieron, es porque su indefensión es nuestra indefensión, el sitio exacto desde donde empezaremos como padres.»

Violeta le dio un beso y le acarició el pecho, no quiso dejar ir una palabra, necesitaba la mayor cantidad de espacio libre en su cerebro para orientarse entre las imágenes que se sucedían en su imaginación. Veía una cadena, en los eslabones más cercanos reconoció al Rey, a Montse, a Yúnior, al Bastardo y a ella misma, a Juan y a sus primos, pero la extensión de la cadena era inmensa: no solo recorría Barcelona y a todos sus habitantes, también invadía España y otros países, culturas, continentes y climas hasta ceñir el planeta entero. La cadena era terrible: fijaba una posición y una distancia que nos condenaba a ser observados con desprecio por los eslabones superiores y proyectar ese mismo desprecio hacia los inferiores; pero la cadena también era ineludible, porque sin ella los hombres y las mujeres saldrían flotando y se alejarían de la tierra para hincharse y explotar en el infinito sin coordenadas del espacio profundo, ¿cómo iba a prosperar una época sin una idea de orden? Se dejó seducir por la risa cuando el sentido de la regla se abrió paso entre sus nervios: la misma lógica que al aumentar la separación enfriaba el desprecio en indiferencia incrementaba entre los eslabones contiguos el terror a que un inferior se apropiase de nuestra posición. La Culpable y Violeta no podían colaborar, estaban obligadas a golpearse como dos nueces encerradas en el mismo puño.

—Siento lo del vestido. Compraremos otro. No te preocupes.

—¿Cuándo hablaremos en serio sobre tu madre?

—Nunca me has preguntado sobre mi madre...

—Nunca me dijiste que Montse no era tu mamá.

—Los Masclans solo tienen tres hijos, toda Cataluña lo sabe, ¿cómo iba a imaginar que eras tan ignorante?

Al llegar a casa el Bastardo suspiró y se recostó sobre el sofá con los labios tensos de quien se dispone a contar una historia en voz alta. Violet prefería un abordaje directo, pero la historia de la chica que dice basta a Dinamarca para vivir la aventura del sur, que se deja seducir por extensiones kilométricas de playas doradas, le pareció una ventana abierta por donde airear la atmósfera *resclosida*. Violeta se acordó de su padre (camiseta pegada a la panza, pantalón corto) proclamando en la cocina donde cenaban que los malentendidos son dañinos porque la imaginación cubre las lagunas con suposiciones crueles, pero ¿no puede llegar a ser mucho peor la

comprensión? Una nunca sabe dónde va a desembocar una historia, por eso las seguimos hasta el final: ¿no es la curiosidad una fuerza mucho más poderosa que el instinto de preservación?

Así que Violeta se sentó al lado del Bastardo y escuchó cómo a la semana de pasearse por el litoral la danesa lo tiene ya decidido, se quedará, vamos si se quedará; enseguida reduce su vida a un esquema sensorial: retoza en la cama de la cabaña hasta mediodía, por la tarde entrega la extensión blanca de su cuerpo al sol para que le dore despacio la piel, de noche sirve copas en un chiringuito. La transformación de la chica corriente (y algo desgarbada) que pasea por la gélida playa de Øresund en la sensación semidesnuda que muerde un melocotón con el cabello húmedo se debe al traslado al sur, no se atribuye ningún mérito, pero le divierte que los varones la miren como si al moverse desprendiera un polvo dorado; los de cuarenta son sus favoritos, y se deja tantear con una diversión sin ansia. A veces termina dándoles un papel con un número de teléfono falso, otras se deja arrastrar por una energía que parece ajena a la deliberación hacia la proximidad física que desdibuja el carácter: besos lentos que incrementan y prolongan la excitación y el dejarse ir final. Sus ideas sobre la lealtad se han alterado, pero también puede pasarse semanas acostándose sola, diluyendo el apetito sexual en la caricia de un enamoramiento difuso. Las cinco nociones de castellano que aprendió en el instituto prosperan y se convierten en herramientas más complejas y útiles, apenas piensa en el dinero: le basta con unos frutos secos y un trago de vino rosado para darse por saciada. Se matricula en Historia, le parece una licenciatura romántica, sabe que el país acaba de estrenar su democracia y es cuestión de tiempo que se empareje con el resto de Europa, pero no le interesa nada de lo que ocurre en el interior de la península, su fascinación se reduce a la prolongada línea de costa y a sus panorámicas de humedad azul.

En la universidad descubre que se habla otro idioma entre los pliegues del castellano, lo relega a una variedad dialectal (como el sjællandsk o el jysk), que bulle en zonas rurales y cuyo caudal semántico entra en la ciudad por cauces despistados, irregulares. Le llama la atención la manera de pronunciar: metálica, cerrada, gótica, férrea, imposible de asociar con la luminosidad que le dora el ánimo y los días; decide que se trata de un instrumento primitivo, sin demasiada capacidad de flexión, válido apenas para asignarle un nombre a cada cosa. Tampoco le parece que abra puertas ni círculos privilegiados: un idioma subordinado, no invertirá su tiempo en aprenderlo, prefiere dejarse envolver por el forro acogedor del castellano.

Del día que el catalán entró en su vida apenas recordaba el golpe de sol en los cristales del aula, los movimientos de los estudiantes en el jardín y el arrastrarse suave de su mundo interior (recuerdos, antojos, anticipaciones); el momento dulce de la irresponsabilidad durante una asignatura que ni nos interesa ni nos disgusta, puesta allí para que sintamos el tacto del tiempo al pasar.

—*Volem classes en català.*

Los vio entrar, una comitiva de siete, con sillas apoyadas en la cabeza; la sensación de amenaza se desdibujó en una escena ridícula en cuanto imaginó a un grupo de enanitos trepándoles por la espalda para sentarse en sus cabezasasiento; claro que también las podían arrojar contra el profesor que les sostenía la mirada.

—Salgan de aquí.

—*Volem classes en català.*

—Esta es una clase de Historia, seamos serios, no puede impartirse en catalán.

La frase le sonó razonable. La tarima, la americana, siete contra uno: se puso de parte del

profesor.

—*Volem classes en català. El català és la nostra llengua. Ja no és com abans.*

—Les he dicho que se vayan de aquí.

Como si su ojo sintiese prisa por humanizar al grupo, se fijó en el chico que cerraba la manada: bajito, de espaldas anchas, ojos feroces y negros, vestido como si prefiriese las madrigueras a las casas.

—*I si no marxem? Ja no ens pots enviar els grisos. Estem sindicats. Volem classes en català.*

Le gustaba decir que no movió un dedo para que se fijase en ella, pero, al levantarse con la idea de salir del aula antes de que la involucrasen en un conflicto que ni entendía ni le interesaba, fue como si la fantasía del norte tomase partido por aquel profesor entrado en carnes que bajaba la mirada cuando se cruzaba con ella, que parecía haber confinado su vida dentro de un círculo de amabilidad y estudio, y cuyo anillo de casado prometía paseos con el estómago satisfecho, tardes de películas en el sofá, conversaciones impregnadas de una ingenuidad civilizada (¿la atraía o la repelía aquella clase de vida?); tras un intercambio de miradas el resto de los alumnos la secundaron y no volvieron a sentarse hasta que los alborotadores depusieron las sillas en el suelo y abandonaron el aula entre aplausos de sorna.

—Tú no te enteras de nada, *oi?*

Lo encontró con la suela del zapato apoyada en la pared, el pañuelo parecía la parodia desmadejada de un fular; la estaba esperando, pero no la intimidó. Lo vio saludar con afecto a los mismos alumnos a los que acababa de encararse, no estaban en la misma facción pero se movían en una atmósfera parecida, y los unía la derrota del enemigo común; visto de cerca aquel chico desprendía más desamparo que agresividad, incitaba a la ternura.

—Jep de Vallfogona. Te invito a una birra.

Le preguntó por su atropellada pronunciación del castellano: una especie de afonía que hacía bostezar las vocales, todo el sistema fonético parecía alterado, como si lo hubiese aprendido de mayor.

—No es mi idioma. A mis padres los obligaron. Los hostiaban si los *sentían* hablar una palabra en catalán. Ahora nos dicen que no, pero era así. Aquí en Barcelona es distinto, mucho funcionario, militar, marineros, gente *amb molta mala bava*. Casi lo hemos perdido, pero en el resto del territorio es lo que hablamos: el catalán. El profesor y todos estos piensan que somos una cosa pasajera pero venimos de muy lejos y vamos a quedarnos aquí. Si sientes curiosidad te lo puedo enseñar.

—¿Tienes coche?

Jep de Vallfogona la pasaba a buscar en un vehículo a medio camino entre un auto modesto y un tractor. Eran incursiones hacia el interior (Vic, Olot, Reus, Solsona... nombres que en Barcelona se pronunciaban con desgana), nunca se había alejado tanto del mar. Le pareció que Jep concebía la lengua como un vaho que emanaba del territorio y que solo recorriendo caminos viejos, paseando entre vides y callejeando por pueblos líticos lograría calar en el interior de la muchacha, para que a su debido momento, al separar los labios y agitar las cuerdas vocales, fluyese su precioso sonido.

—No hay ninguna nación perfecta, pero parece que a nosotros nos lo exijan, no somos mejores que el francés o el sueco, pero tampoco menos, somos como cualquier otro pueblo. ¿Por qué no

vamos a merecer un Estado?

Agradecía las concesiones de Jep a la sensibilidad femenina: una *plana* cubierta de *gebre* (ese día salieron muy temprano), lagos y saltos de agua rabiosos como colas de caballo, monótonos bosques de abetos... pero el chico tampoco se permitía alejarse demasiado de su proyecto pedagógico:

—Si ellos tienen el italiano o el inglés, nosotros tenemos el catalán: es la lengua de las personas que nacen en este suelo, desde siempre, la propia.

Se lo hubiese dejado pasar pero aquella salida se estaba saldando sin gratificaciones, una anodina sucesión de la Vinyola, Linyola, Valleclara y Vinassar; pueblos misérrimos, arracimados en torno de un campanario románico, que olían al sudor que el trabajo manual extrae del cuerpo al prensarlo, dominados por una espera vacía que casi marcaba de malicia la arquitectura: postales del sur despojado de mar. Se había dejado las gafas oscuras y el resol le soltaba calambrazos en los ojos, estuvo a punto de recordarle que «desde siempre» como mucho podía remontarse a cuando al latín le dio por descomponerse y articularse en un manojo de lenguas que restituyeron el laberinto de Babel; el *territori* había pasado millones de años mudo y miles recorrido por el mugido de los dinosaurios, pero valoraba la entrega de Jep y su temperamento tampoco le daba para acorrallararlo, se conformó con una maldad:

—Y si hay una lengua para cada territorio, ¿por qué aquí habláis dos?

—Ya te lo he dicho, si no prestas atención, ¿cómo vamos a progresar? No son de aquí. El castellano fue expandiéndose y suprimiendo todos los idiomas con los que se encontraba, pero con el catalán no pudo. Lo rebajó a tareas menores, nos quiso cortar la lengua a sus hablantes, pero seguimos llevándolo clavado aquí, en la boca.

Se dejó persuadir por el nervio de la voz, por el atractivo que desprenden las convicciones masculinas cuando las ves agitarse de cerca.

Claro que trató de seducirla, pero había rechazado a incontables pretendientes nocturnos; era emocionante cuando hundían la mirada en el centro de su cara, verlos acercarse como si la abrazasen a distancia, y si alguno se atrevía a entrar en el círculo encantado de su personalidad era sencillísimo recibirlos con una sonrisa blanda (reservaba una dentadura de cuchillo pero apenas tuvo que emplearla dos veces) antes de pronunciar un par de frases en sueco (las únicas que sabía, cómo disfrutaba del equívoco) para dispersar al intruso: ¿cómo no iba a mantener a raya las tímidas brusquedades de Jep de Vallfogona, sus movimientos desacompañados, de una procacidad tan timorata que casi preferiría que se hubiese lanzado a amasarle las tetas?

Cuando se convenció de que no iba a progresar con la chica Jep cumplió la promesa difusa de sociabilizarla: la llevó al casal y la presentó como una periodista nórdica, aunque ya destacaba bastante por ser la única chica. A ellas se le abrió el mismo paisaje que le había revelado el viaje con sus padres por Castilla-La Mancha y la costa de Levante: vasos opacos, hielos turbios, olor a fritanga, café torrefacto, calendarios como horóscopos y naipes de Heraclio Fournier... las mismas camisas bastas, puños comidos, coderas, pana rugosa... Sintió cómo los resabios de su educación le encharcaban de nuevo el cerebro: el sur de Europa estaba poblado por hombres más impulsivos, con menos articulaciones internas. Idénticas miradas rapaces, la inseguridad pegada al juego facial, el temor a verse arrastrados fuera de sus convicciones, la extensión de algo lúgubre, sometido; adultos inmaduros, atrofiados por la dictadura: los catalanes eran españoles hasta el tuétano.

Jep reconoció la decepción de la chica y en un gesto audaz la devolvió a Barcelona; en cierto

sentido L'Horiginal también era un garito donde servían tragos, solo que además debatían y recitaban. Las chicas no le gustaban y no sintió la tentación de hablar con ellas, pero les agradeció que pululasen por allí. El ambiente le pareció más aireado, urbano, o, para ser leales a su mapa sentimental, inequívocamente costero. En Helsengor nunca se había interesado por la poesía, pero empezó a saltarse clases: atravesaba la belleza retorcida del Gòtic, pedía una cerveza y los escuchaba apasionarse durante horas. Era la misma lucha, todos parecían tocados por el mismo fuego, pero la peleaban otra clase de chicos. De alguna manera (a la distancia de la extranjería) les hizo un espacio que ya no era condescendiente.

Se fijó en un muchacho espigado, con un corte más suave de cara. Se llamaba Ernest (aunque todos le llamaban por el apellido: Turrís) y nunca recitaba, se pasaba la tarde escuchando a la legión de poetas como un terrateniente que contribuyese con la vista a la maduración de sus avellanas; en su boca el catalán le sonó por primera vez como un idioma nítido, abierto al norte.

La citó en una cafetería-restaurante en la ladera de Collserola. Aligustres viejos, la pérgola, enormes macetas coronadas por esferas y piñas: una belleza decadente, de últimas tardes entre jardines románticos. El mirador se abría a una extensión de casas como cubos grises que llegaban hasta la playa garabateada por los barrios de barracas, y el mar solo les ofreció una versión deslucida por la calima. Turrís llegó con un traje de verano que se le pegaba a sus caderas anchas, casi de mujer; la subida final le desbocó la respiración, el pelo pegajoso le comía la frente. No aceptaría una segunda vez, saldría de aquel círculo azaroso mañana mismo. ¿Qué le importaba a ella el catalanismo?

Turrís saludó a los camareros con familiaridad (¿se conocían todos?), pidió dos pastís, desplegó un mapa geográfico sobre la mesa.

—Un mapa es una fotografía que te oculta una verdad y te ofrece una mentira. Mi abuelo miraba este mapa y podía encontrar el Montsant, y mis hijos, si tengo la suerte de merecerlos, lo encontrarán en el mismo sitio. ¿Lo ves? El mapa te muestra lo estable y te esconde el movimiento. Mientras hablamos la tierra se ensancha, los cursos de los ríos se desplazan, el mar le come unos milímetros a la costa. Para el ojo humano el valle donde está encajada Barcelona parece un escenario estable, pero el ojo geológico recuerda que las corrientes marinas cubrían hace apenas un millón de años esta *serralada* amasada con cadáveres comprimidos de crustáceos y espinas sedimentadas. Todo se mueve y todo está quieto. Quizás ninguna mirada humana vea doblegarse los Pirineos, ni las dos costas del Mediterráneo fundiéndose como si una cremallera se cerrase sobre el mar: son presencias inalterables para las dimensiones de nuestra especie. Si ahora superponemos un mapa político a un mapa físico verías la cantidad de naciones que coinciden con las marcas a fuego de esos accidentes geológicos: costas, ríos, desiertos, cordilleras... En su interior han cuajado las costumbres y los idiomas, el ojo de los actuales vivientes no verá desaparecer el inglés ni el catalán ni el italiano ni el danés, pero el ojo de la historia sabe que los idiomas son como vestidos que la inteligencia se pone y que se quitará cuando ya no le sirvan: si nos convencemos de que brotan de un territorio y de que coexisten arraigados en él es gracias a que los ojos de un hombre se pudren enseguida. Así que Jep se equivoca: los idiomas son sombras que se desplazan sobre los territorios que los precedieron y los sobrevivirán; los pueblos son mucho más que su idioma y su cultura: son sus instituciones, sus costumbres, su temperamento, sus sueños, su ejército. Soy un hombre de letras, pero si construyéramos más tanques que nuestros vecinos nadie discutiría que somos una nación. La nacionalidad es una función de la fuerza: el residuo o el recuerdo simbólico de litros de sangre vertida, de los sonidos de la agonía... Pero no

quiero asustarte, volvamos a las instituciones... Si a los pueblos que no disfrutaban de leyes propias les arrancan la lengua, ¿dónde vivirán? Estamos más vivos cuanto más hablamos, y más arraigamos en el planeta cuanto más se escucha, se piensa y se habla en nuestra lengua. ¿Lo entiendes ahora?

El tercer pastís centelleaba en el vaso. Se le había pasado la tarde escuchándole; el día se despejaba y el azul cremoso del mar desveló los presentimientos que el norte atenuaba: la vida, la fusión activa de tiempo y luz, espacio y volumen, conciencia y respiración. El universo se había tomado muchísimas molestias para que apareciese una como ella, era su manifestación más insolente, delicada y audaz: un espejo donde contemplarse.

—No vuelvas a pedirme que venga sola. Me sentía ridícula con este vestido, demasiado floreado; ves este desgarrón, se me enganchó en aquellas ramas... Y no me lleves nunca al interior, prométemelo... No quiero alejarme de... esto.

A Jep le explicó un cuento sobre la amistad: el rechazo no le venía de nuevo, tiraba cañas a destajo. Fue halagador ver brillar la mentira en la cara de la chica cuando le prometió que había disfrutado de la energía telúrica de las montañas y del vacío casi metafísico de las *planes*: no era posesivo, el anarquismo le manaba del corazón. Bendijo con un beso el inminente romance costero.

Para un chico educado como Turrís la soltería de una muchacha resplandeciente solo podía asociarse con alguna forma de prostitución, una idea que lo excitó al principio, y que se precipitó hacia el horror cuando los suaves latigazos de los nervios lo persuadieron de que se había enamorado. Pero no encontró nada oscuro detrás de aquella cabañita, era una historia limpia que cabía en medio folio de caligrafía infantil: la pagaba con los cheques que le enviaban sus padres de Helsengor a cambio de dos cartas al mes, ¡disfrutaba tanto componiéndolas de cabeza mientras paseaba *arran d'aigua*! Tampoco le importaba interpretar el papel de aprendiz, estaba segura de que podía desembarazarse del antojo que sentía por Turrís chasqueando los dedos:

—¿Jep no es de los tuyos?

—Los plurales son tan engañosos... Para el ojo del invasor parecemos todos aborígenes, pero cuando acercas la mirada... Un dóberman y un chihuahua son perros, pero un depredador no es un faldero. Los suyos lo quieren todo (territorio, lengua, independencia, justicia social), pretenden desgajar nuestro país conjetural de la corriente económica dominante y sumergirnos en el utopismo socialista, pero su alma está partida en dos: son anacrónicos y les puede la prisa. Mira, incluso en lo que estamos de acuerdo corren demasiado, hablan como si los árboles se doblaran cargados de frutos maduros que se pudrirán si no los recogemos enseguida, y yo solo veo campos de uvas demasiado verdes. Lo peor no es ser un pueblo sometido, lo peor es que nuestra identidad está diluida en la conciencia de nuestra propia gente. La historia es sencillísima de explicar, es idéntica a la de otras decenas de comunidades oscuras que resisten a orillas de Danubio o en las faldas de los Alpes, a la de las «naciones sin Estado», pueblos que no han logrado ganarse un territorio roturado con sus propias leyes desde el que asomarse a la historia, que se rezagaron en la carrera de la violencia, ¿quién querría subirse a ese barco de marginados? Se impone reescribir el relato proyectándolo hacia el futuro, señalar un propósito histórico, envolverlo con una identidad atractiva. ¿A quién se lo vamos a encargar después de cuarenta años masticando polvo? Los que se fueron han mezclado su sustancia con el exterior, suenan como ecos de vidas irreales, y a los que se quedaron les drenaron el vigor, el tono moral, la confianza en sus propias fuerzas. El cuadro ha ennegrecido demasiado para iluminarlo con la llama tímida de un carácter que ni siquiera se reconoce. Nuestra prioridad es enseñarles el valor de su herida, despertar orgullos, reanimar la voluntad. Encender un fuego y construir instituciones donde ocultarlo mientras lo alimentamos, un Estado latente a la sombra de España. Mi pueblo está amnésico, no es la hora del incendio, es el momento de la simulación.

Los chicos le gustaban, incluso en el menos agraciado descubría rasgos de belleza viril, disfrutaba de lo que les provocaba con el cuerpo, pero lo que prefería de la intimidad con un hombre pasaba por descubrir el *pinjol* de sus intereses, los proyectos que lo desvelaban y empujaban hacia el futuro: un núcleo de calidez que nunca reservaban para ella aunque alguno se lo dijese por coquetería y miedo a perderla: sencillamente no era la clase de chica capaz de incendiar una vida entera, y tampoco le apetecía situarse en el centro de una obsesión.

—¿Y esperas levantar los ánimos recitando poemas?

—No. L'Horiginal, la poesía, el arte... cumplen un cometido secundario. Lo principal es buscar a un hombre capaz de reunir y reanimar la energía dispersa.

—¿Y no quieres ser tú?

—Los dioses ya no son proclives a reunir la lira y la espada. Puedo instigar con la palabra, pero a quien busco es al Saúl que fascina con un carisma capaz de sobrepasar los argumentos. El general a quien te avergüence no seguir cuando te llame. Y cuando lo encuentre... no me engaño

como Jep, sé que el camino es largo, pero las empresas colectivas valen más que uno mismo. Y para mí es importante que el catalán siga hablándose dentro de cien años, y de quinientos; es lo que nos han enseñado, lo que pretendemos transmitir.

—Dentro de un millón de años el universo estará vacío de seres humanos, para qué dedicar la vida a un idioma, otro más, ya se han consumido tantos...

—Entonces, ¿para qué tener hijos?

—Porque es divertido, porque nos ayuda a sentirnos mejor, es algo completamente egoísta.

Al arrojar la imaginación hacia el futuro se le desplegaron vertiginosas perspectivas de vida en común, decidió tomárselas como vislumbres de regiones fantásticas, se habían encontrado e iban a seguirse viendo, eso era todo. Quizás por ese motivo le resultó tan violento comprender, tumbada en la playa tan larga como era, que justo así era como se las arreglaba la vida para condensar las románticas nebulosas fantásticas sobre la edad adulta en un hombre concreto.

Turris porfió en su plan de encontrar a un Saúl que reuniese las energías dispersas del catalanismo. No era obsesivo, dormía como un lirón abrazado a su promesa nórdica, mantenido por sus padres mientras terminaba el doctorado. Y el partido cuajó, gente salida del activismo cristiano, un catalanismo socialdemócrata que perseguía la plasmación suave y domesticada de los sueños de fuego de Jep. En honor a la verdad su Saúl se levantó sin ayuda de sacerdotes. El papel de Turris en aquel inesperado advenimiento se limitó a un discurso memorable con el que le cortó el paso a la competencia de Masclans.

—Se hace pasar por médico, pero es un banquero en quiebra. Y cómo habla: que si «*el peix al cove*», que si «*fer bullir l'olla*», que si «*cauran tots els nius*»... Un tendero peor que mi padre. *I amb la fila que fot!* Un engendro así se lo pueden *empassar* a Madrid, pero aquí...

Aunque la chica estaba a punto de terminar la carrera, le dijo que no pensaba renunciar a servir copas si no encontraba antes otro trabajo.

—El partido busca una taquígrafa. Es casi un cargo de confianza. Les he exigido que me escuchen: les he dicho que conocía a la persona ideal. Quédate en la cabaña de las narices si no hay otro remedio, pero entenderás que con lo del chiringuito no puedo transigir. Ni siquiera tengo que esperar a las autonómicas, se baraja presentarnos en Madrid, y tampoco le haría ascos: el caso es servir.

—No sé taquígrafa.

—Todos estamos improvisando. Ni Prat ni Cambó ni Macià van a resucitar, y Tarradellas ha vuelto con el cerebro licuado. El congreso es dentro de tres semanas: te he encontrado un curso, pasaré a buscarte todos los días, vas a tener que *matinar*. Cuando le escribas a tus papás podrás decirles que los catalanes te hemos enseñado a trabajar.

En el asiento del copiloto cerraba los ojos y se abandonaba a los giros suaves y las aceleraciones inesperadas de la conducción. Destellos y sombras (árboles, casas, vallas) se sucedían en el perfil del chico que entraba y salía de su corazón; era como si el paisaje pretendiese informarla en un lenguaje todavía secreto de cuánto os amamos por vuestras cualidades y cuánto por lo que las circunstancias os permiten favorecernos.

Dos días antes del congreso Turris la citó en la playa: camisa empapada de sudor, corbata suelta y la decepción rompiendo vasos capilares en el blanco de los ojos.

—*Està tot el peix venut*, no entro en la lista; sí, ya sé que las votaciones son pasado mañana, pero no se puede organizar un congreso sin las ideas claras, en eso estamos todos de acuerdo.

Todavía somos medio españoles... No estamos preparados para una democracia a lo vivo.

—¿Y si dejas la política? ¿Y si te dedicas a escribir poesía?

Confundió poesía con universidad sin querer, tampoco ayudó que acompañase la frase con una sonrisita vulgar, pero si a Turrís le dolió de verdad fue porque ya era un pensamiento activo y amargo en su cabeza. Si la esfera de las decisiones le daba la espalda, ¿dónde iba a sobresalir uno como Turrís?

Le sugirió que se quedase a pasar la noche en la cabaña (¿no había respetado aquel chico dos años su capricho de despertarse sola?), prefirió dejarse amar con una furia deliciosa que indagar si la herida era profunda; se dijo que estaba siendo delicada, que renunciaba a ser invasiva. Al despertarse fue como si su cerebro abriese los ojos dentro de una idea nueva: ¿y si no servía para sumergirse en las aguas de una relación profunda? La porosidad del matrimonio, todo aquel montón de intimidad, la atosigaba, se le contraían los pulmones, prefería a sus enamorados cuando se sentían eufóricos, la avergonzaba verlos lamiéndose las heridas. Y con qué facilidad se arañaban y se lastimaban aquellos críos, era una cosa de no poder creerse.

Se levantó de la cama con una camiseta que le llegaba a medio muslo, se burló de sus patas de cigüeña con el cariño de quien está completamente a su favor y se encendió un cigarrillo. La luna iluminaba la cabaña, de niña le fascinaba cómo su esfera modesta se las arreglaba para modular la energía del sol en una luz tenue, seductora, casi enigmática. Desde que se acostaba con hombres no le impresionaba tanto, el millón de kilómetros de distancia se lo ponía demasiado fácil. Le lanzó a la luna una mirada penetrante como una pregunta: si la obligasen a encerrarse con aquel horno estelar que desprendía a diario colosales llamaradas nucleares, ¿no se fundiría su altiva dignidad? Soltó una sonrisa que pretendía ser alegre, aunque se resolvió en una inofensiva crueldad. A la mañana siguiente Turrís volvería a derramarle sus demandas afectivas: apoyo, autoestima, integridad. Si al menos necesitase algo de él; se aferró al antojo de ser madre, la experiencia de las transformaciones físicas no se la iba a perder.

—He estado pensando, una noche larga en vela, sería bueno que dejases la taquigrafía.

—Me saqué el título.

—Es una tontería. ¿No lo ves? Ni siquiera tiene futuro, inventarán algo mejor. No paran de inventar cosas.

Pero no cedió, se sentía comprometida y se le daba bien: su oído recogía el maravilloso universo flexible de las emisiones fonéticas y lo transmitía a unas yemas cada vez más precisas; su actividad sobre el teclado era un espectáculo de lo semiconsciente casi tan delicioso como blanquear la mente delante de las oscilaciones del mar.

Fingió que le creía cuando Turrís presumió de que era decisión suya que Pere Masclans hablase el último. Las cristaleras de la inmensa (y fría) sala transparentaban la noche cuando Astrid lo vio avanzar: una figura alta, de rasgos toscos, como si la delicadeza de la ejecución se concentrase en el moldeado de la mandíbula; desprendía un magnetismo fisiológico. Reprimió la risa al recordar la insistencia de Turrís en que se daba un aire nórdico: si se habían dejado convencer por el castaño pajizo del pelo vendían muy barata la sangre escandinava.

Le sorprendió el líquido claro de vocales abiertas que proyectó, su manera de respirar las pausas como si quisiera retener la extensión entera del espacio. Frases sencillas, de sintaxis infalible, ladrillos que se apoyaban los unos en los otros, sin mezclarse: sonaba como un idioma distinto a la nerviosa perseverancia afónica de Jep y los melindres con los que Turrís desenvolvía

cada palabra como si custodiase una joya. En su boca el catalán no era un arma ni un tesoro, funcionaba como una idea de orden, un compromiso fiable, sencillo de suscribir, con vocación de cruzar plazas y entrar en tantos comedores como fuese posible para ofrecer una y otra vez la misma promesa: mientras su voz vibrase en el cuerpo de su pueblo era impensable que un sistema de poder más amplio volviese a absorberles.

El tono Masclans arrasó en el congreso, y se impuso también por la mínima en las segundas elecciones autonómicas, y tras un año de barullo e ingobernabilidad la versión real del partido que Turrís fantaseaba con fundar se llevó el *territori* por mayoría absoluta.

—Aunque disolviera la ejecutiva y se presentase solo también se lo llevaría de calle. Tiene presencia para ocupar todos los escaños del Parlament.

Astrid se sacó una de las plazas convocadas para el equipo de taquígrafos del Parlament, y así fue como empezó a ver a Masclans a diario, a constatar la barrera de autoridad disuasoria que levantaba a su alrededor, cómo administraba las palabras fuera del estrado con un laconismo tan riguroso que te persuadía de su trato directo con los espíritus atávicos del *territori*. Turrís actuaba como si la victoria le deprimiese, no se había partido la cara y el pecho para gestionar una caricatura de país, empezó a hablar de la traición del autonomismo. ¿De qué servían las cesiones de competencias si Madrid podía reclamarlas? Limosna, eso era todo lo que había conseguido Masclans. No eran todavía las ideas de Jep, pero ya eran las prisas de Jep; ni siquiera le importaba que su chica no atendiese, se asfixiaba en la cabaña, empezó a pasar semanas enteras en Manlleu, ocupado en el negocio de la familia. Astrid aprovechaba los días de independencia (¡lo sentía así!) para volver a servir copas y acostarse tarde. Cuando la voz de Pere Masclans se dirigió a ella, venía de una deliciosa noche en vela: había cometido un error de dedo, por lo visto repasaba las actas de sus intervenciones.

—*Que no es torni a repetir.*

El tono invitaba a bromear y abría un espacio donde reincidir. Se acostaron en su despacho, la dependencia de la que emanaba el poder de aquella nación aplazada: de allí salían los proyectos transformados en compromisos, agitando la preciosa cola de un presupuesto. Los esfuerzos de Pere por consumir un encaje genital a la altura de los estándares europeos se quedaron en un empuje mecánico, la chica ni siquiera se corrió. Así que en cierto sentido no fue bien, pero el cuerpo le tembló agradecido durante las dos horas que pasó dentro de aquellos brazos velludos, el tacto y el peso del deseo seguían beneficiándola como el día que descubrió las complicaciones sensibles de los besos. Al despedirse se dio cuenta de que no habían cerrado la puerta con llave. Pere la tranquilizó, nadie se atrevía a entrar sin que lo convocasen; no era una prueba de confianza, existía una ley que nadie se atrevía a vulnerar y emanaba de él.

Se contaron las vidas, rescataron para el otro recuerdos que no pertenecían a la corriente principal de sus preocupaciones. En los meses siguientes volvieron una y otra vez a sus respectivas canteras (la palabra les parecía una instancia más familiar que los cuerpos) entregados al placer de articular un relato ambicioso de su pasado para un beneficiario que semanas antes era un desconocido, una emoción de la que nada saben ni las poderosas estrellas ni las imponentes extensiones de vacío sideral.

—*Què vols de mi?*

Se lo preguntó con dureza, como si le ofreciese una muestra de la energía que pondría en juego si un día ella pretendía algo que entorpeciese su carrera. La actuación fue casi perfecta, apenas se apreciaba el fastidio anticipado por si una respuesta equivocada de la taquígrafa estropeaba su

aventura. Pero Astrid estuvo audaz, imprevisible, desconcertante; y era muy difícil precisar si en el resplandor de sus ojos prevalecía la convicción, el juego o la crueldad: el fuego eufórico de la vida lo fundía todo.

—Que prescindas de Turrís. No quiero verle más. Aléjalo de mí. Que no se mezcle con nosotros.

Dos días después vio a Turrís atravesar la playa con el balanceo cómico de quien pisa arena, envuelto de electricidad esperanzada.

—Masclans me ha telefonado, personalmente. Quiere que entre en un ayuntamiento de Tarragona sur. Me ha dicho que me quiere cerca, en cargos directivos... No pongas esa cara, ya sé que no te gusta demasiado el interior...

La miró con la intensidad de quien sospecha algo, pero era solo la adrenalina del éxito decidida a darle una lección a su compañera: la acusó de haber respondido con frialdad a la que «bien podría ser la mejor noticia de su vida», le levantó la voz convencido de que lo protegía el marco de impunidad conocido como «pelea de enamorados», de que las heridas que provocaba con su sobreactuación las podría subsanar con una hora o dos de palabras templadas y caricias. ¿No rompemos a veces cosas por el placer de arreglarlas juntos?

Astrid se alejó de la cabaña (Turrís había aprendido que no era conveniente seguirla) y se entregó a un juego que la acompañaba desde la infancia: retuvo en la mano un puñado compacto de arena mojada, dejó que la luz la trabajase retirando la humedad y despegando los granos hasta que empezaron a caer, desorganizados, entre los dedos. Pasó así dos horas. De regreso sintió cómo se balanceaba algo filoso y eufórico en su interior, parecido a las caderas que ambicionaba desde niña y que ninguno de los hombres con los que se había besado reclamaba. Retuvo el prodigio de no haber adoptado ninguna decisión irreversible: era fascinante ver la extensión de su futuro abierta a un delta salvaje de caminos probables. Sabía quién era el chico que la esperaba de los nervios en la cabaña donde había pasado los mejores años de su vida, pero al entrar sus ojos se las arreglaron para ver apenas a una de esas unidades mínimas de memoria, sensibilidad, temor y deseo a las que llamamos individuo. ¡Nacían tantos! Era como si una vez descubierto el truco la naturaleza no pudiera parar de reproducirse. Supongo que condensó demasiadas cosas en pocas palabras para distraerse de su propio vértigo.

—Lo que nos ha pasado vale algo, pero no significa gran cosa.

A favor de Turrís diremos que no montó ninguna escena y que antes de salir de la cabaña se las arregló para secar por sus propios medios la esperanza de «ir a más» con la chica en la que había invertido tres años. Ni siquiera se preocupó de averiguar si la última copa que le sirvió, y que recreaba la alegría mansa de los primeros meses, era una diversión, un homenaje o un reproche final por la facilidad con la que bajaba los brazos. Pero Astrid tampoco le cerró la puerta: de alguna manera amaba la rapacidad con la que Turrís seguía acercándose a ella, disfrutaba al constatar que en sus manos la inteligencia de aquel chico se había depreciado en otro Jep, que cuando hemos perdido ya cualquier esperanza de contribuir a formar a un gran hombre todavía podemos convertirlo en nuestro sirviente: la dejaba sin aliento imaginar de lo que Turrís sería capaz para retenerla a su lado. No eran pensamientos que la convenciesen del todo, no los suscribía ni ocupaban su mente por completo, pero qué delicioso era saborearlos bajo el cielo ambiguo de estar viva.

Descubrió muchas cosas sobre ella mientras apuraba el cierre de su primer amor romántico: que no era la clase de chica que se interesa por las personas de las que se ha desprendido, y que

disfrutaba explorando con la imaginación su futuro truncado con Turris: un puesto en la universidad, cenas con escritores, viajes a los centros de irradiación cultural y tres hijos donde los rasgos sureños se mezclarían con esas matas de cabello dorado con las que el norte protesta por la distribución cicatera de la luz. A esa distancia Astrid pudo pensar al chico con generosidad: os oscurecemos tantas veces cuando nos acercamos. Y ahora te reirás de mí, pero es tarde y estoy cansada, así que da lo mismo, ahí te va: creo que las promesas de Dios serían más seductoras si en lugar de ofrecer una vida eterna en compañía de los justos nos permitiesen recorrer las vidas incipientes que no dejamos progresar.

Que Pere la visitase en la cabaña estaba descartado, (¿había pasado alguna vez una tarde entera descansando en una playa?), y a ella la aburría vestirse para salir a cenar, así que al principio su experiencia compartida se sustentó en el puñado de historias que Pere transportaba el día entero para descargarlas con suavidad (despojadas de las escorias y el farrago del politiquero) en presencia de una chica a la que nunca esperaban en ningún sitio, y que por mucho que invirtiese en mirarla siempre sería un poco ajena, desprendida de una tierra donde el poder de su Parlament no valía nada. Al principio le ofendía que la muchacha no hablase ni se inquietase por el futuro, pero aprendió que hay algo reconfortante en amar a una persona que no te siembra el pecho con larvas de exigencias, que se contenta con que la acompañes ese tramo del sueño, como primines que corren de la mano para bañarse en el río.

Decidieron hablar en castellano, compartir la incomodidad de expresarse en un idioma ajeno.

—Lo normal sería ponerte una casa, es lo que se ha hecho siempre.

—La quiero aquí mismo, en el Parlament. Aquí es donde estamos mejor. Tu viejo castillo será mi nueva cabaña.

El plan de instalarse en el antiguo despacho avanzó oculto a la vista de todos. No le importó pisotear varios reglamentos convocando a fontaneros, electricistas y a un arquitecto de Puig d'Olena; la seguridad de que nadie del partido ni de la oposición iba a insinuar una queja venía a confirmar que también había incorporado a sus prerrogativas la impunidad. Adentrarse en el poder estaba resultando una experiencia fascinante, era casi inconcebible cómo ardía reflejado en la imaginación ajena: una presencia más del *territori*, como las lluvias de septiembre, el calor pegajoso de Barcelona, la tramontana que sopla desde l'Ull del Diable o el Montsant: fuerzas que se sobrellevan, con las que no se discute.

—Solo tengo el poder de un presidente autonómico.

—Pero a sus ojos eres un rey.

—Y tú, ¿cómo me ves?

—Ya lo sabes.

—Quiero oírlo.

—Como un muchacho atrevido y temeroso; seguro de sí mismo y muerto de miedo, siempre a un paso de arrepentirse y abandonar todo por lo que ha luchado sin descanso. Solo que tú no lo abandonarás, estás saturado de ti, no tienes otra cosa.

El apodo de Rey fue propagándose desde los círculos de confianza hacia esferas cada vez más amplias: sus rivales lo asumieron en la medida en que amparaba sus derrotas, los medios lo administraban con mesura pero no lo rehuían, a sus votantes les aliviaba diluir las reivindicaciones sociales en el fingimiento de servir a una corona.

Dos años después el Rey seguía estando lejos de entenderla, ¿qué la retenía a su lado? No

podía explicarlo por una coincidencia del corazón, ni una sintonía moral, ni la insinuación de un futuro compartido. Claro que raras veces se dejaba rozar por aquel misterio; no pisaba el mundo para comprenderlo, sino para dominar una porción: le bastaba con ver un día tras otro la elegante y despreocupada sonrisa con que lo recibía: la señal de que todo iba bien.

Solo una vez la situación política llegó a tensarse tanto que inundó el despacho-vivienda, y Astrid sintió la presión de sus corrientes. Mientras sofocaban la disidencia interna el Rey mantuvo el pulso ecuánime. Las demandas de los diputados aislados en zonas depauperadas entre Tarragona y Lleida eran atendibles, aunque la frase con la que trataban de concitar atención, «*Molta pàtria, pero tota a Girona*», le deprimía. Solo cuando logró controlar la revuelta se ensañó con los conjurados, los purgó de las listas, de las secciones y las fundaciones, suprimió sus nombres del sistema completo de abrevaderos; algunos eran viejos compañeros, gente que estaba con él desde el congreso donde se apropió de todo, llevaban años partiéndose la cara por él, ¿y si eran aliados valiosos que atravesaban por un mal momento?

—Que se marchen está bien, que no vuelvan es mejor. No puedo permitirme tiranteces dentro del país. La tensión territorial es mi privilegio. Pagan anticipadamente por las insurrecciones del futuro. Te aseguro que sale barato. ¿Cómo que a ellos? No, no, estoy hablando de mí.

A cambio de aquel bendito desinterés por los manejos del poder el Rey respetó la displicencia con la que Astrid desactivaba las ofertas recurrentes de destruir a la familia Masclans-Codony para situarla de una buena vez en el centro de su vida pública. La primera propuesta la rechazó porque no se la creía ni él, la segunda porque nunca había anhelado abarcar a su hombre por completo, y el resto porque la anticipación doméstica del Rey empezó a segregar una vergüenza que no supo remontar: encerrarse con aquel hombre en el mismo dormitorio, cocinarle, aparecer en recepciones, humillar en público a una esposa que le era indiferente, actuar como la madrastra de dos críos confundidos... sencillamente, no lo quería tanto.

Pero contaba algo más, un temor informe que era también su orgullo secreto. Venía de más lejos, pero le gustaba asociarlo a la tarde que vio la playa invernal transformada en un revuelo de plumas y picos gracias a las cinco barras de pan que la loca del pueblo había desmigajado sobre la arena. Palomas grises, gaviotas, pájaros de pluma negra que no supo reconocer agitaban las alas y perseguían las migas con el frenesí de quien pretende solucionar en unos minutos el hambre de una vida. Horas después las gaviotas seguían revoloteando por la zona como ratas del aire, picoteando briznas de pan, prisioneras de su gula: animales enfermos, a los que un descuido de la evolución había privado del alivio de la saciedad.

Pasados cinco años seguía emocionándose (solo que no era emoción) con aquella vida que no estaba prevista en ninguna de las exploraciones de su imaginación juvenil: ¡amando a un rey! Aunque fuese el de un país simulado, encerrado entre las leyes de un Estado superior. El deseo seguía siendo entre ellos un trámite alegre, y la divertía tentar el apetito distraído del estadista con un platito improvisado que le presentaba como una joya del recetario tradicional de Jutlandia. Se quedaba embobada frente al televisor escuchándole defender la inmersión lingüística o preguntado por qué en Madrid escondían las balanzas fiscales. Se le había pasado casi una década sin sentir la necesidad de aprender el idioma, pero simpatizaba con esos catalanes que aseguraban venir de tan lejos, los echaría de menos si desapareciesen.

El pueblo, el *territori*, la identidad... ya oigo tus carcajadas, pero si piensas en el primer retraso de Astrid, en el impulso inicial de interrumpir el embarazo, en la expresión seca del Rey cuando repara en que la alocada determinación de parirlo es de las innegociables... en que de

haberse quedado embarazada de Turris el hijo de Astrid existiría con un cerebro, unas glándulas y unos huesos distintos a los del Bastardo... en que si Pere hubiese obedecido al impulso inicial de golpearle el vientre hasta cortar el hilo de la vida el embrión habría perdido para siempre la única oportunidad que le habría ofrecido el escenario caótico del universo en trece mil millones de años para participar de la existencia... Cuando se manifiesta el vertiginoso azar de cualquier nacimiento, ¿cómo va a extrañarnos que busquemos abrigo en el idioma, que intentemos arraigar en el territorio, aunque no nos pertenezca, aunque no sienta nuestra presencia, aunque ni siquiera se proponga retenernos?

Lo primero que el Bastardo se llevó por delante fue el refugio del Parlament; el espectáculo de *l'hereu* de sangre sucia lloriqueando y correteando por la sede del poder ejecutivo era demasiado incluso para ellos. Se dejó seducir por la alegría juvenil de reinstalarse en la cabaña, de volver a bañarse desnuda, envuelta en mar tibio y peces insomnes, pero allí no podía criarlo. Cada día se afanaba más en la taquigrafía, aquel empleo la introdujo en un círculo internacional de congresos y trabajos puntuales en Bruselas. Le dio de sobra para la entrada del piso.

—Reconócelo.

Era todo lo que respondía cuando le venía con el rollo de pasarle una pensión.

El Rey asistió al desmantelamiento de su «nido» con una emoción tan contenida que parecía progresar por un espectro distinto al de sus pensamientos corrientes. Al quedarse solo en el espacio vacío se sorprendió de que el presente hubiese llegado a la altura de sus especulaciones habituales sobre el futuro: así era como se separaba de Astrid igual que un día se independizarían sus hijos, la vejez atraparía a Montse y sus manos sostendrían una corona hecha trizas. Episodios que al ingresar en la dimensión de los hechos consumados quedarían fuera del alcance de su poder: ya no podía jugar a alterarlos con la fantasía. Recorrió con el pulgar el perfil de la barbilla antes de adentrarse en zonas de su moral que raras veces se encontraba con la disposición de ánimo para airear. A la mañana siguiente una flotilla de operarios rascaría el suelo y repintaría las paredes: el conjuro laico para desprender del espacio las marcas personales y reducir el tejido de vivencias (estratos de ilusión y aburrimiento y serenidad y dolor) a una muesca en la mesa o una raspadura en el suelo, impersonales ecos nostálgicos que la imaginación popular ha destilado en la figura familiar del fantasma.

Después bajó las luces y cerró los ojos y se permitió imaginar un orden de materia más estable: el pavés húmedo de la plaza, las camionetas de jardinería, niños correteando entre los arbustos, la cúpula bizantina de la iglesia, los mugidos y graznidos de los animales encerrados en el zoo, crestas de árboles cuyos nombres solo se sabía en catalán, la firme recta del Passeig de Colón apuntando hacia el promontorio de Montjuïc, a cuya derecha crecía, ceñida por la sierra de Collserola, la ciudad cuya irreverente mezcolanza (sus residuos franquistas, los *nouvinguts* que se inclinaban por el castellano, el turismo internacional deslizándose por los barrios resplandecientes sin el menor interés por los agravios locales) se le escapaban de entre los dedos. Lo llamaban Rey, él prefería verse como el arquitecto que construiría la casa donde acogerlos a todos, pero ¿de qué servía levantarla si tantos se resistían a vivir en ella?

Cuando nació el crío nada le gustaba más a Astrid que alterar (a veces con la mente) la decoración o quedarse la tarde entera en casa preparando platos cada vez más complicados, o despierta hasta muy tarde viendo películas románticas y fumando despacio. Su afición al mar se reavivó: disfrutaba de la temporada de baño, que empezaba con las primeras soleadas de abril entre aguas frías como cristales y terminaba bajo los cielos casi consumidos de noviembre. A

veces se llevaba a aquel niño tan guapo que era su hijo. El saludable aspecto de su cuerpo seguía atrayendo las miradas, pero había perdido el interés, la piel no le reclamaba caricias. Se sentía agradecida por aquel tercio de vida tan poco estridente, alejadísimo de los miedos que trataban de inculcarle los libros y su madre. Supongo que a veces pensaba con un residuo de afecto en Jep de Vallfogona y Turrís, ni se le ocurrió interesarse por lo que había sido de ellos; el Rey se fue integrando de manera natural en este conjunto que jamás se permitió confundir con tres manifestaciones de la misma emoción.

«Montse se enteró de la existencia de aquel niño de sangre sucia por un descuido del servicio. El Bastardo dice que confiaban en que una mujer de mundo encontraría la manera de hacerse cargo; y un huevo, fueron a clavarle una puñalada en la tráquea.»

A Pere le descolocó la entrada de Montse en su despacho dispuesta a desbordar un matrimonio que días antes discurría sobre un lecho de plácido conformismo. Aquella historia pertenecía a un mundo consumido (pasaba meses enteros sin pensar en su hijo, Montse no corría el menor peligro de que la retirase del escenario), así que decidió abordarla como si tratase con un *conseller* en plena crisis de celos: la dejaría hablar y después la obligaría a entender. Claro que Montse no colaboró. La tarde fue terrible y decidió que esa noche no quería dormir con él. Solo al acostarse empezó a reconocer como algo beneficioso el perímetro de seguridad que trazaban las palabras de Pere. ¿De quién podía fiarse si no de su marido? ¿En quién otro había confiado desde que la arrancó del comedor de los Codony y la acostó en su cama? La única solución que le proponía, por debajo de la palabrería romántica, exculpatoria y de compromiso, era soportarlo. Daba asco, pero le resultaba familiar: pertenecía al juego de valores que la auparon a primera dama. ¿No era el mismo consejo que había predicado a las esposas de su círculo destrozadas por una infidelidad: conformismo, conformismo, conformismo? La obediencia a una visión del mundo miserable no nos convierte automáticamente en unas hipócritas: era fascinante verla cortarse con sus propios dedos cuando se frotaba las manos.

Entraba y salía del conformismo, pero no lograba instalarse, era incapaz de recuperar lo que se había echado a perder y que llevaba demasiados años considerando lo mejor de su vida. Cuando se quedaba sola en aquella gran casa mientras él progresaba en la notoriedad lo único que la mantenía a resguardo de las arenas movedizas de tanto echarlo de menos era la mutua lealtad, que ahora adoptaba un carácter tenebroso: los huecos, las pausas donde no se ocupaba del Gobierno, tampoco se los dedicaba a ella sino a fermentar aquel engaño con la furcia nórdica: su vida era una falsificación. ¿Cómo le devolvería el daño? Cuando se convencía de su impotencia flujos de sangre le sellaban los oídos y se quedaba a solas con sus ideas. Eran pasajes de ofuscación (claro que también eran sus momentos más lúcidos) durante los cuales quería arrojar a Pere al suelo y arrastrarlo por el barro mientras en su cerebro latía el viejo afecto. Sentía el tacto odioso de la mano de aquel hombre y el cosquilleo agradable de su marido. Le gritaba y quería abrazarlo. Trazaba planes para atormentarlo y se mordía la lengua. Lo miraba y veía la gárgola grotesca, empapada de soberbia, y después veía a su confidente, su amigo, su amante. ¿Qué había de reprehensible en el amor de Montse Codony?

La exasperaba que la vida siguiese adelante: los cuidados de aquellos niños sin gracia que habían engendrado, el gobierno de la casa y el comentario de la agenda pública. Solo encontraba reposo en el cuarto de juegos vacío, en compañía de la hija muerta, la única persona que la trataba con respeto, la única a la que podía dominar por completo. La agobiaba luchar a diario para confirmar el alcance de su miseria: Pere no solo estaba dispuesto a situar el adulterio en el vacío

de los episodios aislados, sin conexión con el relato central de sus vidas, sino que aprovechaba las vacilaciones y distracciones que sugería el afecto para lamentarse de la dificultad de gobernar un país invadido como estaba por el arrepentimiento; cada vez que pasaban una noche sin dormir se quejaba como si Montse discutiera por capricho. Qué equivocado está quien cree que por haber recibido una ofensa el caudal del mundo se desviará para evitarle nuevas confrontaciones, que será compensado por una tregua.

Solo cuando encontró la cara de Montse desfigurada por la rabia le dio por pensar que aquella chica era algo más que un espacio al que acudir de vez en cuando, que poseía circuitos independientes de emoción, que no bastaba con que él se sintiera bien para que a ella se le contagiase, que podía estar alegre y dañarla, triunfar y herirla, guiar al país y retorcerla de dolor. Fue como sumergir los ojos en una sustancia ácida: sus párpados se habían vuelto tan correosos que tuvo que desgarrarse los tejidos para ver. Respondió a los arañazos rutinarios de Montse con un golpe seco que la tiró al suelo. La caída dolió menos que asistir a la prolongada expresión de fastidio y fatiga que se apoderó de la cara de su marido.

Se levantó, se encerró en el cuarto de juegos y mientras le vaciaba un ojo a la muñeca de su hija viva se le ocurrió ir a visitarla: la estremecía calcular la de noches que había tardado en encontrar la respuesta exacta a su situación. Es asombroso lo despacio que avanzan los cerebros más simples, cómo terminan encontrando lo que buscan.

—*No facis un spectacle.*

—*Per què no ho vas pensar abans?*

En el taxi Montse dudó si se arrastraba al nido de la otra como una mujer humillada o si prevalecía su posición superior de esposa *com cal*. Una corriente de cosquillas cálidas le recorrió las ingles y el cuello: era fascinante que la deshonestidad no se concentrase en un gesto, que fuese algo más que un estado (como la gripe o la calvicie), que se pudiera visitar y recorrer igual que se atraviesa una superficie.

Al oír la puerta principal Pere calculó que la visita había durado una hora raspada. Salió a recibirla con la frustración de no haber decidido cómo proceder, todos hablaban favorablemente de su fuerza de voluntad, pero cuando se trataba de su familia las decisiones parecían brotar de una irresolución hastiada de sí misma. La mujer que se encontró en el comedor lo impresionó, era como si para librarse de la humillación Montse hubiese recorrido la desesperanza hasta su extremo.

—Había decidido marcharme, pero tenías razón: no conocía a los débiles, y ahora que los he visto comprendo lo poco que duraría allí fuera si no me protegiese tu fuerza. Así que me quedaré, no solo porque no tengo otro remedio, sino porque así lo he decidido, y la decisión me da derecho a negociar: ahora entiendo de primera mano el daño que puedo causarte desde la lenta deducción de un desprecio sin esperanza: ni siquiera necesito recurrir al odio. Solo si me sometemos volveremos a tener necesidad el uno del otro. Ya he malgastado demasiado soñándome fuerte.

—¿Qué pides? Quiero que seas feliz, nunca he pretendido otra cosa.

—Solo te pido el átomo de sustancia que no puedo conseguir de otra manera. Quiero que me acuestes y me hagas un hijo de la fornicación, fecundado sin amor. Que crezca con la fuerza de lo bastardo. Y le pondremos tu nombre: Pere, Pere Masclans, para que el *territori* conserve unas décadas más tu recuerdo. El hijo que te sobrepasará, porque tú... Mírate, eres como cualquier otro hombre, tan áspero en tu cobardía y tan terrible encerrado en tu miedo; mírate bien: en el centro de tu futuro solo te espera una tumba abierta.

No volvieron a referirse al Bastardo con palabras explícitas (aunque algunas alusiones sonaban como una campanilla sorda) hasta que el crío cumplió dieciocho años y se descubrió que Montse había invertido una fortuna en espíarle; pagaba para no permitirse apartar la cabeza ni una semana de él. Resultó que cumplía de sobra con las notas y los profesores valoraban sus habilidades sociales, era casi lúgubre comparar su expediente con el de Yúnior, un *slalom* de broncas y suspensos.

—El internado era una niebla que no invitaba a preguntar demasiado, mi padre brillaba a lo lejos como un sol distante. Entendí la situación paulatinamente, sin dramas, como cualquier otro niño de padres divorciados. No me digas que no hay nada más triste que lo mío, hay miles de cosas más tristes. Cumplí los dieciocho y me encontré con la hipoteca pagada y una matrícula en Historia del Arte, la nevera llena y una nota que he perdido y donde Astrid venía a decirme que me había dedicado dos décadas maravillosas, y que ni se me ocurriese seguirla.

«Montse se lo tomó peor, hablaba del Bastardo como de un tigre de caza por Barcelona; su marido mantenía sumisos a los tartufos de la época, conforme, pero los justos no se rinden, levantan la voz, denuncian, aquel crío podía ahogarles en la vergüenza.»

El Rey se acordó de Turrís: tras la conjura del Ebro le sugirió que se retirase de la política. Le agradecía su lealtad, pero tanta genuflexión inefectiva le tensaba los nervios; lo situó al frente de una diminuta editorial dedicada a rescatar periodistas de los años treinta. Turrís era un *company lleial*: venía de los primeros días y estaba completamente amaestrado, solo rascaría donde le indicasen, así que le propuso escribir la biografía oficial en tres volúmenes que congelaría su imagen, un dique contra las habladurías. Antes lo recubrió con el abono del prestigio local: tribunas, entrevistas, premios... Montse aceptó que se parecía bastante a que «la escribieran ellos mismos», pero ¿no le había prometido quinientos años de fama y biografías? La posteridad destrozaría esos tristes parapetos y la reconocería desfigurada por la llaga de la infelicidad, era inevitable, pero se prometió que los catalanes del futuro no podrían acusarla de haberle ofrecido un rostro gélido a un crío inocente.

—*El vull veure. L'has de portar a sopar.*

—*T'has begut l'enteniment.*

—*Totes les famílies tenen un parent tarat i no li retiren el plat de la taula.*

Lo único que Montse le concedió fue una entrevista previa para calibrar la clase de hombre en que se estaba convirtiendo su bastardo.

El muchacho se presentó en el despacho del Parlament con una preciosa americana regalo de su madre, sin sospechar que lo habían engendrado a diez metros. No transmitía ansiedad ni inquietud, respondía con aplomo las preguntas y apenas pasó apuros cuando el Rey le preguntó dónde se sentía *arrelat*. ¿Un danés fuera de sitio? No había pisado el país. ¿Era catalán? Apenas entendía el idioma. ¿Español? Le daba una pereza espantosa. En el internado lo capacitaron para hablar un francés libresco y un inglés con el que apenas desentonaba en las tiendas de Bond Street, pero se respetaba demasiado para ir por el mundo diciendo que era «cosmopolita», y el idioma en el que pensaba no lo podía hablar con nadie desde que Astrid se alejó de su vida. Encajó con amable estoicismo la cifra, calculada expresamente para mantenerle sujeto: no disfrutaría del privilegio que ofrecía el apellido, pero el dinero proporcionaba ventajas maravillosas, y a ninguno de sus hermanos se les permitía manejar esas cantidades.

«En quince años no tocó el dinero. Lo dejó flotando en La Caixa como una lámpara mágica. Es la *pela* que nos fundimos los primeros meses. El numerito de los billetes... fue mucho peor que

hipocresía, me usó para someter sus miedos, fue un exorcismo.»

No me cuesta imaginar a Pere Masclans bajando del coche oficial con el abrigo abrochado, atravesando un revoloteo de hojas crujientes bajo el cansancio nervioso del hombre de sesenta años que adivina entre las absorbentes ocupaciones cotidianas que la lotería negra repartirá de ahora en adelante los números cada vez más deprisa, que si cayese dentro de cinco minutos fulminado en el recibidor a nadie se le ocurriría decir: «Qué joven se nos va, cuánta vida le quedaba por delante.» Al llegar a casa deja la bufanda en el perchero convencido de haber cumplido con el Bastardo, pero los padres nunca terminan de pagar, tanta responsabilidad derivada de la pérdida de unas gotas de fluido. La luz encendida del comedor lo reclama, en las manos de Montse (el contorno de las uñas casi despellejado) reconoce que su mujer ha atravesado un corredor de nervios mientras le esperaba.

—*Com ha anat?*

Pere se lo contó de pie, concentrado en anticiparse y evitar las entonaciones que pudiesen enfurecerla. Le da más miedo cuanto más poca cosa es, a medida que se precipitan hacia el día en que la corona esté rota, anticipando una dependencia completa de la persona en la que Montse se haya convertido: dos viejos atravesando noches en vela como campos de pesadilla.

—*Empastifa 'l amb el patrimoni.*

Le sonrió con cierto orgullo nostálgico, hacía décadas que la política era una partida demasiado complicada para compartirla con su mujer. La propuesta contra el Bastardo logró que rebrotase la euforia juvenil de las primeras decisiones conjuntas, cuando la combinación de la brutalidad directa de Pere Masclans y la mezquindad sibilina de Montse Codony se lubricaban mutuamente.

Al quedarse solo reconoció que aquel orgullo era algo enclenque, una fantasmagoría de sombras proyectadas en las paredes de su cerebro, otra descarga de nostalgia que si permitía que prosperase (lo supo desde la ceremonia de coronación) lo hundiría. El recuerdo, la anticipación, la memoria, la complicidad... eran paisajes tristes, sustitutos del poder que solo prospera cuando nos atrevemos a satisfacer su naturaleza: la ocupación completa del presente. Desde que firmó la primera ley asumió que Pere Masclans era un epifenómeno de la historia de la patria: sabría servir, sabría retirarse, sabría morir. Reparó en las fotografías expuestas de sus hijos y un sentimiento satinado se retorció entre masas opacas de emociones consabidas: que los hijos solo echan raíces en la vida de los padres cuando son testigos de su infancia, si fortalecen los lazos día a día, que los vínculos afectivos no se entregan con el certificado de responsabilidad legal, que se levantan mediante el esfuerzo insistente del amor. ¿Cómo iba a ser el Bastardo algo para él? Pero después de atravesar el tramo de incomodidad, malentendidos y complicaciones íntimas que dominó el arranque de la entrevista, se le impuso que aquel muchacho era el primer vástago por el que sentía algo que desbordaba los sentimientos estipulados y convencionales: algo cálido.

Durante meses salieron de viaje juntos, recorrieron Europa con un arquitecto y una especie de apoderado para que el Bastardo se familiarizase con las casas y su entorno. Astrid se agitaba en su interior como una energía inexpresada, que los vinculaba y los distanciaba, ¿no eran de alguna manera dos hombres abandonados por la misma mujer? También aprovechó para enseñarle no tanto el idioma como un acopio de palabras y de metáforas que iban más allá de las normas gramaticales y sintácticas, con el que se tejía el sistema de convicciones por el que se guiaban y se reconocían las personas que pensaban y sentían como ellos. Salían de la Casa del Acantilado cuando le pidió que lo acompañase al mirador, se quedaron solos ante la extensión azul. La escena

parecía dispuesta para la confesión o el consejo, pero el Rey permitió que el momento se consumiese sin añadir nada. Apenas se miraron unos segundos, el Bastardo con aquellos delicados ojos azules cuajados por un chorro de material genético danés, el Rey con la mirada destensada por el esfuerzo de abarcar a tantos catalanes como fuese posible. Vio cómo le temblaban a su padre las manos, pero solo podías tomarlo como un signo de debilidad si pasabas por alto la energía rabiosa con la que se aferraba a la barandilla.

No volvieron a casa juntos, le pidió que catase un balneario donde el partido pretendía agasajar a un sátrapa canario. Desde el mirador lo vio alejarse seguido por dos guardaespaldas que esperarían a estar con sus familias para recuperar la elasticidad facial. El Bastardo condujo de noche por una carretera helada, las indagaciones de los faros apenas revelaban árboles clavados como estacas entre la nieve. A la mañana siguiente el hielo azuleaba las montañas, le sirvieron un café delicioso: el balcón se abría sobre la lengua del glaciar, el aire crujía tan puro que invitaba a llorar. Repasó el puñado de herramientas sólidas, ásperas, frías y concretas que aquel hombre le había proporcionado. En adelante sería el tipo que abre y cierra las propiedades que brotan del suelo alimentadas por el latrocinio; un sirviente especializado con derecho a considerarse imprescindible siempre que no tratase de averiguar el coste exacto de reemplazarlo. Desde entonces apenas se vieron el día de Navidad y en los cumpleaños del Rey.

El Bastardo le contó a Violeta la historia de Astrid después de ayudarle a quitarse el vestido manchado (al día siguiente la tintorería le confirmó que era insalvable) y de prepararle una infusión de manzanilla y tila (la copa que se bebió de un trago porque según ella era lo único que podía templarle los nervios la vomitó al momento). Violet le escuchó dentro de una bata vieja, como si obedeciese; terminaron haciendo el amor como dos chuchos apaleados, solo que Violeta no era una perra y al salir de la excitación sus pensamientos seguían filosos. El juego de la luz con las texturas de la cortina proyectaba sobre la cara dormida del Bastardo sombras que confundían su fisonomía con la de Juan. Era una comparación absurda: el miedo dominaba la vida de su padre, el Bastardo era un delta donde desembocaban flujos irregulares de dinero mágico. Pero ¿qué se dejaba asociar mejor con el conformismo del Bastardo ante los Masclans que la reverencia con la que Juan respondió al saludo del concejal al que ponía de vuelta y media (por las cagadas de perro, el cierre de la zona azul y las tumbonas que inutilizaban la mitad de la playa) en el comedor de casa? ¿No eran la versión basta y refinada de la misma sustancia? La ponía de los nervios haber salido corriendo de Vorablau para caer en manos de otro pusilánime, cómo goteaban sus almas de mayordomos: para *sucar pa*.

La ducha no le despejó la cabeza. Los pensamientos giraban como tendones alrededor de un hueso astillado. Daba lo mismo, la decisión estaba tomada: pasaría un par de semanas en Vorablau.

No estaba segura de por qué decidió recorrer en autobús la hora de trayecto que mejor conocía del mundo: de ida con Barcelona flotando en el horizonte como una promesa reluciente, y rodeada de atardecer y desánimo al regresar. Se fijó en el vuelo empapado de azul de las golondrinas, el lametón suave del mar contra el nuevo dique, la fuerza elástica de la savia abriéndose paso entre la corteza de los pinos y el sol coloradote como un buen presagio. A medida que se acercaba a la luz espaciosa y densa del hogar el nervio del amor iba recuperando su sensibilidad. Envío a la imaginación de avanzadilla y le gustó lo que intuyó: una perspectiva de desórdenes masculinos (ropa revuelta, platos por fregar, comida de lata, sábanas rebozadas de polvo...). Era casi doloroso cómo lo había descuidado, allí su presencia sí era bienvenida,

cuidaría de Juan.

«Decidí llegar a casa atravesando el bancal. Lo heredamos de la primera generación de Mancebo que se instalaron en el Maresme. Parientes sin hijos, intimidados por el cemento: se volcaron en aquel pedazo de tierra pedregosa, casi regalada. Durante años las iniciativas de mi padre y las posibilidades del bancal divergieron: el mijo y las plantas de tabaco se pudrían, los tomates brotaban secos. El bancal se redujo a campo de pruebas para pequeñas obras de albañilería: un murete que cortaba el sol, o la acequia por la que nunca había corrido el agua.»

Así que se quedó sin habla al ver el esplendor del nuevo bancal ajardinado: narcisos, lirios del valle, flores de patata y un curso de agua clara circulando por la acequia. Las burlas de las chicas de casa sobre las habilidades hortofrutícolas de Juan debían reconsiderarse. La única zona del bancal que de verdad le gustaba, donde plantaban con su madre el botín de *girgol·lines*, la encontró descuidada, removida. Le gustaba pensar en sus padres antes de la enfermedad, antes incluso de su nacimiento, como una pareja ideal, pero sabía que ella le hablaba de poesía, de amor, de soledad, de París... todo un carrusel de palabras puesto en marcha para disimular que a Juan solo le interesaban la huerta y los perros. Violet creía que los muertos siguen aquí como residuos psíquicos, sabía que su madre podía verla y que a su debido momento la aconsejaría sobre cómo vivir; de lo que no estaba segura era de si el amor de los Mancebo sobrevivía a esta vida, ¿se iban a seguir queriendo los tres cuando estuvieran muertos?

Abrió la puerta principal y se fue derecha a su habitación: entre la ventana y el mar se interponía una trama de eucaliptos que el viento veraniego iba secando. La panorámica le susurró que sustituir a una mujer muerta por verdura viva era un propósito absurdo, claro que ¿con qué se sustituye a una esposa?

«No creas que entré con el lirio en la mano. Mi padre ya era un rajanabo cuando convivía con dos chicas estupendas, y entraba dentro de lo previsible que de buenas a primeras no se apoyase en un sostén que podía desaparecer de nuevo al día siguiente. La primera sonrisa fue desganada, como si ya me tuviese muy vista, y en parte era verdad, solo que se trataba de su hija y no de un jarrón. Me decidí a ganármelo por el estómago, ni calentar el aceite sabía: o lo quemaba o empapaba la comida en una fría grasa pegajosa. Iba al centro comercial sola (ni una sola vez propuso acompañarme) y le cocinaba ruedas de merluza y atún desmigado con tomate y ensaladas de arroz y morcillas negras y rubias, pero comía sin un tantico de gusto, y las conversaciones en la mesa nos salían falsas.»

Una semana y media después seguían sin recuperar la familiaridad. ¿Cuándo habían hablado en confianza? ¿Qué sabían el uno del otro? Le pareció que la «familiaridad» se resolvía en una serie de reproches, instigaciones, marcajes mutuos, exigencias recíprocas, suspicacias, cuentas por saldar... complicadas geometrías afectivas que la supresión de la madre había destensado en una desganada indiferencia.

«Donde no llegaban mis recursos para desatascar la situación disfruté expresando mi orgullo ofendido, era un disimulo casi artístico, pero menudo horror de truco, qué habilidad más deprimente.»

La víspera ya lo había sorprendido mirándola con impaciencia, un jabalí con los labios babosos, vueltos del revés por el empuje de los colmillos. Ni siquiera forzó el tono para que pudiera confundirse con una frase tentativa, sonaba a premura áspera.

—¿Cuánto te vas a quedar?

Le apestaba el aliento de lo que había bebido para envalentonarse; eran las cuatro de la tarde.

—No te lo tomes como si te diera prisas. Pero necesitamos la casa. No es que yo piense que no puedes convivir con Marga pero ella, bueno, en su estado...

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Si no venías, nunca. Has venido y te lo estoy contando.

—¿De cuántos meses?

«Ni siquiera disimuló la desoladora confirmación. La preñó con mi madre agonizando, y cualquiera sabía cuándo habían empezado. No le dio apuro contármelo, era la vida en la que estaba centrado y nadie se avergüenza cuando está metido en lo suyo. Ella tenía veinte años y trabajaba... pero no la voy a dejar entrar en la historia.»

—No le hago ningún daño a tu madre. Ella sigue aquí —se tocó la cabeza—, pero esta vida ya la viviste, y te largaste, ni siquiera se te ocurrió pasar aquí dos noches, y quien se va se va. Alégrate, nena, vas a tener la hermana con la que siempre dabas la lata.

«Mi primera reacción fue ir a potar, pero fue iniciativa del cuerpo; lo que hice por mi propio pie fue irme directa a la habitación de mamá. Lo oí seguirme.»

La recibió una geometría gélida, el esqueleto del somier y un armario, restos caprichosos de una vida desmantelada.

—Huele a desinfectante. ¿Dónde están las cosas de mamá?

—Te pregunté si querías algo.

El rostro hospitalario pertenecía a un padre inventado por sus fantasías condescendientes, el auténtico le respondía impasible, refugiado en una coraza. Violeta no había previsto la conversación, Juan la había anticipado cien veces, daba igual si su hija lo perdonaba o decidía largarse, él ganaba siempre.

«Me vino a la cabeza una canción de mi madre: “Corazón de sangre / corazón de piedra / quiero quererte / pero la piedra aplasta a la sangre.” Las palabras se me metían garganta adentro, un bicho vivo y loco por asfixiarme: tuve que retorcerme como un limón para que me saliesen unas gotas de voz.»

—Por eso me *encolomaste* el anillo.

—Tu madre me dio ese anillo para ti, y desde el primer momento supe que me la cargaría. Estás herida en tu orgullo de cuidadora. Pero ¿cómo se cuida de un cadáver? No seas dramona, los muertos duelen un tiempo aquí —se tocó el pecho—, y hay días que parece como si fuesen a volver, pero es mentira: a los muertos no los rozan los años ni las ideas ni el aire, nadie puede hacerles daño. Los vivos estamos vivos y vivimos: ahora duele así, luego duele menos y al final deja de doler. Pido para mí lo mismo que quieres para ti, ¿estamos?

—Supongo que ya no soy bienvenida.

—No seas borrica, hija, puedes quedarte lo que quieras, era una manera de arrancar la conversación. Ya verás cuando conozcas a Marga, se te aflojarán las mollejas de la cara. Es de las personas que se hacen querer. Quiere estudiar Derecho, así que conversación la tenéis.

—Me marchó. Puedes destrozar también lo que queda de mi habitación.

¿Por qué les cuesta tanto a los hijos aceptar que los padres son criaturas vivas, con tantas facetas como un dado de doce caras: hijo para el abuelo de Violeta, marido para mamá, padre para ella, suegro para el Bastardo, amante para Marga, amigo de sus amigos, barman para sus clientes y hombre de campo ante un porrón de primos instalados en Barcelona? Qué tonta había sido al buscar consuelo en Vorablau: el consuelo era un jarabe para adormecer el paladar infantil,

en la casa donde correteaba su vieja vida solo podía interpretar el papel de incordio. Juan estaba emocional, serio, colmado de planes y satisfecho; cuanto más vivo parecía más lo detestaba, si quería jugar a las novias ella se comportaría como la adulta de la familia. Le pidió al taxi que la dejase a dos calles de casa para airear las ideas: qué tonta fue al desperdiciar la ocasión de quedarse embarazada justo después de la muerte de mamá, si la energía residual de su psique que todavía revoloteaba por la tierra era capaz de impregnar a su hija (porque sería una niña) un alambre mágico uniría las tres generaciones: preservaría a la madre muerta en la hija viva.

«Llegué al portal con las glándulas segregando charcos fabulosos de pensamiento mágico, pero pisaba suelo racional: la maternidad era lo mejor por lo que había pasado mi madre, cuando descubrió al pobre ser con el que se había casado (es increíble cómo tardan en confirmarse esas intuiciones) seguro que traspasó sus esperanzas a mi cuerpecito. El Bastardo se lo tomó bien; quiero decir que me escuchó.»

El Bastardo daba por supuesto que al acercarse a la frontera de la infertilidad las chicas incrementaban el riesgo de caer en una de esas trampas de ternura conocidas como bebés. Lo esperaba, pero no había pensado en la paternidad: ni estaba preparado ni Violeta le convenía como madre, aunque cualquiera lograba serlo, y la mayoría de los críos sobrevivían, era el truco favorito de la naturaleza. Así que se dejó ganar por una simpatía repentina hacia el alocado mandato reproductivo de los genes, la manía obstetricia a la que le debía la existencia. Supongo que el asunto no estaba tan claro en zonas más apáticas de la mente: los gastos, el cuerpo alterado de su chica, el miedo a perder tiempo libre... el catálogo completo de terrores masculinos. Pero era bueno aplazando sus inseguridades hasta que los hechos lo dejaban sin margen de maniobra, así que empezaron a buscarlo: una fase de excitación física y rigor contable que siempre imagino sembrada de cópulas donde la pareja trata de perforar el muro de la realidad para verter en el planeta una criatura alimentada por la fantasmagoría de los proyectos íntimos.

«Me impacienté. Cuando empezamos a frecuentar a la Primera Familia el Bastardo me sermoneó sobre la inconveniencia de mi Facebook. Reaccioné a la orden encubierta como cualquier hija de Vorablau: cerré la cuenta y me abrí una secreta. Mi excusa era que el día tiene sus horas ociosas y me apetecía ver cómo se las arreglaban mis amigas del barrio; amaba comprobar que sus coches y casas eran más modestos que los nuestros y que sus viajes, aunque amagasen con localizaciones exóticas, ni rozaban el emplazamiento paradisíaco de la isla. Y si esas semanas me pasaba horas en Facebook era para espiar a las recién paridas: los apretujaban y los vestían, les daban alimentos debidamente etiquetados o sus propios jugos (mi mayor miedo era que llegado el momento solo me vinieran flujos de leche sin nutrientes) para convocar la admiración de sus seguidoras cautivas. Era como si las chicas de mi generación acabasen de inventar la maternidad, como si hasta ese momento la especie se hubiese reproducido siguiendo un método impersonal. Exhibicionistas y desleales. No sé cómo nadie puede tomarnos a las mujeres en serio.»

El caso es que un chorro más vigoroso de simiente atravesó las paredes del óvulo mágico y puso en marcha la vieja alquimia. O por decirlo al estilo de Violeta: se quedó embarazada de un óvulo semirregio. Su interior empezó a alterarse al ritmo de las cálidas leyes de la genética, calculadas por el impulso evolutivo desde que los anfibios prehistóricos se alejaron del agua, cuando la naturaleza sorprendió a todos con el truco de abrir el huevo en el interior de la madre, en cuya húmeda penumbra cuajarían las retinas, los pulmones y las costillas con las que asomarse a la luz como organismo independiente. Y a veces la mataba de risa que el protocolo limitase el

trabajo de la conciencia a flotar como un corcho sobre los procesos donde su hijo iba fermentando.

«No estaba segura de que el Bastardo pudiera afrontar la trama de encargos, recados, cobros y gestiones, que se volvería más exigente a medida que mi cuerpo perdiese agilidad, pero la mayor parte del tiempo se mostró educado, solícito, soso e intachable, como siempre; solo un par de veces aludió a las dichosas hormonas femeninas, como si ellos no fuesen esclavos de sus glándulas cuando se matan a pajas.»

—¿Esta clínica es la más cara?

—Es buena.

—Te he preguntado si es la más cara. Habla con tu padre. Quiero lo mejor que puedas comprar con dinero. Lo merezco. Tu hijo lo merece.

«No sé si era la maternidad más cara; daba igual, era de ciencia ficción.»

Y tras dos semanas con la sangre pesándole en serio y una tarde de martirio entregó al *territori* una criatura desvalida, que chillaba con furia, empapada de secreciones íntimas. Al regresar del primer sueño de madre, rodeada por el blanco deslumbrante de las paredes y restos de anestesia, se dijo que parir no era para tanto, que disfrutaba de un vientre y un coño de primera, que podía repetirlo tres o cuatro veces, convertirlo en su vocación.

Violet también disfrutó de la cama algodonosa, del acento educado y pacientísimo de las enfermeras (con un poco más de energía, cómo le habría gustado poner a prueba a esas mosquitas muertas), del estallido de las flores y del silencio casi cromático. Cada pocas horas se sorprendía de que la presencia concreta, el amasijo de carne húmeda y rojiza, siguiese allí: la vertiginosa perspectiva de una comunidad que se prolongaría lo que durase su propia vida. Ni ella sabía la de veces que le susurró la antigua canción de su madre: «Solo tienes dos días. / Apenas tienes nombre, / te cubre como una gasa, / no está pegado a ti, / podrías retirarlo. / Eres feliz, / alegría es tu nombre, / alegría de dos días / me invitas a cantar.»

Se dejó atravesar por una corriente de sensaciones deliciosa. Y claro que le gustaba ver al Bastardo acariciar a Hijito como si pidiera permiso, cuando le hablaba con palabras adultas (su marido no aprendió a manejarse con los diminutivos y las entonaciones infantilizadas), cuando le sostenía la mano con la delicadeza de quien toca algo incapaz de ofrecer resistencia, cuando canturreaba con un orgullo renovado al afeitarse... era solo que a veces tanta ternura la avergonzaba: se le había instalado sin solicitarlo en los labios y en los pezones y en las puntas de los dedos. ¿Y si la fuerza de aquella corriente la arrastraba? Y qué les iba a pasar a sus tetas, ¿terminarían como las de Montse? Triste, agotada, distraída, furiosa, sexy, con prisa por tumbarse, por ir al lavabo, por comer algo. Una tarde que sostenía a Hijito sobre las rodillas aquella porción de vida autónoma le pareció una anomalía; para sanarse solo se le ocurría volver a encajarlo en su vientre, que involucionase en sus cavidades hasta reducirse de nuevo al esquema fluorescente de las primeras ecografías (menuda sorpresa que la vida emergiese igual que la luz entre las soluciones químicas de un laboratorio de revelado), y se disolviese en aquel espeso caldo de material genético donde podía volver a cuajar y desarrollarse, y donde ella podía parirlo de nuevo, y retraerlo y volver a parirlo, una y otra vez: el ciclo era puro, el ciclo era inocente.

Otra de las sorpresas de la crianza fue descubrir que los niños entran en la vida ajenos al pasado de la familia: la educación obligaba a un esfuerzo para ligarlo al afecto de los padres, para vincularlo a la comunidad. ¿Y a quién pertenecía Hijito, a los Masclans o a los Mancebo? Pisaban el mismo territorio, podían cruzarse en la calle, aunque vivían en ciudades distintas;

hablaban los mismos idiomas, pero en proporciones inversas. Por mucho que decidieran criarlo como un Masclans o como un Mancebo, dominase la raíz que dominase, se le pegarían fibras del otro terreno: ninguno de los contendientes lograría imponerse de manera decisiva sobre el rival, el premio sería una parodia de triunfo.

Desde el incidente del vestido las relaciones con los viejos eran inexistentes. El Rey los invitó a comer un par de veces, era casi cómico comprobar cómo se había preocupado de ocultarle la cita a Montse. Delante de Hijito demostró que las cuatro paternidades no lo habían enseñado a orientarse en el trato con bebés. El único canal abierto con los Masclans eran las cenas más o menos mensuales con Yúnior.

«La Culpable me vertió encima un torrente de disculpas zalameras, pero la modestia les duró cinco minutos. Yúnior, además de comer como un tocino, presumía de sus viajes, de sus negocios, de sus coches, de los trajes que se compraba en Bel. Era estimulante y molesto, retador e inquieto; algunas sobremesas con la parejita equivalían a hundirse una daga en las amígdalas, pero no podía pedirle que renunciase a su hermano, y ellos no nos iban a soltar: el trato con el Bastardo y la Charnega los beneficiaba, los ayudaba a sentirse superiores: éramos la pareja ideal para poner los pies encima.»

—Las relaciones con mi hermano Yúnior siempre han sido tensas. Cuando mi padre empezó a cortarle el paso me buscó. Tratar bien al hijo bastardo lo ayudaba a sentirse más sofisticado, nórdico... vete tú a saber; pero lo aterrorizaba descubrir terrenos donde su superioridad quedase en entredicho. Una y otra vez me arrastraba a situaciones donde competir, le iba la vida en imponerse, y recurría a tantas trampas como podía. Siempre está con la cantinela de cómo lo ha oprimido y le ha recortado el espacio su padre, pero cuando no se salía con la suya adivina a quién recurría.

«Competitividad y exigencia. ¿No es lo que se les pide a los varones? ¿Por eso van al banco y consultan el saldo a escondidas? ¿Por eso atienden el teléfono con el pulso disparado? Porque temen el látigo de ser incapaces de mantener a sus familias, de que la educación que pueden permitirse pagar no libre a sus hijos de las arenas movedizas de la precariedad, que la nómina no alcance para impedir que sus viejos se hundan en la indefensión. Uy, sí, qué pena me dan. Pero le respondí que con la Mancebo le había pasado la mano por la cara a Yúnior. ¿Quién iba a creerse que un glotón como mi cuñado podía preferir a una temerona sin tetas?»

—No seas sosón, si se le van los ojos cuando me ve. Ya puede ir a lloriquearle al Rey. De tu cama no me van a sacar.

Violeta deslizó su cuerpo en la conversación porque pasaba días dominada por la inseguridad. El Bastardo no le reprochó que le costase tanto revertir los cambios que el embarazo había impuesto, pero tampoco podía sacarse de la cabeza que la había dejado entrar en su casa confiando en una ración de turgencia y disposición con la que ya no siempre podía contar. Es tan difícil calibrar la importancia cambiante que el sexo ocupa en la vida de otra persona, incluso si te acuestas con ella. Si el Bastardo empezaba a descuidar la salud, a engordar y a criar papada, ¿cuánto tardaría en dejarle? La conversación le parecía tan complicada que prefería permitir que el Bastardo buscase arreglos fuera de casa antes que abordarla. Te reirás, pero también yo sospechaba que me dejarías durante el posoperatorio de aquel quiste: débil, pálida, con el ánimo sumergido en una espesa solución de fatiga e inapetencia. Puedes darle el nombre que prefieras, pero nuestro amor era un pacto de vitalidad, ¿y no hemos conocido a decenas de personas que siguen aquí con el gusto por vivir agotado? Quizás sea mucho pedirle al amor que en su moroso

crecimiento cubra los acelerones del instinto, el ansia y la pujanza, de la energía del atractivo y, de la belleza que convence y prospera por todas partes. Es imposible, maravilloso, horrible.

«Cuando insinuaba el asunto me respondía con esa sonrisa varonil que más o menos significa: “Tranquila, contigo he encontrado mi descanso, hasta aquí la lucha, aquí me planto.” Y un poco sí que dejaba de preocuparme por la piel de naranja y las cartucheras, pero me horrorizaba que se aprovechara de mi conformismo erótico para justificar el abandono de la ambición material, que no fuéramos a más. No me mires así, me preocupo por Hijito, no puedo permitirme el egoísmo que os gastáis las no madres.»

En la isla le prometió que podían permitírsele todo, y Violeta se había dejado envolver por el cálido forro de sentirse rica. Y era cierto que las necesidades de su imaginación juvenil fueron incapaces de sobrepasar las posibilidades que ofrecía el dinero del Bastardo: un ático de doscientos metros en la zona noble de la ciudad seguía alzándose por encima de los sueños más atrevidos que se admitían en Vorablau, pero ¿podía alimentarse a diario de esa victoria sobre su peor versión? Las horas confortables habían incrementado el perímetro de su fantasía, conocía las golosinas más brillantes del lujo, sabía lo que costaba por noche el apartamento más exclusivo de Manhattan, los diez restaurantes más románticos del mundo, un desplazamiento en jet privado, comprarse una isla. ¡Qué iban a poder permitírsele todo! Su riqueza era modestísima. El Bastardo le había exigido que abandonase la mentalidad pacata de la clase media, ahora no podía confinarla en un juego de expectativas limitadas como se encierra a un cachorro que se despierta bravo.

«¿Éramos ricos? La pregunta se había complicado de una manera increíble.»

Para Juan ser rico era entrar en un supermercado y llevarte lo que te apeteciera. Durante años Violet imaginó la riqueza como una dimensión donde el dinero no importaba, pero los Masclans no pensaban en otra cosa: ¿y si la riqueza fuese un sistema de exclusiones, una función de la pobreza de los otros? ¿Y si para cada fortuna existieran sumas superiores que te devolvían a la casilla de la privación?

«Me torturaba pensando que éramos pobres, si no me atrevía a formularlo era por miedo a que la palabra me quemase la carne de la lengua. ¿Y qué hacía él para subsanarlo, para que progresásemos? Entre casa y casa no se dedicaba a otra cosa que a cuidar a Hijito y pasarse por los mercados rastreando para su colección de cámaras viejas. ¡Y ni siquiera le gustaban las películas! Me desesperaba no saber calcular lo que rendirían esas horas bien invertidas. Yúnior acumulaba más dinero que nosotros y no dejaba de brucear en la piscina de los negocios; incluso Pere, que podía tener cuatro o cinco veces más, seguía al pie del cañón: ¡cualquiera trabajaba más que el Bastardo!»

En parte por independencia y en parte para que el Bastardo no pudiera reprocharle una desidia pareja a la suya Violet madrugaba para pasearse por tiendas de diseño o picotear en tiendas de antigüedades. Se había olvidado de las leyes para entregarse al diseño de interiores. Torres descollantes, áticos del Eixample y espaciosos pisos de la zona alta. Una marea de catalanes del interior que tras un par de ascensos en el partido se sentían atraídos por la promesa de Barcelona; claro que preferiría tratar con gustos más mediterráneos, con una nota mínima de atrevimiento, y que a veces se preguntaba si la procedencia de sus clientes no los convertía en pan regalado, en pan con sabor a lodo (Juan le seguía tendiendo trampas a distancia), pero era un trabajo, y le gustaba.

«Me sorprendí pensando en la parábola de los talentos: el tolai que esconde su moneda para

asegurarse de que no le devolverá a Dios menos de lo que recibió y que queda con el culo al aire cuando se presenta gente seria que ha puesto a trabajar el talento hasta triplicar el capital inicial. A mi padre le dolía que me enseñasen historias de la Biblia, sintió un alivio físico cuando logró matricularme en asignaturas de ética. Me dijo que aquella historia era puro racismo empresarial, que nadie, y menos un Dios que toleraba los mayores horrores en nombre del caprichito del Libre Albedrío, tenía derecho a juzgar si aprovechábamos bien o mal el tiempo. Qué temerón fuiste siempre, Juan, qué temerón. La boca llena de quejas, pero te has pasado la vida refugiado en el bar que heredaste de tu suegro, qué miedo te daba que te pusieran a prueba, pasar el examen que nos informa de lo que hemos ganado, de lo que somos. Claro que es muy difícil presionar a alguien si no ha roto nada. Cuando no has hecho nada ni demasiado malo ni demasiado bueno ¿qué clase de persona se supone que eres? La dejación es complicada de probar, me lo enseñaron en la carrera. Si salté a la yugular del Bastardo fue solo para que al menos lo afrontase, quiero decir que me impulsaba un ánimo pedagógico.»

—Llévame a la Antártida.

—Es una luna de hielo. No le veo el interés.

—Tú nunca ves nada. Y no hay solo hielo, está llena de animales: osos polares, lobos albinos, lechuzas blancas. Un safari mágico. Te llevan en un submarino, es un viaje ecologista y aprendes cosas. También se puede ir en avión, pero el submarino es más romántico, remonta desde California.

«Le arrojé los prospectos, los ojos se le fueron directos al presupuesto, pensé que los iba a tirar por el váter.»

—No podemos permitirnoslo.

—¿No dijiste que podías dármelo todo?

—No puedo dártelo todo, nadie puede.

—No es un imposible. No te pido la vida eterna. Es un viaje, la gente lo contrata. ¿Me mentiste?

—No te mentí, pero si lo dijese ahora sí te mentiría.

—¿Cómo va a ser mentira algo que era verdad hace cinco años? ¿Nos hemos arruinado?

—Has cambiado. Cuando te lo dije manejabas un cerebro de pobre... una imaginación tan simple que podía proporcionarte cualquier cosa que se te ocurriese.

—Entonces no somos ricos. No vuelvas a decir que nos podemos permitir cualquier cosa.

Al quedarse sola regresó la envidia de la infancia contra los ricos, familias que no podían ni aspirar a rozarse con los Masclans y que para los Mancebo eran inalcanzables. Familias que después de pasar el día dispersas regresaban con sus cochazos y sus abrigos de marca para reunirse en el interior de un salón forrado de luz acogedora. La tenían vista, pero no la dejaban entrar, lo atribuyó a que protegían su intimidad.

Cuando el Bastardo regresó aquel recuerdo seguía raspándola como si le creciese una espina en el cerebro. Le entregó los billetes de avión con una modalidad laxa de su sonrisa ganadora: otra isla paradisíaca, no se había estrujado la imaginación, aunque los ricachos de tercera no se lo podían permitir. El Bastardo (la sólida eficacia de su conformismo) también pensó en contratar a un equipo de canguros para Hijito. Sería un viaje de novios.

Al subir al avión se fijó por primera vez en años en el olor acidulado del jabón de afeitar; al principio de vivir juntos le encantaba escudriñar entre los cortaúñas y cremas de su novio, se lo

tomó como un buen presagio. A las dos horas de vuelo se había olvidado de los Masclans, sentía pasión por lo que odiaba, pero era demasiado perezosa para alimentar sueños de venganza, al alejarse sus sentimientos se disipaban.

Tardó veinte minutos en reconocer que la isla no era tan imponente como la primera. La corriente sutil y brutal del dinero brillaba más opaca. ¿Tenía que convertirlo todo en una competición? ¿Es que alguien le exigía que entregase un informe de si su situación mejoraba o empeoraba? ¿Qué cantidad de dinero garantizaría su serenidad? Se dejó ganar por la belleza del mar manso, la arena blanca y la puesta de sol entre árboles desconocidos.

«Pero contuve las esperanzas, distraen mucho, enseguida convencen, y lo que yo quería era mantenerme alerta.»

Hacia el cuarto día descubrió las violetas, empapaban la colina de un azul desvaído, se amontonaban como larvas en los huecos de los árboles, un enjambre de pétalos viscosos; si crecían entre zarzas no era por modestia, sino para proteger el paisaje de una profusión repulsiva. Agitó la cabeza para sacudirse aquel simbolismo pedestre y lo que se abrió paso fue peor: la premonición de que, al acabarse el placebo del sol y del agua tibia, la Antártida seguiría fuera de su alcance.

Pasó la tarde muy excitada. El cuerpo (cargado de comida y alcohol) retozaba en la arena, pero la mente ardía distante: vuélvete rico y haz lo que quieras, ahí estaba la verdadera sabiduría, más antigua que cualquiera de nosotros, que se filtra con el primer resplandor de las monedas hasta depredar cualquier valor alternativo. Si incluso los tenderos, los funcionarios y los esclavos del capital ajeno se han convertido en sus propagandistas. Pero algo no iba bien en ser rico (le costaba más negar en la isla que de alguna manera lo eran) si no bastaba con doscientos mil euros en la cuenta, dos propiedades, un deportivo y un día a día sin despertador para dejar atrás la inquietud, los celos, la desconfianza, el ansia. ¿Y si había demasiado dinero? En lo alto, en lo bajo, al norte, al sur, a derecha y a izquierda. ¡Demasiado dinero para comprarlo con dinero! Como si el dinero tuviese un precio que no se puede pagar con dinero. ¿Y si la trampa del dinero fuese que cualquier cantidad quedaba a años luz de la riqueza que progresa entre los sueños como un hilo puro de felicidad sin sombras?

Se sirvió una copa. Recordó un viejo anuncio: «¿A qué huelen las nubes? ¿A qué sabe la alegría?» ¿Con qué sueñan las flores de la modestia? Rompió la copa contra el suelo: salió a la terraza dispuesta a algo pero lo olvidó al ver subir al Bastardo por la cuesta envuelto en una insidiosa alegría sencilla, irresistible. Le propuso que salieran a bailar, algún criado (ahora ya valoraba su invisibilidad) recogería los restos de la copa; había contratado a tantas chicas de servicio, no se le daba bien la gélida tensión que imponía Montse, y, aunque a veces las abroncaba por abroncar, nunca lo volvía personal, si las despedía era por capricho. Violeta entró en la pista sonriendo, se podía narrar su vida como una corriente que discurría en paralelo al baile: la primera impresión incitante de la discoteca, la tarde que se enfadó con su padre y se largó corriendo bajo los farolillos chinos del puerto, el temblor en las piernas cuando se dejó acompañar por el primín, los ritos asociados: besos, tabaco... el infalible placer de balancear el tronco, de sumergir la cadera en sonidos vivos. Vio avanzar al Bastardo entre cuerpos desanimados, desprendiendo una energía de sátiro que no se correspondía con ninguna otra manifestación de su persona. Seguía sin creerse lo bien que se compenetraban sus cuerpos moviéndose entre masas sonoras: el marido que abría casas y la esposa que las llenaba de muebles, ¿y si estaban hechos el uno para el otro?

«Volvimos suaves y bondadosos. Te juro que no estaba ansiosa por restregarles el viaje en la carota; no lo precipitamos, nos vimos el día que tocaba. Yúnior se presentó con un bronceado imponente, y la Culpable, sin renunciar a su dulzura de perrete que mendiga una caricia en el lomo, estaba de un humor desgarrador.»

—*No podeu imaginar com rasca el sol de l'Antàrtida.*

«La coincidencia me atravesó. No sabía dónde mirar y enfoqué las manos del Bastardo, mucho más elegantes que los *botifarrons* recubiertos de matojos de pelambreira negra del legítimo; pero cuesta mucho sentirse orgullosa de unas manos: las manos apenas puntúan en la carrera de la envidia.»

—Pero os haría mal tiempo, ¿no?

«Aquella voz desestabilizada por el pavor anticipado de mi rabetina solo podía ser el Bastardo poniéndonos en ridículo a los dos.»

—*Home, carda rasca, és el Pol Nord. Pero mira com venim de morenos: ni al tròpic.*

—¿Y fuisteis en el submarino?

—*És una horterada i va ple d'espanyols.*

«Bajo el bronceado se le agitó una corriente de rencor. ¡Vaya trola! Estos dos tampoco se podían permitir la versión más cara del viaje, me sentí la salvadora del honor familiar. ¡Qué tonta cuando de niña me creía especial! Claro que nunca había dejado a mi paso una estela resplandeciente, pero los otros tampoco. Les había sacado los colores: claro que podía ser fuerte en la debilidad, pero lo que la Mancebo ambicionaba era ser fuerte en la fuerza, una victoria como un brochazo escandaloso; al cerrar la puerta seguía ardiendo de malestar.»

—Tu padre sí les paga los viajes a estos dos.

—No lo sabes. Yúnior se deja la piel. ¿Qué más nos da adónde vayan? ¿No lo has pasado bien en la isla?

—Me importa adónde no vamos nosotros. ¿Por qué no te dejas la piel? Es increíble. No haces nada, ¡nada!

—Me ocupo de las casas y...

—¿Por qué no emprendes algo con tu hermano?

—¿El Taradet?

—El otro.

—Para ser tan sencilla a veces actúas como una mujer muy complicada, Violeta.

«Acompañaba las palabras con manotazos, como si pretendiera rebajar mi furia con una serie de campos de fuerza mágicos. Era un técnica infantil, pero efectiva: se atrincheraba en una zona gris, convencido de que me extraviaría en mis argumentos, de que si seguía hablando no tardaría en parecer que no sabía lo que decía. Aprendemos a discutir con las personas que amamos: desarrollamos técnicas específicas para cada una de ellas, invertimos un número de horas incalculable en refinar este arte privado, es algo increíble. Pero esta vez iba a ser diferente. Durante el viaje me había prometido que me ayudaría con la página web de mi negocio. No estaba escrito que tuviese que agotar mi talento decorando los escenarios burgueses que nos suministraba Masclans, ¡Barcelona está llena de fortunas foráneas!»

—Hazlo al menos por tu hijo.

—Hijito tendrá todo lo que quiera, no depende de esta web.

—¿Lo que él quiera o lo que a ti te va bien que quiera? ¿Nos lo podemos permitir todo o solo

lo que quepa en mi cabeza subalterna? Eres un vago asqueroso y un mal padre de Hijito, que tú te sientas cómodo pidiendo caridad no significa que Hijito vaya a soportarlo, no como tú, él es...

—¿Legítimo? ¿Cómo puedes ser tan ridícula? Fuera de esta casa tus salidas de tono no valen nada. Intenta pensar un poco cuando se trata del bien de tu hijo. ¿De verdad crees que el tramo que nos separa de tus ambiciones fantásticas vas a recorrerlo trabajando? Solo los pobres confiáis en el esfuerzo, cuanto más te deslomes, cuantas más horas pases en la oficina o en el taller, más débil estarás, más arenilla en la sangre, más cansancio, más lejos de esa luna de hielo a la que te mueres por ir. No me limito a cerrar y abrir casas como un empleado, el Rey me regaló una... Me obligas a decir cosas que no quiero decir... Es nuestra, tuya y mía, y será de nuestro hijo... Prepara una maleta... iremos a verla mañana. Seguro que puedes arreglar tu agenda, esta mañana todavía eras una de esas privilegiadas cuya vida no ha sometido un despertador.

Violet disfrutó de las perspectivas del interior: ondulaciones de pasto seco, pinares fiables, la sombra blanca de un riachuelo, y esos pueblos románicos que una vez me dijiste que brotaban de las laderas catalanas como setas de piedras. El corazón le latía anticipando el momento de la aparición fabulosa, recordó el cubo de cristal, la casa de las chimeneas, la preciosidad del acantilado.

«Así que cuando el Bastardo aparcó junto a una acequia a rebosar de fango negro supuse que era una parada para mear. Pero allí nos quedamos, la parcela por la que debíamos sentirnos agradecidos: un terreno despellejado (hierbajos, plásticos y senderos de desperdicios) dominado por una construcción con las tuberías pochadas como un cáncer de huesos. Celebrábamos una cena de sobras, con la saliva de los auténticos comensales todavía pegada a los restos de comida.»

—¿Te gusta? No te engañe, le convienen algunas reformas.

«Las manos en los bolsillos, la cadera echada ligeramente hacia delante, como si el paquete fuese su tarjeta de visita, y aquel rostro de intensa satisfacción: el reverso exacto del chico dorado que quemaba billetes de quinientos en la terraza desde donde dominaba Isla Paraíso. Me miraba como si en lugar de provocarme un desprecio envuelto en pereza aún me hiciera temblar de agradecimiento en su presencia. La altura desde la que caen nuestros chicos es una cosa increíble.»

Violeta salvó el día como pudo y de regreso se entregó a una nostalgia inesperada: cuando de niños vivíamos en un mundo tan reducido que se podía alterar el ánimo dominante con unas muecas de disgusto. Al descalzarse ya sabía que daba lo mismo preparar una copa que tomarse una pastilla: no se iba a tranquilizar. La chica que se echaba las cosas a la espalda para incrustarse cuanto antes en Barcelona ya no se desembarazaba de ningún agravio, los iba guardando en una fosa mal aireada de su cerebro.

Se paseó a medio desvestir por el piso durante la hora incierta en que los matrimonios todavía no han decidido cómo rematarán la tarde. El Bastardo optó por encerrarse con las cámaras de cine. Violet se sentó en el salón y se preguntó qué pretendía enviando a su marido a recorrer el tortuoso camino del trabajo, a cuyo extremo le esperaba un puñado de monedas sin brillo. Solo la belleza de sus muslos ceñidos por las medias la salvó del asco que se daba por haber intentado guiar su matrimonio con los valores de los Mancebo. La fábula mentía: poner a trabajar los talentos era un disparate, era mejor enterrarlos, pero no en suelo estéril, sino en un terreno capaz de transformar el dinero sudado que se extraía de las nóminas, de las cotizaciones, de las rentas, de los impuestos... en el chorro de agua pura que se vertía en las cuentas corrientes de los Masclans hasta rebosarlas.

—La casa es una mierda. Les has dado el primer nieto. ¿Qué más da que tu madre sea...? Siglo XXI, siglo XXI, ¿me recibes?, nadie acusa a nadie por la calle de ser un bastardo. No le llames ser rico a esto, no vuelvas a compararme con el resto de Vorablau. No sabes lo poco que me importan. Pregúntaselo a mi padre, pregúntale si alguna vez le he escuchado. Ni siquiera rozas lo que tienen tus hermanos. ¡Qué vamos a tener! Dependemos de su voluntad, posponemos los planes a ver qué nos ingresan, y nunca sabemos cuándo te llegará el dinero. Esperamos limosna, como pordioseros, ¡somos ricodependientes!

«Toqué algo. A veces se quiebran por el cansancio de resistir. ¿No le ha pasado nunca al tuyo? No me respondió, no sabía por dónde empezar. Ya era algo. Tomé la iniciativa, después de todo somos feministas, es incoherente columpiarse a diario esperando que vuelvan con un mamut para la cena. Me pasé un mes metida en foros legales, sacudí los apuntes de la carrera... el Bastardo tenía derecho a una legítima. Me mareaba imaginar la cantidad de dinero que supondría. Me miró con ternura y tropezones de condescendencia, pero también con ansiedad y un punto de rabia. No le pedía que le arrancase un riñón al Rey a lo vivo, me conformaba con que sacase un pellizco proporcional. Me dijo que sí, que lo haría por nosotros. Pero cuando se veían, si es que se veían, no descartaba que me estuviese trolando en la cara: jamás volvía con noticias sobre su porción de patrimonio, y las semanas se acumulaban en meses; le amenacé con largarme, le dije que me llevaría a Hijito conmigo. No me preguntó adónde iba a ir, pero que la única respuesta fuese volver al agujero de Vorablau (la desbandada de clientes sería inevitable) me impulsaba a gritarle preventivamente: empecé una campaña de acoso verbal; ya no le chillaba solo cuando perdía el control, se convirtió en una rutina. Me convencí de que lo dominaba mientras él iba confirmando uno a uno sus prejuicios contra las personas como yo. Supongo que se la ponía dura de orgullo haber retrasado a base de educación y paciencia este espectáculo degradante.»

—No voy a hacer lo que me pides. Soy un hombre de segunda categoría, no tengo intención de situarme por encima de donde me corresponde, pero tampoco me malinterpretes: la segunda categoría es una posición de privilegio, hay personas de tercera y de cuarta, gente cuya vida se agota en agotarse a diario para no hundirse. Me gusta la servidumbre, he nacido para mayordomo, un valioso sirviente especializado, ¡el príncipe de los subordinados! Es para lo que sirvo. Y ahora llévate a Hijito y rompe esta casa, lo que no voy a tolerarte es un grito más, se ha terminado.

Se lo soltó sin mirarla, mientras saboreaban una copa de barolo en la terraza. Violet decidió allí mismo que era el final, recogió la cucharilla del azucarero y la escondió en la funda de la almohada; algunas veces la toqueteaba antes de acostarse, ¿era aquel el tacto de una promesa? Terminó guardándola en una caja de mercadillo, junto a la alianza de su madre. Claro que la pareja afectiva y sexual quizás sea la asociación más compleja y fascinante que conoce el universo, y sabe proveerse de pliegues y recodos donde guardar reservas de los viejos estados emocionales, quiero decir que seguían regalándose media hora de conversación y risas antes de intentar conciliar el sueño en serio.

«Hay algo que se te pone aquí en el pecho, un motor en movimiento, y hay personas que se resisten a apagarlo y yo soy una de ellas. Mi fábrica de baile no cabía en su estrecho corazón. Eso fue todo.»

¿Te acuerdas de cuando nuestra Irina, la ingravida, la dulcísima, empezó a salir con Jajul, lo Bandoler? Te quedaste conmocionado en medio del comedor, pese a lo mucho que asegurabas adorarme, y enseguida te arrancaste a pontificar diciendo que a las chicas nos compensa ceder ante los pretendientes que despreciamos, porque hundirnos en la vejación nos parece el camino

más rápido para salir de las exigencias con las que solemos torturarnos. Pocas veces has estado más penoso que aquella tarde, pero la vergüenza que me diste no quita que se retuerza algo prodigioso en que podamos acostarnos con cualquiera, que para todos los seres vivos existan unas circunstancias particulares bajo las que durante unos tentadores segundos son capaces de ofrecer un saliente atractivo, y pensemos en ellos como carne y cuerpo, y «cuerpo» quizás no signifique aquí intimidad genital, pero sí peso y aroma y tacto y una boca elástica.

Y el cuerpo de Yúnior había disfrutado de muchas oportunidades para manifestarse entre las masas de desprecio que eran el sentimiento oficial de Violeta hacia él. Los antebrazos gruesos y velludos, el labio abultado, la manera vigorosa de mover las manos... la atraían con un tirón perturbador, se moría de risa cuando descubrió que un día después de afeitarse la barbilla ya se le había cubierto de negro.

«De niña ya me gustaba mirarlos, me daba una rabia horrible no poder tocarlos cuando se quedaban quietos. Están llenos de cosas atractivas: los nudillos, el maxilar, la nuez, esos muslos sin caderas; la espalda es lo mejor del tuyo. Y yo también había sido cuerpo para él, y no solo en la natural circulación impresionista de nalgas y pechos con la que su testosterona anima en secreto las conversaciones: por lo menos tuvo que pensar un poco en mi oreja concreta cuando me regaló las esmeraldas para mi cumpleaños. Al principio pensé que me rebajaba con algo tan retocado que no me daba ni cuenta, pero en verano la luz verde sobre mi piel bronceada desprendía un efecto tan elegante que se lo perdoné.»

—¿Sabes lo que más me gusta de ti?

«Yúnior me lo preguntó la primera vez que repetimos hotel, se nos había pasado la excitación y todavía no confiábamos el uno en el otro para ceder a un descanso cariñoso. Le dije que no tenía la menor idea, pero secretamente esperaba que pasase por alto mis sentimientos: la generosidad, los celos, la alegría... los compartimos con demasiada gente, a veces creo que nos utilizan como vehículos. En cambio la nariz, los párpados, las aureolas del pecho... me parecen solo míos. Resultó ser mi sentido del humor, solo eso, nada más.»

—Me cambiarás por la primera que pase. Los payasos también hacen reír, aunque luego no te rías; y todas las chicas somos divertidas los primeros tres meses, hasta que nos agrian.

Yúnior le devolvió una sonrisa satisfecha antes de tocarse con el pulgar la punta del pecho, justo donde el cerebro escucha latir al corazón.

—Y a ti, nena, *què és el que menys t'agrada del Yúnior*.

«Le respondí lo primero que se me pasó por la cabeza: sus “e” neutras, que fuese demasiado *de la ceba*, el cardo de su madre, que se rascase las ingles, yo qué sé... Me mosqueaba algo que había intuido siempre, solo que veinte cenas me habían ayudado menos a reunir las piezas que acostarnos cinco veces: follar es un acelerador directo al corazón de los miedos, complejos y sobreestimaciones... ¿y qué otra cosa es una persona? Al grano: daba miedo la coca que se tomaba, no una raya de vez en cuando como cualquiera; se la metía desde el desayuno, a kilos.»

Las leyendas negras de Vorablau se volcaron en la memoria de Violeta: barrios enteros deteriorados por la droga; Yúnior le respondió que él controlaba, que no le confundiera con un desgraciado incontinente.

«Y lo cierto es que la cocaína le sentaba bien, le ponía eléctrico, no se le caía el pelo ni le sangraba la nariz ni le venían escozores raros. Todo el daño se le concentraba en la polla. Al principio no podía justo después de esnifar y se recuperaba al rato, pero le entraba tal bajona que era incapaz de desnudarse delante de nadie. Probó con una psicóloga sexual y unos masajes

coreanos en el perineo, pero se decantó por la solución química e instantánea, siempre llevaba una caja encima. Igual fue eso lo que me llamó la atención de él; nadie lo reconoce pero la impotencia es resultona, el semen que no sale por los conductos adecuados refluye hacia la superficie: ojos húmedos como huevas de bacalao, cuando te dan la mano te viene todo el pestazo.»

La cocaína influía en el estilo amatorio de Yúnior, se movía en una especie de carrera entre el orgasmo y las fibras decisivas del corazón.

«Me daría mucho asco tener que sacármelo de encima si se le petaba una válvula, pero era irresistible cómo lo presionaba el deseo, prefería reventar a frenarse. Sucedió en mi interior y era mucho más emocionante que una digestión.»

La primera comparativa la impuso el olfato: el denso olor excitante de Yúnior y el embriagador aroma del Bastardo; después se fijó en las proporciones elásticas de su marido y la dureza compacta de su amante, el contraste entre la suave alteración facial del Bastardo y el amontonamiento de sangre en la cara de Yúnior cuando sus chicos se corrían. También le divertía comparar la gracia con la que se movían sus áreas más pesadas sobre la pelvis del Bastardo y cómo se estremecía entera bajo el peso crispado de Yúnior. Barajar esas imágenes le provocaba lo mismo que lanzarle un beso a su primín: un pudor sin el menor coste moral.

«¿No es gracioso? Se trata de un encuentro privado, el más íntimo, y durante la época en que me acostaba a diario con uno u otro no es que los confundiese, a eso no llegué, pero empecé a verlos como manifestaciones transitorias de algo tan profundo que lleva aquí desde que apareció la vida con sus primeras prisas por invadirlo todo: el premio que le imponen al cuerpo por alcanzar la pubertad. Porque suena bien eso de que la excitación es mental, y quizás un día descubran que el cerebro es apenas un estómago de grasa eléctrica que deglute pensamientos, pero si el tacto y el fabuloso sistema de glándulas no se implican ni siquiera nos enteramos de cuándo alguien nos está echando un polvo entre la penumbra mental, no se le puede denunciar. Y el caso es que mi cuerpo no me convencía, aunque tampoco creas que envidiaba el suyo; el oro del mundo no iba a persuadirme de renunciar a mis tetas, ni de colgarme de la entrepierna esa incómoda bolsa de peladillas que ni sentarse con las piernas cruzadas les permite. Me bastaba con que me dejaran intentar con mi cuerpo eso a lo que el suyo les daba derecho: bajar corriendo por el barranco, trepar a los árboles, aunque no fuese tan rápida, que me levantasen las restricciones. Ya sé que cuando te acuestas con ellos no esperan que los levantes en brazos, pero durante esos increíbles días previos a que empiece para ya no parar me inquietaban las reacciones del cuerpo: ¿y si sonaban esos retortijones que sueltan los intestinos? ¿Y si no me corría? En una de las revistas de mi madre me tropecé con una actriz que había atravesado dos matrimonios sin llegar al orgasmo hasta los treinta y ocho. Casi dos décadas fingiendo para no hundirlos, para que no se pusieran agresivos. ¿Con qué clase de animales inmaduros iba a encerrarme en una habitación? En Vorablau no teníamos internet, y a mi alrededor bailaban las mismas historias familiares con las que se había educado Juan: el tipo encaró mi primera regla como un asunto personal entre la biología y él, mientras su hija interpretaba el papel de víctima y culpable. Mis amigas me hablaron del dedo: acaricié los labios de la hendidura y solté el aceite mágico, así que supongo que iba bien, pero llevarlo hasta ese final del que tanto me habían prometido me abrió una perspectiva triste que no supe cómo remontar. Lo aplacé hasta la tarde que empezaron los trabajos conjuntos, y mientras me dejaba desnudar porque el chico consideraba que hacerlo medio vestidos era poco romántico, la desconfianza seguía comiéndome viva. Me desagradaron la intensidad de aquel temblor que me dejó medio indefensa, y el sabor acre y denso de la saliva (el tiempo ha

convertido la saliva en mi aliada, ahora soy una fanática de la segregación), pero no me dolió y me corrí, alcancé un orgasmo tan completo, rápido y profundo que me dejó medio avergonzada y suspicaz: pasé dos años pendiente de conseguir algo todavía mejor. Soy buena para parir y soy buena para correrme, la zona baja de mi cuerpo es de confianza, creo que es donde prefiere acumularse mi fuerza vital. De la primera vez no me acuerdo, está sobrevaloradísima; la satisfacción se parece demasiado de una vez a otra, enseguida se acumula en una masa de placer indistinto, ¿no te pasa? Al dolor se le da mejor dejar una marca singular, así que puedo hablarte horas de cuando me hicieron daño. Una de las sonadas fue después de otro de esos bailes en los que he invertido mi talento. Salí peleada de casa: con mis padres, con la enfermedad, con la resistencia que ofrece el futuro; qué sé yo, las emociones profundas no piden motivos concretos, se alimentan de su propia emergencia. El alcohol me dejó a la distancia justa donde los prejuicios y los miedos se reblandecen, el chico era marroquí y me dijo que era demasiado guapa para irme a dormir sin que me comiera el coño. El descaro, un furor sin futuro, la invasiva sensación de derrota si dejaba sin apurar la experiencia: me solté. Nos besamos en la playa y me tumbé sobre la arena incómoda, dispuesta como un alimento viviente. No me gusta cerrar los ojos, así que vi cómo se acercaba goloso a mi ejemplar personal de la puerta por la que la vida se dedica a arrojar más vida sobre la Tierra; la cabeza me voló hacia los miles de mujeres involucradas en la misma expectativa del placer, el cénit de toda la solidaridad femenina de la que soy capaz. Pero no pudo, lo vi alejarse con una expresión angustiada, dijo que lo sentía y lo sentía, pero después de restregarse la cara con la mano le asomó un reproche sutil contra mí. Bajo la equívoca luz de la farola medio corroída por la sal me pareció jovencísimo: si yo acababa de rebasar los veinte, él no habría cumplido los diecisiete. Terminé de quitarme las bragas y las arrojé como ofrenda al mar de Vorablau, que no sé cómo no se cansa de ser cada agosto el mismo, y en lugar de romperle las bolas de una patada escuché como si fuera el resultado del examen de conducir, que había *destrempatpor* mis labios vaginales, «abultados, gruesos y oscuros», que al compararlos (me prometió que sin querer, por instinto) con la línea fina, como cortada a bisturí, de las vaginas de sus actrices porno favoritas le recordaron a pellejos en carne viva, colgajos que pese al empuje de lo cachondo que iba se sentía incapaz de besar. Nadie ha vuelto a quejarse, y algunas tardes inspiradas el Bastardo parecía capaz de enjugar el mal sobrante del mundo amorrado a mi sexo, pero como no nos dejan consultar el futuro al día siguiente comprobé en Google en el ciberlocutorio la escandalosa propagación de los coños de laboratorio: un gélido racismo de la vulva. Y todavía me sentí peor al internarme en la taxonomía del deseo masculino, porque no puedo imaginar a ninguna de mis amigas más atrevidas disfrutando de aquel catálogo de rarezas y brutalidad. No me mires con esa cara de Eixample: ya era capaz de follar sin amor, aunque me las arreglase para ocultar entre los pliegues del cerebro una promesa de enamoramiento, y enseguida aprendí que la curiosidad puede desbordar nuestras apetencias, y que el deseo es capaz de apuntar más allá de lo que la excitación soportaría; que la cama abre un mundo de tanteos, un juego de cambios de forma... pero me aterrorizó, es la palabra exacta, que, pasado un periodo de tanteo, las dilataciones, los ahogos y esa relación escandalosa con los fluidos corporales fuese lo que esperasen de mí. Porque incluso durante los meses en que solo me cruzaba con ejemplares sin valor aspiraba a llamar su atención y gustarles, así que me rendí a lo que nos han enseñado, aquello para lo que nos educaron, la lección que nos repiten una y otra vez las pesadas de nuestras abuelas: me entrené para complacerlos, me puse a estudiar con detenimiento esos vídeos donde se aprende todo sobre la felación, porque ofrecerles lo que esperaban (solo que no se lo esperaban) me hacía sentir talentosa: y sé que nunca podré olvidar el momento de la emoción verdadera:

descubrir lo que era capaz de provocarles con mi cuerpo, solo con estar allí. Porque donde yo caía atrapada en las fantasías de sus deseos, ellos se rendían al atractivo de mi carnación, una palabra que le gustaba mucho a mi madre. A veces, después de correrme ya no me apetecía que me tocara, pero me sobraba libido para gatear hasta el espejo y buscar en mi piel restos de la sustancia que le había quemado la sangre. La misma vanidad, luz de mi alma, que me sugería adoptar posturas para parecerle más delgada al chico circunstancial con el que no quería nada más me impulsó a sumergirme en el vertiginoso remolino de la excitación humana: un desfile de tíos que se acercaban como un reluciente ángulo de juegos, atrevimientos, deseos y represiones. Tampoco creas que soy una depredadora, estoy casi segura de que no pasaron de veinte, y mereció la pena solo para aprender que no hay nada más triste, estrecho y digno de lástima que la “normalidad”. Solo una vez estuve con un tío que organizaba fantasías, las pensaba al detalle y supongo que era su momento de felicidad; después me usaba para sustituir la placentera expectativa del cumplimento por las frustraciones de la ejecución, porque una vez disfrazada de enfermera abandonábamos el mundo de la fantasía y todo recuperaba su peso y volvía a ofrecer resistencia. El resto fueron espontáneos para mí, y creo que inaplazables para ellos: la atmósfera ideal para que el asunto se ponga interesante de verdad. ¿Cómo olvidar a mi adicto al olor? El mío lo volvía loco, aunque se embriagaba con la colección completa de aromas que el mundo suelta como una especie de vaho. Mi nariz es de andar por casa, así que no podía seguir su ritmo, y no sabes cómo me excitaba que me *ensumase* de arriba abajo. Siempre es impresionante cuando descubres un nuevo saliente por donde atraer la atención erótica de otra persona, pero me desmaya cómo algunos amantes logran replegar toda la excitación en un sentido o en un apéndice, ¿te imaginas concentrar las posibilidades de la fascinación humana en un lóbulo, en la molleja de una papada? ¡Ni siquiera les importa la forma de nuestro coño! Cuando descubrí en el monitor el mapa completo de la parafilia me repugnó igual que si se amontonasen sobre el paladar todos los sabores de la cocina, pero fue divertido descubrir que de la mano del tío adecuado podías llegar a regiones insólitas. Claro que te tiene que gustar, y no sé si a ti te gusta tanto, emitimos signos engañosos, solo hay una manera de averiguarlo, y las chicas no me atraen, me dais asco; me refiero a vuestros cuerpos. De mí he descubierto que soy exhibicionista y que tengo mis derechos; también me dio por que me tirasen del pelo, me dejé melena solo para disfrutarlo: lo pedía, lo exigía, lo rogaba... ¿Quería que me sometieran? ¿Subvertir en la cama la independencia por la que luchaba en la calle? Claro que el sexo me ha ayudado a descubrir cómo eran mis compañeros de cama, lo que les ayuda a sentirse como titanes o les devuelve la imagen de un gusano; claro que puede decir mucho de una persona, pero solo se entiende en el contexto más amplio de la relación, asociado a lo que no ofrecemos a nuestros amantes. Si se me presentase un alienígena sorprendido de lo que los humanos somos capaces cuando nos desnudamos le diría que el sexo es una manera especialísima de bailar, para un público de máxima confianza, aunque no siempre sea leal, y que no dice nada demasiado profundo sobre nosotras. Lo que nos duele nunca se manifiesta para darnos placer, de las pasiones tristes solo segregamos más tristeza. Si las chicas a las que nos gusta que nos tiren del pelo cuando hacemos el amor nos asociásemos no creo que tuviéramos mucho que decirnos; además, ya no me excita tanto. Lo que nos gusta es porque nos gusta, aunque los caprichos no sean arbitrarios; quizás es que no soy una de esas personas que organizan la vida entera alrededor del sexo: lo que me gustaba de mis chicos era estar con ellos, mirarlos, reír con ellos y disfrutar de su energía. Si ahora me lo quitasen no me limitaría a echarlo de menos, arañaría para recuperarlo, pero cuando lo tengo su efecto me recuerda a un perfume: lo sientes pero no interfiere en lo que estás haciendo, y si no vuelves a echarlo termina por irse. Esa era la

chica con la que se encontró el Bastardo: una que todavía podía convertirse en cualquier clase de amante. Y qué ternura me despierta ahora Yúnior cuando le veo llegar al hotel, en una de esas semanas en las que el miedo a la Viagra y el consumo de lo suyo le reducían a la virilidad de un bebé, con una correa de cuero. Me rogó que me la pusiera solo porque le apetecía verme moverme con ella ajustada al cuello; enseguida me di cuenta de que no se trataba de sexo (lo sé porque incluso me apetecía reconocerme en esa tesitura, ¿no exigía Carmen-Olga a sus amantes un par de bofetadas para mojarse en serio?), sino de un chapucero intento de estabilizar la jerarquía entre los desórdenes del amor, una nivelación que su autoestima no podía permitirse. Casi me da pudor reconocer que si absorbí enseguida su torpeza en la esfera lúdica fue por lo mucho que disfruté acariciando la papadita de mi gatazo castrado. ¡Qué distinto si lo hubiese intentado con una de esas chicas sin experiencia! Me divierte imaginar a tantos millones de mujeres encerradas la vida entera con el mismo hombre, que solo conocieron un empuje de la excitación. En las películas siempre salen con amantes, pero seguro que es otra perversión de la historia a favor del drama. Y lo gracioso es que yo también tuve un amor romántico, uno de esos con los que vas al cine, que te acompaña a comprar ropa y con el que te tumbas en el sofá solo por estar tumbados, con el que pareces dispuesta a sacrificar la inquietante emoción de los primeros encuentros por una expectativa de continuidad sexual; alguien a quien no tienes que explicarle que te molesta la estimulación directa del clítoris, con el que todo puede volver a ser perturbador pero siempre sobre un fondo de serena gestión de morbos ya sabidos; donde acostaros juntos deja de ser el canal privilegiado para expresaros, porque cuando te comprometes con alguien expresarte para él se convierte en tu ocupación principal. Y me gustó, aunque también echaba de menos la dulce violencia de desnudarme por primera vez delante de otro hombre, así que a veces pienso que las preferencias resbalan sobre un fluido donde intervienen el azar, el error, la costumbre y lo que imaginamos que complace a las personas que decidimos querer, y que demasiadas veces nos obligamos a que coincidan con el puñado de cositas con las que los señores del Mundo nos permiten jugar. Cumplimos dos años y estaba dispuesta a pasar “el resto de mi vida con él”, porque no imaginaba qué supondría esa masa de años extendida y vivida mes a mes, de hora en hora, pero me volvía loca que de entre la cantidad alucinante de seres humanos que corretean por la Tierra, indiferentes al milagro de mi conciencia encarnada, existiese un tipo en el que podía confiar: era mi sueño de cómoda resignación. Ahora estaría encerrada en una serie de círculos trazados por otros: colegio, oficina, garaje, supermercado, cruceros industriales... todo imbuido del mismo aburrimiento indistinto. ¿Soy injusta? Menudo descubrimiento; pero no seas hipócrita, sabes perfectamente lo que no anda bien en las vidas que vive todo el mundo, aunque no sean vergonzosas. Ya sé, sí, ya sé... ¿Qué vida he llevado? Vista desde la orgía de gritos del último mes puede parecer siniestra, pero te juro que he disfrutado cada segundo de la furia impúdica de los privilegios. A veces me parece que nuestra historia reflejó la aventura de Astrid: otra *nouvinguda* que entró jodiendo en su manera de vivir, solo que mi norte era su sur, y que ella se enredó con un rey y yo con su bastardo. Da igual, sin su orgullo Violeta Mancebo no sería nada: la felicidad va y viene a su antojo, solo el orgullo es leal y sólido, una piedra sobre la que edificar la maldita casa con la que todos sueñan. No tengo hermanas, y aunque he usado la palabra “amistad” nunca la he sentido, si ahora te cuento esta historia a ti es porque no eres nadie: la vecina que me oyó gritar, otro pajarito que al verme se puso a calcular de cuán abajo venía y me confundió con una “víctima”. “Abandonada”, “pobre”, “charnega”: qué tentador dejarse envolver y recibir la ración estipulada de lástima y apoyo sin compromiso... Pero las palabras no son regalos inocentes; enseguida empiezan a pringarte, y así es como al mirarte la gente puede situar y

justificar lo que hagas y digas: “Mira de dónde vienes, pobrecita, mira qué te han hecho, si es que no me extraña”... Pobrecita mis tetas. Solo empiezas a caer cuando te quedas quieta, mientras te agitas eres alguien que sigue peleando.»

—¿Y te enamoraste? ¿De Yúnior?

Dio un trago lento, malicioso, con los ojos fijos en mí, últimas emisiones placenteras de un planeta agotado:

«Me tomé muchas molestias para demostrarle que era una mujer de cuyo corazón se podía entrar y salir sin desgarrarlo. Que no le armaría un escándalo. Parecía relajado conmigo y le gustaba verme sonreír, creo que a partir de cierto momento el amor se reduce a eso para muchos tíos.»

Yúnior escogió el lenguaje que tenía más a mano para expresar lo que sentía: le hacía regalos que ella no podía lucir, que estaba obligada a esconder a la espera de una segunda vida que no llegaba (collares, ropa de Fendi, una diadema de ámbar); la llevó a ver su colección de deportivos, de la que el Aston Martin de Bond era solo la punta del iceberg: rojos, dorados, de un crema tan puro que podía ensuciarlo el roce con el aire. Fueron a comprar un Koenigsegg juntos y salieron en busca de tramos de autopista a medio construir, que les cerraban para que desahogasen los motores al límite: a Violeta cada vez se le subía el corazón a la garganta de placer.

—*Què més vols? Ara què més vols?*

—Un purasangre, y lo bautizaremos Montse.

Las risas los envolvían, resonaban en su cabeza, les perseguían como un halo.

«Se tiene o no se tiene, la fuerza secreta que intensifica el sabor de estar vivo, el gusto por lo que hay, y a él le sobraba. Atravesé días tan claros y felices que estaba loca por contarle mi secreto al Bastardo. Era la persona más madura y estable que conocía, ¿quién iba a valorar mejor mi descaro? Y él y el Bastardo eran rivales, ¿cómo privarle de saborear la última semana de prolongada impotencia, los golpes que el muy animal se daba en la frente con la mano abierta? Atravesaba esa época en que los maridos cornudos nos parecen santos de luz.»

Se me quedó mirando como si esperase algo de complicidad. Me convenía una copa. Ni tú ni el Bastardo habíais vuelto y no sabíamos si ibais a volver: de eso una nunca puede estar segura.

«Las chicas nos dejamos definir enseguida por el estado de nuestra vagina: que si vírgenes, que si solteras, que si *concas*, que si casadas, que si menopáusicas... Era una mujer con un coño maduro y no me arrepentía de lo que estaba pasando, y tampoco sabía si Yúnior sería el único o el primero de una lista por venir. Violeta Mancebo era mucho más que una “esposa adúltera”: era mami, decoradora de interiores, huérfana...»

Después de hacer el amor Violet esperaba que Yúnior le propusiese vestirse y alejarse con algún coche fantástico, pero a veces se quedaban hablando entre las sábanas. Descubrió que el tema de Yúnior no era el dinero ni los deportivos ni la farlopa, sino el hombre que lo dominaba, a veces como rey y otras como padre. Empezaba siempre pronunciando unas frases como quien extrae muy despacio una navaja de la carne, y después el discurso se aceleraba por cualquiera de los cientos de brazos de aquel delta de rencor culpable y penosa subordinación.

—¿El partido? ¿Qué partido? Mi padre es un caníbal del carisma, los ha engullido a todos. No te mentiré, mi personalidad también está dominada por él, pero no voy a permitir que me trague. Soy el único que lo ha desafiado y sigue en la brecha. Podría partirle la cabeza, ¿sabes? Mis manos son fuertes... ya lo sabes... y cómo les gusta que me comporte como un bruto. Pero si he llegado hasta aquí es por mi cabeza. No siempre he sido una olla de cinismo, de adolescente tenía

ideas, solo pensaba en servir al país y resultó que no tenían nada para mí, mi padre me cerró la puerta del partido en los morros. Siempre ha sobreprotegido al Francesc, el *brètol* nació con medio cerebro cubierto de hongos. Él te diría que lo desafié, que *me li volia pujar a les barbes*: ¿cómo iba a saberlo, *collons*, si solo era un niño? Sirvo al país, aunque sea en la trastienda, *feina bruta*. ¿Ya te ha enseñado las casas? La del acantilado es la hostia. No creas que las ha comprado con alegría, solo sale de viaje cuando lo llevan, lejos de casa enseguida se pone nervioso. Y en Barcelona es igual, la *farina* ni tocarla, un *got* entre comidas, esa es toda la *gaudidera* que se permite. El viejo será lo que quieras, pero no le llames hipócrita... acumula casas como quien come sin hambre, no saca ningún provecho personal. Mi desgracia es que he salido demasiado orgulloso para serle desleal al apellido, así que me dejo la piel para encontrarlas, organizar los papeles, asegurarme de que todos cumplan y luego encubrirlo, como el perro que rasca la tierra para esconder sus excrementos. Si es que los animales tienen más vergüenza que nosotros. *A la misèria estarien sense mi. A la misèria!* Tiene razón la *mare*, con la *cantarella* de servir le pasan las oportunidades por delante que ni las ve. *País amunt, país avall, foc nou i fent net*: ¡tanta metáfora y tan poca vergüenza!

«En las pelis somos nosotras las que pedimos que nos escuchen, pero es otra maldita trola: son ellos los que dan cientos de vueltas antes de tomar una decisión, los que rompen cosas si no los atiendes y les das la razón. ¿No le bastaban los deportivos? ¿Su rubia sumisa? ¿El desfile de restaurantes carísimos? ¿El viaje a la Antártida, los safaris en globo? Ni de Blas, también quería que lo respetasen, que le construyesen una estatua, qué sé yo. Te acuestes con quien te acuestes en esta familia siempre acabas jodiendo con el Rey. ¿Cómo podía soportar a esta camada de zagales serviles? Por mucho menos Juan los desterraría de Vórablau. Le respondí que al menos podía contar con su mujer, que se los veía muy compenetrados; fue lo primero que se me pasó por la cabeza, ni siquiera me di cuenta de que rompía el acuerdo tácito de no mencionar a los legítimos.»

—Es una mujer vana y estrecha, le convendría un amante.

—Tú sabrás. Vosotros habéis inventado esa farsa.

Violeta le replicó como si quisiera cerrar una puerta entreabierta, pero era demasiado tarde: a cambio de arrastrar a la venezolana Yúnior iba a exigirle que incluyesen también al Bastardo.

«Se puso agresivo, parecía envidiar el día a día doméstico que el Bastardo disfrutaba conmigo. Estaba tan gracioso que empecé a explorar sus celucos con una euforia desprovista de lealtad, de afecto, de... todo lo que nos han enseñado a respetar. Se destapó una Violeta descarada, irritante... Y la disfrutaba muchísimo. Lo calentaba un poco y le decía que me iba a lavar los dientes para que no encontrase restos de los besos de su hermano. Le hablaba de los días en la isla maravillosa, que pertenecían a una inocencia que no podía manosear. Todo a medio camino entre un hada corrupta y una escort de polígono.»

—Te gusta hacerte la fresca, pero por dentro estás empapada de la sangre del sur, cuando me meto con el Bastardo se te abre una herida, saltarías a protegerlo... Vete con cuidado, puedo involucrarlo en alguna mierda: le cargaré un muerto.

«Volví a casa con un poco de febrícula, demasiadas horas medio desnudos en una habitación caldeada y después el látigo de frío en la calle. Las mallas se me ajustaban al cuerpo como si me sobasen, los hetero no saben lo que se pierden al despreciar la ropa ceñida. Desde el descansillo oí el sonido del teléfono, le había dicho mil veces que prescindieramos del fijo, pero en algo tiene que ceder quien va ganando la guerra matrimonial para que el perdedor no se anime a rebelarse.»

Violet lo encontró de pie en el dormitorio: chaquetilla de lana, jersey de pico, pantalones de

franela... Le transmitió indefensión, da mucha pena cuando pasa eso. Se fue directa al dormitorio y se desvistió despacio, el recuerdo reciente de Hijito alimentándose de sus pezones le dio valor para examinarse frente al espejo. La carne le hinchaba la piel desde el interior, pero una bendición mágica, secretamente relacionada con las hormonas y la tersura de los tejidos, mantenía alzados sus pechos. Aquel cuerpo que ni en la adolescencia había encajado en las medidas aconsejadas por la moda atravesaba la treintena relleno pero duro, jugoso, casi exuberante. La mataba de risa evaluarse como lo haría con un filete, la mente le giraba así cuando la tocaban dos hombres el mismo día. No pensaba reprocharle nada a la carne cuando llegase el desplome, sería impresionante, pero se estaban divirtiendo tanto juntas.

Volvió al salón envuelta en una bata de inspiración egipcia, a tiempo de ver al Bastardo colgando el fijo muy despacio, sin dejar de mirarla con una ternura algo impaciente: la del adulto que le revuelve el pelo a un niño. Lo que siguió es una historia que Violet ya conocía desde el extremo contrario.

«Le dije que era una trampa de Yúnior, me respondió que claro que lo era. Después se dejó caer en el sofá del comedor. Me irritó (y le agradecí) su seguridad, como si medio minuto antes no estuviera muerto de miedo.»

—En la encimera hay café, ¿puedes calentármelo? Por favor.

«Comprendí que prefería pensar a solas en un asunto que amenazaba con arruinarnos. Me jodía que me dejase de lado, pero se lo agradecí al recordar a Juan cosiéndonos a preguntas sobre diminutos extravíos contables, liando escandalera en la cocina por diez euros de mierda. Al volver al salón encontré al Bastardo pegado al móvil, me pidió con un gesto de la cabeza que dejase la taza en la mesita.»

—*Ja ho he pensat. L'oportunitat. Ja sé com són aquestes coses. No vull diners, ho faré de franc. Però només si consideres que com a germà i amic pots demanar-m'ho. Si li ho podries demanar al pare.*

«Estuve a punto de tirarme el café por encima. ¿Jugando la carta del hermano ejemplar? Yúnior nos arrancaría la piel mientras se descojonaba, pero a quien oí reír fue a mi marido. Me temblaba la mano y el café goteó, zigzaguearon unas gotas rápidas en la mesita; dejarían marca, prometí limpiarlo con dulzura agradecida.»

—Una broma. Una prueba de lealtad.

—¿Y vas a tolerarlo?

—Yúnior es así. No sabéis tratarlo. No lo conoces en absoluto. El café se te ha quemado. No dejes hervir el agua. El agua caliente pero sin hervir. Sin burbujas. Ese es el truco. Si te acuerdas de eso, café perfecto para toda la vida, aunque llegues a los ciento diez años.

«La siguiente vez nos vimos en un hotel de tercera, la gracieta era iniciativa mía, pero llegué furiosa, al verlo tumbado en la cama entendí que cargaba con su propio juego de ansiedades; por la cara se le arrastraba ese deseo eléctrico que no saben cómo aplazar, pero iba demasiado puesto, la Viagra tendría que pisar a fondo sobre su corazón para animarlo, y yo estaba decidida a no dejarlo pasar, no me pondría un dedo encima hasta que me pidiese perdón.»

—Estás loco, ¡estás loco!

—Te lo advertí.

—Me dijiste que era broma.

—Y lo era.

—¿Y si me da uno de esos ataques que siempre estás esperando? ¿Y si le llego a contar lo nuestro?

—Lo sabe, nena, lo sabe todo. Le envió informes puntuales de todo lo que ocurre.

—Mentiroso.

—Me paga un sueldo por alejarte de él. Experimentamos contigo por orden del Rey. Te examinamos el cuerpo y el cerebro para asaltar el último vivero de votos que se le resiste: el cinturón rojo, *Charnegoland*, el anillo para someterlos a todos. Si la castellanada lo vota podrá incluso presentar al Taradet a las elecciones. Estás contribuyendo al triunfo dinástico.

—Para.

—El Bastardo es el examinador, yo soy la recompensa.

—Para.

—¿Una raya?

—¿Crees que sabe algo?

—No me importa. ¿Una raya? Tú sabrás. Pero te diré una cosa: a él todavía le importa menos. Le llamamos Bastardo por abreviar, pero es un hijo de puta.

Violet dejó pasar la carga agresiva de las palabras y se quedó jugueteando sin pasión con la pregunta: ¿cómo era posible que no sospechase? ¿Cómo explicar el desinterés por sus horarios, la aquiescencia ante tantas excusas chapuceras, que jamás presionase la frágil memoria que sostiene las mentiras? ¿Y si ya le parecía bien? El Bastardo seguía decepcionándola, pero desde hacía meses volvía a envolverlos el espíritu olvidado del amor: se dejaba sacar a bailar, y era irresistible la elegancia con la que la edad dejaba arrugas en su cuello. Pero tampoco quería engañarse: su compañía le parecía una delicia porque volvía a casa con los nervios agotados de la intensidad que le ofrecía Yúnior: era la tensión de la doble vida lo que la sostenía en pie.

«Me había convertido en la persona idónea para comprender al Rey. Fantaseaba con irrumpir en su despacho (Montse llevaría horas durmiendo recostada sobre sus tetas echadas a perder) para convencerle de que si los únicos en sufrir eran el honor, la lealtad y el resto de quincalla no había nada de lo que arrepentirse: después brindaríamos por los beneficios de la triangulación del amor. Agotadas tres horas de buena conversación me acompañaría hasta la salida del brazo, como un padre que se apoya en la única hija que no tira de él con exigencias, y antes de despedirnos le diría que su error fue inclinarse por una danesa asilvestrada en lugar de elegir a una muchacha ya domesticada por la convivencia, que nadie cuida del matrimonio ajeno como un amante casado.»

Violeta ya había cometido errores (el móvil sobre la mesa cargado de las fotografías que no sabían cómo dejar de hacerse y el colgante del que prometió desembarazarse antes de llegar a casa y que se quedó sobre la mesita envuelto en papel de regalo), pero las insinuaciones de Yúnior la picaron: empezó a descuidarse a propósito, era cuestión de tiempo que fuese más comprometido para el Bastardo disimular que afrontarlo.

—Ve con cuidado, Violeta.

El Bastardo se lo dijo sin mirarla a la cara, con el abrigo de punta de espiga y las manos en los bolsillos, a punto de salir. A Violeta le llegó una vaharada de su elegancia, el tacto cálido del primer año, Yúnior no le llegaba a la suela del zapato.

—Sé cómo son estas cosas. Solo te pido que vayas con cuidado. Tienes casi cuarenta años. Y avísame con tiempo si pierdes el control, si crees que puedes perjudicarme a mí o a nuestro hijo. También te agradecería que no hubieras elegido a una persona que nos cause un daño irreparable.

Salgo un rato, necesito que me dé el aire.

«Cruzamos la mirada antes de que se fuese, reconocí un cansancio dirigido al estilo del mundo, sin notas de disgusto personal. Ni una gota de celucos. Montse tuvo más cuajo.»

El Bastardo regresó a las cinco de la madrugada, con lamparones de sudor en las axilas. Violeta no se exculpaba, a tanto no llegó, pero se sentía con derecho a defenderse.

—No es uno de la calle. No va a pasarte ladillas. No soy una bandida.

Movió la mano como queriendo disipar los restos de la voz de Violeta que flotaban en el aire.

—Vengo de una familia que desplaza los problemas, que prefiere que se pudran a enfrentarlos. Mi madre no era así, pero se fue y no cuento con ella. He aprendido a valorar la austeridad dramática de los Masclans. La porquería está mejor bajo una alfombra que ensuciando el aire. No voy a pedirte nada, de momento: todo depende de ti.

«Dudé de si lo llevaba preparado o estaba improvisando. Pronunció “de momento” con un susurro demasiado caballeroso para que sonase como una amenaza, solo le faltó añadir que el piso era lo bastante grande: no íbamos a tener que cruzarnos e interpretar en las zonas comunes el paripé de las familias bien avenidas.»

Pero los viejos hábitos (miradas, inercias de la conversación, restos de planes...) se habían infiltrado bajo sus pieles: la convivencia disponía de su propio sistema circulatorio, el corte no podía ser limpio.

«Dicen que las estrecheces mantienen unidas a las parejas, pero la gente de Vorablau que sigo por Facebook se separa y se encierra en un cuartucho donde ahorra fuerzas para pelear por la custodia. Sin nuestro espacioso piso y sus comodidades mi matrimonio se habría roto, protegernos del divorcio nos costaba dos mil setecientos euros al mes, más gastos de escalera.»

Una noche que el Bastardo se desveló por culpa de unos retortijones Violet se sorprendió en la cocina preparándole una manzanilla. Mientras sorbía la infusión se sentó a los pies de la cama, permitió que la abertura del camión expusiese su sexo ante los ojos recorridos por algas rojizas de su marido: otro desafío conyugal (cómo lograría que la repudiase, ¿vacándole el ojo?) o una invitación a que hiciesen el amor, ni lo sabía. Se le metió en el cerebro la imagen de sus conocidos como si fueran vasijas que se iban llenando de recuerdos, deseo y ambición, pero también de envidia, recelos, alegría, ansia... Alguna vez supuso que el amor era capaz de drenar el resto de las emociones, pero ahora comprendía que solo la muerte podía ocuparla por completo, al precio de romperla. El Bastardo agradeció la manzanilla: cubrió a Violeta con la sábana, pero no la rechazó.

«Me respondió con una sonrisa, pero la que arriesgó fui yo. Y es una suerte que se enciendan con ese deseo directo, tan sencillo de excitar. Fue bonito. Tampoco es que acabase aquí: me preguntó, mentí, nos dimos consejos. Animalitos verbales, ¿qué otra cosa nos queda? Yúnior me vacilaba, no estaban compinchados, ya no tenía ningún motivo para dejarle.»

Lo dijo con los ojos clavados en mí, pero su vista parecía vagar entre el pasado como se dice que los amnésicos aceptan los expedientes e informes de la vida que perdieron; algo así.

«El día de mi santo Juan me telefoneó cinco veces: ni que hubiese resucitado mamá, tanta insistencia me puso de mal humor. Le pedí a Yúnior que reservase un dúplex con terraza en el Grand Fakir. Se presentó tan colocado que no se le levantaba ni en la imaginación, me dedicó esa carita entre mezquina e irresistible de necesitar más y saber dónde encontrarlo. Así que en lugar de tocarme empezó una de esas tardes que salíamos a toda leche en nuestro Aston Martin DB5, ciento cincuenta mil euros (¿me escuchas, papá?, ¿saboreas lo rico que está el pan de los ricos?)

lanzados esta vez en dirección hacia Les, solo que se perdió y ni el GPS ni el móvil lo solucionaron. Terminamos en la frontera de Andorra, y cuando vio a la poli de allí le dio el ataque, pegó un volantazo y recorrió un tramo de autopista en contradirección, envuelto en mis alaridos. Cuando cinco minutos después derrapó en una estación de servicio se estaba descojonando. Salió a hablar con unos mossos y volvió con restos de miedo en los ojos, es increíble cuando a fuerza de acostarte con alguien su cara empieza a hablarte como un libro.»

—Con estos no hay problema, pero con los de Andorra nos metemos en un lío.

—¿Por los controles?

—Por lo que llevamos en el capó.

«Me lo enseñó. El mismo color reluciente, la misma repelencia réptil: dinero nuevo. Me dijo un millón, me hubiese creído que llevaba el doble.»

—Hostias, ¿no habíamos reservado una habitación?

«Comparamos dos botellas de Moët: por dentro me reía de lo tarado que estaba, pero los nervios los llevaba pelados de verdad.»

—Voy a dejarte. Os voy a dejar a todos. ¿Me oyes?

—No puedes. De mí te separarás cuando yo diga, pero de los Masclans nunca. Seguro que ese idiota ya te ha contado cómo se mueve el dinero. Ya te vendrá la idea, y cuando te venga... No creas que vas a ser la primera, no, ha habido muchas... Pregúntate qué les pasó.

—Esto se acaba aquí.

—No te equivoques, te dejo yo a ti; buenas noches, besos en casa.

Violet sintió más incomodidad que disgusto, Yúnior volvería a llamarla cuando terminase esta fase de mala emoción. Se dejó caer sobre la suavidad cinco estrellas de las sábanas, la excitación sin desahogar circulaba muy despacio por las venas: el momento dulce estaba pasando, en adelante adulterio y matrimonio iban a debilitarse mutuamente. ¿Y si se buscaba un amante lejos de la Primera Familia? El pensamiento se desplazó a sitios rarísimos antes de reconocer que solo dentro del círculo encantado de los Masclans su sangre giraba a la velocidad de la vida auténtica, si los abandonaba reduciría su tamaño al de una niña con los brazos demasiado cortos para alcanzar los estantes que ambicionaba.

«La idea me llegó como una mala sangre. Me asustó, pero me dije: “No seas temerona, que al menos eso no te lo puedan echar nunca en cara.”»

Mientras rodaba de un extremo a otro de la cama se vio a sí misma atravesando un campo recién segado, hinchada como una calabaza. En la escena las manos le olían a tierra: notas de poesía involuntaria. Claro que el embarazo tenía sus inconvenientes, pero era bonito ser el centro de las miradas, la propia fuerza de la metamorfosis dispersaría los reproches e impondría el perdón. Un hijo legítimo con el Bastardo, un hijo bastardo del legítimo. Al adentrarse en su mente el plan le erizaba el vello, alteraba las sábanas en una mullida piel de tigre; se convertiría en una fuerza demoníaca capaz de desordenar con sus fluidos las categorías de un orden casi agotado para fecundar una existencia impura, manchada, charnega, sensual: esa era ella, su lugar en la historia.

«Para Yúnior todo eran ventajas, el Bastardo correría con las responsabilidades legales y la crianza, y el orgullo de la paternidad amansaría su frenesí, impediría que le reventase el corazón. Claro que no le dije nada. Los tíos siguen encontrando matices y excusas cuando ya se ve que no hay otra solución. Pese a sus contorsiones de macho Yúnior era tan temerón como el Bastardo. Era

mejor *tirar pel dret* y confiar en los hechos consumados: dejé de tomarme la pastilla. Un truco así no lo admitiría tu hermano en sus novelas, pero me había prometido tener éxito, me importaba una mierda si la solución era poco sofisticada.»

Se le empapó la mente de fantasías sobre un futuro donde seguía casada, y aunque ella y Yúnior ya no se olisqueaban como cuadrúpedos en celo seguían disfrutando de episodios de pasión, se respetaban y se proporcionaban un apoyo que a esas alturas de la línea temporal todavía no habían aprendido a darse.

«Se dio cuenta. Me contaba las pastillas antes de acostarse. Iba puestísimo, pero ni así se explica el temblor en la cara: aterrorizado por el Rey, por la Culpable, por el Bastardo, por mí... Disfruté de cada segundo mientras destrozaba la habitación sin que se le bajase la empinada química.»

—¿Estás *prenyada*? ¿Embarazada?

«Solo con gran esfuerzo lo persuadí de que no podía saberlo: acababa de pasar, llevaría un tiempo.»

—Vamos ahora mismo a la farmacia.

Decidió resistirse como se resistía a los caprichos de Juan: broncas sobre un fondo de cariño familiar, parecidas a las letras de esas canciones que te preparan para vivir.

«Le dije que no trataba con una adolescente: acababa de empezar a sermonearle sobre su impaciencia cuando me cogió del brazo y me sacó de la habitación. La presa no era mucho más fuerte que cuando le daba por agarrarse de mi cuello mientras se corría, pero era como si brotase de un fondo de frustración que daba pena y asco y miedo.»

Eran las tres de la madrugada cuando salieron a la calle y la metió en el coche, el retrovisor se llenó de su cara comida por la frustración.

—¿Adónde vamos?

—A donde no nos conozcan.

—Esto es el Clot. ¿Quién va a conocerte? ¡Nunca has pisado el Clot!

—A ti no sé. ¿Cómo coño quieres que sepa dónde te conocen?

«Nos alejamos de Barcelona, era mi línea de costa pero no sabía el nombre de las urbanizaciones desperdigadas que se comen los humos de las fábricas; casas de hormigón desde las que solo se llega al mar después de recorrer kilómetros de cemento. Podíamos estar en cualquier sitio.»

El resplandor verdiléctrico de una farmacia flotaba en el espacio como una línea de meta.

—Ve. Y vuelve. Te la tomarás aquí.

«Era demasiado. Solo que esa noche prefería no engañarme: no estábamos negociando. Solo él decidiría cuándo “era demasiado”.»

Al salir la envolvió un aire salobre con olor a espinas y escamas asadas, impregnado de humos y combustibles químicos, el olor no tanto de la pobreza como del esfuerzo: una vida pautada por las obligaciones, con los descansos contados, donde la belleza se manifestaba como un fogonazo sin continuidad o convocada por la alquimia del amor en el que Violeta prefería no creer por si un día se lo arrancaban. Cogió la píldora con el mismo gesto con el que había arrojado los quinientos euros por el retrete. Entró en el coche y le subió por la nariz el suave olor a cuero, el asiento la sostuvo como un guante amable y vio un vaso que parecía lleno de agua de acuario.

—No necesito agua.

La ventanilla se deslizó en silencio. Yúnior arrojó el agua por la ventana, y después el vaso.

—¿Me llevas a casa?

«Intenté decirlo con una voz adulta, pero el miedo me infantilizó.»

Estaban parados en medio de una explanada de hormigón que a Violet le metió en la cabeza la imagen de una lápida inmensa. A plena luz del día Violet quizás se habría serenado al dejar caer la mirada en el nacimiento de un barrio con sus cajas de ahorros, sus panaderías, sus iglesias sin fe y sus talleres de artesanía, pero estaban rodeados de noche y de alguna manera acababa de abortar; sintió ascender como una arcada la tensión nerviosa, la ayudó que el coche acelerase, fue como terminar de tragarse una rana viva, pero lo cierto es que le bajó el pulso.

Las carreteras ya no estaban tan vacías, el Aston Martin iba dejando atrás grupos de coches (los primeros cargamentos de trabajadores) que se apelotonaban en el retrovisor. La sarna de las urbanizaciones trepando por Collserola, anuncios luminosos; regresaban a Barcelona. La tela del pantalón se le pegaba a la carne de las caderas, la curva grotesca que por un milagro simpático del nervio óptico excitaba al varón que conducía contra sus intereses. Incluso en un momento como aquel las gónadas se estimulaban para llenar los tanques del jugo para cuya implacable reproducción se ha desarrollado toda esta comedia: el hambre, los celos, el miedo a quedarnos solos... Le miró la cara y vio su perfil concentrado en la carretera pero también una polla y sus huevos en el sitio de la nariz: los colgajos sobrantes que la naturaleza no había sabido suturar en una herida fina, bordada de sutiles terminaciones nerviosas. Su padre tenía una, el Bastardo otra, y Yúnior, y Francesc, y Turris, y Jep..., miles de millones de troncos con la cabeza desollada listos para invadir estremecidos nuestra sofisticada cavidad, diseñados para impulsar entraña arriba un borbotón de leche genética. Cualquiera podía hacerle un hijo, ninguno estaba descartado. ¿Qué valía su voluntad? El asco la obligó a retirar la mirada con una torsión brusca del cuello (la línea de dolor seguiría allí al despertarse) y en el retrovisor medio empañado se encontró con su cara de luna llena: ¿estaba bonita? A esa distancia tanto podías decir que era una mujer guapa o fea, todo quedaba en manos del misterio del atractivo, de la perseverancia y la astucia con la que el deseo encuentra la gracia (o una utilidad) a un juego de facciones; pero aquella madrugada solo fue capaz de reconocer las protuberancias óseas: los maxilares y el tabique nasal de los que colgaban los dos kilos de carne recubierta de piel que se necesitan para formar una cara: carne salida de la carne con la capacidad de acoplarse con otra carne y producir más carne: la fábrica del mundo.

Se oyó dar un grito mientras el Aston se precipitaba contra el cilindro luminoso del autobús; cuando volvió a abrir los ojos ascendían por la montaña en dirección opuesta. A su derecha se abría despacio el panorama de la ciudad recorrida por un suave fluido eléctrico: Yúnior aceleró antes de frenar en seco, dejó el coche en batería bajo las inscripciones azarosas de las estrellas. Rodeados de árboles bajos y retorcidos, a sus pies el puerto ceñía una porción de mar reptante, recubierto de aceite fluorescente, vidrioso.

«Yúnior suspiró como si quisiera arrancarse el diablo de dentro. Le vi las manos crispadas y rojas, había conducido toda la subida tenso. Me miró y cerré los ojos, no dijo nada, salió sin cerrar la puerta, me dejó a solas con el aire frío.»

Violet no se decidió a bajar hasta que terminó la granizada de golpes metálicos, había conseguido abollar el coche: nariz irritada, ojos hinchados, llorosos; le sangraban los nudillos.

—Puedo comprarme otro, podemos comprar cualquier cosa.

Le dedicó esa clase de mirada donde el orgullo y los complejos de inferioridad, la rabia y el cariño herido se suceden tan deprisa que el ojo se abisma en un colapso fascinante. Después siguieron cuatro, cinco, catorce segundos de silencio antes de que el crujido seco del cristal reforzado le contrajese los pulmones. Una telaraña de grietas y hendiduras rodeaba el núcleo del impacto. El miedo se le intensificó en zonas asombrosas: los laterales de la garganta, la leve raja de las axilas. Recorrió como el hocico de un animal hambriento el sotobosque del recuerdo buscando el objeto con el que lo había quebrado.

—¿Por qué lo has jodido todo, Viuleta? Dilo de una puta vez.

Pronunció todas las vocales cerradas, la «l» colgada del paladar, el «puta» estrechándose en un sonido esquivo, sin arrojarse para redondearse en una luminosa y sonora «a», la «z» vacilante, casi una «s» escurriéndose. El mismo acento del que se reían en la universidad, el signo distintivo de la educación, del dinero, del poder...

—Querías tanto tener un hijo. Se te ve en la mirada. Mereces superar con la paternidad los errores de tu padre. Y yo... Soy buena haciendo hijos.

—Estás como una puta cabra.

—Ahora me dirás que no querías un hijo.

—Sí. Pero con mi mujer. No contigo. Ella es para siempre. Tú eres... *El pare té raó, el teu problema no és d'on vens, la teva desgràcia és que no saps on és el teu lloc. Baixa del cotxe. Xarnega, filla de puta.*

La frase le mordió, sintió brotar una agresividad nueva, pero no encontró la manera de canalizarla. Casi le dio gusto que el deportivo se alejase. Supongo que al verme sola en medio de la noche yo me hubiese dejado vencer por la tristeza, y que uno como tú se enredaría en altas especulaciones paranoicas, pero el cerebro de Violeta bombeaba instrucciones prácticas para descender por el cuerno herboso de Montjuïc, solo se relajó al reconocer las calles de la ciudad que siempre la había seducido porque era áspera e indecente y sucia, y no reconocía a nadie como hijo suyo, mientras se dejaba atravesar por miles de fantasías como un sueño de descanso, odio, reposo y ambición. Cruzó la calle en rojo, dejando que fueran las motos lanzadas las que la esquivasen, solo porque se había dejado el móvil en el bolso y el bolso en el asiento trasero del deportivo, y antes de entrar en el hotel a llamar prefirió la cabina iluminada como el vestigio orgulloso de una civilización gastada. Olía a meados y marcó el número rodeada de inscripciones obscenas y mensajes desesperados que parecían pintarrajeados desde el inapelable planeta del amor. Se vio reflejada en el cristal y reconoció la mirada rapaz de una criatura escapada del limo, pero si se entregó a aquella carcajada que cortaba el aliento fue porque no se le iba de la cabeza las expresiones de ternura y desvelo que ardían en la cara de Yúnior, indefenso y estremecido como cualquier otro varón enamorado.

«Llamé hasta que el Bastardo despertó. Nada de taxis. Tuvo que venir a buscarme. Le reconocí que estaba guapo con esa americana. Le conté que su corneador era Yúnior y cómo me había tratado. Me preguntó si estaba arrepentida y le respondí que no se trataba de arrepentimiento, sino de devolverle tanto daño como fuese posible. Pensaba que se iba a reír de mí, que me daría una lección, que me echaría de casa, pero me consoló; le pedí que me llevase a la costa, fuimos a buscar la cabaña de Astrid.»

No la encontraron, pero el día en la playa sirvió para convencerse de que era una batalla que les apetecía librar. Se lanzaron a recorrer el *territori* a la caza de escrituras, timbres, valores notariales, facturas, recibos... buscaban en las casas decantadas o en archivos donde a los

funcionarios ni se les ocurría proteger al Rey. El plan se desplazaba como un bulto sombrío entre pensamientos cotidianos, con la irresponsabilidad de lo que se mueve a una distancia cómoda de su resolución; arrojaban las redes de la fantasía lejos y corrían a mirar qué habían pescado, dominados por el mismo ánimo con el que una pareja explora una fantasía de cama, enfatizando el tono cómico que llegado el momento les permitirá echarse atrás: se imaginaron visitando a Yúnior en la cárcel, la Culpable les hablaba con una irritación que equivalía a ponerse de rodillas. El atardecer los volvía eufóricos, el crepúsculo les transmitía audacia, la noche los resituaba con un cruel manotazo de lucidez.

—No sé si valgo para chantajista. Faulconbridge, Edmundo... he estudiado a todos los de mi estirpe. Descarados, viles, infames... Y aquí me tienes, tímido, educado, apaciguado, leal... como bastardo soy una auténtica birria. Quiero hacerles daño, pero no sé cómo.

«Me estaba pidiendo una transfusión de resentimiento, de jugoso rencor de subalterna.»

—Tienes la sangre de los Masclans, seguro que te susurra algo deshonesto.

—Mi padre empezó todo por sentido de Estado. Para protegernos, tú no sabes cómo son.

«Ladrones, farsantes, expoliadores y mentirosos, pero se preocupaban hasta la náusea de que nadie pudiera acusarles de ingratitud. ¿Puedes creerlo? Pero a esas alturas ya me conocía sus astucias, tenía los ovarios pelados.»

—¿Quiénes son ellos?

—Madrid.

Claro que Violeta sabía que en televisión trataban a Pere Masclans como a un tendero egoísta que robaba a los pobres de Extremadura y Andalucía para engordar las tripas satisfechas de los catalanes, noticias tan agresivas que incluso escandalizaban a Violeta; la novedad que le proporcionó el Bastardo fue que en privado era bastante peor: veían en el Rey a otro cacique que *pasturava* una parcela menor de un mismo sistema de latrocinio que se remontaba muy atrás en el tiempo, casi desde los orígenes del Estado. *País endins* colaba que la fortuna Masclans-Codony se la había confiado a *l'avi* una familia de judíos que huían de Hitler para que la invirtiese: daba igual, podían decir cualquier cosa.

«Yúnior mandaba cerrar un tramo de autopista y retaba al Bastardo a una carrera, después vaciaban gin-tonics y hablaban de sus súbditos.»

—Podríamos quebrar un banco y responsabilizar a la catalanofobia, meter a los estudiantes en barracones, ralentizar la sanidad hasta que la gente tenga que decidir si prefiere morir en la sala de espera o refugiarse en nuestras mutuas y seguirían votándonos. Un día casaré a mi hija en el Palau de la Música, me pagarán el bodorrio con sus impuestos y nos seguirán votando. ¿A quién iban a votar? Somos los suyos y sin los suyos no son nadie, ¿qué van a ser? Enfermeros, profesores, jubilados, farmacéuticos, educadores sociales, los tíos estos que se ocupan de las prisiones, las que limpian la porquería de los jardines... No se puede vivir solo de eso... No le des más vueltas, los Masclans les proporcionamos un ideal, algo en lo que creer, ya no saben vivir sin nosotros.

Pero en Madrid sabían demasiado bien de dónde extraía la *pela* la dócil burguesía catalana. Para la derecha española Pere Masclans era hijo de una de tantas familias de catalanes sin cuajo a los que en el 36 las clases subalternas se les subieron a las barbas y tuvieron que recurrir a Castilla para que volviera a poner las cosas en orden. Con la democracia apenas les pusieron pegas cosméticas, de consumo interno, a la inmersión lingüística y a la televisión. Cuando un criado es tan leal como Pere Masclans, ¿a quién beneficia quitarle los juguetes?

—Un día pactarás con los socialistas y os devolveremos a la Edad de Piedra. Mientras tanto nosotros te lo servimos sencillito; y si al volver se te ponen bravos les dices que nos has persuadido de aprender el *atalà*, que ya lo hablamos en la intimidad. Deja de joder, Codoni, si nosotros nos meamos en el castellano.

En Madrid Pere empezó a relacionarse con diputados, secretarios generales, ministros y presidentes de autonomía... le pareció que habían entrado en política sin vocación de *servei*, exclusivamente para forrarse. Y todavía era peor cuando los encuentros se trasladaban fuera de las instituciones políticas y se sumaban banqueros, empresarios, altos funcionarios, fiscales, inspectores de Hacienda. Comilonas y partidas de caza que le maltrataban los nervios. Llegaban exhibiendo coches deportivos, joyas, relojes, mujeres envueltas en abrigos de pieles imponentes que dejaban los visones de Montse en tiritas; le trataban de tú, sin respeto, «*fan servir el cognom de la mare*».

«Hombre, Codoni.»

«El bueno de Codoni.»

«Pero Codoni, no me seas catalán, hombre.»

«Venga, Codoni, háblanos el catalán, di: “*Yulibert*”. Tanto joder con el catalán y cuando te lo pedimos no hay manera de que sueltes un *mot*.»

«Coño con el *endavant, endavant, endavant*, Codoni, que parece que este país vuestro no lo vais a terminar nunca.»

«¡Este tío es la monda, no me extraña que le voten tanto! *Boti, boti, boti, Masclans qui no boti*.»

Le daban consejos, lo trataban como a un hermano un poco disminuido, un reyezuelo envilecido y leal a cargo de un pueblo subyugado, sumiso, incapaz de imponerse en una sola batalla («y mira que la historia es larga, Codoni, *segadors amunt, segadors avall*, es que no rematáis ni al palo»), que se expresaba en un idioma desastrado, innecesario, de segunda.

En una de las fincas se encontró con una escobilla de váter de oro, no la usó porque le costaba hacer aguas mayores en sanitarios ajenos, y también por el prurito anticipatorio de manchar el metal más noble con la materia de su interior. En un chaletito habían reproducido el Puente de los Suspiros y una playa artificial a la que llamaban «el puerto de Verona», en Extremadura lo llevaron a ver dos pirámides que sombreaban una dehesa protegida, y un atardecer de verano mientras rodeaba un cortijo escapando del ministro de Fomento, que tenía por costumbre abalanzarse sobre él a gritos para pegarle un susto, se encontró tumbada al lado de la piscina, tan larga como era, una jirafa disecada.

—Casi te mueres de la impresión, eh, Codoni, en algo hay que gastarse el dinero. Que son dos días, Codoni, que son dos días. Y la mitad los pasarás durmiendo, ¡me cago en los huesos de la Virgen esa vuestra, la negra!

Durante la comida hablaban de recalificaciones, edificios financieros, complejos polideportivos, estaciones rutilantes de trenes fantasma... Una tarde desplegaron un mapa de Madrid y empezaron a clavar tenedores: cada agujero era un proyecto de obra, túneles hacia el tesoro.

—*No tenen cura, fill, no tenen cura. Per què volen tants quartos?*

Lo escandalizaba la desenvoltura, la manera como comían y bebían y robaban a plena luz del día con el descaro satisfecho de un mono que se la pela en público. Aquella pandilla de

españolazos daba asco y pena, pero también levantaba un espejo donde se reflejaba su falta de atrevimiento, la fatiga de envolverse con tantas justificaciones, todo para demostrarse a diario que los catalanes, los suyos, eran distintos. La aceptación rumiante de su propia gente de que vivían en un oasis de honradez en ocasiones brillaba como su mayor orgullo de estadista y otras lo mareaba de repugnancia.

«Dejé que el Bastardo terminase la opereta de las aventuras de su padre. ¿Por qué iban a tratar al Rey mejor en Madrid de lo que él trataba a los políticos del Delta? Mi marido era tan listo que sabía elegir islas y vinos y cócteles y restaurantes y pisos... y tan tonto que no comprendía el principio elemental del poder: por fuerte que seas en tu rincón de mundo (en el comedor, en la casa, en la calle, en el barrio, en la ciudad, en el *territori*...) te vuelves insignificante cuando te estruja un poder superior. Pero no tenía intención de enseñárselo, era a él a quien le gustaba jugar al pedagogo; lo forcé a concentrarse en aquella cascada de documentos que daba vértigo mirar, suficiente para chantajearlos de por vida, sin recurrir a juicios, sin escándalos, el Rey ni siquiera se enteraría. A quien íbamos a perjudicar y a romper era al bruto de Yúnior. Así lo convencí.»

También se envalentonó al prometer que se encargaría de tasar la potencia real del armamento. La solución al embrollo donde se había metido le llegó vía e-mail: el All-Star de inquilinas con el que en la universidad asaltaban el cielo de los pisos despampanantes seguía viéndose y la convocaba (delicias del «responder a todos» por equivocación) a una cena; aceptó.

«Llegué la primera al restaurante, una cadena que juguetea con la autenticidad rural: ruedas, azadones, conglomerado que simulaba madera rústica, fotos antiguas. Solo faltaba un camastro de heno. Aparecieron todas juntas, como protegiéndose; Ana Teresa había engordado hasta el absurdo y la grasa le concedía alguna clase de autoridad: opinaba sobre el resto berreando. Pidieron ensaladas y platos de pasta, solo Carmen-Olga Calvo se animó con el churrasco, era la única que podía pasar por atractiva, aunque se le marcaban ojeras como edemas de preocupación. Había caído en un bufete grande: prosperaba en una vertiente alejada de los subsidios, le daba para colgar fotos de playas resultonas y paisajes nevados dos o tres veces al año. Si cerraba los ojos y olvidaba las cincuenta horas semanales, la competencia, la cercanía del despido... igual lograba convencerse de que había triunfado. ¿Era esa la clase de modestia que Juan quería para mí al estamparme el nombre de Violeta: la de la sumisión laboral y el agotamiento?»

Hablaron de madres que habían perdido el trabajo en un ERE, de un crío que soportaba el *bullying* de unos «moros» porque no había manera de sacar cincuenta euros más al mes para la concertada, de las esperas con la abuela en la Seguridad Social. No les habló de su situación: bastaba con el bronceado, las contundentes esmeraldas que le colgaban de las orejas, la manicura. Sintió el impulso de explicarles cómo debían organizarse, raspar de aquí y de allá para que el dinero «luciera», pero le invadieron la cabeza otros cálculos: ¿cuánto costaba abandonar aquellos trabajos? ¿Cuántos billetes te exigían para ofrecerle unas horas de descanso a Ana Teresa, para acortar diez minutos una lista de espera? Se acogió a la respuesta oculta a plena luz del día: tenemos lo que nos merecemos, vivimos según obramos, una convicción afianzada porque siempre quedan a mano decenas, miles de desgraciados con los que consolarnos, amasar la fantasía de nuestra posición de privilegio. Se quedó mirando sus manos mientras se dejaba atravesar por un tren de nostalgia que no terminaba de pasar: vagones y vagones, largos como un vertedero de sueños. No podía permitirse recuperar el trato con estas chicas.

«Logré retener a Carmen-Olga a la salida. Le dejé claro que se trataba de una consulta profesional, le adelanté unos papeles que a mis ojos brillaban como láminas de oro. Le di una

semana para que investigase y averiguarse cómo seguíamos.»

Violet pasó la semana nerviosa y arrepentida. CarmenOlga podía asustarse e irle con el cuento a su jefe, pulsar alguno de los hilos sensibles que trasladaban la información al sistema receptivo de Palau. ¿Qué sabía ella de cómo funcionaba la red de los Masclans? Solo en el ascensor se dejó ganar por una sensación de triunfo: ninguna de las dos había pospuesto la cita.

—Llévate esto de aquí. Me dijiste que era una consulta informal, pero no tiene nada de informal.

—¿Quieres más dinero? ¿Cuánto dinero quieres?

—No conoces a esa gente. Antes creía que los poderosos actuaban fuera de la ley, qué ingenua, la explicación era mucho más sencilla: las reglas y el tablero son suyos. Si te quedas quieta te pegan civilizadamente, con horarios y sueldos abusivos... Si intentas moverte en su frecuencia te retuercen... Mi vida es este despacho, hago salir lo que entra tan deprisa como puedo. Frecuentar a gente como esta solo sirve para aprender cómo piensan, tú misma te pones en tu sitio. Llévate estos papeles.

—Ya sabes con quién me casé. Estabas allí cuando lo conocimos.

—¿El flaco que nos enseñó el piso? Ni lo recordaba... Y te podrías haber divorciado. ¿Qué sé yo de ti? No eres famosa. No eres nadie. Te aplastarán. Vete a casa, anda.

«Al Bastardo le certifiqué que el material era dinamita y seguimos adelante con el plan. Acordamos un encuentro en nuestra casa *pairal*: era su estreno en sociedad, y lo cierto es que nos habíamos divertido de lo lindo durante las reformas. Me enamoró sorprenderle mirando las ventanas atrancadas y las vigas torcidas como si pudiera arreglarlas con un impulso de la mente; si la existencia no fuese tan agitada el Bastardo sería un marido ideal, pero ¿quién querría participar en una vida así de lisa? El terreno no era gran cosa, pero el valle era bonito. Vientos suaves y una eclosión de primulas, barbacoa y paseo por el bosque: Yúnior y la venezolana pasarían una buena tarde.»

—Vendrá. La situación es equívoca y, en cierto sentido, peligrosa. Pero son esos riesgos los que le dan vida, no tiene otra causa.

«Me impresionó que se afanase por subrayar lo evidente. ¿No era yo la mujer con la que el hermanastro se había acostado en sus morros? Es casi emocionante que cuando alguien pretende olvidar una experiencia que le duele empiece negando lo que el resto de los implicados sabe de sobra.»

Entre Yúnior y Violet había prosperado una complicidad de amantes que no consiguen enamorarse que ni el Bastardo ni la Culpable podían concebir; en sus matrimonios se fingían seres estables, en el adulterio actuaban con el nerviosismo, la impaciencia y el ansia de dos criaturas fugaces, sin arraigo, arrastradas por el viento del tiempo hacia un final incierto e inapelable: justo lo que eran.

La vigilia Violet no consiguió que el sueño se impusiera, sacaba y hundía la cabeza en la inconsciencia, no le preocupaba tanto el desenlace como que el día quedase atrás de una vez, amortiguado por el resto del pasado. Abrió los ojos sola en la cama, encontró al Bastardo vestido y afeitado, envuelto en colonia, removiendo una infusión dorada.

—Así te queda el baño para ti sola.

Salió de la ducha tentada de exhumar el vestido, la mancha de vino se había desvaído al extenderse. Se puso guapa dentro de un orden de discreción. La camisa blanca ceñida al pecho, un

cinturón ancho y los pantalones crema, que parecían cortados para desembocar en unas botas de amazona. Escogió el colgante de su madre (de alguna manera seguía esperando comunicarse con ella y que le susurrara atajos desde su visión superior) y no pudo resistirse a las esmeraldas: su relación con Yúnior cambiaba tan deprisa que no lograba estabilizar el significado de aquellos pendientes, quizás fuesen la señal de que seguía al corriente de los secretos de todos, de que Violeta Mancebo era el vórtice donde convergía el futuro de los Masclans, que no podían reprocharle nada sin delatarse.

Dieron los últimos pasos del brazo antes de meterse en el coche; Violet descansó la carpeta incriminatoria sobre el regazo, el Bastardo aceleró con suavidad y salieron de Barcelona como el estribillo de una canción que hablase de una muchacha que mira el despliegue húmedo del mar bajo un sol suave.

«Me dejé el cabello suelto, quería estar guapa para él. La belleza convence, seguro que les da ánimos.»

Violeta se tomó el desvío hacia el interior como un agravio. De la arteria principal nacían carreteras y caminos que facilitaban el acceso a poblaciones remotas, ciudades dormitorio, aldeas cuyos nombres no iban ni a rozarla: la porción de mundo que no cubriremos con el tiempo asignado. En las ventanillas aparecían construcciones grises, bosques ralos y montañas secas. La ingratitud del secano parecía concentrarse en un muro desfigurado por una invasiva supuración de cal. Era casi doloroso asistir a la parsimonia con la que la neblina envolvía la gasolinera, ni el menor esfuerzo por rematar una victoria que extraía su insuficiente placer de prolongar la agonía del adversario.

Atravesaron el puente de piedra y una extensión de paja dorada y alcanzaron la casa. Un sol desganado extraía destellos del agua atrapada en las depresiones naturales del terreno, era como avanzar entre fragmentos de espejo: después de todo el viejo sabía a quién pagaba para que encontrase las casas.

Al darle al interruptor la luz se propagó tal y como estaba previsto, pero a Violet la emocionó ser la responsable de que la madera desprendiera aquella calidez.

Los invitados llegaron una hora tarde. Yúnior escenificó el preceptivo derrape.

«Un crío de cuarenta años, un feto sobredimensionado. Recordé cómo odiaba a su padre, ¿y si cambiábamos de objetivo? ¿Y si lo convertíamos en nuestro aliado contra el mismísimo Rey? Con un único gesto lo vengaríamos y lo derrotaríamos: una victoria íntima para devastarlo en público. Pero se impuso la impaciencia de verlo sufrir.»

Salieron a recibirlos, a Violet se le metió enseguida por la nariz el perfume de la Culpable.

«Se presentó envuelta en una especie de cortina-bufanda color siena; desprendía la pegajosa dulzura de un animal doméstico que implora caricias, el pelo suelto y el rostro más embobado de lo habitual; se movía con cierta pesadez, como si acabaran de darle una paliza.»

Los hombres se abrazaron fraternales. Yúnior simuló un deje de euforia, aunque no dejó de parlotear sobre la maravilla de hotel del que venían y lo imposible que sería quedarse más de tres horas, que el sitio era bonito pero estaba en el culo del mundo. Violet fantaseaba con ver a Yúnior esquivándola con cierto apuro, había ensayado poses de ofendida solemnidad inspiradas en Montse; la recorrió de arriba abajo con un descaro meloso: la obscenidad indeliberada del glotón que mete los dedos en todos los tarros de la cocina.

Mientras la Culpable se desenroscaba del vestido, el rubor se apoderó de las mejillas del Bastardo. No habían comprado perchas, ni siquiera unos pomos de pared.

«Me daba igual que aquellos dos dejaran sus abrigos en el suelo, pero bastó aquel diminuto error de protocolo para que el Bastardo se refugiase en el servilismo. Anticipé lo que quedaba de función: no abriría la boca. Diríamos que nos habíamos dejado la comida en Balmes, menuda cabeza la nuestra, y les pediríamos que nos llevaran en su coche a un restaurante *com cal*. Arrodillados ante las dos personas que habíamos convocado para arrancarles la linfa. Mientras Yúnior le quitaba hierro a la situación del perchero la Culpable se acercó a la ventana, parecía que buscara algo de calor, y sonreía como si sus neuronas se estuvieran contando algo graciosísimo. Me alegró verla más gorda, era casi grotesco cómo se le acumulaba la grasa en la parte alta de los muslos, y qué delicia las aguas hormonales en los antebrazos. Pero despejé la incógnita enseguida: estaba embarazada. Se había aprovechado de mi empuje para conseguirlo. Descubrí una zona incandescente de celos en el pecho. Me asfixiaba.»

—Bueno, al grano, ¿cuánto dinero nos vais a pedir esta vez?

«No sospechaba nada, era una broma de repertorio. Así que lo peor no fue la carcajada que la Culpable sofocó con tres dedos igual que si se hubiese aflojado un pedete, sino que íbamos a desaprovechar la oportunidad. Puedes pasarte décadas reorganizando, reformando y derrotando al mundo con la boca en el salón de casa, bramando contra el sabor del pan de los ricos (¡menudo comediante! *Corsecat* hasta el hueso por la misma lepra blanca de codicia que recubría a los Masclans), pero si no has nacido envuelto en privilegios tienes que atreverte a saltar al centro del escenario con el corazón desbocado y sin miedo a romper cosas: así que abrí la carpeta, saqué los papeles y se los alargué a Yúnior. Disfruté de su cara de pasmo como de esa caricia que nos dan cuando estamos griposos, pero no alargó la zarpa. Me los quitaron los elegantes dedos recorridos de sangre impura del Bastardo mientras nos rogaba que los dejásemos solos. Un resabio de la antigua caballerosidad que nos exige a las chicas del trato con el metal, con la tierra sucia que envuelve los bienes raíces a cambio de reducirnos a una vida dependiente. Se lo agradecí atravesándole con la mirada, todavía era capaz de pedir perdón y tragarse uno a uno los papeles, ¿no involucraban también a su adorado Rey?»

Salieron al exterior, el cielo era un tejido elástico, firme, bien tensado, estimulante. La venezolana le confirmó su estado con una risita y se embarraron en un intercambio de generalidades sobre la maternidad: ¿de qué hablaríais vosotros si cargaseis con un organismo sentado sobre vuestros intestinos que crece y se perfila comiéndose?

—Es duro, pero es lo mejor que hay. Es lo que siempre he querido. No puede contarse. Hay que vivirlo, es lo que yo siempre digo. Es igual que jugárselo a todo o nada.

La dulce vocecita aflautada me ofreció la conversación íntima que tanto había ambicionado justo cuando ya no me servía para nada. Nos dan comida cuando estamos saciados y cuando aprieta el hambre nos sirven platos de materia descompuesta como la que rebosaba de las acequias: supongo que los vientos arrastraron allí las hojas y que después las lluvias hincharon y pudrieron las fibras: todo mezclado en una masa blanda de porquería, daba asco cómo se habían puesto.»

Avanzaron por una pendiente de terreno hacia los bancales; las ondulaciones se tragaron la vista de la casa, aunque seguían teniéndola a tiro, a una carrerita. Se aburría escuchando a la Culpable, la deprimía su incapacidad para extraer una frase animada de la maternidad: ella nunca le dio tanta importancia, era otro sitio por el que te obligaban a pasar, como la licenciatura o la enfermedad de su madre, que ocupaba unos meses el escenario del presente para alejarse después hacia esa memoria donde iba confundiéndose todo. Siempre era así: las experiencias pasaban y le

arrancaban emociones, pero era muy difícil saber si la volvían mejor o peor, si le enseñaban algo. Prefirió concentrarse en cómo la humedad inducía a la niebla a recuperar su vigor, en las flores que experimentaban con la paleta de colores: azul, rosado, naranja, limón. ¿Y si se había precipitado al despreciar la casa? ¿Tanto le costaba imaginarse de la mano del Bastardo, acompañados de uno de esos perros que recuerdan al emblema perdido de la lealtad, correteando por el prado, envueltos en una atmósfera serena?

Desplazó la fantasía hacia la escena que estarían representando los dos hombres sobre un fondo atávico de rivalidad, suspicacias y violencia. ¿Qué eran los hermanos sino cuervos de nuestro patrimonio? ¿Y qué iba a responder Violeta si era hija única? Se arrepintió de haberlos dejado solos; se mordió el labio con fuerza para castigar su inocencia.

—Solo espero que Yúnior esté a la altura de la paternidad, ya sabes cómo son en esta familia. Mi madre me advirtió de que no me quedase embarazada lejos de casa. Y ahora no me soltarán. Para su manera de pensar es algo así como el heredero, tu precioso hijo no cuenta.

Lo soltó mientras se daba un pequeño masaje en las sienes. No fue una indirecta agresiva, transmitía una preocupación privada, amparada en la antigua esperanza de la complicidad entre mujeres. Violeta había oído tantas veces que el camino de la emancipación hacia la igualdad plena lo recorrerían juntas de la mano, como hermanas... Montse, Astrid, la Culpable, su madre, ella misma: ¿en qué iban a ponerse de acuerdo? Se consoló diciéndose que las promesas quizás apelaban a una especie de muchachas por nacer, desprendidas de celos, de envidias, de desconfianza, y que su ingrata tarea histórica era gestarlas y parirlas...

«Se le cayó el pañuelo de la muñeca, se agachó a recogerlo como si la persiguiese un incendio y volvió a anudárselo con una torpeza de pesadilla; me dio tiempo a ver los cortes y las rasgaduras sobre las venas, el miedo que desprendía me llegó en una vaharada de sudor y perfume: olía a ganado. Recordé a Yúnior desnudo agarrándome de las muñecas: la parodia de un juego más agresivo que se reservaba para su mujer. Se puso a hablar de su mamá, de Chávez, del petróleo, del Pacífico... Pensé que estaba invitándome a preguntar, pero no, no era esa clase de persona; estaba roja de bochorno, una sepia blanca y gorda soltando tinta verbal para ocultarse. Buscaba mi complicidad... la de una cuñadastra a la que el resto de la familia trataba como a una personita sin entidad, una modalidad de las chicas fugaces del servicio... como a Pouf. ¿Sabes? Creo que está prosperando algo entre nosotras, Clara, así que te seré sincera: siempre me han dado un poco de asco las mujeres maltratadas. Sus angustias, sus llantos, toda esa sensibilidad. He visto lo que la enfermedad puede hacer con el cuerpo de una mujer. He visto a mi madre aguantarlo sin quejarse. ¿Cómo voy a respetar a una que no sabe guardar las distancias con un hombre? La debilidad de la venezolana se me pegó a la cara como una tibieza viscosa, me recordaba la lección oscura que nunca he querido escuchar: que el mundo contiene zonas o fases donde los varones se convencen de que no hay nada malo en nosotras que no puedan arreglar con las manos. Y si el alarido que un minuto después sobrevoló nuestras cabezas nos pareció femenino fue solo porque nunca habíamos oído gritar así a un tío. Me fui pendiente arriba, dejé atrás a la vasija viviente; el esfuerzo me abrió los poros y rompí a sudar mientras esquivábamos las acacias obstruidas por churretes de mierda. Abrí la puerta y la mirada se concentró en las dos figuras que se tiraban de los pelos desde el suelo: con aquellas caras coloradas y la manera que tienen de jadear los hombres cuando pierden sangre me pareció que estaban jodiendo: el bruto de Yúnior a embestidas secas, con la prisa de quien corre delante de un infarto, el Bastardo dejando espacio para que se afirmase la imaginación erótica de su compañera. Solo que se estaban hostiando. La

nuca del Bastardo golpeó contra el suelo y me enseñó un ojo como una esfera de sangre. No me salía la voz de la garganta. La que pidió que parasen fue la Culpable, despeinada y pálida, las venas se le transparentaban como un delta de sangre. Yúnior la hizo callar con una mirada, fue impresionante comprobar cómo la tenía sometida. Me envalentoné con palabras: dignidad, honor, sensatez, el carácter de los Mancebo... Yúnior me cruzó la cara de una bofetada seca. Caí de culo. El Bastardo aprovechó para incorporarse y su hermano le devolvió al suelo con un golpe de silla. Le pateó la cara como si quisiera sacarle también el ojo sano. Hubiese podido hacer con nosotros lo que hubiese querido. Te convences de que la educación, la delicadeza y el respeto ofrecen una resistencia... y en cuanto la violencia se apodera de un espacio comprendes lo impotentes que son. El Bastardo debía estar medio inconsciente mientras Yúnior lo arrastraba hacia el exterior. Supuse que lo iba a dejar allí, pero le sujetó la cabeza como si quisiera lavarle la boca con el agua negra de la acequia. El Bastardo empezó a temblar: me temí lo peor, convulsiones cerebrales, pero solo era vómito, y debió atragantarse con él porque volvió a vomitar, a mi madre le pasó una vez. Yúnior estaba lloroso y decía: “Siempre serás mi hermano, nunca serás mi hermano, siempre de mi sangre, nunca mi hermano”; le volvió a hundir y a restregar la cara en la inmundicia. Los pies de mi marido se agitaban como ratas. Duró tres o siete minutos, quizás quince.»

Con los restos de violencia que le vibraban en las manos Yúnior agarró a la Culpable de la muñeca y se dirigieron a trompicones hacia el coche. La retirada de la luz enturbió los charcos en ocres, dorados sucios, granates tempraneros; el viento no se rebajó a deshacer el reflejo de sus siluetas alejándose.

«Cuando nos quedamos solos se apoyó en mí, sujetaba el ojo con la mano para evitar que se desprendiese. Vomitó sangre y pedazos de su interior, le tumbé en el asiento trasero. Llevaba años sin conducir pero la llave hizo contacto, y los nervios o los músculos, qué sé yo, recordaron por mí. No dije una palabra, no quise comprobar por el retrovisor si aquellos ruiditos eran sollozos. Me concentré en la conducción, y cuando llegamos a la ronda marítima vi la misma caída de la luz que había enamorado a Astrid y que a veces parece existir para humanizar la horrible masa húmeda que no se puede beber ni sembrar, que ya estaba allí acompañando a los dinosaurios y madurando a las amebas como una inmensa pecera de plasma y líquido uterino; sentí que me meaba encima y no hice nada para impedirlo.»

El ascensor estaba estropeado y subieron las escaleras apoyados el uno en el otro; lo desnudó y lo acostó, una fina vibración le recorría la piel. Le lavó las extremidades y el tronco, el cuello y el cabello. No tenía heridas abiertas pero la piel de la espalda parecía cruzada de lesiones subcutáneas de un trazo púrpura oscuro. Las tumefacciones disminuyeron y las heridas cicatrizaron, pero le preocupaba el ojo: la herida era ancha y supuraba una viscosidad blanquecina que traspasaba los vendajes y las compresas, temía que la carne de la retina se hubiese desgarrado.

«Dos semanas después el Bastardo regresó a su posición inferior, donde cualquier agresión obedecía a un motivo y el mundo reposaba en un orden impuesto, de manera que nada podía ser más inconveniente que sentir vergüenza.»

Durante aquellas semanas vacilantes antes de trasladarse a Balmes y empezar a gritarse Violeta se acordó mucho de su madre, aunque sería obscenamente optimista sugerir que encontró alivio en su memoria. Le gustaba situarse pocas semanas antes de enterrarla. Recuperó la indignación de entonces, cuando le parecía intolerable que su madre no volviera a ver el

disciplinado brotar de las *gírgol·lines*. Ahora entendía que era un disgusto absurdo, por mucho que vivamos las primaveras están condenadas a sobrepasarnos, y seguirán aquí cuando la humanidad se haya secado sobre la Tierra. Ahora le parecía que aquel lamento por la vida perdida de los muertos era un sufrimiento soportable con el que disimulamos un asomo de dolor más intenso: que por fieles que seamos a su memoria, aunque no se nos olvide celebrar ni un cumpleaños, su condición es la de alejarse y alejarse, traicionar el pacto íntimo de cercanía con el que pretendimos transformar en algo soportable la despedida. Toda la vida está del lado de los vivos: esa es la aritmética cruel, el saldo desolador: los muertos no pueden ofrecernos ni cobijo ni aliento ni consuelo en su memoria desintegrada: su madre no iba a ayudarla: su madre no le servía para nada.

Cerró los ojos para alejar a su madre y volvió a verse en la Casa de las Acequias: seguían alejándose de espaldas, reflejados en los charcos resplandecientes de atardecer rojo: Yúnior con los nudillos ensangrentados, y la venezolana torciendo el cuello para ofrecerle un rostro inquisitivo como un espejo: el azul de aquellos ojos seguía pareciéndole salido de un sueño más amable, ajeno al cálculo y al rencor, pero volvió a rechazar la propuesta de apoyo y comprensión mutua como quien saca las manos de una corriente que baja demasiado caliente para no escaldarse; después espera casi con alivio que ese viento familiar que sopla desde las fuentes del desprecio vuelva a dominar el escenario.

3. LA FOSA SÉPTICA

¿Qué vale la caída de un rey después de una buena historia guarra? Admito que nadie me prometió que el de narrador fuese un oficio sencillo, pero aquí me tienes, pese a las más que razonables dudas sobre mi talento y cero vocación, solo porque me lo pediste. Se ha escrito mucho sobre el macho rapaz y ambicioso, y cada vez que tropiezo con un televisor me avasallan con tipos que no aman a sus chicas, que las reducen, las menosprecian, las insultan, las pinchan y las matan. No me pidas que me haga cargo, no estoy aquí para que me perdonen faltas ajenas. Si vamos a jugar a los plurales que sea a lo grande. Deja que el bueno de Joan-Marc, el audaz Joan-Marc, el fiel Joan-Marc, defienda los restos de honor del hombre blanco heterosexual, la fabulosa condición del varón enamorado, nuestra paciencia y nuestra devoción, hasta dónde somos capaces de arrastrarnos y elevarnos.

Pero te intuyo incómoda en el asiento donde imagino que me lees rodeada de tus libros y un montón de adminículos para el pelo, así que volveremos a estos asuntos, vamos si volveremos (las cartas sobre la mesa, Gato Montsalvatges), es solo que ahora mi prioridad pasa por sofocar las inquietudes de tu ánimo impaciente.

Y ahora agárrate, que planeo un buen arranque: con las manos en los bolsillos y el sol centelleando en mis cristales reflectantes mientras el depósito se llena de aceite enriquecido por millones de años de discreta descomposición; después le di al embrague y salí de Barcelona con los mapas que pintarrajeaste desplegados en el asiento del copiloto. Pensaba ceñirme escrupulosamente al plan y volver esa misma tarde para ver el último partido del Espanyol, pero por una vez Yúnior no exageraba: la Casa de las Acequias estaba perdida en una esquina del Pallars. Te concedo que me entretuve en una hípica donde me prometieron que educaban a los caballos sin silla: el morgan me dejó paralizado, le pasé la mano por el espectacular sistema de vello y poros húmedos del lomo; enseguida reconocieron al entendido, y ya me conoces: no logro ser insincero cuando alguien amaga con apreciarme.

—Estoy sin blanca.

Me invitaron a una merienda-cena y nos dieron las tantas. El caso es que pasé la noche en el campo: grillos, cuervos, vacas, mulos y un becerro... todo un concierto. Me desperté a tiempo de disfrutar de un amanecer aldeano. Ya se pueden quedar el dinamismo irreal que prodigamos a los veinte, la energía que uno gasta tratando de persuadirse de que está avanzando en la vida: podría pasar un siglo cómodamente instalado en la categoría de maduro interesante, pero como el repliegue sobre la propia imagen nunca es otra cosa que flaqueza me he dejado barba; el espejo me devuelve un rostro un tanto ajeno, pero te advierto que si decides abandonarme mi mancha pilosa está entrenada para invadir tus sueños y parasitar tu alegría.

Conseguí la cita con el Bastardo combinando mis dos habilidades basales: la perseverancia y la astucia. Le propuse por teléfono una entrevista para hablar de Pere Masclans y me colgó. Volví a llamarlo simulando otra voz para proponerle una conversación sobre sus cámaras. En los diez segundos de silencio que precedieron al sí percibí cierta emoción; le solté que trabajaba para *Vanity Fair*: una mentira a medias, no me pierdo un número.

Si ya era bastante malo presentarse un día tarde, súmale que se me pasó avisarle, así que decidí jugar la carta de la tensión psicológica: no abriría la boca para disculparme, si quería explicaciones que tomase la delantera. Salió a recibirme con chaquetilla y fular y me tendió una mano tan blanca que transparentaba el serpenteo azul de las venas: cutículas perfectas, el reverso luminoso de tus dedos deformados por tantos mordisquitos; supongo que se responsabilizó de la confusión.

Atravesamos el jardín distraídos en una charla de tanteo protocolario; los castaños con sus conos de florecillas sangrantes eran de primera, solo una acequia se había salvado de la demolición para reconvertirse en un tiesto saturado de flores acampanadas. Pisé el salón convencido de que entraría en otra casa museo, pero el Bastardo había confinado los frutos de su manía coleccionista en la planta superior, y un orden gélido, casi desafiante, dominaba la sala principal: no me extraña que al irse a vivir juntos el espacio le susurrase a Violeta que aquel tiarrón no la necesitaba. Tenía expuestas fotos en unos fiordos y en playas esmeraldas, así que no se trataba de un encierro monástico; incluso aparecía avistando ballenas, que no es un animal para tomarse a risa: la lengua de esos bichos pesa como un puto hipopótamo. Ni rastro de los Masclans; supuse que la Liv Ullmann que nos sonreía envuelta de sol era su mamá.

Las escaleras nos dejaron en una sala pensada al detalle, las acuarelas insinuadas en los biombos contaban una historia a medida que el desplazamiento del sol las iba iluminando. Me resigné a que me enseñase los doscientos proyectores, estaba preparado para poner cara de periodista mientras me distraía pensando en el centro de la Tierra (me tiene intrigadísimo que emerjan continentes del mar de metal que baña el núcleo), pero reconozco que le encontré la gracia a cómo el ingenio humano trabajaba la materia, desde un tosco zoopraxiscopio hasta las golosinas digitales más sofisticadas, solo porque se había emperrado en proyectar luz en movimiento. Cuando se terminaron las máquinas me pidió que me sentase frente a la única pared vacía de la casa y sirvió dos copas del vino áspero que se cría en esta tierra. Me alerté unos segundos cuando bajó las luces, pero enseguida comprendí que era su sala de proyección. Ver una película sigue siendo un planazo, solo que esta vez no se trataba de un relato con sus personajes y sus líneas de diálogo, sino de una secuencia de sombras deslizándose por las paredes y efectos sonoros de inspiración transilvana: cadenas, duendes, ahorcados... un desfile de espectros. Pese al valor histórico de la «cinta» estuve varias veces a punto de simular una lipotimia. Cuando encendió las luces reparé en que no había previsto al detalle cómo pasar de las cámaras a las notas íntimas, pero después de hora y media de valiente docilidad nadie iba a discutirme que merecía una compensación.

—Todo esto está muy bien, pero igual podrías hablarme un poco de tu madre. Trufar el asunto mecánico con alguna anécdota jugosa. La mía, en fin, es una revista seria, pero nos estamos poniendo un poco técnicos... aunque no creas que he venido a remover los posos del escándalo, solo soy...

Me miró como si llegase de una fiesta a la que solo se había presentado él.

—Nos conocemos, ¿verdad?

Entraba dentro de lo posible que me reconociera, si no lo di por seguro fue porque nosotros maquinamos contra ellos, pero ellos apenas pensaron en nosotros y se fueron cada uno por su lado el día después de la turra final, porque mi barba es de una frondosidad apabullante, el escoriante perfecto.

—La historia de mi madre no puedo contarla, mi madre no tiene historia.

La frase me cayó como un jarro de agua fría. Hay pocas mujeres para un hombre que piensa y siente; creo que hubiese podido tener algo con Astrid, aunque lo de las gaviotas y los puñados de arena apuntaba hacia una mística que me venía grande.

—De los otros Masclans puedo hablar hasta agotarte. Supongo que hace mucho que debí contar mi versión. No te imaginaba periodista. Te invito a comer.

Ya sabes lo aprensivo que soy en la mesa, alimentarse fuera de casa te expone a un montón de amenazas: fibras de cebolla cruda, grumos de harina, oleadas de tomate ácido... y el Bastardo era capaz de servirme un plato de sombras chinescas, suerte que propuso salir a un restaurante cercano. Mientras se vestía no pude resistirme a abrir un cajón: manzanas sobre ropa blanca, aquel hombre vivía en un Edén de inocencia recuperada.

Insistió en conducir: buena máquina, al volante no había perdido el toque. Llegamos a una casa de comidas medio oculta entre hayedos: modestos profesionales, afanosos; un menú sin fantasías rocambolescas, al servicio del producto. Las alarmas se dispararon cuando el Bastardo se lanzó a pedir una caldereta de pescado para dos (insistió en que pagaba él); por si el marisco a doscientos metros de la costa no fuese ya bastante sospechoso, el plato me devolvió el recuerdo del cocinero de mi padre sollozando tras reconocer que espesaba el caldo de pescado con un par de sustanciosos gargajos.

—¿Violeta? Prefiero pensar que sigue viva en algún sitio donde no podamos hacerle más daño. Ojalá sea cierto que con la edad las ambiciones se apagan. Su fábrica de baile funcionará mejor en un cuerpo del que ya no espere gran cosa; siempre supe que sería una anciana deliciosa, pero no podía esperarla, ¿entiendes? Ahora apenas pienso en ella, cuando las personas se alejan de mi vida enseguida se desdibujan: las convierto en papel pintado, sin profundidad; aunque sigan vivas, ¿qué utilidad tienen? No descarto recurrir a la nostalgia cuando esté en las últimas, pero si te quedan dinero y salud es una tontería reducir la vida a un proyecto melancólico. Ya sabes lo que pasa con las novias: al principio ocupan un espacio insólito, se interponen entre nuestra mirada y la realidad como un filtro cromático. Después todo vuelve... si pudiéramos prescindir del pasado sería sencillo transformarnos por completo, pero nuestros prejuicios, aspiraciones heredadas y relatos familiares siguen allí con la serena perseverancia de las leyes ópticas, a la espera de que el amor rebaje la intensidad de su tirón inicial. Así que la respuesta a tu pregunta es sí: he seguido visitando a mis hermanos, por costumbre y no solo por costumbre, empujado por una concepción del afecto que admitía el placer de restregarles mi revancha. Supongo que la mayoría sentimos una vergüenza ilimitada hacia nosotros mismos, derivada de llevar las cuentas de tantos pequeños engaños, deformaciones, insinceridades... y que en adelante van a pagar las facturas atrasadas. Pon que ahora descanso de los Masclans, sí, escribe eso, que por fin descanso de las viejas historias. La casa me la pude quedar porque es de lo poco que el Rey compró con dinero limpio; no sé si a espaldas de Montse. Tampoco me recibió cuando fui a visitarla. Supongo que empatamos en una competición a la que nunca di importancia: ella disfrutó del fracaso de mi matrimonio y yo la vi hundirse. No pongas esa cara, no es ningún desdoro: he experimentado mucho y no he triunfado en nada, maduré de gorra y espero envejecer sin esfuerzo. Entre tanto

tengo mis máquinas, y cada día que pasa me vuelvo más sensible a la belleza. Los cincuenta van a ser una década emocionante. Pero estoy acaparando la conversación, y supongo que esto ya no es una entrevista. ¿Qué te cuentas?

En las copas brillaban los posos de la tercera botella. ¿No sería hermoso que después de este mundo nos sentáramos al margen del tiempo a contarnos los unos a los otros cómo fue nuestro tramo de agitación?

—Mi vida es una orgía de soledad. Espero que llegue un cambio y entretanto simulo...

No me dejó terminar, contrajo la cara tratando de contener el chorro de recuerdos: cuarenta, cincuenta, trescientos. Es increíble lo que la gente guarda en las tuberías secretas de su cerebro.

—Supongo que me gustó su vivacidad, cómo la sujetaba la economía, el compromiso que había sellado con aquel ánimo suyo tan ansioso por responder a las novedades que le ofrecía la vida: las encaraba como regalos personales, aunque fuesen antiguas como la Tierra. Me gustaba su manera de hablar, sería propia de las personas entre las que nació, pero sonaba tan singular como una firma. Era fascinante la velocidad con la que pasaba de escucharme como si le fuera la vida en desentrañar la médula de mi mundo a echarse el pelo hacia atrás como si a fin de cuentas toda esa brega no fuese con ella. Y me gustaba su olor, la manera de masticar la comida, el estilo con el que me martirizaba, estaba graciosísima... Claro que tarde o temprano las parejas deben contrastar la convivencia que imaginaban con lo que dan de sí; si lo aplacé y lo aplacé es porque después de la primera semana en la isla ya intuía el resultado: lo que me gustaba de ella trabaaría cualquier intento de convivencia serena, y si lograba atenuarlo la reduciría a ser otra criatura conformista, con la que no me apetecería pasar ni una tarde. Claro que merecía que fuese sincero con ella, pero hay tantas actitudes que la moral considera reprobables solo porque la moral nunca ha sido una persona viva... no viene de una más. Cuando nos trasladamos a vivir a Balmes ya estaba decidido a atravesar la situación y dejarla atrás de cualquier manera. Siento que te llevases una mala impresión de Violeta, gritar es el único recurso que le dejamos. Durante años la consideré una mujer verdaderamente valiosa, inocente en un sentido que repele a la pureza. Pero cuando el amor se acaba no se recuerda como amor sino como algo distinto, y ahora entiendo que era la misma ignorancia de siempre, solo que se trataba de una ignorancia terriblemente informada: conocía al detalle cómo podía hacerse daño. Otra pobre mujer que vivía con el dinero latiéndole en el centro del cerebro.

Pronunció las últimas palabras como si manejase una sustancia que al echarse a perder le hubiese quemado las manos; cuando se levantó a pagar me convenció de que a este Bastardo le había faltado un escenario donde lucirse: suerte que los chicos que bailan nunca se quedan solos. Nos despedimos frente a la modesta birria mecánica conocida como mi coche; era negra noche y en la cubierta del cielo brillaban avanzadillas de esos millares de millones de galaxias engastadas en nebulosas, vacías de todo lo que no fuese su propia esterilidad, la optimización de recursos no es el punto fuerte del universo. Al palpar el volante sentí vibrar la confianza: estaba preparado para mi primera entrevista con un Masclans a sangre completa.

Te confieso que el asunto no arrancó bien, y *l'hereu* se negó a recibirme y me castigó con una ducha telefónica. Usaba las palabras a boleo, así que la paráfrasis no parece buena estrategia, el sentido zumbaba mejor en el tono: parecía convencido de que por mucho que arrastrasen el apellido Masclans por el barro el alma de Francesc era de oro. Lo que se oía una y otra vez entre su hojarasca mental eran quejas derivadas de su sumisa espera: «qué hay de lo mío»; orgullo vejado, indefensión en la insignificancia: un festival.

En Yúnior no podía ni pensarse, así que reconduje mis esfuerzos hacia la Paradeta con una expectativa deplorable: era la hermana de unos y la hija de otros, educada en la misma desconfianza, soberbia y desprecio... Si seguí adelante no fue porque crea que quien la sigue la consigue (puedo revivir con un chasquido legiones de casuística en contra) sino porque a veces porfiar es lo único que mantiene a raya la conciencia de una derrota incontestable. Además, después de oír hablar tanto de Montse Codony me apetecía echarle un ojo: las decadencias ajenas, penosas como son, pueden llegar a ser imponentes.

Así que ya me tienes parado frente al piso de la Primera Familia con mi americana de lino y unos Dockers Smart 360, y te ruego que leas lo que queda de párrafo con una voz mental más baja, porque equivale a una confesión: la vertiente furtiva de la aventura me recordó las tardes de invierno que desterrado de tu afecto merodeaba alrededor de la ventana encendida de Balmes como una lúgubre polilla sentimental.

Me abrió la propia Paradeta Masclans, aka Mercè: llevaba el pelo suelto y teñido de un negro negrísimo, estaba bonita dentro de la subsección ferropénica. Habló en un castellano sin estrangulaciones nasales, me halaga pensar que entrenado para la ocasión. Desde el último informe de Violeta habían arrancado el papel pintado y aligerado el salón de muebles, y solo tropecé con una fotografía familiar donde no asomaban ni Yúnior ni Francesc. Lancé una afirmación-pregunta, lacónica, condensada, un modesta obra suprema en el género de la astucia conversacional:

—Una casa muy bien puesta, ¿es obra de su mamá?

—Oh, no, no, *la mare* ya no está para reformas.

Completó la frase con una sonrisa tensa dentro de una mueca nerviosa, pero lo mejor fue el gesto cómplice con el que me pidió que la acompañase al antiguo cuarto de juegos donde mantenía aparcada a su madre.

Le lancé una mirada discreta a Montse Codony, de primeras me recordó a un alimento recubierto de moho; solo cuando aprendí a considerarla en conjunto con la silla de ruedas sobre la que dormitaba empecé a verla como un pedazo de mármol sustraído del tiempo. Costaba relacionarla con la mujer que de un tirón violento del brazo impidió que su marido siguiese masticando la misma frase delante del muro de periodistas que llevaban una semana de guardia:

—*Ho sento molt, ho sento molt.*

Confieso que me asusté cuando crujió un ojo para examinarme; por suerte Mercè acudió enseguida al rescate con un informe de inspiración forense.

—Dejó de salir de casa después de la sentencia, la rabia le estrangulaba la voz, y ahora hace dos meses que ya no habla. Por la tarde la saco una hora a la galería para que le dé la luz.

Pasamos al salón y acepté sentarme en la butaca noble. Esta vez me había presentado como ensayista, pero me asomaba el señorito en cada gesto. Puedo jugar a ser tu mayordomo, pero comparados con mi familia los Masclans son una novedad fabulosa: su orgullo me cabía en la palma de la mano, no fue capaz de sostenerme la mirada ni diez segundos.

—Es mejor que no me pregunte demasiado, paso la mitad del día asustada y la otra me siento tan libre que apenas puedo pensar. ¿Por qué retiré las fotografías de papá? Eran trofeos de guerras que ahora sabemos que perdimos. Siempre nos imaginamos que sería un anciano respetadísimo, sentimental con las mujeres, descargado de agresividad. Claro que se quejaría de la inactividad, pero quedaría desmentido por la alegría con la que juega con esos nietos que después de todo encontraríamos la manera de darle. Tantos años esperando que se jubilase y ahora que por fin

podíamos disfrutar de su compañía resulta que los Masclans nos hemos degradado hasta convertirnos en lo opuesto a lo que solíamos ser. Pese a la que estaba cayendo me convencí de que la explicación exculpatoria que nos escamoteaba en casa la ofrecería ante la comisión del Parlament: eran sus dominios, el escenario de sus éxitos. Pero ni siquiera tuvieron que acorrallarle, en cuanto se insinuó que el robo empañaba la *feina de país* perdió los nervios y empezó a gritarles. En casa nos advertían a diario contra el descontrol, los Masclans no alzábamos la voz, nunca nos poníamos en evidencia; todavía sueño con su cara palpitando como una mano crispada. Qué bochorno. Se dejó cegar por la impunidad; así lo cazaron, con todo lo inteligente que era. ¿Cómo nos lo tomamos? *La mare* se instaló en el escándalo, pero ella es así, sin su estar ofendida sería *ben poca cosa*. Después de que me interrogasen empezó a darme miedo encender el televisor, y ahora parece que llevemos décadas así. ¿La primera cena de Navidad? Él nunca hablaba demasiado *a taula*, le dejaba el protagonismo a mi hermano menor, así que nos pareció que lo llevaba bien hasta que empezó a dar palmadas sobre la mesa: «*Vull que tot torni a ser com abans, que tot torni a ser com abans.*» La voz sonó temblorosa, más sombría que falsa, cuando terminó *les estovalles* estaban empapadas de sopa y *pilota*. La familia no ha vuelto a reunirse al completo. Luego empezó a dolerse de los ojos, lo acompañamos a una ronda de oftalmólogos, torturó a todos con su impaciencia y regresó convertido en un adolescente asustado. Se pasaba el día comiendo. En la vida había comido tanto. Al principio no ganaba peso, después se puso gordísimo. Se enfurecía cuando alguien le proponía salir a pasear; hacia el final no encontró el menor consuelo en la comunidad. Supongo que no somos buenos cuidando. A veces pienso que la novia que se trajo el Bastardo nos pudo echar una mano, pero no nos esforzamos en integrarla. Se llamaba Violeta... no recuerdo el apellido, era castellana, claro que no venía de una familia como la de usted, de señores: daba miedo lo abajo que la fue a buscar. Le ardía la mirada, tenía descaro y le gustaba vivir, era casi violento cómo le gustaba. Una vez se presentó medio desnuda, la viva imagen de una marrana; mi cuñada le volcó una copa de vino encima solo por fastidiar, organizó un escándalo terrible, agredió *a la mare*. Una persona con carácter que se descubre insignificante en una casa fuerte: lo pasó mal. Traté de acercarme, pero ella no llegó a verme como una persona autónoma, y a mí no me enseñaron las habilidades sociales para relacionarme con alguien así... ¿Y para qué me educaron? Para quedarme en casa y ser gobernada. ¿Sabe cómo me llamaban? La Paradeta. ¿No le parece que he cumplido?

Una corriente de placer nervioso le recorría los labios; estaba en posesión de la casa, es increíble cómo las personas se avienen a reducir la extensión de su mundo para dominarlo.

—Si va a escribir sobre mi padre debería empezar por el dinero: seguro que se han publicado miles de libros, pero no deben ser muy buenos si la codicia pudo someter a una persona tan leída como *el pare*. Lamento no poder ayudarle: el dinero nunca me ha interesado. Le dirán que ya se ocupaba mi padre por mí, y es cierto que el apellido me ha favorecido, pero ahora me dedico a devolver tanto como recupero del laberinto de testafierros y trampas legales donde se esconden mis hermanos, después de tanto desprecio inmotivado por fin les he dado una razón para detestarme. ¿Por qué empezaron? Sé lo que decidieron contarme: dos hipotecas, reformas, el sueldo no se correspondía con los desvelos del cargo. Imagino que tuvieron un par de apreturas financieras, se prometieron que nunca volverían a sufrir... ¿Sabe? A veces fantaseo con que empezó por sus hijos, aunque eso nos convierta en responsables del desastre. ¿Si nos quería? Hijos que nacen de una compensación, hijos que nacen por inercia, para esconder una herida o porque no se nos ocurre nada mejor. Quizás le parezca una ingenuidad, pero creo que nadie nace

del amor: venimos aquí a reemplazar al hijo que el amor imaginaba. Pobre humanidad. Menudo origen. Lo más probable es que empezasen a comprar casas porque podían hacerlo y siguiesen comprando casas porque todavía podían hacerlo. Estoy casi segura de que acumulada cierta cantidad el dinero se convierte en una fuerza paralizante, incapaz de poner nada en marcha. Pero qué más dará lo que yo diga si ni siquiera sé lo que digo. Y es tarde y estoy cansada; suficiente, adiós.

Salí de la atmósfera recalentada loco por respirar el desfile triunfal del aire puro. Así que me vino de maravilla que la siguiente parada fuese Vórablau; hacia las dos el mar ofrecía el aspecto mantecoso de los mediodías de canícula. Los bañistas potenciales cumplían con su deber en las apagadas oficinas de finales de junio, y los únicos custodios de la arena eran los toldos de los chiringuitos, desplegados como las alas de un pajarraco aburrido. Me quedé un rato junto a los pinos descoloridos y los manojos de algas tibias, sintiendo en la espalda cómo se recalentaba la chapa del coche. Después tuve que caminar una hora hasta dar con el piso de los Mancebo, a cualquier cosa le llaman vivir al lado de la playa.

Resultó ser un cubo interpuesto en una cadena de adosados, un ciempiés de hormigón. Encontré la puerta de entrada abierta, atravesé el salón sin mirar a los lados, desemboqué en un espacio entre la huerta y el jardín y agradecí la sana virilidad con la que Juan me estrechó la mano antes de sentarnos bajo un imponente avellano. Su chica apareció enseguida con unas bebidas color maracuyá que sabían a paraíso de sobre, frutos secos y patatas, fritas en un aceite sedoso. Era del modelo gordita, vivaracha, de risa fácil; al alejarse dejó ir una estela de sensualidad inocente capaz de acelerar la maduración de los azúcares encapsulados en las uvas. La clase de muchacha de la que para mi desgracia nunca he logrado enamorarme.

—Así que fue amigo de Violeta durante... lo que le pasó. Siento decepcionarle, pero no va a sacar nada de mí. Es un caso de proporciones... regionales... nacionales... no sé calcularlo. Tengo un bar, ¿sabe? Impresiono a las mujeres por la labia, pero todo lo que digo lo repito del periódico. Leo tres cada mañana, no se puede calcular lo que he invertido en esa gente. Total, ¿para qué? Lo de los Masclans me cogió por sorpresa. En las redacciones trabajan muchos periodistas. ¿Ni uno se dio cuenta? Venga ya. Y no, tampoco me sorprendió encontrar a mi hija en medio del barullo. Violeta era un huracán profesional. Una vez tuve que ir a buscarla al colegio porque había mordido a una niña del curso superior. Soportó el castigo y no pidió perdón. No era una temerona, pero, si no llevas las de ganar, ¿de qué te vale ser tan brava? Que aprendiese a estar en su sitio, eso traté de inculcarle; en su sitio, que no era mal sitio. ¿Me escuchaba? Hija única, no le digo más; con una hermana todo distinto, pero la Lupe no quiso, esa sí que era temerona. Enfermó, supongo que ya lo sabe: Violeta no hablaba de otra cosa, a veces parecía que se hubiera muerto con ella. Y no digo que se rindiese, eso no lo voy a decir, pero tampoco clavó los pies, no le hizo frente al bicho, y así no se le puede ganar; a otras enfermedades sí, pero a lo que tenía no. Con esta ya vamos por el segundo: otra niña, mi tercera, e intuyo más por el camino, aunque la primera siempre es especial. ¿Si me dolió? No me gusta darle vueltas a lo que no tiene remedio: se malmaridó, y el hombre igual se escabulle de un mal matrimonio, pero la mujer se cava el hoyo. Se lo advertí, así que no me dejo agusanar por el remordimiento, se lo dije franco: no te conviene. Y no lo solté de oídas, lo traje aquí, lo conocí. ¿Educado? Lo era, pero te raspaba al mirarte con ese deje de superioridad: ya sabe, catalanes. Si cierro los ojos la oigo enfadarse conmigo: «¿Es que yo no soy catalana? ¿Si no soy catalana qué soy? Seguro que me pusiste Violeta para que no se pudiera decir en catalán, ¿qué clase de nombre es Viuleta?» Les estoy agradecido a algunos

catalanes, cuidado. Necesitábamos trabajo y nos lo dieron, pero deberles nada: esta casa la levantaron mis suegros con su esfuerzo. Ahora son los hijos de esos catalanes los que emigran a Alemania: da igual que se llamen Caralt, Amat, Sales o Uriach, huyen como cualquier otro español del fangal que ha dejado la corrupción. Seguro que Violeta le habló de este avellano, no puede entenderse a los Mancebo sin él. Se pasaba las tardes colgada de las ramas como una monita. Y el avellano sigue aquí y los Masclans se han ido a tomar por el culo. A partir de ahora las lecciones de moral las daremos los Mancebo. ¿Si nos hemos visto después? Estaba ya muy maleada, y da una miaja de apuro ver a las hijas que hace nada iban en pañales convertidas en madres... Vino con lo del afecto, pero la calé: lo siguiente era pedirme dinero para un abogado. Claro que no la repudié, qué dramona es, de lo que se trata es de no tenerla por aquí, que siga su vida en otro lado... Seguro que está bien, la eduqué para ser fuerte. Y el nieto, bueno, hace años que lo tienen en un internado, así que tampoco el padre lo verá mucho. Al final es lo que digo: si sale Mancebo ya nos buscará. Ni yo ni esta vamos a movernos de aquí.

Siguió así durante hora y media. Sé que tu hermana defiende que los chicos ya nos explicamos bastante cuando disfrutábamos del monopolio de la palabra, pero cada unidad masculina arrastra exigencias expresivas particulares. Y daba apuro calcular cuántas palabras necesitaba arrojar al espacio el bueno de Juan para disfrutar de medio minuto de atención sincera. Y además tuvo el detalle de recompensarme con una joya; resultó que el plan de desentenderse de la primogénita era pura estrategia de preservación emocional: sobre el papel arrugado palpitaba la dirección de Violeta Mancebo.

Al salir me recibió una luz alta y fría, y el gajo plateado de la luna. Empezaba a notar las piernas nerviosas de tanta actividad intelectual, así que me regalé una noche de hotel romántico a cargo de tu presupuesto: personal autista y comida de plástico, pero no tenía hambre, y las vistas sobre el valle se prometían purificadoras. El caso es que tanta emoción me desveló, así que sería maravilloso que vinieras ahora, te prometo un sofá, café y conversación hasta quedarnos vacíos. Solíamos ser buenos trabajando juntos. Acertarás si imaginas que te espero al lado de una revista de lo que tú llamas «divulgación científica» con las noticias más interesantes *encerclades* en rojo y dispuesto a discutir las por quincuagésima vez. Pero no permitas que este acierto te envalentone, no creas que la costumbre de observarme me ha convertido en un hombre transparente, no te convenzas de que lo conoces todo de mí solo porque sabemos el uno del otro algo más que de la muchacha preciosa que atraviesa en bicicleta la calle nocturna con toda la vida por delante. Aleja esos espejismos optimistas: no sé nada de lo que olvidaste, ni de lo que serías con otros, ni siquiera de aquello en lo que todavía podrías convertirte a mi lado. ¿Y qué vas a saber de mí? Pasé una crisis de nostalgia, me dejé vencer por la ventolera de que traspasado su ecuador el tiempo iba a comportarse como una cinta transportadora de malas noticias. Me curé. Y aquí me tienes ahora: bronceado, rebosante de salud al estilo de la segunda mitad de la existencia y con los bolsillos llenos de anotaciones, quemando kilómetros y paseando entre lagos mentales (los de aquí suelen ser estrechos como meadas de perro) para escribir estas cartas a las que no respondes. Ni siquiera sabría adónde enviártelas: ¿sigues en Balmes? ¿Cruzas como una novedad las calles de Mantua? Así que también juego a imaginarte: te veo exigida en una conversación a mala sangre con alguno de tus hermanos o dando un paseo fraternal de la mano de tu convaleciente favorita o cocinando uno de esos platos que nunca han rozado el sabor que ambicionabas. Qué cantidad de cosas curiosas hacemos todos. Desde que te conocí en tu penúltima fiesta londinense y salimos medio embriagados por la ginebra y por la propia fuerza de la vida a sentarnos en los escalones

fríos siempre pienso en ti y siempre estás aquí, entre mis pensamientos, porque allí mismo comprendí como si me lo susurrara mi propio fantasma del futuro que me convenía ser teal y cuidarte, Clara Montsalvatges, y que sería decisivo aprender a escuchar la increíble cantidad de palabras que se habían acumulado en tu interior sin encontrar su sitio en las estrecheces de las conversaciones corrientes. Te aseguro que cuando me contemplaba con admiración en mi espejo de cachorro soltero jamás sospeché que el órgano decisivo de mi matrimonio iba a ser el oído.

La siguiente etapa me alejó del litoral, conduje hasta el corazón vinoso del Priorat, bajo la falda del Montsant, menuda fiesta cuando los poetas consideraban estas excrecencias arcillosas, marmóreas o graníticas como expresiones fiables de la potencia espiritual de un territorio. Turrís se había construido un rectángulo espacioso, protegido por una *tanca* de acero, como si allí dentro explotasen minas de plutonio. Me recibió en un comedor con estanterías acristaladas donde competían los libros y los Lladró: cortinas espesas, muebles sin una mota de polvo. Vino a saludarme una mujer de las que llevan veinte años cumpliendo setenta y que desapareció al minuto para no volver a salir. Café endulzado y pastas secas.

—*Qui farà les fotos?*

Ojos melosos, lengua gruesa en cavidad bucal pequeña: aplastaba las eses en un zumbido, no sé cómo se las arregló Astrid para besarlo con la cantidad de saliva que segregaba.

—No, no perdió el poder. Ya había decidido no presentarse a las elecciones. Perdona que empiece corrigiéndole, pero es que las cosas se han de explicar bien: en el último congreso también se despidió de los cargos del partido y se acordó la presidencia honorífica, lo del despacho en Pintor Peralta y el sueldo vitalicio, una calderilla. Igual no le dieron mucha publicidad por si el viejo león se arrepentía, pero que estaba *lligat i ben lligat* ya se lo digo yo. ¿Una sorpresa? Mire, yo pensaba que de Palau lo sacarían con los pies por delante; igual quiso dejarle el paso libre al Francesc, una persona discreta, pero muy preparada. Pere me llamó dos días después de entregar los cargos; supongo que hablaría con otros cien, cuando se trata de hombres de su estatura es difícil ser el único, pero eran las nueve de la noche y su voz sonaba con el tono de quien acaba de descubrir que la fantasía de ser indispensable es una mentira vergonzosa. No me negará la ironía de que sean los poderosos quienes más tardan en enterarse de algo tan elemental. Tampoco no se haga ilusiones: no me confió nada privado, y nunca he presumido de comprender lo que pasaba por esa cabeza suya. Poca gente sabe que nos conocemos casi desde el principio, cuando recorríamos el *territori* en mi coche, tejiendo complicidades para formar el partido; cuesta pensar en esta tierra sin él, ¿verdad? Nadie sabía de dónde había salido, pero estaba casado con Montse Codony, y los Codony se habían jugado el cuello saboteando a Franco desde el minuto uno, aunque los historiadores de ahora busquen conexiones extravagantes para negarlo. A una chica así solo la iban a dejar casarse con un material de primera. Era *bufona* la Montse, un poco seca, demasiado consciente de lo que esperábamos de ella, pero *bufona*. Piense que llegamos a ser millones, pero entonces nos conocíamos todos, veníamos de luchar contra lo mismo; eso no sé si pueden entenderlo, aunque se opusieran a Franco no han experimentado la herida de la traición: el idioma nos lo quitaron personas cuyas vidas convergían con *les dels pares*, eran nuestros iguales y nos negaron la existencia. ¿Izquierdas y derechas? Me río, en todos los países hay muertos de hambre, pero las naciones existen y siguen adelante, ¿entiende? Y la nuestra la asfixiaron. Por eso necesitábamos que se alzase uno como Pere, que se explicase y nos explicase. No era un intelectual pero le gustaba rodearse de gente que había leído mucho, buenos obreros mentales. ¿Su mejor virtud? Cumplía lo que prometía y te arrastraba: llegó

a convencerme de que lo mío era la carrera política, y una vez le ayudé a *desllorigar* un motín por debajo del Ebro que se había puesto feo de verdad; también me convenció cuando me sugirió que me ocupase de la editorial. Al principio no me sentó bien el destierro del Parlament, aunque tampoco me amargué como otros, un rey conoce a tantos hombres que ninguno puede dejarle una impresión profunda: encuentra seco y austero lo que es ingenuo, y las palabras libres enseguida le parecen críticas y sediciosas. A veces nos perdemos en la militancia, pero un buen líder siempre sabe dónde estamos: le gustaban las jugadas largas y tenía planes para mí.

—¿Y a un hombre tan previsor no se le ocurrió sujetar a la prensa?

—*Escolti*... el periodista es un individuo dominado por lo novedoso, carece de sensibilidad política para comprender lo que toca en cada momento... pero dedicamos ímprobos esfuerzos a los periódicos, las radios, las revistas y las televisiones... invertimos a tal escala que cuando nos alcanzó la oleada de la corrupción esperábamos que nos ayudaran a navegar hasta que amainase. Cuando leí aquel titular, «Un rey saqueando a sus súbitos», comprendí que la clerigalla consideraba amortizado a Pere Masclans. ¿En el partido? Se convencieron de que podían salir a flote sin él. En estos años hemos tomado decisiones discutibles, estúpidas y vergonzosas... pero esa fue la primera vez que me arrepentí de haberlo fundado.

Turris siguió leal. Le organizó aquella gira de descargo que la prensa estranguló en la cuna calificándola de «Operación Apadrina a un Corrupto». Al acto inaugural apenas acudió una parranda de borrachos que vaciaron bandejas y vasos antes de entonar la vieja tonada: «Masclani, gitano, habla el castellano.» El partido se envalentonó y le retiró los honores, el sueldo y el despacho. ¿Quién iba a llorar por el viejo jabalí? Todo lo que valía derivaba del poder, y el poder no deja remanente, se pierde por completo al entregarlo.

—Lo arrojaron contra la ira populista y luego simulaban escandalizarse cuando empezaron los ataques de la turba. Primero arrancaron de su pedestal la estatua de Folgueroles; durante meses grupos de vecinos se llevaban a martillazos fragmentos de piedra, en lugar de derribarla de una vez para siempre disfrutaban con esa destrucción lenta: contra Masclans empezó a vivirse muy bien. Luego vino lo de la casa en la Cerdanya: la eligieron por un reportaje que concedieron allí cuando jugaban a ser los Borbones del norte, poca gente lo sabe pero se la habían regalado en vida a la Mercè. Primero echaron la puerta abajo y entraron a dispararse selfies con una sonrisa maliciosa, sin romper ni llevarse nada: la gracia era demostrar que podían hacer lo que les viniese en gana con su patrimonio; solo después empezaron a hacer pintadas, y a dejar basura en las habitaciones. Dijeron que lo hicieron españoles: no lo creo, ellos ya disfrutaban de su victoria, el primer partido de Cataluña embadurnado de porquería. Era gente nuestra, le debíamos tanto... y la decepción que nace del amor no es odio, eso es muy importante que lo tenga en cuenta: deriva de ese desprecio que no sabe cómo descansar en la indiferencia. Fue una suerte que la casa ardiese, dicen que la torre tembló durante horas antes de hundirse verticalmente sobre las espirales anaranjadas que se reflejaban en el lago. Qué más dará la mano que encendiese el fuego: el autor intelectual fue la época, su ingratitud. Lo de la casa le dolió, pero si se vino abajo fue por lo del Pere *petit*. El chaval vino a verme un par de veces cuando en la editorial pasamos estrecheces, entendió enseguida que el motor intelectual de un país como el nuestro no podía enfriarse. Dotes de liderazgo, sensibilidad... pero a su padre le convencieron de que el bueno era el Francesc. El benjamín sirvió con lealtad en lo que le dejaron, que fue muy poco. Una desgracia.

Turris le daba vueltas a una frase sencilla: ni siquiera supo proteger a su hijo; supongo que ha llegado el momento dramático de desvelar que yo también conocí a Yúnior, me lo presentaron

cuando era el benjamín de los coches deportivos y creía engañar al país entero con sus ojitos brillantes y sus modales campechanos. Cuando lo pillaron en la frontera con el maletero a reventar de billetes no me sorprendió tanto la camisa manchada (las salpicaduras son bastante democráticas) como la mirada de perrote que rumia una venganza para la que ya no tiene colmillos. La preventiva lo dejó sin pelo, y lo último que se supo tras la sentencia fue que lo mantenían aislado por trapichear con las llamadas de otros reclusos: buscaba un cirujano que le cambiase la cara. Lo asombroso es que el tipo logró convencerse durante veinte años de que competía con su padre, pese a que sin la protección y los privilegios del Rey no era nadie especial: los ladronzuelos sin suerte prosperan en todos los suelos. Y luego me preguntarás por qué las buenas familias nos agarramos a los privilegios.

—No crea que lo disculpo; una persona de su categoría, caer en una trampa así: se me revuelve la sangre. Merecía un castigo, pero la prensa ha enfocado mal la historia desde el principio, lo han tratado como a un delincuente, ¡qué sesgo torcido! Era un estadista y nos sacó de un *clot*, a la gente de más de cuarenta le cuesta tanto hablar el catalán como a usted; impuso la cultura, la Corporació, puso en valor las tradiciones, volvimos a ser el motor... Tierra antigua, tierra antigua, solo se te permite la audacia cuando sueñas. Claro que se le puede criticar que institucionalizase el conflicto con el Estado para no resolverlo, y es indiscutible que metió la mano en la caja, pero dígame ¿quién construyó la caja? ¿Quién la llenó de fondos? Este pueblo estaba perdido y él le recordó su razón de ser, usted no puede *copsar* lo que Pere Masclans fue para nosotros. Compararlo con los corruptos de Madrid es un ejercicio de indigencia intelectual, esa gente carece de espíritu, lleva el robo en la sangre: disfrutaban de un imperio y se lo comieron, ni un principio superior, ni un ideal...

Y si a eso vamos es cierto que Pere Masclans no era el único roedor de su especie: encendías la RTVC, la RTVM, la CEXMA o la CARTV y te los encontrabas a todas horas progresando en un papel escrito por el mismo guionista: el cinismo inicial, la torrentera de mentiras, aquella cara de ofendidos, como si un pajarito les acabase de depositar una insignia en la cabeza, la fase de crispación, que con un poco de suerte podía derivar en un corte de mangas, una enérgica *botifarra* dedicada a la prensa, y el momento de la emoción verdadera: cuando reconocían con el terror fundido en la cara que ni con un tercer grado exprés iban a reintegrarse al fiestorro del poder. La misma arrogancia derritiéndose: el saqueador de instituciones culturales que fue pasando por varios tribunales prometiendo que apenas sabía sumar, aquel ministro tan gordo que podías besarle dos días seguidos sin repetir coordenada consumido en una silla de ruedas, el diputado al que su suegro demandó por esconder maletines llenos de fajos de billetes en su armario, la presidenta autonómica a la que se le comía la cara un cáncer porque no podía recuperar el dinero para el tratamiento sin incriminarse, la expresión de besugo del tesorero cuando su testafarro se esfumó con los beneficios de una esforzada carrera de modesto lameculos, el ministro de Fomento que reventaba como un cerdo ansioso en la cama de un hotel una semana antes de que lo expulsaran del partido, el banquero que se apoyó una escopeta contra el pecho y abrió un boquete para facilitar una vía de escape a las tensiones. Me dirás que no era más que un desfile de ineptos, chalados, incontinentes y horteras, de desgraciados caídos en desgracia (menudas risotadas entre las viejas glorias que se habían librado por los pelos y las juventudes conjuradas para no repetir las torpezas de aquellos pardillos), pero nunca les perdonaré que rompieran los sueños de tantos niños que en el patio ambicionaban llegar a ser regidores de Urbanismo.

—Ya sé en qué está pensando, reconozco el ácido en la mirada. No crea que es el primero en

pedirme cuentas, pero al menos usted ha venido a escuchar mi versión, los otros se limitaron a *fer volar acudits*: tres volúmenes, mil quinientas páginas, y Turrís no se olió nada, ni uno de los 269 millones de fondos públicos que desviaron. *País petit, rencor gran*. ¿Se dieron cuenta en Madrid, en Valencia, en Murcia, en Galicia? Solo en Andalucía se destapó, pero a la gente le dio igual, el hombre andaluz lleva el caciquismo en la sangre. ¿Por qué me eligió? ¿Porque nació en Manlleu? ¿De verdad piensa que un hombre de su talla, que en su momento se codeaba con Kohl, elegiría a un idiota? Mire, las biografías son los espejos donde podemos seguir observando el reflejo de un gran hombre cuando ya ha pasado a mejor vida, y un imbécil empañaría el vidrio con su cortedad. Déjelos que escarben en los periódicos, cuando se cansen de tanto chismorreo insustancial volverán a mis páginas; estos libros son resistentes, perdurarán, porque pese a todo Masclans fue el mejor de los nuestros. Las personas fuertes asustan al hombre mediocre, y el mediocre vive como un animal: come, bebe, duerme, fornic... incapaz de dejar huella, ni sus nietos recordarán dónde quedó sepultado. La muerte borraré las flaquezas de Pere Masclans y los efectos de su acción valerosa pervivirán. Y le diré algo más: cuando ese proceso termine su nombre quedará más limpio que las nieves del Montsant. Apunte bien, que esto sí es una primicia: una semana antes de su muerte fui a visitarle, lo encontré en el sótano, rodeado de libros y periódicos, interesado por el mundo hasta el último momento; el párpado lo tenía a medio correr, como fundido con la carne del ojo, había engordado muchísimo. La batalla del descrédito la tenían ganada, pero iban a pasar décadas antes de arrancarle el patrimonio, por mucho que aquel hijo ilegítimo se quedase con la casa que le había confiado... ¿Entiende? Podía vivir de alquiler en la planta noble del Majestic y prefería quedarse en su domicilio de siempre con sus libros, entre sus hijos; no se embarcó en esto por dinero, servir era su ideal y su ideal era su pasión. ¿Es culpa suya que no se pueda servir a un pueblo como el nuestro desde la debilidad? ¿Cómo culparlo de manera personal, íntima, de que el poder arrastre la sombra pegajosa del dinero, la única autoridad que los pueblos acatan? Nos aterrorizan los hombres que ejercen su fuerza en la debilidad de los hogares y maltratamos al único que se atrevió a ser fuerte entre los fuertes. Si un día la historia nos sonrío el juicio de la posteridad suscribiré la última línea de mi libro: Pere Masclans fue *el nostre heroi*. Si cometió algún exceso lo hizo en nombre de Montse. Las mujeres no se avienen a subordinar la familia a la patria: se concentró en recuperar las posiciones que los Codony perdieron mientras luchaban a cara de perro contra Franco, oía el sonido de las monedas y se ponía como la tigresa cuando huele la sangre fresca. Pero tampoco quiero ser injusto con Montse: sobre sus valores se puede edificar un país. Ahora las aguas bajan turbias, pero el patriotismo es un gran océano de luz: quien se liga a la tierra sueña con construirse una casa que durará más que nosotros. Me ha costado una vida entenderlo, pero los estadistas no son poetas, ni guerreros, ni magos; construyen casas donde sus pueblos se refugian y prosperan: son arquitectos. *Escolteu-ho i escolteu-ho bé*: si los planetas fuesen ojos nuestro globo les parecería una pelotita de barro y los mares inmensas salpicaduras. Ya sé que desde las alturas los conflictos territoriales son menos que la disputa de dos hormigas por una brizna de hierba: ¡claro que lo sé! Pero vivimos aquí. ¡Vivimos aquí, ¿entiende?! *Què hi farem!*

Cuando dejé atrás el Montsant empecé a sentir con demasiada precisión el vacío entre mis átomos, tuve que zamparme unos huevos con jamón para recuperar algo de carnalidad. Al volver al coche la noche caía ya sobre la tierra tibia. Conduje una hora en dirección al litoral, el hotelito era precioso y me convenía un descanso, al día siguiente me tocaba descubrir si en la dirección que se retorció en aquel papelito encontraría lo que quedase de Violeta Mancebo.

Claro que más que una dirección se trataba de unas coordenadas perdidas entre la arena; la cercanía de la nuclear había devuelto la playa a un estado salvaje, donde salvaje significa aquí previo a la aparición del hombre. La tarde era de color transitorio, y el sol y la sombra se repartían la arena sin zonas ambiguas: un acuerdo basado en el mutuo desprecio. Reconocí la cabaña, rodeada del viscoso verde mineral de unas algas cortas y planas, no me atreví a entrar.

Di un rodeo por el pueblo, me recibieron al estilo zombie de baja intensidad típico de las poblaciones menores de diez mil habitantes. Me presenté dispuesto a tirar de billetera, pero resultó que estaban contentísimos de hablarme sobre la *noieta* que se había instalado en la playa para dedicarse a los masajes, la artesanía con productos del mar (*petxines*, crustáceos, valvas, cadáveres de estrellas de mar) y lo que tú llamarías la pacotilla de lo místico: todas las risas que quieras, pero te avanzo que la ciencia parte de posiciones demasiado prejuiciosas para considerarla una instancia fiable cuando se trata de evaluar terapias energéticas. El pueblo reunido me habló maravillas de nuestra Violeta, tan pronto reducía un juanete como secaba almorranas, te levantaba el ánimo o te disipaba la tensión: la navaja suiza de los cuidados, sin vaciarte la cartera ni someterte a tortuosas listas de espera. Integré las novedades a la literatura acumulada: apenas habían pasado dos años desde que abandonaron Balmes escaldados, pero, según cómo caigan, tres meses pueden volverse interminables. En cuanto el Bastardo dio la orden los abogados de Masclans le quitaron la custodia de aquel hijito al que tras *els fets* de la Casa de las Acequias habían llevado a un internado, alegaron bipolaridad. El primín y Carmen-Olga Calvo ofrecieron testimonios devastadores, casi me acomplejaron por no denunciarla en sus días de esplendor sónico. Tampoco la desacreditaron, se limitaron a devolverla a la casilla de salida una década más vieja; ni el piso ni el coche estaban a su nombre, por no mencionar lo rápido que se canceló el crédito. Quiero creer que el Bastardo contaba con que Violeta era una chica precavida, que le sableaba en secreto: te aseguro que a nadie le gusta asociar el color de la miseria a su vida, aunque sea una etapa superada, ni siquiera mientras la estás devastando.

Me tomé una sombra de vino bajo la tristeza oxidada de una grúa, volví a bajar a la playa y entré en la cabaña atravesando una cortina de abalorios que apestaban a plástico. La sensación de confinamiento lo impregnaba todo: el aire atrapado, la luz atrapada, la humedad atrapada: nada parecía estar allí de buena gana. Suerte que el suelo iba tan lleno de hormigas rojas que parecía vivo.

—Pasa. Te estaba esperando.

La encontré muy desmejorada, pero era la misma soberbia concentrada en la inconfundible cara de pan de los Mancebo. No vi radio ni televisor, pero seguro que estaba al día: el caso Masclans pegaba mucho más fuerte que la canción del verano. Debió morir de risa al enterarse de que una mano más poderosa e impersonal habría ejecutado una versión demoledora del plan que habrán tramado aquellos dos ases del baile.

Me senté en la mesita que me indicó, no sé si me confundió con otro o me reconoció, si me dedicó lo que vino después o era un material que ofrecía a cualquiera. *Spoiler*: no me cobró, ni puso voces raras, ni ojos en blanco; barajaba en las manos naipes con figuras de dioses, cruces y jeroglíficos egipcios. Qué bien se habría integrado en el conjunto una bola de cristal.

—Tuve una visión. Un rey sentado en la roca. Desnudo, peludo, pálido. Viejo. Alrededor prospera una luz lenta y fría, la misma que circula por el espacio terrestre sin otro destinatario que nuestros ojos distraídos. Nos han convencido de que la luz es un bien, de que facilita la visión, pero la claridad que empapa el cielo oculta la verdad del universo: el laberinto invisible de las

órbitas, su mareante profundidad estéril. La luz es una trampa. Sé de lo que hablo, cuando viene a verme, y sé que es él porque enseguida siento cómo se me acumula la sangre al fondo de los ojos, le cierro las puertas a la luz. Ahora está desnudo y abatido y también aislado, aunque solo lo ha estado siempre, y se imagina recorriendo una y otra vez el mismo valle ingrato e incivilizado. Le cuesta tanto desacostumbrarse a estar vivo, y sigue confundiendo esta existencia limitada a disimular, aborrecer y dominar a millones de súbditos con un destino personal. Qué tonto, qué pena me da. Entregó su vida convencido de que el poder es un atributo personal, algo de lo que puedes arrancar una porción y llevártela a casa metida en el bolsillo. Pobre niño tonto: el poder es una fuerza preexistente, que se alimenta de la sangre y de los huesos de sus detentadores fugaces. El poder es una pesadilla sin rostro. Quise advertirle, pero sus ojos no estaban entrenados para verme. Para él siempre fui un borrón, otra hija de castellanos pobres, una más entre tres millones. Y ahora nos han reunido en la cabaña dos especies distintas de la misma ambición calcinada. Solo cuando nos alejamos del sitio donde nos ofendieron empezamos a caer.

Se abandonó en el respaldo antes de dedicarme la sonrisita de la niña convencida de que sus padres nunca descubrirán su escondrijo.

—Pero no te equivoques, si estoy aquí es por Astrid: ¿no es esta su cabaña, no ocupo la vida con la que una vez soñó? A veces ella y yo somos nosotras. A todos nos acosan fantasías incoherentes con la persona que decidimos ser, y si la codicia alimentaba sus propios sueños Astrid fue el anhelo de la codicia que ninguno de nosotros se atrevió a seguir. Y dígame, señor, ¿si ella no habla a través de mí cómo ha llegado a saber la pequeña Violeta Mancebo tanto? ¿Por qué abandoné a Jep y a Turris y al Bastardo? A Pere lo toleré más porque solo le interesaba volverse ineludible; su pueblo sería bueno mientras aceptase su mando, y el egoísmo tiene la ventaja de ofrecer una forma abarcable: la dimensión de una persona. El compromiso, la lealtad, servir, el pueblo, las raíces... son principios que solo prosperan en la debilidad, invisibles fuerzas sin fuerza. ¿No me digas que nunca te han abandonado? Dejamos atrás porque es sencillo, porque la única fuerza que podría retenernos es la de las manos, porque trasladamos todo el sufrimiento al que se regaza. Romper y dejar atrás proporcionan una energía eufórica, y ¿cómo puede decir que ha vivido quien no la conozca?. Claro que me lo advirtieron: «Nunca harás nido y andarás errante»; era una amenaza, pero en una tierra que ignora nuestras fronteras, deseos, pérdidas y ansias de más vida, sonaba como una promesa de felicidad. Si en cualquier sitio me he sentido como en casa quizás sea porque el abandono es el estilo del mundo.

Tal y como estaba el percal disculparás que no se me ocurriese una buena respuesta; lo que vino después se pareció bastante a salir por patas. Fuera el aire imponía su baño tibio, se me pegó como un trapo húmedo. El hundimiento resignado del sol entumecía el espacio: conchas moradas, arena de oro sucio y piedras lácteas. Era para tumbarse allí mismo y dejar pasar las horas, pero me quedaban kilómetros por recorrer y una visita antes de reencontrarnos.

Esta vez me tocó conducir por debajo del Ebro, la frontera azul más allá de la cual el idioma pervive kilómetros y kilómetros al servicio de otras comunidades. Zonas de secano y cultivos ingratos. El pueblo más próximo a mi objetivo dominaba un secarral: a las dos de la tarde un sol celoso había desalojado las calles, el único atractivo público era la enorme nave de la iglesia encajada en una plaza pelada donde serpenteaban las lagartijas y apenas se oía el goteo cínico de una fuente. A diez kilómetros al sur de la última calle el Rey ordenó construir la única casa de la que no se ocupaba el Bastardo. Ni siquiera sus hijos legales estaban al corriente de su existencia: la decisión emergió de un remolino de nostalgia sentimental, la clase de emoción que Masclans

había extirpado de su vida adulta.

La presencia de los Masclans en el territorio arranca con la aparición de un tal Jorge Mascás: acaba de cumplir veinte años y llega huyendo de un asunto turbio que ha resonado en la prensa de Zaragoza. Decide detenerse en el primer pueblo donde la intuición le asegura que nadie se tomará la molestia de venir a buscarlo. Que hablen otro idioma es un contratiempo, pero algunas palabras concuerdan con las que oía en Maella cuando acompañaba a su padre para ayudarlo en el reparto. También lo beneficia que las necesidades comunicativas de los lugareños sean tan modestas. Tiene planta y cabeza para los números, consigue trabajo, se casa y prospera; menos que si se hubiese quedado en Zaragoza, pero aquí nadie quiere clavarle un hierro en el estómago. Una tarde descubre entre risas que aquí llaman *rovellonsa* los níscales y decide catalanizarse el apellido: será un Masclans.

Ya roza los cincuenta cuando irrumpe en el pueblo una chica pelirroja que se deja preñar y muere siete meses después gracias al trabajo conjunto de una comadrona sobrepasada y la cabezota ansiosa por descubrir el mundo de Pere. Luego viene una infancia que ya te puedes imaginar. De la pelirroja obtuvo el pelo pajizo que en los sesenta le daba un aire nórdico y del padre el atrevimiento de largarse a Barcelona al cumplir los dieciséis. Te diría que el odio hacia la debilidad y aquel don para la simulación le venían de la madrastra, pero lecciones así se aprenden en cualquier sitio, a veces parece que es lo único que quieren enseñarnos.

Ahora vendría el descubrimiento del mar podrido que retiene el puerto, la primera fascinación por el reticulado comercial del Eixample, el ardiente litoral cosmopolita, la retorcida monumentalidad del Gòtic, el sistema de miradores de Montjuïc, todo ese orgullo contestatario que atraviesa como una ventolera inconformista las *placetes* de Gràcia: la ciudad sucia, desafiante, golosa, que se ofrece a todos los que la atraviesan como un sueño de huida y ambición, y que no reconoce a nadie como hijo suyo... aunque lo cierto es que le perdemos el rastro hasta que reaparece diez años después casado con la heredera de la declinante familia Codony: lo alto que vuelan los apellidos decadentes antes de partirse contra el suelo es algo que solo saben calibrar los pobres.

Dejé atrás el pueblo y tomé el camino de chirivías que desemboca en el corazón secreto del imperio Masclans. Suelo duro, nísperos ahogados de sed, brotes de arbustos que ofrecen quince días de floración blanca y un afluyente arenoso que los hidrógrafos torturarán antes de permitirle abandonar con alivio el territorio para disgregarse en el Ebro.

No creas que esta es la primera casa vacía de los Masclans a la que me enfrentaba: puedes sestar tranquila; siguiendo los pasos de los Bonnie & Clyde del baile he recorrido la colección completa. Primero me adentré en el bosque mágico hasta darme de bruces con el torreón. Te seré sincero: me recordó al cuerno podrido de un rinoceronte, pero la manera en que la vegetación se había echado encima de la casa te empujaba a meditar sobre cómo absorbe el campo las flores y los frutos podridos, igual que se ha tragado imperios, pueblos, ciudades e idiomas; menuda hambre tiene la tierra. No creo que la puerta resistiese mis habilidades de cerrajero pero desistí de entrar; me convenía algo de luz para salir del bosque, y parecía como si la vergüenza tirase de una esquina de la tarde para que anocheciese más deprisa.

Después me di una vuelta por la casa que les quemaron en Folguerols de la Figa. El almacén renegrido daba pena de mirar. Un vientecillo impotente trataba de devolver las aguas del lago (recubierto por un musgo arrogante, al inconfundible estilo de los sapos) a su legítimo propietario, el río. Incluso el color de la tarde era maligno. Quizás algo de fauna hubiese animado el conjunto,

pero solo me crucé con un conejo fúnebre y cuatro o cinco ocas que se comportaron a la altura de su leyenda de guarras.

Para llegar a la masía tuve que atravesar la dichosa *plana*: niebla baja y lomas como montoncitos de canela en polvo. Al llegar llovía tanto que la iglesia parecía sumergida. A cada golpe de campana se oía la herrumbre. Me tomé un matarratas cafeinado en el Casinet. Cuando amainó vi caer aquel rayo de luz como un halago desatendido. De lejos la madera de la masía parecía blanda como barro, y acercarme al patio le soltó a mi nariz un presentimiento de caballeriza. Esta vez sí que eché la puerta abajo para disfrutar de un interior carcomido. Descubrí un espejo ardiendo entre la oxidación de la semioscuridad: llámalo sugestión, pero al salir incluso la luna parecía arruinada en el cielo.

Las casas no se terminaban nunca y ya sabes lo que opino del vicio de la exhaustividad. Así que en lugar de irme hasta el acantilado me di una vuelta por los alrededores de las casas Masclans: caminos trazados entre parcelas por edificar, donde asoman bocas de tuberías como emisarios de un subsuelo de suministros abortados; espacios iluminados por estacas a medio camino entre la farola y la horca. Brotes superficiales de la especulación, sin otro arraigo que las décadas que tardarán en pudrirse.

Yo solo digo que cuando llegué a la depresión colmada de calor rasposo donde Masclans se había regalado su mansión secreta ya no era un *passerell*: no me sorprendieron ni el hipertrofiado olivo que custodiaba el pórtico ni el embrión de caballeriza. Tumbé la verja de una patada, y donde el Rey pidió que construyesen el panteón familiar que elevaría la tierra de adopción de Mascás a estación de peregrinaje ineludible para los catalanistas del futuro apenas latía bajo el aire recalentado una extensión de cemento mal batido. Supongo que los hijos dirán que si se restregaron las últimas voluntades del patriarca por el *engonal* fue para evitar profanaciones, pero te aseguro que a nadie se le ha ocurrido entrar aquí, ni un triste cipote adorna las paredes pintadas de amarillo vesicular.

El Rey le dijo varias veces a Turrís aquello de «sabré morir», pero los obituarios se resolvieron en una imprecisa ambigüedad. Antes de visitar al Bastardo moví hilos en la administración, recurrí a la vieja guardia: Pedro-María, Bicente, Eloïse. Conseguí una copia del informe forense: asquerosidades fisiológicas, jerga médica, el desenlace vulgar (infarto) y un emplazamiento sorpresa: el hotel Majestic. ¿Lo echó Montse a la calle? ¿Se daba el capricho de reverdecer las victorias electorales en su viejo escenario? ¿Una puta con las tetas como campanas? Ya sabes cómo soy, un hombre de ciencia, al servicio de los datos: prefiero mil veces pisar el terreno a los ocios de la especulación hipotética. Así que me subí a la terraza del hotel y pedí un gintonic envuelto por el suave berrido de los críos. No me llevó ni dos horas infiltrarme en el servicio y localizar a la chica que descubrió al Rey cadáver; y digo chica porque, aunque tenía más de cincuenta y las manos rojas de tanta lejía, la luminosa humedad de los ojos indicaba que mantenía los entusiasmos de los diecinueve al alcance de la mano. Me la llevé a la terraza secreta de Bailén esquina Diputación, y si se hizo la remolona no fue por lealtad a un antiguo cliente: la escena seguía retorciéndole el estómago de asco. La enviaron a limpiar la habitación sin avisarla de que Masclans llevaba tres días sin salir ni responder a las llamadas; el hedor la condujo directa al aseo, se lo encontró desnudo y sentado en la taza con el cuello torcido, el corazón se le había roto mientras apretaba. Un clásico: muerte por caca.

Mientras cruzaba la extensión de cemento en dirección a la casa no soplaban ni la brisa, así que supongo que las ramas del olivo se agitaban por iniciativa propia. Los cristales de un verde

legañoso me recibieron con grietas de reproche. Entré en la casa y atravesé una secuencia de salas vacías con el único aliciente de pisar el barro meloso que parecía supurar del suelo. Quise convencerme de que los paisanos timaron al hijo de Jorge Mascás y la Casa Gran se levantaba sobre un estercolero, pero sonaba demasiado justo para ser cierto. Claro que ni tú puedes impedir que considere aquella acumulación, reluciente y pulposa, de barroapestoso como emblema y residuo de una *obra de govern* dedicada a introducirse bienes públicos en el tracto moral y extraerlos degradados en materia echada a perder. Me sugestioné tanto que terminé llevándome el pañuelo a la nariz para protegerme de aquel pestazo indisociable *d'un temps i d'un país*, que eran mi tiempo y mi país.

Al salir levanté la mirada y el cielo me devolvió una pantalla púrpura desalojada de pájaros. Es un escándalo la puntualidad de la naturaleza, que ningún comportamiento humano altere el ritmo de su espectáculo. Y quizás tu hermano lleve razón y la responsabilidad de un buen novelista sea suspender el juicio mientras progresa la comprensión: ser implacable con uno mismo, comprensivo con todo lo demás. Pero espero que después de tantos años juntos no te atrevas ni por un momento a confundirme con uno de ellos; los Miró-Puig venimos de muy lejos y las circunstancias que me han reducido a la presente intrascendencia social todavía me afianzan más en mi doble compromiso con las gratificaciones sensoriales y la verdad: da igual que durante treinta años tres millones de catalanes al mirarlo vieran a un propiciador de la fortuna, al prohombre entre los prohombres; Pere Masclans nunca fue otra cosa que un enano en el mundo del dinero, y en el nuestro un estafador de mierda.

4. UN ESPÍRITU OLVIDADO

El pájaro que llega a la ciudad de los puentes todavía deberá sacudir unas horas las alas bajo el cielo menstruante del atardecer si es que de verdad pretende alcanzar el Delta. Solo cuando rebase la masa de caldo que lame el puerto, y que tanto agradecería un soplo de brisa, podrá felicitar-se de que le baste doblar el cabo para contemplar la extensión arenosa sobre la que el río prolonga y renueva su muerte. Si el cielo retiene restos de luz, en los ojos del pájaro se reflejarán las formas de las barcas como troncos a la deriva, antes de dejarse contagiar por el aparente sosiego que impregna un espacio que el hombre se ha olvidado de cultivar antes de recordar cómo abandonarlo. Incluso las espumas que la sombra del pájaro sobrepasaba sin esfuerzo durante su peregrinación parecían más sólidas que el aspecto caprichoso que adopta la superficie mudable del Delta: fango volviéndose limo, islotes de dureza instantánea que se derriten a la espera de formar otra duricia precedera sobre la corteza resbaladiza del suelo, senderos de agua entre los arenales que la luz enciende aquí y allí de un caprichoso esmeralda, remolinos de oro donde el agua se debate entre dejarse hundir o asociarse con otras corrientes igual de inseguras por las que seguirá corriendo, dejando atrás un laberinto cambiante de surcos blandos. Un paisaje irreal de colores temblorosos, ráfagas de olor y repentinas sombras lumínicas... donde irrumpen las impresiones vivas asociadas al serpenteo de los peces ateridos, los graznidos de gaviotas atrapadas en su hambre, las ranas de fibra verde, la efervescencia de las plantas y la agitación imparable de miles de gusanos. Bajo la atenta mirada del cielo invidente el caudal acumula milenios de agonía, desmembrando su cuerpo en una miríada de senderos, riachuelos, canales, *bassiols* y arroyos: los ríos mueren con una enorme indisciplina. Aquí la tierra renunció a su solidez para retener las aguas en una trampa de barro y entorpecer así la desembocadura: otro episodio de la guerra que los continentes recién emergidos le declararon al mar por el control de la costa. Y dicen que algunas tardes el aire se congela en el espacio y la playa y el océano se desentienden de su contienda para preguntarle al hombre solitario que conduce su barca hacia la ciudad de los puentes: ¿dónde quedan ahora las fronteras por las que vivís y morís: las líneas marcadas con la sangre que vierten los cuerpos abiertos de vuestras generaciones? Como si el paisaje del Delta celebrase la superioridad indisputada de la tierra (húmeda o seca) sobre el brevísimo imperio del mundo.

Y es aquí donde decidí reunirme con él, dispuesta a tomar una decisión en firme sobre ese fluido de chistes, opiniones improvisadas y prejuicios de clase al que en los mejores momentos llamo «mi marido». Claro que he elegido una base de operaciones menos dramática: he alquilado una casa, a una familia que lleva por lo menos cuatro generaciones en el Delta, así que cumplo con el requisito de arraigo que se exige al turista responsable. La terraza encara la salida del sol, y un

breve paseo nos acerca a la playa vacía como un sueño. La señora Valls nos presta una nevera llena, y mientras Joan-Marc prueba la tumbona yo he preparado unas copas. Ahora vendrían unas frases vagamente exculpatorias, pero estas líneas las pienso para mí, y me siento comodísima instalada en la arbitrariedad.

Lo encontré de pie en la terraza, con las manos en los bolsillos y las gafas de sol reflejando los últimos ocres del día; la brisa le había deshecho el flequillo y la barba era imposible, pero aportaba la ansiada nota novedosa. Casi le perdoné la expresión de «Vengo a por mi recompensa». Desplacé la mirada hacia la mesita colonizada por «sus cosas» (la maleta por deshacer): antimosquitos, espráis, el cuentapasos y...

—¿Has traído un salacot?

—Un instrumento de defensa, efectivo contra los moquitos, el sol, el viento y las serpientes: la multitask de los sombreros.

—Estamos a cien metros de una playa homologada por la UE...

—No vas a recluirme en un programa de sol y baños. Incluso los mayordomos disfrutamos de nuestras horas libres, cuídate de nuestro sindicato. Planeo adentrarme en los senderos de barro. He leído que aquí prolifera un crustáceo prehistórico que usa la arena como valva y que solo se deja ver cuando baja la marea, sabrosísimo. Pienso cocinarte una espléndida *pastinada* con él...

—Te lo has inventado todo. Por teléfono sonaba verosímil, la distancia te sirvió de escudo, pero aquí la sonrisa te delata: Turrís no te recibió, ¿qué vas a encontrar tú a Violeta? Ni siquiera pisaste Vórablau.

—Mira tu móvil, acabo de enviarte la factura del Majestic, el selfie con el Bastardo ante las sobras de la caldereta, la foto de Juan y el avellano, la que la Paradeta me animó a sacarle a Montse, archivos de audio y un PDF del informe forense.

—Los estafaste.

—Vamos, Gato, me entregaron voluntariamente sus almas, estaban locos por soltar la lengua, seguro que el periodismo es uno de los instrumentos favoritos del Diablo. Bueno, ¿qué te parece? Además de impresionante. Espero que encares el material por la vertiente salvaje o enseguida flotarán en la novelita grumos de moralina. Y prefiero adentrarme en esas arenas movedizas a que mi recompensa sea el sermón de la medida.

—¿Qué novela? Hace cuatro años que no pienso en escribir, es una decisión firme. Mi interés era malsano, te pedí que investigases para mantenerte cerca y a distancia, lo de siempre.

—Abuso de confianza, financiación de una banda de falsificadores de credenciales... Tienes mucho a lo que responder, señorita, solo que esta vez te perdono.

—¿Qué es lo que me perdonas?

—Tus vacilaciones, tu ambición sin norte, la arrogancia Montsalvatges con la que omites que en cuatro décadas estarás criando musgo. ¿Y sabes lo mejor? Todo lo hago por ti, me pone eufórico calcular cómo vas a necesitarme a partir de ahora.

Ni siquiera le pregunté por qué «ahora» y qué había cambiado; me limité a sentarme en la tumbona, recogerme el pelo en un nudo blando y dedicarle una mirada tierna y desafiante, la clase de reto que delata cómo sigues esperando algo de él.

—No soy un idiota (aunque cuando aplicas la palabra a mi estupenda persona logras que suene musical, expresiva y cariñosa), así que reconozco que tu inteligencia es superior, al menos cuando te lanzas a recorrer la senda maníaca del matiz. No tengo cintura para bailar tus agresivas

melodías irónicas, así que iré al grano: acepto compartir contigo el futuro inmediato.

—Estamos aquí para decidir si me conviene a mí.

—El asunto es que no podrás decidir con la cabeza clara si insistes en engañarte; tampoco creas que te culpo, es el espíritu del siglo XXI, propagado por las ficciones televisivas, con los servicios informativos a la cabeza: nos pasamos el día esperando la irrupción de lo imprevisible, creemos en la superstición de lo asombroso. Deja que hablen del colapso económico, de las revueltas islámicas, del fin del patriarcado y del apocalipsis ambiental. A ti y a mí ya no van a rozarnos, alcanzaremos los sesenta bajo un modesto clima de bonaza y después nos adentraremos en la antigua ruta de la declinación: la vida cumple sus plazos, es nuestro profesor de lealtad.

—¿Qué me ofreces? ¿Un programa de aburrimiento civil?

—Mi propuesta es sencilla. He pasado una década revisando a fondo mis presentimientos de invulnerabilidad en la temprana infancia: el asunto no va bien, ni siquiera puedo prometerte que si te quedas a mi lado impediremos que tu nombre aparezca en el libro del dolor... pero si me das diez años más reconoceré entre las patas de gallo que miden la edad como los anillos de los árboles cuando una ráfaga de alegría reanime las facciones de tu expresión juvenil. Solo digo que la recompensa que nos espera al final de los años compartidos es cierto reconocimiento. Estoy seguro de que te decepcionaré cien veces por temporada, a cambio ofrezco servicios extraordinarios: afecto, constancia, compromiso y esa clase de gusto por la aventura que solo un alma timorata confundiría con el desorden. Nos despertaremos a la hora que nos apetezca y, ya que no puedo espantar tus pesadillas, te preguntaré cómo has pasado la noche, comeremos algo ligero y saldremos a pasear, nos separaremos para alimentar el reencuentro, fatigaremos sin ansia nuestros placeres favoritos y cada noche nos acostaremos con el espíritu libre, la mente saciada y un cuerpo tan sano como nos permitan bacterias, patógenos, el desgaste de los tejidos y los tumultos celulares. Ya hay suficiente traición e ingratitud en esta bola de barro, respondamos con una dosis inesperada de lealtad. Cuídame; quiero decir, cuidémonos.

—¿Te afeitarás?

—Y criaré un bigote sedoso.

—Un programa de omisión pública: buen intento. Pero no me vendas estar a lo nuestro como una novedad. Somos los que cuando se acercaban no quisimos verlos, los que nos acostábamos tarde mientras se colaban en las instituciones: los que no acudimos, los que no pusimos el cuerpo, a los que se nos olvidó ofrecer resistencia...

—Te aburrirás antes de la militancia que del...

—¿Sabes? Mi hermano te definió muy bien: un oportunista de escuela privada, de estatura absurda, adicto a las trolas; un peso ligero, según sus criterios, que no siempre son los míos: ya le gustaría. Las personas son mucho más que su fachada, ocultan un interior delicioso, un caudal de tensiones, su repertorio de sorpresas. Si hay algo que no eres ni serás nunca es un oportunista. Es cierto que aceptarías un enchufe, pero ¿cómo culparte? El enchufe es para tu clase el equivalente de la lotería entre las familias trabajadoras: un sistema para reflotar a los hijos que os salen perezosos o sin garras; claro que la lotería es una ilusión postergada, y vuestro sistema reparte cientos de premios. Pero tú no sirves, Joan-Marc; mírate, tus marcas son lamentables: eres un patata del oportunismo. Y tienes mi respeto. De lejos una se convence de que vuestra red de favores sale gratis, de que es un intercambio automático; pero os conozco, no hay otoño que no se enamore de mí uno de vosotros: os vuelvo locos, y sé que a partir de cierta altura, cuando la bolsa en juego empieza a pesar, te obligan a lamer el culo como si te gustase de verdad, y tú eres

incapaz de localizar el ojete moral que se disputan esas prodigiosas nubes de parásitos. Te gusta la *pela*, pero no te gusta como a ellos; tu gran ventaja es que nunca has querido dominar a nadie, y morir con dinero en el banco te parece una grosería, una falta de respeto hacia la vida. Si tu único capital fuesen diez euros arrugados en el bolsillo pedirías un taxi para venir a buscarme, no perdonarías ni la propina. Lo respiras de manera inconsciente, tu independencia está amasada con la misma materia que ha forjado a los grandes idiotas de la historia: Cristo, el príncipe Mishkin, Benito Cereno.

—¿Todo eso... es bueno o malo?

—¡Y yo qué sé! Nunca me pareces más tonto que cuando pides que tome una decisión definitiva sobre lo nuestro, como si solo existieran dos estados contrapuestos que se excluyen mutuamente, «bien» o «mal», «contigo» o «sin ti». Te miro y veo a una persona que me gusta y me disgusta, ¿y si esta dimensión resbaladiza es lo único que hay? Solo progreso en las despedidas: adiós a mis padres, a mis hermanos, a la escritura... y tampoco sirvo para situar el altruismo en el centro de mi vida: adiós a los cuidados... ¿De qué te ríes?

—Tengo el sistema operativo dispersado en demasiadas direcciones: astrofísica, alquimia, geología profunda... pero si me permites avanzar a mi ritmo no es fácil dejarme atrás.

—No sé de qué me hablas.

—Hablamos de tumbas, gusanos y epitafios, hablamos de bastardos y codicia: hilos de sangre, divorcios y casas vacías... El dinero, el desprecio, las raíces, la posición... qué suntuosa cortina de humo. Al retorcido estilo de los Montsalvatges todo este cuento ha ido siempre sobre nosotros.

—No tengo la menor idea de lo que hablas.

—No lo prolongues. Estuvo genial. *Season finale*. Acepto.

—¿Qué aceptas?

—¿No te quedarás contenta hasta que lo escuches de mi boca? Pues te lo sirvo en bandeja: acepto ser tu consentido, te permito que me mantengas.

Noviembre de 2019